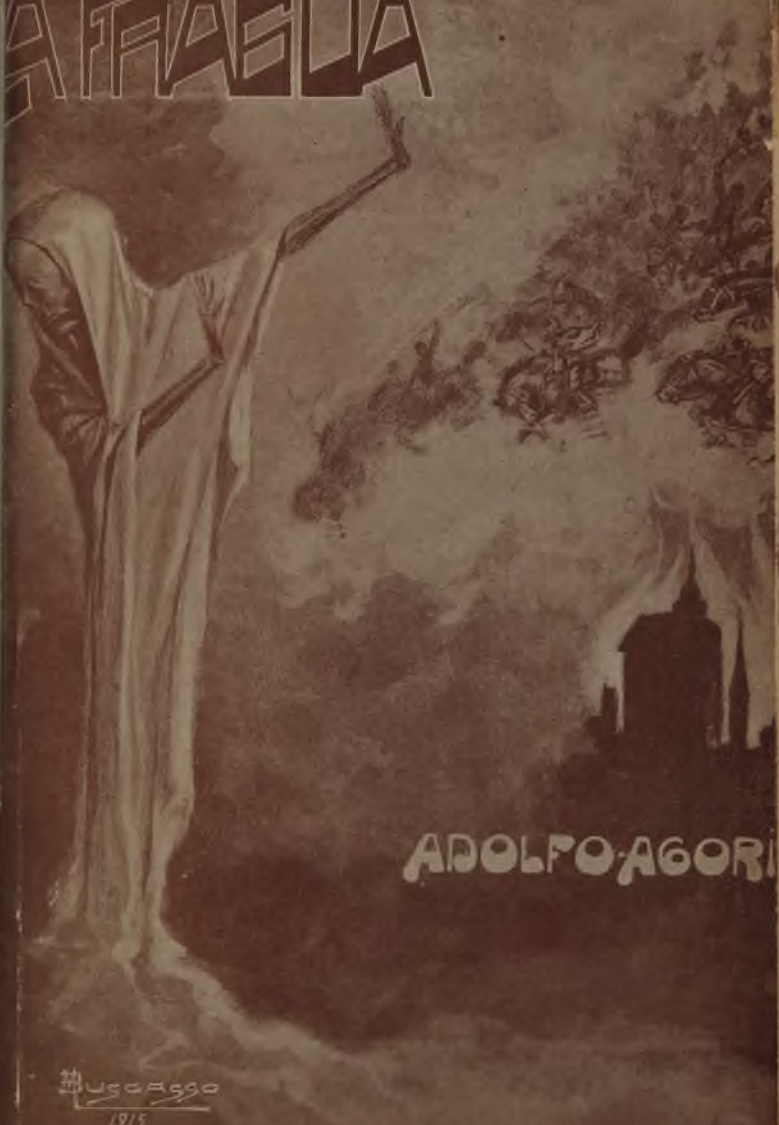
A FRAGUA



ADOLFO AGORI

MUSCARSO
1915

José Enrique Rodó, en testimonio de alta y
admiración y de la invariable amistad de
su affmo
ADOLFO AGORIO

La Fragua

(Apuntes de la guerra europea)

MONTEVIDEO
CLAUDIO GARCÍA, Editor
Calle Sarandí, 441
«LA BOLSA DE LOS LIBROS»
1915

PRÓLOGO

Tipografia «La Liguria» Juncal, 1433

UNE LETTRE

Buenos Aires, Janvier 1915.

M. Adolphe Agorio.

Cher Monsieur:

Vous m'avez demandé une lettre qui préface l'ouvrage que vous comptez livrer au public, et j'ai d'autant moins hésité à vous donner la réponse que vous attendiez, que j'ai le sentiment de remplir, bien insuffisamment mais dans la mesure de mes immédiats moyens, un devoir de gratitude. Quel est le Français qui ne serait profondément touché de sentir comme je l'ai sentie la sympathie active d'un peuple tout entier, du peuple Oriental dont vous êtes citoyen? Quel est le Français dont le cœur ne serait ému en voyant des jeunes hommes comme vous se lever et, avec la belle passion, avec les frémissants ardeurs de leur âge, reclamer leur place au premier rang des défenseurs de la France, combattre avec leur plume, en mettant en œuvre toutes leurs ressources intellectuelles, pour la chère patrie attaquée? Un pays ne doit pas limiter ses devoirs de reconnaissance à ceux qui héroiquement tombent pour la garde du sol sacré, il doit les étendre à ceux qui le défendent par la parole, par la plume et sa gratitude doit aller plus profonde vers ceux qui le servent, sans y être tenus, parce qu'ils sont ses fils intellectuels.

Ah! mon cher Monsieur Agorio, je viens de prononcer la parole que j'ai sur les lèvres depuis que j'ai commencé à vous lire. Vous êtes un fils intellectuel de la France. Vous n'êtes pas seulement un latin qui com-

prend et qui apprécie la culture française, vous avez pénétré l'âme de cette France qui, suivant la forte parole de Gambetta, est la nourrice des idées générales du monde. *Vous avez vu combien est étendu, profond, varié, divers, souple tout à la fois le génie de la France ; vous avez saisi, ce qui échappe à tant d'étrangers quelle richesse incomparable est pour notre pays la femme française ; vous avez surtout aperçu la continuité de la France. La France a, la première de toutes les nations civilisées, pour le grand monvement des communes, secoué le joug de la féodalité et de la théocratie ; la France a, quelques siècles plus tard ebranlé le monde, transformé l'Europe, libéré les Amériques en annonçant d'abord par ses grands philosophes, en formulant ensuite et en défendant par les armes la* Declaration des Droits. *Aujourd'hui encore c'est la France de la Révolution, la France de la liberté, du droit et du progrès dont les enfants luttent avec un héroisme auquel nos ennemis mêmes sont forcés de rendre hommage.*

D'instinct tous ceux que leur mentalité incline vers les puissances d'oppresion, de dogme tyrannique, d'inquisition, sont du côté des ennemis de la France. Avec nous doivent être ceux qui, comme vous cher Monsieur, considérent que le progrès c'est non pas l'écrasement des faibles par les forts, l'absorption des petits peuples par les grands, la militarisation du commerce, de l'industrie, bientôl de la littérature et de la science, l'unité imposée partout, mais bien la libre diversité, le respect des droits de chacun des peuples comme des individus, le développement des initiatives, l'épanouissement de l'être humain.

A cette grande cause, avec votre beau talent, vons apportez une contribution précieuse. Veuillez, cher Monsieur ou plutôt cher ami, en accepter tous mes remercîments auxquels vous joindrez les assurances de mes plus dévoués sentiments.

J. Caillaux.

(TRADUCCIÓN)

UNA CARTA

Buenos Aires, Enero de 1915.

Señor Adolfo Agorio.

Querido señor:

Me habéis pedido una carta que sirva de prefacio á la obra que pensáis entregar al público. No he podido menos de vacilar al daros la respuesta que esperáis, cuanto que tengo el sentimiento de llenar insuficientemente, y dentro del alcance de mis medios inmediatos, un deber de gratitud. ¿Cuál es el francés que no se sentiría profundamente conmovido al experimentar la sensación, que yo mismo he experimentado, de esa simpatía activa de un pueblo entero, del pueblo uruguayo del cual sois ciudadanos? ¿Cuál es el francés cuyo corazón no se hubiera emocionado al ver erguirse á los hombres jóvenes de su condición, reclamando con la bella fogosidad, con los estremecimientos ardorosos de su juventud, un puesto de combate entre las primeras filas de los defensores de Francia, luchando con su pluma, poniendo en juego todos sus recursos intelectuales en beneficio de la querida patria atacada? Un país no debe limitar sus deberes de reconocimiento á aquellos que han caido heroicamente por la salvaguardia del suelo

sagrado. Debe extender ese reconocimiento á aquellos que lo defienden por la palabra y por la pluma; su gratitud debe ser todavía mucho más profunda hacia quienes lo sirven sin estar obligados, nada más que por el hecho de considerarse sus hijos intelectuales.

¡Ah! mi querido señor Agorio! Acabo de pronunciar la palabra que tengo sobre los labios desde el momento en que he empezado á leeros. Sois un hijo intelectual de Francia. No sois solamente un latino que sabe comprender y apreciar la cultura francesa. Habéis penetrado el alma de esa Francia que, según la fuerte expresión de Gambetta, *es la nodriza de las ideas generales del mundo*. Habéis desentrañado el modo como se extiende, tan profundo, variado, diverso y flexible á la vez, el genio de Francia; habéis logrado analizar lo que escapa á tantos extranjeros, como ser, por ejemplo, la riqueza incomparable que representa para nuestro país la mujer francesa. Y, sobre todo, no os ha pasado inadvertida la continuidad de la Francia al través del tiempo. Francia fué la primera de todas las naciones civilizadas que, en virtud del gran movimiento de las comunas, sacudió el yugo del feudalismo y de la teocracia. Algunos siglos más tarde, Francia conmovió al mundo entero, transformó la Europa, libertó las Américas, anunciando en primer término, por intermedio de sus grandes filósofos, la *Declaración de los Derechos*, que luego fué formulada por la democracia y defendida con las armas en la mano. Todavía hoy nos hallamos frente á la Francia de la Revolución, la Francia de la libertad, del derecho y del progreso, cuyos hijos luchan con un heroismo al cual nuestros propios enemigos no han tenido más remedio que tributarle homenaje.

Por instinto, todos aquellos á quienes su mentalidad inclina hacía las potencias de opresión,

de inquisición y de dogma tiránico, se encuentran actualmente al lado de los enemigos de Francia. Con nosotros deben estar los que piensan como usted, querido señor, los que consideran que el progreso no consiste en el aplastamiento de los débiles por los fuertes, en la absorción de los pequeños pueblos por los grandes, en la militarización del comercio, de la industria y aún mismo de la literatura y de la ciencia, en la unidad impuesta uniformemente por todas partes, sino que estriba en la libre diversidad, en el respeto de los derechos de cada uno de los pueblos como de cada uno de los individuos, en el desarrollo espontáneo de las iniciativas y en el florecimiento ilimitado del ser humano.

A esta gran causa, con vuestro hermoso talento, habéis llevado una contribución preciosa. Aceptad, querido señor, ó más bien, querido amigo, el testimonio de mis más expresivas gracias, al cual podéis agregar las seguridades de mis sentimientos afectuosos.

J. CAILLAUX,
Ex. Presidente del Consejo
de Ministros de Francia.

LA FRAGUA

Europa arde por sus cuatro costados. Un genio infernal ha puesto fuego á sus campos sembrados, á sus ciudades florecientes. Torbellinos de llamas, que viborean locamente en el cielo, iluminan el camino del mundo; de la misma manera, aquel faro humeante de Alejandría, hecho con troncos resinosos, iluminaba la ruta de los primeros navegantes. Si el fuego purifica por lo que tiene de destructor, puede también hacer luz en las tinieblas de nuestra conciencia. El rayo mata, pero la chispa del relámpago es capaz de revelarnos en un segundo, delante de nosotros, el negro abismo donde pensábamos poner el pie. Como si fuese un precioso metal, así sacamos la enseñanza del fondo de las brasas ardientes. « Entrada la noche, dice The Times, se veía en lontananza la ciudad presa de las llamas, presentando el espectáculo de una colosal fundición, de la cual salían resplandores y lenguas de fuego. Los proyectiles, al reventar en el aire, semejaban estrellas que se abrían en mil pedazos ». El continente incendiado ofrece el espectáculo fantástico de una inmensa fragua donde los hombres danzan enloquecidos como salamandras. Es la hornalla espantosa en que Plutón forja sus armas horribles. Allí fabrica la pátina gris con que cubre al planeta, ese vago color de infinito y misterio que parece la pintura de la muerte. Nada lo detiene. Cada martillazo suyo sobre la tierra enrojecida, lanza al espacio fragmentos luminosos que rodarán eternamente, cometas sin destino, aerolitos que se hunden en la inmensidad. Todo lo que este libro tiene de humano, lo tiene también de sangriento. Su sabor posee la amargura de las cenizas de donde ha sido

extraido Escrito en horas de fiebre, al resplandor del más grande cataclismo que han visto las centurias, él guarda la salvaje unidad de su espíritu, flotante sobre una barbarie que toca á cada rato y que impregna casi todas sus páginas. Pero si el lector observa en este libro algún destello de optimismo, Plutón es el único culpable. Su genio diabólico ha olvidado tapar las grietas y rajaduras de la fragua. Y esto tenía que suceder como una fatalidad. En ninguna literatura en ninguna tradición, el espíritu del mal es completamente perfecto. Ormudz vencerá siempre á Ahrimán. Los malvados tienen sus fallas hasta en las religiones. En la cámara obscura donde se trabaja para el silencio eterno, se han abierto resquicios imperceptibles. Por allí se cuelan las legiones del bien y penetran los chorros de la aurora.

Adolfo Agorio

CAPÍTULO I

LA NACIÓN SUPLICIADA — EL JUICIO DE AMERICA — VISIONES DANTESCAS — ALBERTO DE BÉLGICA — EL HOMBRE QUE CAMINA... — TIERRA MALDITA.

Cuando se analizan los fundamentos éticos del conflicto europeo, las conclusiones resultan forzosamente desfavorables para la moralidad internacional de Alemania. Su atropello á las libertades de Bélgica subleva toda conciencia honrada, y él solo ha bastado para quitar al formidable imperio de Guillermo, el apoyo de las simpatías universales. La destrucción de ese pueblo laborioso, de esa nación que no se ha dejado degollar sin defenderse, que no incomodaba á nadie, que vivía solamente para el trabajo, constituye uno de los crímenes más abominables de la historia humana. Se ha exclamado con entera justicia, que no es necesario formar parte de agrupación política alguna para protestar por la suerte de Bélgica; basta únicamente pertenecer á la humanidad. Dentro de este criterio lógico, todas las sociedades civilizadas se hallan en el deber moral de repudiar con toda energía ese supremo ultraje á los tratados que garantían la dignidad de un país de trabajadores, país que aceptó heroicamente su destino sangriento y que afrontó los caprichos de la fatalidad antes de verse aplastado por el peso de ejércitos cien veces superiores. Es que, frente á la fuerza que carece de fiscalización inteligente, las mayores

potencias se convierten en entidades amorales, y el derecho internacional queda relegado al puesto de una dulce ilusión. En un castellano tan sucio y torcido como el alma de quienes lo escriben, los agentes del espionaje alemán, distribuídos estratégicamente, inundan todos los países de América con copiosas circulares y hojas volantes, inpiradas todas por el gobierno imperial de Berlín. Como si se tratase de un descargo de conciencia, los germanos se empeñan en justificar el enorme delito perpetrado contra la integridad de Bélgica. En primer término, han aducido la excusa infantil de que, mucho antes que ellos, los franceses *habían pensado* invadir el territorio belga. Claro está que Alemania no ha presentado todavía las pruebas de su aventurada afirmación. Posiblemente, no las presentará nunca. En materia de falsificaciones, después del célebre despacho de Ems, la cancillería prusiana se ha hecho famosa. Luego, se ha argumentado que la violación de la neutralidad de Bélgica era de vida ó muerte para el imperio, el cual no podía sacrificarse *por un pedazo de papel.* Cuando se menosprecia la fe jurada y se desconocen los compromisos que uno mismo ha firmado, no queda otro recurso que ceder la palabra á los cañones, que hundirse en la más espantosa de las violencias. El gabinete británico ha desnudado rudamente toda la verdad que rodea al vituperable atentado. Los documentos publicados por Mr. Grey revelan que, no sólo Alemania se proponía pulverizar á Bélgica, sino que deseaba que Inglaterra fuese cómplice del asesinato. En un estudio reciente, Roosevelt hace recalcar la atención del lector sobre un extracto de la comunicación en la cual Sir Edward Goschen, embajador inglés en Berlín, daba cuenta de su entrevista con

el canciller. Cuenta Goschen que Bethmann-Hollweg «habló, más ó menos, veinte minutos. Dijo que el paso dado por la Gran Bretaña era terrible. Sólo por una palabra, *neutralidad*, una palabra que, en tiempo de guerra era á menudo tan desdeñada, sólo por un pedazo de papel, la Gran Bretaña iba á la guerra contra una nación vinculada á ella por la sangre. No podía pensarse lo que habíamos hecho. Era lo mismo que asaltar á un hombre por la espalda mientras luchaba por su existencia contra los asaltantes. Protesté enérgicamente contra esta declaración y dije, que de la misma manera que él quería que yo comprendiera que por razones estratégicas era cuestión de vida ó muerte para Alemania avanzar por Bélgica y violar la neutralidad de este país, quería también yo que él comprendiera que era, por decirlo así, cuestión de vida ó muerte para el honor de la Gran Bretaña guardar su solemne promesa de hacer cuanto pudiera por defender la neutralidad de Bélgica, si se viera atacada. Un pacto solemne debía guardarse simplemente; ó de lo contrario, ¿qué confianza podía abrigarse en los compromisos de Inglaterra en el futuro»? Después de leer estas líneas, hemos visto que las amenazas tudescas se han cumplido terriblemente. El pequeño y fecundo país, donde florecían prodigiosamente todas las industrias, no es hoy más que un vasto desierto calcinado. Los estertores de su prolongada agonía han salvado el océano en forma de sacudimientos dolorosos. Al llegar hasta nosotros, nos han obligado á desear el aniquilamiento del funesto régimen imperial que se abatió sobre Bélgica como una cuchilla monstruosa. Alemania será muy respetable; su civilización será todo lo maravilloso que se quiera; pero ningún americano podrá aplaudir honradamente el

triunfo de la nación agresora, sin traicionar la idealidad superior de todos los que hemos nacido en este continente y el respeto que nos han merecido siempre las nacionalidades pequeñas que desarrollan un alto movimiento de cultura. En tal sentido, este libro es una afirmación del pensamiento americano. Siguiendo las teorías de Von Bernhardi, la confederación germánica solo busca en la guerra « soluciones biológicamente justas ». Absorbernos á todos nosotros por medio de la violencia armada, sería un levantado ideal de justicia. Para Alemania, nuestros países son una cafrería. Continuamente se publican libros, que llevan el visto bueno del emperador, donde se pretende demostrar que la América del Sud es un continente salvaje, que unicamente progresaría en manos de los teutones. Basta hojear á Treitschke, si uno quiere convencerse de estas voraces intenciones. Para Treitschke la divisa alemana no debe ser otra que el *dominio del mundo ó el hundimiento*. En nuestra casa, Alemania ha hecho preceder sus ejércitos por una inmensa vanguardia de espías. El ilustre escritor inglés William Archer, afirma que el gobierno germano propuso á Inglaterra un arreglo de piratería para dividirse el planeta, desafiar la doctrina de Monroe y fundar una nueva Alemania en toda la América latina. « Si nosotros hubiéramos sido verdaderos políticos en el sentido bismarckiano, escribe Archer, pudimos haber aceptado tan innoble alianza. Como todo el mundo sabe, Alemania hizo al gobierno británico insinuaciones claramente encaminadas en este sentido ». Ya nadie duda que, si no hemos corrido la suerte de Bélgica, lo debemos principalmente á la eficaz acción diplomática de Inglaterra y Estados Unidos. Pero debemos aprovechar esas palpitantes enseñanzas. Nuestro porvenir

presenta contornos brumosos. Triunfante el militarismo germano, América se vería en la dolorosa necesidad de formar por entero una gran confederación militar para impedir que la doctrina de Monroe se convierta en un simple lirismo sin sentido. No se trata de odiar á Alemania, porque nada hay más estúpido que el odio hacia una raza que puede evolucionar y reformarse. Pero, dentro de la orientación que ha tomado el imperialismo descarado de los teutones, no queda otro remedio que precaverse vigorosamente contra la posible victoria de sus tropas. América debe luchar por su salvación, utilizando los mismos medios ofensivos con que se pretende esclavizarla.

***

América latina parece haber paralizado su vida interior para contemplar desde lejos, en silencio, las llamaradas del incendio europeo. Hija directa de aquella vieja civilización continental, América sufre sus dolores y participa de sus alegrías. Invadidas por las cenizas de la conflagración, enrarecidas por la humareda en su ambiente económico, las sociedades americanas se limitan á ser los espectadores mudos y angustiados de la tragedia. A pesar de todo, nos hemos embarcado en la causa moral de alguna de las naciones en lucha. Es que nuestras democracias, menos que ninguna otra, no han podido substraerse á la ley universal de la simpatía, ritmo eterno que regula todas las corrientes del pensamiento humano. Nuestra pretendida autonomía mental y étnica no ha existido jamás. Todo en nosotros es europeo, desde el color de nuestra piel hasta la forma de nuestro traje. Los americanistas que soñaron una raza nueva y cerrada,

libre de toda influencia ajena, se han convencido un poco tarde que nuestra originalidad criolla se agotó completamente cuando inventamos las boleadoras y el asado con cuero. Por eso Alberdi, después de estudiar los problemas vitales de Amèrica en una forma como pensador alguno ha conseguido igualarlo, reclamaba francamente la incorporación total de los elementos indo-europeos al movimiento cultural del nuevo mundo. Y América se dejó conquistar por Europa. Sorbió sus ideas, aplicó su legislación, aprovechó su industria. Por otra parte, heredó de las viejas agrupaciones, con su derecho legislado, un concepto claro de la justicia colectiva y del respeto internacional. Precisamente, porque repugna á América todo desprecio de la lealtad nominal y toda violación de la fe jurada, se ha erguido contra Alemania. El pueblo americano no odia al pueblo alemán, pero coloca por encima de todo el sentimiento inviolable de la justicia. Guillermo Ferrero ha dicho la verdad en una correspondencia reciente, al asegurar que Alemania se ha cercenado las simpatías de todo el mundo con su atropello injustificable á las libertades de un pueblo laborioso y pacífico, cuya misma integridad ella había prometido garantir. Contrasta su actitud con la de Inglaterra, esclava de sus tratados, que hoy se desangra noblemente para defender con sus cañones la dignidad ultrajada de la nación belga. « Ha habido en toda Europa — dice Ferrero — una especie de estremecimiento cuando se oyó al primer magistrado del imperio alemán declarar á la faz del mundo, en una hora crítica como esta, que los más fuertes tienen el derecho de pisotear el derecho internacional cuando convenga á sus intereses. ¡Qué responsabilidad habrá de caer sobre el gobierno

alemán si las cosas no marchan prósperamente, en la guerra inevitable!» Y América, que proclamó por la boca de uno de sus hijos más ilustres que «la victoria no da derechos», fórmula que envuelve la más enérgica repulsión á todo espíritu de conquista, no puede estar nunca con los que han aniquilado por el hierro y el fuego á la pequeña nación del trabajo, al enjambre más prodigioso de la actividad humana.

***

El *Daily Chronicle*, de Londres, publica una narración terrible sobre las últimas horas que precedieron á la caída de Amberes. El corresponsal abandonaba la ciudad en el preciso momento en que entraban los alemanes, después de tres días de constante y atronador bombardeo. Durante todo ese tiempo, los grandes morteros no cesaron de vomitar la muerte y el fuego. La ciudad estaba casi desierta. No fué posible hacer la menor tentativa para extinguir los incendios que habían estallado en todos los barrios del sud. Además, la población corría el riesgo de morir de sed, porque todos los caños conductores de agua habían sido cortados. «Pasando por una de las avenidas principales, dice el corresponsal, un proyectil hizo explosión á veinte metros de distancia, produciendo una corriente de aire tan violenta que me arrojó contra la tierra.» Una casa, situada en las proximidades, fué horriblemente perjudicada. Sobre el pavimento cayó una lluvia de escombros y de leños humeantes. Un hombre de cuarenta años, flaco, completamente desnudo, parecido al Don Quijote que luchaba contra los odres de vino, salió del edificio gritando de un modo espantoso. El desgraciado,

que se había vuelto loco, decía haber hallado un tesoro. Y en verdad, que las brasas ardientes, las vigas enrojecidas por las llamas, parecían lingotes de un material precioso y desconocido. « Cuando llegó la noche, agrega el corresponsal, la ciudad tenía un aspecto fantástico ». El periodista no exagera. Aquello era un inmenso brasero. El fuego se abría camino por todas partes, y los resplandores de la quemazón gigantesca iluminaban los canales y los campos hasta muchas leguas á la redonda. Entre tanto, el bombardeo había aumentado de intensidad. El ruido de miles de granadas, reventando á cada minuto, producía vértigos y delirios salvajes. Los cuerpos humanos caían como racimos maduros, tapizaban materialmente todas las vías de tránsito. Para salir de aquel infierno era necesario caminar cuadras enteras sobre una alfombra trágica, hecha de cadáveres carbonizados. Se diría que algún espíritu, divino y malvado, hubiese creado estos horrores para renovar las fuentes de la inspiración humana. Nada hay en la literatura de todos los tiempos que pueda ganar en espanto á la tragedia que se está representando en Europa. La imaginación más perversa no podrá combinar jamás las angustias de esta realidad nunca sentida. Pero todo eso no para ahí. Basta comparar la guerra balcánica con la conflagración actual, para deducir el monstruoso tributo que habremos de pagar á la muerte. Los dos últimos estallidos balcánicos, que se dividen en una campaña contra Turquía y otra contra Bulgaria, ocasionaron la pérdida de 439.200 hombres. De esta ración de vidas humanas corresponden 71.000 á Servia, 48.000 á Grecia, 11.200 á Montenegro, 150.000 á Bulgaria y 150.000 á Turquía. Los tratadistas aseguran que estas guerras, en que to-

maron parte ejércitos reducidos, fueron extremadamente mortíferas, en virtud de la gran precisión de los instrumentos modernos. En nuestra época, el antiguo proverbio militar que asegura que es necesario una tonelada de pólvora para matar á un hombre, empieza á perder su verdadero sentido. Es verdad que no todos los tiros dan justamente en el blanco. Según nos revela la estadística, durante la guerra de Crimea los franceses mataron un ruso por cada quinientos noventa tiros disparados. En cambio, los rusos ocasionaban una muerte por cada novecientos diez tiros. Pero fué más curioso aún lo que pasó en Tronville y Lorgny cuando estas localidades fueron sitiadas por los alemanes en 1870. En la primer población, treinta mil proyectiles sólo alcanzaron á matar dos personas; en la segunda, la misma cantidad de disparos no produjeron una sola víctima. Las cosas hoy han cambiado. Nuestros instrumentos de destrucción poseen una exactitud maravillosa. Una vez regulado el tiro, ningún proyectil se pierde en el vacío. Los cantos que se le olvidaron á Dante, se escriben hoy con los cañones de setenta y cinco. Un solo disparo de shrapnell aniquila regimientos enteros, y el más insignificante explosivo produce desastres que nublan la vista y oprimen las arterias. Las últimas guerras balcánicas constituyen una formidable enseñanza de lo que puede todo nuestro armamento diabólico. Ninguna guerra de la historia, en su brevedad de relámpago, se ha visto coronada por tan colosales matanzas. El choque de veinte millones de hombres, que van formando á su paso mares de sangre y cordilleras de cadáveres, empieza á horrorizarnos. Pero aún no hemos visto nada sobre el vasto escenario. Una gran parte del drama permanece

en blanco. Cuadros que no se sueñan, están todavía por pintarse.

***

Muchas plumas que hayan rascado el papel con rabia, estampando blasfemias contra los monarcas y sudando maldiciones contra los poderosos, se sentirán hoy invadidas por inexplicable ternura, al contemplar la actitud de Alberto de Bélgica, el rey joven y heroico que, á riesgo de sucumbir, se pone al frente de sus soldados para defender las libertades de un pueblo invadido por enemigos formidables. Si bien la inquietud era muy grande, nadie pensó en Bélgica, al principio de los sucesos, que la neutralidad de su territorio iba á ser violada. Todo el mundo creyó que los tratados internacionales salvarían de toda agresión á ese pequeño y maravilloso país de trabajadores. Pero una noche, Alberto tuvo la triste noticia. El ejército germano pasaría por el territorio de Bélgica para atacar á Francia. « Anoche — escribe Roberto Payró desde Bruselas — he tenido un momento de extraña emoción. Trabajaba en mi escritorio con las ventanas abiertas, y el aire perfumado por los árboles y las plantas floridas del parque de M. Brugmann, entraba á bocanadas, sin un rumor, cuando de pronto comenzó á sonar la campana de la iglesia de Uccle. « Ya son las doce » — me dije y miré el reloj. Era la una. Sorprendido salí al balcón. En la avenida no había un alma, y en la noche tranquila y clara seguían vibrando las notas lentas é insistentes de la campana que perforaban el silencio como un clamor. Cesó de pronto, y ya iba á retirarme, cuando otra, lejana, perdida en la noche, comenzó á tañer también, y otras y otras la siguieron, tan

distantes, tan tenuemente, que el oído las percibía apenas. Era el toque de rebato, el llamamiento á las armas. Y os aseguro que en la soledad y el silencio de la noche, cuando no se puede saber lo que ocultan sus sombras, lo que se prepara en la tiniebla, esa música grave y acompasada es imponente, llena de sugestiones, de amenazas, de misterio trágico » ...

Como el peligro se acercaba, el rey Alberto hizo hablar á las campanas, pidió auxilio á las altas torres por donde se elevan á la altura las plegarias de millares de fieles, y las torres vibraron suavemente llamando al pueblo á las armas. De campanario á campanario, volaron las notas del bronce por toda Bélgica como mensajeras de la muerte. El toque de rebato! El terrible somatén de la revolución francesa, que insurreccionaba barrios enteros, levantaba barricadas y arrojaba contra los palacios facciones de descamisados! El rey Alberto, monarca de una democracia soberana, sabía que el pueblo lo rodearía en cualquier momento de peligro. No ha desdeñado por eso el sonido palpitante de las campanas, el toque majestuoso de la rebellón. Alberto se ha declarado revolucionario, porque ha estado el derecho de su parte. Como Petion la noche del 10 de Agosto de 1792, ha hecho lanzar al aire los bronces sagrados, proclamando, también como él, la nueva verdad cercada de amenazas, esa gran verdad de la revolución que transformó la base jurídica de las sociedades y creó la dignidad internacional.

***

« *The Great War* », revista londinense, ha publicado un dibujo de su corresponsal en la guerra,

representando la retirada de los belgas en medio de la noche. Apenas si se consigue percibir, dentro de la sombra, el bulto negro de los hombres que se atropellan. Toda la escena está envuelta en una misma mancha ruda y discreta. Seres que se amontonan, soldados que se apeñuscan, escuadrones en tropel, rebaño humano que huye... La visión de aquella oleada sin forma, muda y caprichosa como la suerte, tiene el encanto de la fuerza abatida por el hierro y dignificada por el dolor. No afea la figura ningún rostro pálido; ningún puño crispado altera la monótona uniformidad de esa masa ciega. Cráneos que no se ven, brazos que no se sienten, el lápiz del artista ha querido trasmitir la emoción salvaje de una fuerza inerte, vencida, donde no palpita un sentimiento ni vibra una sola idea. Pero ese desierto de angustia, que se mueve como una sábana fantástica, que ha sentido aullar á sus flancos, como en un delirio, los perros flacos y huraños de los dioses flamígeros, recuerda aquella escultura desconcertante de Rodín, su hombre de mármol, sin cabeza, sin brazos, que se empeña en caminar y cumplir su destino... El hombre que camina! Aunque jamás se halla comprendido el simbolismo terrible, la estatua habla en el atrevimiento genial de su blanca carne palpitante. Uno quisiera palpar esas desnudeces, arrancar el secreto descarnado de una humanidad que es esclava de sus fuerzas atávicas y que flota todavía en el vacío con la velocidad inicial del primer impulso. De nada nos sirve la inteligencia. Poco vale el instinto. Ha muerto el cerebro de donde dimana la voluntad; los brazos que la ejecutan, han sido cortados. Una humanidad decapitada, instrumento pasivo de la violencia cósmica, anda á tanteos entre las

tinieblas que se abren y se cierran á su paso como crespones. No puede decir el género humano, como Atila, que el destino ha sucumbido, que la tierra se estremece por que él es el martillo que golpea al mundo. La concepción de Rodín es el símbolo más desgarrador de la especie moribunda que cree poseerlo todo y que nada tiene. Nadie es capaz de sospechar lo que se encierra detrás de esas cuatro paredes de un cráneo que no existe, lo que se esconde dentro de esos músculos impotentes para doblegar la vida interior. Mientras rodamos hacia abajo en una carrera vertiginosa, nuestra imaginación, como un duende irónico, como un diablejo en perpetua burla, construye paisajes risueños y seductores. De esta manera, es como logramos darnos la ilusión de que somos los amos. Del mismo modo, el niño que coloca entre el pasto una langosta aturdida, acaba por creerse cazador de fieras en plena selva virgen. ¡El hombre que camina, el hombre ciego y sin brazos, con la soga al cuello, con la garganta anudada por la fatalidad! Tenemos, sin embargo, una admirable y suprema inconciencia. Nos despeñamos entre sonrisas, saboreando la miel de nuestros placeres insensatos. León Tolstoi, en su ingenuidad maravillosa, no podía resignarse á aceptar ese estado de postración moral que nos cierra todas las puertas del alma. Nuestros sentidos despertarán cuando hayamos tocado el fondo del abismo. Y entonces, agotados en nuestra energía sin objeto, defraudados en nuestras ideas sin finalidad, nos resolveremos á quebrar una vida quimérica que tiene la fragilidad del cristal sin poseer ni su transparencia ni su brillo.

***

Como en tiempos del duque de Alba en que los tercios famosos vieron ponerse el sol sobre los sangrientos dominios castellanos, hoy Flandes es la misma tierra de miseria, la tierra maldita del hambre y la desolación. Parece que la atmósfera de Bélgica, antes luminosa y serena, manchada sólo por el humo de las fábricas, se hubiese envenenado con gases mortales y terribles. Todo está inundado por el olor nauseabundo de la fiebre y el vaho apestoso de los cadáveres. La muerte y la enfermedad se dan la mano en medio del silencio. « Las familias belgas, dice Cipriano Facchinetti, huyen en masa como un nuevo pueblo de Israel. Han rebasado las fronteras de su pequeña y heroica patria en busca de un refugio en territorio francés, donde las mujeres no fuesen violadas, donde los techos de las casas no fuesen más la lápida que cubre la tumba de toda la familia, donde la bayoneta no desfogase atrozmente sobre el cráneo inocente de los niños la venganza y la embriaguez de la rivalidad entre los padres. Los belgas han poblado de lágrimas, de cenizas y de miseria, todo su país, hasta alcanzar con los pies ensagrentados por las largas marchas la protección inviolada del hogar francés; han conocido todos los dolores y todas las persecuciones ». De la nación fecunda, no queda más que el suelo arrasado, pisoteado y deshecho. La obra comenzada por el hierro de los obuses, se completó con la llama devoradora del incendio. No quedan más que escombros humanos, cenizas todavía tibias, piedras calcinadas, paisajes de ruinas por donde han pasado caravanas interminables de caballos hambrientos y de hombres lívidos como espectros. Bélgica ha sido siempre « el campo de batalla de Europa », la tierra elegida para el escarmiento y el sacrificio. Pero ella ha muerto todo imperia-

lismo, ha sido para los tiranos la sombra fatal del manzanillo. Como cayeron Felipe II y Napoleón, Bélgica puede muy bien todavía ser la tumba de algún nuevo César. Toda una raza ha dejado hoy, prendidos en los alambres de púa de las fortalezas, desgarrones de carne sanguinolenta. Esos palpitantes banderines del odio provocarán la venganza de las generaciones que han de venir. La vida renace, el pensamiento se renueva, la energía se transforma constantemente. Lo único que permanece inmutable es el fondo salvaje de nuestra propia naturaleza. Como la heroína de Rider Haggard que encontró dentro de la montaña, envuelto en columnas de fuego, el secreto de la existencia eterna, Bélgica ha extraído siempre de sus ciudades abrasadas, el rudo metal de la reconstrucción. Pero, aún cuando el ultraje no se olvide, la tierra maldita volverá de nuevo á cubrirse de flores...

CAPÍTULO II

PATOLOGÍA IMPERIAL — MAXIMILIANO HARDEN — LAS PEQUEÑAS CAUSAS — GRAN DELITO, SUPREMA VIRTUD — DEMOCRACIA Y MILITARISMO.

Aquella tarde Guillermo II regresó del castillo de Postdam y entró como una ráfaga en el palacio imperial de Berlín. El kaiser había hecho una digestión difícil, y sentía cierta irritación incomprensible hacia todas las cosas. Su brazo de acero, lleno de resortes eléctricos, una de las más grandes maravillas de la mecánica alemana, le pesaba mortalmente. Su cerebro no percibía más que paisajes sombríos. Al entrar, Guillermo dió un puntapié á su canciller y empujó con violencia al ayuda de cámara, los cuales saludaron militarmente. Ya completamente solo, cerca de una mesa cubierta de mapas, sintió, como Macbeth, la voz misteriosa que se estudia en todos los tratados de patología mental: «Tú estás llamado á ser emperador del mundo, dijo la voz. Eres la cumbre hacia la cual se dirigen todas las miradas del género humano, la montaña llena de truenos y relámpagos que dicta la ley á la especie. Eres tan fuerte, que puedes ceñir el planeta entre tus brazos como si fuese el talle de tu mujer. Eres dueño del imperio militar más formidable que han visto los siglos. A una palabra tuya, millones y millones de seres chocarán entre sí, se aplastarán los cráneos y abrirán los vientres. Eres una montaña de violencia, ya te lo he

dicho, pero un solo gesto tuyo puede transformarte en el abismo que ha de tragar las vísceras de todos tus enemigos. Acuérdate que el abismo no es más que una montaña invertida. ¿Qué haces, entonces? ¿Tienes miedo? ¿Olvidas que hace cuarenta y cuatro años que, cerca de Essen, los setenta y cinco mil obreros de Krupp están trabajando para la muerte? Declara la guerra. Una vacilación tuya sería un crimen. Provoca el incendio. Tu tea encendida recorrerá toda la Europa, iluminando el rostro lívido de ochenta razas degeneradas. Vomitarás el fuego de Dios sobre las naciones afeminadas por la democracia, serás el azote divino de todos los pueblos prostituídos en el culto á los ídolos de la fraternidad. No vaciles, Guillermo. Precipita el estallido. A la hipocresía pacifista de tus enemigos, debes oponer el cinismo resplandeciente de tu fuerza, virtud suprema que no pueden discutirte, puesto que, como dijo Séneca, es necesario ser muy valiente para ser cínico, porque el cinismo es la más enorme sinceridad en el mal». La voz calló de pronto, y el aposento quedó silencioso. Guillermo irguió su cuerpo flexible y elástico como el de un felino. Luego, plegó algunas de sus cartas y se restregó furiosamente sus ojos, esos ojos color gris acero, fríos é inquietantes, que tanto entusiasmaban á la infanta Eulalia y que parecen hechos con el material con que se forjan los cañones. En una esquina de la mesa se hallaba el correo de París. Guillermo, algo fastidiado, empezó á romper las fajas y á recorrer los diarios con aire displicente. De pronto, sus manos se crisparon sobre el papel y en sus labios pálidos, coronados por bigotes parecidos á bayonetas, surgió un temblor convulso. El emperador había tropezado con un artículo de Eduardo Dru-

mont, en la *Libre Parole*, donde el insolente periodista se atrevía á poner en duda sus aptitudes militares. El kaiser leyó: « Guillermo II jamás ha visto una guerra. La única vez que quiso, en unas maniobras, dar al emperador de Rusia una muestra de sus talentos militares, se dejó tomar prisionero por la primera patrulla ». El emperador estrujó el diario completamente y golpeó el piso con estrépito. Sus botas se hundieron en la alfombra y sus espuelas se clavaron con rabia. No era tolerable que se tomase como prueba de incompetencia una humorada de su espíritu. Ya que el mundo quería verlo en la guerra, él le ofrecería gratuitamente ese espectáculo sangriento. Y entonces, un poco más sereno, el monarca redactó su primer ultimátum. Después, abriendo las ventanas, arengó á la misma muchedumbre que aplaude siempre sus discursos y que rodea permanentemente el palacio de los poderosos. « Esgrimiré la espada con violencia, dijo, y no la volveré á la vaina sin honor ». Y así empezó el drama. Como podrá juzgar el lector, todas las guerras tienen un origen semejante.

***

Todo se le ha sido permitido al grande y valiente publicista. Admirador de Bismarck, amigo personal del emperador, defensor de las viejas tradiciones heroicas de los germanos, Maximiliano Harden es uno de los pocos hombres que tiene derecho en Alemania á gritar fuerte y claro. Si el imperio se transformase de pronto en una democracia republicana, Harden sería uno de sus primeros hombres. Cuando el escándalo de la tabla redonda, denunciando al kaiser la camarilla corrompida de sus amigos, Harden fué de una valentía atroz. Afrontó un proceso criminal, des-

afió con altivez la impopularidad de su nombre. Desde entonces, las palabras Moltke y Eulemburg sirvieron para designar picarescamente dos de las partes más delicadas del cuerpo humano. Pero había algo más que un deseo pecador en desnudar á aquellos buscadores de efebos, en desenmascarar á aquel festín de pederastas, cónclave de degenerados y de borrachos, nido de cínicos, cueva de invertidos, donde se manchaba con lodo y se emporcaba con inmundicias el prestigio militar de una casta privilegiada. A partir de esas estruendosas revelaciones, el espíritu de Harden se ensombreció. Su pesimismo se hizo más intenso. Pareció disolver en las lágrimas la última de sus ilusiones imperialistas. El discípulo de Bismarck empezó á dudar de las virtudes de su propia raza; se hizo escéptico, mordaz, descreído. En el fondo de su desaliento ideológico pareció opinar que, si Alemania es un gran pueblo, el imperio es, en cambio, una vergüenza de la civilización universal. El día antes de la declaración de guerra, Maximiliano Harden criticaba en su revista *Zukunft* las orientaciones de la política imperial, ridiculizaba á los que « aparentan creer que se puede herirá Rusia en el corazón para debilitarla, por lo menos, diez años; á esa Rusia que ha podido resistir á los tártaros, á los turcos, á Bonaparte, á Luis Napoleón; la Rusia que no está ahora aislada detrás del Baikal, sino que se encuentra al lado de sus aliados ». En otra parte de su artículo, el famoso escritor exhorta á sus compatriotas á « mirar las cosas como son y no tal como se las presentan ». Luego, agrega que el emperador se juega la corona. « Pobre de quien ha jugado con tan formidables cosas — exclama. — Pobre de quien, en lugar de mirar el objeto y el precio de la lucha,

sólo piensa en su vanidad»... Más adelante, Harden afirma que «el que lleva ante su país la responsabilidad de la guerra, aparecerá ante él como un miserable maldito, si no prueba la necesidad de lo que acaba de suceder». Otro que no fuera Harden, hubiera pagado con la horca el precio de su loca temeridad. Pero al gran publicista se le teme por su prestigio, por el inmenso público que sueña junto con él las mismas ideas, por la gran cantidad de alemanes que siguen el ritmo de su pensamiento como si fuesen las moléculas de un mismo péndulo oscilante. Maximiliano Harden no interpreta sólo su propia conciencia. Él es la voz de toda una generación fatigada por los armamentos, extenuada por los expoliadores de la vanidad militar. Su orgullo está en la fuerza intelectual de un pueblo que ya ha cumplido su destino. La melancolía de su espíritu no es más que el resplandor crepuscular de una raza, el reflejo moribundo de un astro que se pone. En ese ocaso trágico, Harden recoge sobre su frente los últimos rayos y mira con tristeza al sol que agoniza irremediablemente, á la luz que pierde su brillo y que no podrá volver á ser encendida.

***

Esta existencia nuestra que, según Swift, es una comedia para el hombre frívolo y una tragedia para el hombre de corazón; esta corriente de sensaciones que nunca se para, tan contradictoria, tan desconcertante, jamás ha vuelto á recorrer hacia atrás el camino andado. Si pudiésemos volver sobre nuestros pasos, investigar las razones por las cuales nos hemos movido, penetrar las pequeñas causas que producen los

desastres humanos, quedaríamos mudos de sorpresa al constatar cómo la espantosa máquina universal es capaz de conmoverse al contacto de motores tan insignificantes. Cuando Saint - Beuve afirmó con socarronería que si la nariz de Cleopatra hubiese sido un centímetro más larga, la historia del mundo habría sido muy distinta, Saint-Beuve dijo una gran verdad. Un solo centímetro de nariz, deformando el rostro purísimo de la reina, hubiera evitado la locura sangrienta de Antonio y las guerras atroces que se sucedieron. De no realizarse el rapto de la mujer de Menelao, se hubieran ahorrado las matanzas abominables de Troya. Si Carlos XII no hubiese sido neurasténico, no habría necesitado de guerras odiosas para distraerse. La última aventura bélica de Luis XIV tuvo su orígen en una mala digestión del monarca. Muchas de las violentas campañas napoleónicas, no tienen más explicación aceptable que la epilepsia de Bonaparte. ¡Ah! ¡Las pequeñas causas! El día en que se sutilicen los motivos de la conflagración europea, y se cuenten los microscópicos granos de pólvora que provocaron el primer estallido, la humaninad se preguntará espantada si tanto horror pudo ser posible á costa de causas tan diminutas. Pero la ciencia del porvenir tendrá que hacer maravillas aún sobre los detalles más minúsculos. El progreso de la psicología nos reserva muchas sorpresas desagradables. Dentro de algunos años, los maestros de la ciencia alemana se echarán á averiguar que manjares comió Guillermo la noche en que empezó á lanzar desafíos á todos los vientos. Aunque parezca raro, los alimentos tienen una gran importancia en los destinos de los pueblos y de los individuos. Vitelio perdió su agilidad cerebral por comer demasiado, y Buckle nos enseña que el consumo de

la patata produjo las grandes miserias colectivas de Irlanda. Pero debemos tener confianza en ese método admirable de los germanos que mide hasta lo que no se puede medir. Esa ciencia de los Fechner, de los Wundt, de los Weber, nos prepara un espectáculo sorprendente, Ella nos dará la clave de esta tragedia. El estudio de todos los fenómenos del espíritu y de la historia, ha sido elevado en Alemania á la categoría de una ciencia exacta. Los sabios teutones son todo poderosos, como el imperio de donde proceden. Nada les fallará en su febril empeño de averiguar las causas ínfimas del cataclismo. Una vez comprobado que Guillermo cenó perdices, se tratará de analizar el trigo que comieron las aves, la tierra donde se sembró ese trigo. Se seguirá analizando indefinidamente hasta llegar al embrión, al protoplasma, á la metafísica, á esa metafísica inmensa como el mar, donde van á fundirse todas las corrientes del pensamiento germano, y que, en resumidas cuentas, resultará la única culpable del enorme delito.

***

Enrique Heine, que tuvo el honor de contar hasta después de la muerte con el odio implacable de los Hohenzollern, que lo persiguieron hasta en el mármol, derribando el busto del poeta erigido en la isla de Corfú por la piadosa emperatriz Isabel, el gran alemán, acosado en su patria como una bestia rabiosa y frenética, señaló con gran valor de espíritu la antimonia violenta entre el pensamiento francés y la mentalidad germana. «El patriotismo del francés, decía Heine, consiste en que su corazón se extiende, se ensancha, que abarca en su amor no solamente á sus más alle-

gados, sino también á toda Francia, á toda la civilización. El patriotismo del alemán, al contrario, consiste en que su corazón se encoge, como el cuero bajo la helada, que deja de ser un ciudadano del mundo, un europeo, para no ser más que un estrecho alemán ». Dentro de esta antítesis fabricada por dos estados sociales adversos, nacen corrientes intelectuales opuestas y sistemas morales distintos. La práctica del espionaje durante la paz, nos da la medida digna de las dos razas. El espíritu romántico y caballeresco, el tinte de idealismo medioeval que todavía colorea el carácter de cada galo, su integridad espiritual, su altivez sin tacha, todo ello hace muy difícil que allí prospere el provechoso oficio de espía. Lo mismo pasa en Inglaterra. Uno no concibe á un noble sajón ni á un aristócrata francés ocupados en tan baja tarea. Durante las hostilidades, cuando se juega la vida, es muy posible que penetren disfrazados en una fortaleza enemiga ó salven la línea de fuego, mientras la lucha es más ardiente, para volver luego con un puñado de datos preciosos y salvadores. Pero en momentos de tranquilidad internacional, nadie se atrevería á pasar las fronteras, penetrar risueñamente en los hogares y aprovechar la hospitalidad ajena, la lealtad del amigo, los afectos más queridos del hombre, para pagar con ellos el precio de la traición. En cambio, la moral prusiana rechaza esas contemplaciones, esos pobres escrúpulos que ella reputa como hijos de la debilidad nacional, de la anemia colectiva de las razas. El espionaje, que se cultiva en Francia como una peste, en Alemania ha sido puesto al nivel de las más altas virtudes patrióticas. Un espía, capaz de apoderarse de una valiosa información militar por medio de engaños y de astucias, merece tanto la gloria del bronce

como el más heroico de los guerreros. Bismarck empezó como espía su carrera diplomática y la terminó como canciller. Aristócratas alemanes, dispersos por todo el planeta, envían metódicamente al departamento secreto de Berlín, el fruto de sus copiosas observaciones. El más despreciable delito, penado con el fusilamiento, representa allá el más elevado timbre de honor. Se puede triunfar también con las virtudes negativas. El Japón, cuya moralidad internacional lo hace hermano gemelo de Alemania, ha hecho del espionaje una institución oficial, ha puesto al servicio de su imperialismo un ejército de ojos oblícuos que pasan torvamente sobre todas las cosas del mundo. En las posesiones de Asia, el imperio de Guillermo II se siente lastimado, amputado por sus propias armas. Ahora él también sabe lo terrible que ha sido sembrar esa mala semilla de asechanzas, ese funesto hormiguero de cabezas que recogen los tesoros de nuestra casa, lo mejor de nuestra amistad, para luego vendernos al enemigo. Lo que pasó en Bélgica es un ejemplo bien triste de todo lo que puede, de todo lo que corrompe esa doctrina llena de perversidad demoníaca. Será muy patriótico el espionaje, frío, pacífico, calculado; será él muy grande, muy admirable, muy humano, pero basta que repugne á nuestra conciencia de hombres para que la inmensidad de su sacrificio se pierda como una gota de agua en el infinito del océano.

***

Para muchos espíritus modernos, esta guerra tiene cierto carácter de revolución social. Se ha definido el incendio europeo como la lucha entre la democracia y el militarismo. No hay duda que

existe una diferencia esencial entre los ejércitos elevados á la altura de casta imperialista y los que se hallan al servicio de las instituciones democráticas y republicanas. Hay una enorme distancia entre los soldados de la república francesa de 1793, que libertaban pueblos, y los soldados del imperio napoleónico, que esclavizaban naciones. Si las democracias se han apoderado de los métodos militares contemporáneos, ha sido para conservar su integridad frente á la amenaza de los hombres que disponen á su antojo de la voluntad de millones de súbditos. Un periódico italiano de los más avanzados, describe la transformación radical que sufriría Europa si triunfase la tendencia alemana. En primer término, se sofocaría el estallido democrático en Inglaterra y se suprimaría la república en Francia. Luego, se consolidarían las monarquías absolutas, inclusive la rusa, con un renacimiento del militarismo en su expresión más bárbara y prepotente. Por último, el papa conquistaría el poder temporal con ayuda de las armas austriacas. En cambio, según el mismo periódico, la victoria de los aliados traería consigo un vigoroso impulso que levantaría la democracia social en toda Europa, proclamándose la república en Berlín y Viena como consecuencia de la desmoralización militar. Por su parte, la autocracia rusa se transformaría en una monarquía constitucional y parlamentaria, firmándose un pacto entre todas las naciones para hacer efectiva la limitación de los armamentos. Este estado de espíritu social sería una enseñanza para todo el mundo, pues permitiría ventajas provechosas á los países de otros continentes. Rusia sería la única nación aliada á la cual el triunfo colocaría en posición difícil; los ideales que se persiguen en la guerra son contrarios á los

intereses de su aristocracia militar. Nicolás II fué siempre partidario del desarme, porque no preten de un ejército para hacer conquistas, sino para ahogar en sangre el movimiento democrático de su vasto imperio. La corriente idealista de la raza eslava tiene á veces sus explosiones heroicas. Pero de nada valió que el 22 de Enero de 1905 un pueblo, andrajoso y hambriento, marchase descalzo sobre la nieve para pedir al zar la sanción de garantías constitucionales. Los cosacos dispararon sus armas contra la muchedumbre, y la nieve se tiñó de rojo. Cuando la opresión militar no es una amenaza para los pueblos vecinos, constituye en manos de los monarcas absolutos una espada terrible, presta siempre á tronchar cualquier tentativa de liberación pública. La autocracia rusa podría únicamente ganar la partida á costa de una humiliación. Los germanos vencedores, después de afrentar al zarismo, tratarian de darle la mano y de fortalecer su espíritu. No puede convenir jamás á las orientaciones internas de Alemania, el resurgimiento á su lado de una nacionalidad libre, que podría inocularle furtivamente el virus de la violencia revolucionaria. Y todo ello podría suceder sin esfuerzo. Basta que cambie de sitio una sola molécula para precipitar el desastre. Un simple rumor de cadenas que quieren ser rotas, puede provocar la algarada vertiginosa y arrolladora. Las fuerzas democráticas de ambos países no han llegado á equilibrar todavia el poder de la casta militar, el absurdo servilismo del uniforme. Melchor de Vogüé, el hombre que popularizó en Francia las obras literarias de Tolstoi, esperaba mucho de la energía social de los rusos. Tenía gran confianza en esa raza, fuerte y soñadora, cuyo sano idealismo, menos escolástico que el de los germanos,

es capaz de plasmar esfuerzos eternos. La oligarquía militar no existe en Francia, ni en Inglaterra, ni en Italia. Ella es hija del absolutismo político. Por eso, las naciones se disputan algo más que su hegemonía económica sobre el tablero europeo. En la angustiosa partida, se juega la suerte de las libertades humanas y de la democracia internacional.

CAPÍTULO III

LA VICTORIA EN EL AIRE — RAYMOND POINCARÉ — EL APÓSTOL DE LA OFENSIVA — EL GENERAL DE LA HUMANIDAD — LA MÁSCARA DE HIERRO — EL CORONEL DE ROCHAS.

El gobierno republicano le ha confiado, como á Carnot, la difícil tarea de organizador de la victoria en un plano completamente desconocido para el gran general de la primera democracia francesa. De origen alsaciano, con la radiante terquedad de todos los seres de su raza, el general Hirschauffer ha aceptado el puesto sin vacilar. Su ejército es el más pequeño de todos. Apenas si cuenta con dos mil hombres. Pero son hombres fabulosos, á los cuales han nacido alas y que marchan por encima de las nubes con velocidades de leyenda. Conquistar la victoria en el aire, tiene sus responsabilidades supremas. Sin levantar vuelo, desde el cuartel general, Hirschauffer se ha revelado un fino estratega de la atmósfera. El jefe no necesita del aeroplano para elevarse. Sobre el mapa abierto, su dedo nervioso señala el trayecto fantástico de los aviadores. En la soledad, mientras á lo lejos truena el cañón y vibra á su lado el timbre del teléfono militar, mientras los ayudantes trasmiten órdenes y reciben informaciones de las avanzadas, Hirschauffer sabe reconcentrarse y combinar sus planes. Calcula y mide sin esfuerzos. Prepara asechanzas, organiza descubiertas, máquina emboscadas. Parece un felino elegante, con

garras escondidas en guantes de seda, agazapado en la sombra, dispuesto á sorprender los puntos débiles del enemigo. Cuando el adversario menos lo piense, las zarpas formidables se convertirán en tentáculos, los tentáculos en bólidos de fuego surcando el espacio, en espectros fugaces y mortales como si fuesen hechos de rayos. Es que el general ha recogido en las aguas del viejo Rhin, la paciencia de Kléber y la impetuosidad de Kellermann, los dos grandes caballeros de Alsacia que conquistaron para Francia los laureles eternos de Heliópolis y de Valmy. Una gran parte de las glorias francesas son glorias alsacianas. Hasta la misma Marsellesa nació en Estrasburgo. El Rhin no constituye sólo el verdadero límite geográfico de Francia; es también su frontera moral, el abismo que separa dos razas con ideales distintos, dos espíritus profundamente divergentes. Le ha tocado ahora á Hirschauffer ser el director de un puñado de héroes. Al frente de la cuarta arma, se ha revelado el general modernísimo, que inaugura una forma de lucha desconocida en todas las tragedias de la historia. Su nombre áspero se parece á las rudas cortezas que encierran frutos delicados. Pero el espíritu de Hirschauffer, firme y suave como el filo de una espada, no conoce la herrumbre del abandono. Temperamento de una actividad extraordinaria, inaccesible al reposo, la aviación militar francesa le debe sus mejores triunfos. Tenaz y soñador, Hirschauffer tiene la imaginación de los organizadores. Un hombre que carece de fantasía es incapaz de calcular. La victoria sólo se alcanza espoleando las facultades creadoras de nuestro espíritu. Pero los alsacianos saben ser discretos; su inteligencia, viva y despierta, no conoce la ampulosidad meridional que lo deforma todo. Es

muy difícil organizar el triunfo completo sobre el espacio. Nuestros aparatos son todavía demasiado imperfectos como para luchar ventajosa mente contra las fuerzas brutales de la naturaleza y de los hombres. Sin embargo, debemos tener confianza en los herederos de aquellos viejos generales de la primera epopeya republicana. Su obligación era vencer siempre. Ellos sabían que, detrás de la derrota, solamante la guillotina podría esperarlos con los brazos abiertos...

***

Francia no ha encontrado un hombre más completo que pueda representar en el mundo su espíritu creador y su esfuerzo eterno. Pensador y soldado, artista y hombre de gobierno, académico y mundano, Raymond Poincaré es la conciencia inmortal de todas las épocas que se detiene un momento á pulsar las angustias de nuestro siglo. Retoño de una estirpe de sabios qne escribió las mejores páginas de la ciencia francesa, primo hermano del gran matemático, el estadista sabe ser militar y sociólogo. No desciende de su alto puesto, sino para estudiar; no sube á él, sino para ampliar los horizontes de su visión social. Su presidencia es un observatorio. Poincaré sabe pesar los sucesos y las circunstancias. Nada se ha cerrado á su fino escalpelo. Jefe del gabinete ministerial, al lado de Fallières, se reveló el hombre de lucha, el polemista exacto y brillante, el paternal conductor de multitudes, el ciudadano que no tuerce jamás el derrotero de sus ideas. Capitán de alpinos, Raymond Poincaré ha escalado todas las cumbres del pensamiento humano con la misma facilidad con que salva los grandes macizos de montañas al frente de su compañía de

cazadores. Su ilustración es vastísima, su erudición pasmosa. Admirador entusiasta del renacimiento italiano, baja un día los escalones del solio presidencial, donde la ciencia es tan áridamente monótona, y pronuncia su discurso famoso sobre Leonardo de Vinci, una maravilla de estilo y de intensidad. En la Academia Francesa, durante las sesiones solemnes, bajo la cúpula donde vigila todavía la silueta roja del diabólico cardenal Richelieu, su oratoria nutrida y fulgurante se desparrama como los frutos de un árbol cargado. En los días de paz, Raymond Poincaré estimulaba con el ejemplo el esfuerzo fecundo de los trabajadores, esa lucha incansable del campo y del taller que ha hecho la solidez invencible de la industria francesa. Ahora que la guerra ha estallado, el mismo hombre que cantó al trabajo y al arte, se dirige á la línea de fuego, donde se combate y se muere, para enardecer con su presencia el espíritu de los soldados. Poco importa que en el fondo de su ser arda la llaga de quien ha sentido en carne propia el dolor de la guerra, de quien ha visto arrasar por los alemanes la casa paterna de Bar - le - Duc, los muros queridos que albergaron su infancia. Cada ladrillo derrumbado, ha sido un latigazo en medio del cráneo. Pero hay que sobreponerse á la amargura, sofocar la explosión de nuestros sollozos. Hay que hacerlo todo por Francia. Raymond Poincaré no olvida que es un hombre completo, un hombre escapado de aquel gran renacimiento del siglo XVI que tanto admira. Por eso, su espíritu no decae. Hermana á cada rato el ideal con la acción. Cincelado y terrible, como un puñal florentino, encanta con la belleza de su arte y fulmina con el rayo de su voluntad.

***

Fernando Brasil, en un meditado artículo publicado en el *Correio da Manhá*, de Río Janeiro, se lamenta de que el plan militar francés haya sido concebido dentro de un orden puramente defensivo. « Es común oir afirmar cuando se comenta la guerra actual — dice — que la Francia está organizando un plan defensivo ante el ataque de los alemanes, llevando á la práctica sistemas unánimemente condenados por las primeras autoridades tácticas. Sería incomprensible realmente que esto fuese verdad. Sería incomprensible, porque, en línea general, la estrategia defensiva tiene que resignarse á la función de evitar la derrota, sin poder ambicionar la mucho más noble y lucrativa de alcanzar la victoria. Un país como Francia, con un ejército perfecto y aguerrido, teniendo como adversario á Alemania, que dispone de una organización militar modelo, no podría, no debería resignarse á tal situación ». El escritor brasileño está en lo cierto. Esta lamentable campaña defensiva podría considerarse como uno de los grandes errores del estado mayor francés. No obstante, el general Pau, avanzando en Lorena, parece romper con la monótona uniformidad del plan general. (1) La ofensiva, resuelta y vigorosa, ha desconcertado á los enemigos. Es que á Pau, después de predicar durante cuarenta años la adopción del sistema ofensivo, le toca hoy demostrar á Francia, con la heroicidad del ejemplo, las ventajas incalculables de su doctrina. Desterrado casi del ejército, tratado con injustas reservas en virtud de sus ideas monárquicas y religiosas, el viejo guerrero del setenta, el humilde mutilado de aquella sangrienta cam-

(1) Antes de la batalla del Marne, el general Pau llevó á cabo un plan ofensivo sobre toda la línea del Este de Francia.

paña, no vacila en desnudar su espada para defender los principios inmortales de la democracia atea y republicana. Aqnella actitud irritante para el gran « general de la ofensiva » se comprende y se explica con toda claridad. Durante estos últimos tres años, no menos de diez ministros de la guerra desfilaron en el gabinete de la rue Saint Dominique, cada uno de ellos con sus ideas personales, con sus planes y con sus manías. Sólo así puede surgir ese hiriente desprecio por los grandes cerebros militares, y sólo así se explican también las impresionantes declaraciones del senador Humbert, comparando al ejército francés con una simple fachada inconsistente, llena de brillo y aparatosidad. Y ahora que las tropas germanas pisotean el suelo de Francia, dispuestas á pulverizarlo todo, los ojos se vuelven angustiados hacia el guerrero obstinado que se abre camino serenamente á fuerza de metralla. Pueblo infantil y generoso, Francia no se arrepiente de sus locuras ni aún en medio de los mayores desastres. El socialismo revolucionario, que contribuyó eficazmente á la ruina del espíritu militar más decisivo del siglo XIX, hoy presta su concurso al gobierno ante el temor de que la nacionalidad sufra nuevas humillaciones ó denigrantes servidumbres. Y hasta el propio Gustavo Hervé, envejecido en insensatas campañas antimilitaristas, se acuerda hoy, « cuando las papas queman », de que un ejército fuerte y disciplinado hubiera sido una gran cosa para evitar la destrucción de Francia. El gran pueblo francés no ha sabido guardar, como Roma, á costa de soldados formidables, el tesoro revolucionario de su libertad. A la delicada flor de la civilización francesa le han faltado las espinas que defienden la pureza matinal de la rosa. Las obras más hermosas del

espíritu deben ser protegidas por la fuerza, mientras exista la bestialidad humana. Acordaos que Dios, el padre de todas las bondades, defendió la puerta del paraíso terrenal con un arcángel terrible y ceñudo, que esgrimía una espada de fuego á modo de constante amenaza. Lo más hermoso de Francia es su rebeldía ideológica contra el destino. Y esa rebeldía, que constituye el evangelio de la dignidad humana, debe ser defendida á balazos si no quiere perecer. Por eso, el mundo tiene confianza en el viejo Pau, el rudo guerrero que ha quebrantado con su catapulta de acero el hielo mortal de la defensiva.

***

Le llaman taciturno, como á Guillermo de Orange. Para Joffre, como para el viejo estatuder de Holanda, la palabra resulta un oropel inútil, un derroche condenable, un lujo insensato Al pensamiento, serenamente madurado, sabe juntar la acción resuelta. Hijo de una clase popular sin historia, avanzado en ideas, audaz en sus concepciones, llevando dentro de sí, como Kellermann, una rara mezcla de descamisado y de gentilhombre, Joffre es el verdadera general de la democracia. Al defender á Francia, el estratega republicano defiende algo más que su tradición y que su cultura. Lucha contra el estancamiento de las nuevas doctrinas, se convierte en el caudillo de la libertad humana amenazada por un monarca medioeval. Joffre ha buscado la soledad y el silencio para triunfar. «Si eres solo, serás todo tuyo», decía Leonardo de Vinci. Y el generalísimo ha hecho más vigorosa la proyección de su personalidad. En su aislamiento altivo, no sólo se ha pertenecido á sí mismo, sino

que se ha dado á la humanidad entera. Como el maestro La Bruyére, ha pensado que « todo nuestro mal procede de no poder estar solos, y que el sabio evita la sociedad para no aburrirse ». Las borrascas más violentas de la política pasaron sobre Joffre sin conseguir interesarlo. Pero todo el mundo lo sabía enérgico y sincero. Garantía sólida de las instituciones republicanas, contando con el apoyo de los partidos revolucionarios, el hombre que aplaudió al Clemenceau casi anárquico, no vacilaba en solicitar, como cuestión de honor, la colaboración de dos grandes generales católicos en la obra de la defensa nacional. Espíritu moderno, temperamento hecho para la acción, Joffre sabe marchar con su época. Nada será capaz de doblegar su voluntad, de torcer su conciencia. Como el rey Mydas, que transformaba en oro todo lo que tocaban sus manos, Joffre convierte en fuerza consciente á cuanto soldado se cobija bajo sus banderas. Ciudadano sencillo y reflexivo, despojado de aposturas teatrales, el generalísimo viste sus actos con una tenacidad de hierro, la mejor virtud de los jacobinos. Desnudad á Joffre de su sobrio uniforme, quitadle toda su vestimenta moderna, y tendreis á Santerre, apuntando con sus cañones á las fortalezas del antiguo régimen. La obra gigantesca de la revolución francesa tiene que terminarla la espada de Joffre. Gran destino el de este hombre, surgido á la inmortalidad en cinco minutos, elegido por el primer pueblo de la tierra para defender su existencia. Se ha dicho del gran taciturno que, si no fuera militar, tiraría bombas al paso de los soberanos. Él desmiente la frase de Tocqueville, según la cual « el francés es más capaz de heroismo que de virtud, de genio que de buen sentido ». Joffre reune

en sí mismo todo ese conjunto de cualidades formidables. Razonador sin gritos,paraliza todo loco entusiasmo; heroico sin sonoridad, su presencia refrena toda pasión bullanguera. El silencioso jefe es la nieve que ha moderado el ardor desbordante de una raza. Francia se ha desconocido ante la calma paciente que le ha inspirado el gran solitario. Al hallar á su general, ha encontrado también la forma de realizar su venganza histórica. No era con frases huecas ni con fanfarronadas patrioteras cómo podría llegarse á vencer. A fuerza de números solamente alcanzaríamos á satisfacer nuestro deseo sangriento. Es muy dulce poderse vengar. Pero la venganza, dice un viejo proverbio japonés, es un plato que se come frío.

***

No se trata del misterioso caballero de la Masque de Fer que el antiguo régimen sepultó bajo las bóvedas húmedas de la Bastilla. Es un hombre moderno, mezcla de abate regalón y de soldado. Se llama Castelnau. En los salones de París, su conversación, espiritual y fina, ha hecho las delicias de las damas. En la línea del Este, donde todo se estremece con las crepitaciones de la fusilería, su silueta severa tiene la serenidad imposible de los mármoles griegos. Cuando anunciaron á Castelnau la muerte de su hijo, el rostro pálido apenas se contrajo. Esa máscara de hierro, surcada por venas azules, no quiso mostrar á los soldados la angustiosa debilidad de su dolor Tranquilamente, sin una lágrima, el general siguió mandando la batalla. La noción seca del deber militar ahogó el supremo desgarramiento de su alma. Católico como Pau, predicando, al igual

que el manco de Froeschwiller, su pasión vehemente de la ofensiva, fué juguete, como él, de la democracia atea y republicana. Hecho con pasta de cruzados, jamas olvidó Castelnau que era militar. En las horas melancólicas del abandono, no admitió que se traficase con su nombre. Tuvo el desinterés altivo da los viejos franceses del siglo de Luis XI, nacidos para derramar su sangre en fiestas caballerescas, y que arrojan con desprecio á la voracidad del villano los puñados de escudos relucientes. Castelnau pudo encanallar discretamente su verdadero genio; pero prefirió ser como la flor azotada que confía al viento todo el encanto de su perfume. Como el madero flotante en el mar, que se siente de pronto detenido por un escollo, vió alejarse rápidamente hacia el infinito las aguas que lo habían arrastrado hasta el punto firme. El odio ciego que pretendió hundirlo, se perdió en el vacío. Mientras se cernía sobre Francia la amenaza de la guerra en forma de nubes mortíferas, cargadas de rayos, se disiparon en los espíritus la sombras que habían intentado apagar el nombre del gran general. Pero la figura de Castelnau tomó proporciones espantosas. Los que quisieron extinguir la luz, no hicieron otra cosa que agrandarla, como si ella fuese una fosforescencia extraña que crece á medida que la tocan. Mientras este torbellino de violencias se enfurecía á su alrededor, la máscara de hierro sonreía enigmáticamente. Ni la gloria estruendosa, ni el desastre humillante podrán retorcer uno solo de esos músculos, tendidos en arco, alrededor de los ojos, como cables de metal.En la línea fortificada del Este, donde se erizan los alambres de púa de cuatro campos atrincherados, todo se estrellara contra la máscara de hierro, Castelnau descu-

brió en el secreto de su propio oficio el talismán de los vencedores. Su semblante, invulnerable al dolor y á la alegría, es una fortaleza que no ha encontrado todavía el ejercito que pueda rendirla.

***

Actualmente con setenta y siete años de edad, y con más de sesenta de constante trabajo intelectual, el viejo estudioso no ha querido substraerse al cumplimiento de su deber militar. Si entre la oficialidad de los distintos ejércitos del mundo puede permanecer injustamente ignorado, no hay en cambio ningún estudiante de psicología, por más mediocre que sea, que no se acuerde de haber sentido alguna vez en el aula el nombre sonoro de Eugenio Alberto de Rochas D'Aiglun. La obra de este militar francés no puede ser más maravillosa ni más intensa. El coronel de Rochas marchará hacia la línea de fuego, dejando tras de sí el pedestal inquebrantable de su estatua. Como Lucrecio, él también puede decir que nada de lo que es humano ha escapado al análisis de su potente mentalidad. Artillero de gran reputación, tiene su teoría personal sobre el tiro; profesor de fortificaciones, escribió un erudito tratado sobre los principios defensivos y las plazas fuertes entre los pueblos de la antigüedad; filósofo, estudió con vigorosa originalidad de método y de pensamiento, los sistemas metafísicos de las escuelas de Atenas y de Alejandría. No obstante ser el administrador de la Escuela Politécnica, el coronel de Rochas llevó su investigación científica mucho más allá de los límites establecidos por las academias, poniéndose en pugna con esa funesta ciencia oficial francesa que ha intentado siempre ahogar con principios

inmutables, con tierra de fósiles, los resplandores proféticos del genio. Bastó ese rasgo valiente del sabio para que todo su prestigio cayese en desgracia, para que toda su privanza se viniese al suelo. El mundo oficial creyó poco menos que el coronel de Rochas se había vuelto loco. Pero ese espíritu tenaz, sin desmayar un instante, llevó su pasión de análisis hasta el infinito, penetró en el complicado mecanismo del sueño hipnótico, disecó los misterios de nuestra conciencia psicológica y arrancó á la célula nerviosa todos sus secretos. La obra de este formidable y silencioso experimentador llena toda la historia de las ideas contemporáneas. Sus experiencias sobre telepatía, visión y voluntad á distancia, son famosas. Sus estudios sobre las exteriorizaciones de la sensibilidad y la motricidad, bajo ciertas formas de sugestión mental, abarcan una buena parte de todas las doctrinas sobre el hipnotismo. La última obra del coronel de Rochas va mucho más lejos aún. En apariencia tranquilizante y optimista, su nuevo libro, « Las vidas sucesivas », es una nota que desconcierta, una cuchillada de luz en la sombra eterna, una mordedura al misterio. Toda revelación del más allá nos atormenta, todo presentimiento lejano nos llena de angustias. Pero aunque no quisiéramos saber nada, la noche final nos atrae hacía su abismo sin color, dejando escapar de su seno una música suave que adormece dulcemente nuestros sentidos, y que, en la inmensidad de nuestro destino, nos arrastra, como á Ulises, hacía la roca maldita é implacable. Por eso, el libro del coronel de Rochas que, con datos increíbles tiende á demostrar que todos los seres, sometidos al sueño hipnótico, pueden recorrer su vida para atrás y encarnarse en la existencia anterior que vivió el sujeto, cae como

un desgarramiento en el drama de la inquietud espiritual de nuestra época. El autor confiesa que, procediendo en esta forma, na podido comprobar hasta tres vidas sucesivas en un solo individuo. Un hombre « normal », ante estas revelaciones, no podrá menos de exclamar, aturdido, que todos los manicomios del orbe son pequeños para contener tanta vesanía. Sin embargo, elevados espíritus como Lüys, como Wallace, como Flammarion, han meditado largamente sobre las tinieblas, y antes que nadie, han creído presentir una aurora, como los altos mástiles que reflejan primero que el casco la luz rosada del sol. Como el barquero Caronte de la leyenda helénica, el coronel de Rochas nos ha trasportado al través de mares negros y espesos, como si fuesen de tinta, sin necesidad de entregarle siquiera la moneda que los antiguos colocaban en la boca de sus difuntos para pagar el pasaje á la eternidad. El nos ha llevado gratis y todavía nos ha traido de vuelta. Ahora que la muerte, irritada por habérsele violado su guarida, puede vengarse cruelmente sobre el campo de batalla, uno sospecha que el coronel de Rochas está en peligro; uno piensa que, en cualquier momento, podría vibrar el cable para trasmitirnos, conjuntamente con la noticia irremediable, el inmenso dolor de haberlo perdido...

CAPÍTULO IV

EL TERRIBLE ODIO — MADRE INGLATERRA — EJÉRCITO BRITÁNICO — EL HIMNO DE LA FLOTA — GOD SAVE THE KING!

Un ilustre historiador contemporáneo. Ernesto Lavisse, sostiene que « el gran problema de nuestro tiempo es la conciliación de los derechos inmediatos y claros de las patrias, con los derechos vagos, pero superiores, de la humanidad ». Mientras se perpetúe la rivalidad entre las naciones, no será posible la conquista de los grandes ideales universales. Pero, á pesar de todo, se han estimulado los pleitos seculares como si ellos constituyesen una fuente de energía necesaria para el progreso normal de la especie. No faltan pensadores que, como el sociólogo americano Ward, sostengan que el odio, la perversidad, la mentira y otros sentimientos que repugnan á los espíritus honrados, son fuerzas que debemos aprovechar, puesto que, en la práctica, pueden convertirse en factores altamente morales. Todos los instintos humanos se parecen á las monedas, que tienen igual valor tanto de sa anverso como de su reverso Odiar es amar al revés. « Si se juzga el amor por la mayor parte de sus efectos, dice La Rochefoucauld, se halla que se parece más al odio que á la amistad ». Nada más hermoso que la envidia de un ser que nos merece desprecio. Nuestra fama se alimenta á costa de nuestros enemigos; ellos dan razón de nuestra existencia como las tinieblas de la

luz. Saben rendirnos, en forma de invectivas, el homenaje de su triste inferioridad. Entre las nacionalidades, el problema adquiere resultados más fecundos. El mundo debe gran parte de su extraordinaria civilización industrial al odio terrible mantenido constantemente entre Alemania é Inglaterra. La rivalidad es el verdadero fermento del progreso. Francia y Rusia serían naciones mucho más prósperas, si el pueblo germano las hubiese realmente aborrecido. Pero ninguno de estos países, como Inglaterra, era capaz de dominar el mercado mundial y establecer concurrencias ruinosas. Paso á paso, cautelosamente, casi sin ser sentidos, los comerciantes alemanes se habían aproximado al mostrador de la Gran Bretaña para quitarle parte de su clientela. No obstante darse perfecta cuenta de todo, Inglaterra permaneció insensible á los requiebros de su enemigo. Sin entrar en alianzas con los teutones, sin formar con ellos ninguna empresa mercantil para dividirse la explotación del planeta, el gobierno británico realizó flemáticamente todo su programa marítimo, aumentó su escuadra y procedió al aislamiento diplomático de su rival. Ahora que el incendio ha estallado y se propaga por todas partes, Albion permanece tan impasible como antes del conflicto. A pesar de los asaltos llevados con éxito al prestigio de la poderosa flota, su espíritu de hierro no se conmueve. El consejero Witting, que fué presidente de la Bolsa Nacional, de Alemania, ha hecho revelaciones curiosas al corresponsal del *New York Sun* sobre los sentimientos agresivos de sus compatriotas respecto de Inglaterra. Witting se ha expresado en una forma violentísima, llamando al Reino Unido, país de hipócritas y de delincuentes, nación criminal y tierra de salteadores. Luego, el consejero

ha agregado que todos los alemanes sienten disgusto por el paso obligado que ha dado Francia, y que los sentimientos contra Rusia son también una consecuencia de dicho paso. « Será una larga guerra, dijo. Nosotros estamos prontos para tres años. Este drama terminará con una lucha entre Alemania é Inglaterra solas. Los ingleses han determinado destruir nuestra patria. Nosotros hemos aceptado el desafío. Ningún gobierno podría subsistir en Alemania si tratase de hacer la paz con Inglaterra. La lucha continuará, implacable, mientras quede en pie un solo germano ». Cuando toda la corriente pasional de un pueblo se llega á alimentar del más terrible de los fanatismos para orientarse y estrellarse contra un solo país, el hombre que medita serenamente y que sabe pesar los acontecimientos, tendrá que sacar conclusiones desconsoladoras. Esas palabras gruesas parecen estallidos de dolor; esos gestos enfurecidos, parecen explosiones de rabiosa impotencia. Sin embargo, todo puede reducirse á una mínima expresión de intereses. En el fondo de todo saco de veneno, se agita febrilmente la danza dorada de los apetitos. Alemania se ha visto arrastrada por el vértigo de oro, ese mareo extraño por donde pasan como relámpagos los fulgores de millones de escudos untuosos y resplandecientes. No interesa á ella la parte moral de la campaña. El maestro Bismarck enseñó á las naciones á desprenderse de los prejuicios éticos como de un estorbo enojoso. Lo que importa á Alemania es la pérdida de sus mercados. la destrucción de casi toda su marina mercante, la paralización de su comercio, la muerte de su industria. La sola neutralidad de Inglaterra hubiera evitado el cataclismo. Por eso, la corriente del odio germano

resulta pequeña, si con ella se pretende pagar el precio de tan enorme desastre.

***

Cuando uno afirma que el imperio colonial de Inglaterra está con la metrópoli en estos momentos difíciles, nadie se extraña. Pero cuando se agrega que los antiguos rebeldes boers, al mando del general Botha, se disponen á invadir las colonias alemanas de Sud Africa, uno piensa emocionado lo que vale y lo que dignifica el régimen de la libertad. La mayor victoria de Inglaterra es que sus enemigos de ayer están dispuestos hoy á morir por ella. Sarmiento, admirador entusiasta del equilibrio británico y de todas las fuertes y soberanas libertades inglesas, se lamentó más de una vez que Inglaterra fuese desalojada del Río de la Plata cuando vino en 1806. Nada más libre que el ciudadano inglés. Se ha dicho que, lo mismo que la Gran Bretaña, cada sajón es también una isla á la cual nadie puede lesionar sus derechos ni su libertad. « Puede entrar la lluvia á la choza del campesino inglés, dice una frase legendaria, pero la autoridad del rey se detiene en su puerta ». Inglaterra ama el pasado, pero no ha sabido vivir exclusivamente para él. Ningún país del mundo supo armonizar tan sabiamente el respeto á la tradición con el amor á las ideas modernas. Uno de los espíritus más profundos de nuestra época, Remy de Gourmont, dice que, sin exceptuar Francia siquiera, la Gran Bretaña es quizás el país más civilizado. « Casi todas las ideas modernas — agrega — salieron de Inglaterra. Ellas han modelado á los demás pueblos, imponiéndoles hasta sus maneras de divertirse, y estas diversiones, pasando al continente, queda-

ron, no como juegos, sino como sport ». La fuerte Albión, potencia invencible, será en el futuro la mayor garantía para la paz humana. Ya ha explicado claramente por boca de uno de sus hombres más ilustres, por qué ha intervenido en la contienda. Inglaterra había prometido garantir la neutralidad de Bélgica. « Aun cuando el pueblo inglés — dijo Mr. Asquith en Guild Hall — aun cuando el pueblo inglés permaneciera de brazos cruzados, mientras que un pequeño estado sin defensa despliega tanto heroismo para defender sus libertades, preferiríamos ver á la Gran Bretaña borrada de la historia antes que permanecer testigos mudos del triunfo de la fuerza brutal sobre la libertad ». Así habló Inglaterra, refugio sagrado de toda humana rebeldía. Estas palabras valen tanto como sus blasones cargados de gloria secular. Hay que confesar que, cuando una nación se siente capaz de sacrificarse por el derecho ajeno, esa nación merece que todo el mundo civilizado le presente armas.

***

Cuando se dice que el soldado inglés es el primer soldado del mundo, no faltan escépticos que sonrían traviesamente. Conversando con periodistas italianos, algunos oficiales alemanes han repetido, sin quererlo, una frase de Napoleón. « Los soldados británicos son excelentes, han dicho. La suerte es que son muy pocos ». Y esta es una verdad innegable, que hasta el momento no ha podido ser obscurecida. Con el sistema de enganche establecido en Inglaterra, el soldado que tiene menos servicio se ve obligado á pasar siete años bajo banderas. No hay ciudadano en

el continente que reciba durante tanto tiempo esa instrucción militar completa y armónica, que ha hecho del pequeño ejército una formidable máquina de combate, La Gran Bretaña ha querido demostrar la pureza fuerte de su raza, satirizada en su propio suelo y tildada de incapaz por los enemigos. El príncipe Lichnowsky, antiguo embajador alemán en Londres, decía que el antagonismo británico contra Alemania, era una artificiosa invención de los hombres de estado ingleses, que tenían necesidad de un medio cualquiera para sacudir á Inglaterra de la decadencia descrita por Oscar Wilde y Bernard Schaw. Demostrada con la misma frialdad de quien resuelve un problema, la nulidad aplastadora de esa propaganda, Albión dormirá tranquila por muchos años. Los soldados del vasto imperio han destruido con sus armas la obra nefasta, levantada por la pluma de dos escritores famosos, que habían pregonado la degeneración de las grandes virtudes que hicieron la grandeza de la vieja Inglaterra. Pero el ejército, flemático y exacto como un instrumento de precisión, no ha coronado todavía su obra deslumbrante. Debe iniciar rápidamente, dentro de sí mismo, un trabajo completo de reconstrucción. Como si fuese un organismo sometido á las leyes biológicas, el ejército debe crear su propia materia, sustituir las partes en que se ha visto amputado, volver á brotar vigorosamente, como una planta cortada á ras de tierra. El coronel Repington, una reconocida autoridad técnica, escribe en *The Times* que la más grave dificultad con que se tropieza actualmente estriba en la pérdida abrumadora de oficialidad. Los ingleses tienen sobre la línea de fuego cerca de seis divisiones, las que arrojan un total de tres mil seiscientos oficiales. A fines

de Setiembre, las pérdidas de oficiales, entre muertos, heridos y prisioneros, alcanzaban á mil cien, cerca de un tercio del total! Las reservas de oficiales son lo suficientes como para llenar sin dificultades los vacíos que se vayan produciendo. Pero si estas reservas son absorbidas, ¿dónde encontrar oficiales para la organización del gran ejército que actualmente se constituye? (1) Repington llega á la conclusión de que este conflicto es formidable. No obstante, el empirismo de los sajones realiza lo imposible. Esa misma capacidad de disciplina, alejada de los métodos teóricos, que podría hacer de Stuart Mill un perfecto infante y de Berkeley un gallardo caballero de la guardia, no es favorable á la rápida formación de oficiales. La curiosa raza tiene también sus caprichos. Inteligente, lleno de sentido práctico, el inglés es siempre un poco reacio á la especialización y no se adapta muy fácilmente á nuevas funciones. A pesar de todo, el nuevo ejército será instruído. Cuando los oficiales ingleses falten, vendrán á sustituirlos instructores franceses y rusos. Bajo una mano hábil que lo comprenda, que sepa dirigirlo, el soldado británico hará maravillas. El día en que el ejército se haya completado con la suma de un millón quinientos mil hombres, entonces podrá decirse todo lo que es capaz de realizar el empuje calculado de los ingleses. Ya no tendrá valor la frase napoleónica, repetida por los estrategas prusianos. La pequeña legión expedicionaria se habrá triplicado en número y en poder. Será temible en su potencia arrolladora, violento y elegante en su unidad de acción, porque el ejército inglés, vinculado estrechamente en la intimidad de un solo derecho

(1) En momentos de entrar en prensa este libro, el ejército británico ha sobrepasado el millón de hombres.

desconocido, siente como si proseyese una sola alma, y obra como si tuviese una sola voluntad.

***

Leopoldo Lugoues se siente conmovido por el poder marítimo de los ingleses. Ha asistido á la magnífica revista de Spithead, donde cuatrocientos acorazados cantaron, en un formidable himno de cañonazos, la gloria naval de Inglaterra. Y ante aquella fiesta fantástica del hierro y de la pólvora, el ilustre escritor ha sentido en sus labios el sabor áspero y amargo del aullido ancestral. Es que Lugones se siente poderosamente atraído por el prestigio marino de la Gran Bretaña, isla invencible que es también « una nave anclada en medio del océano ». El impresionante espectáculo de aquel colosal poderío, amontonado á fuerza de lágrimas y de trabajo, llega hasta el fondo del espíritu en un prolongado espasmo de dolor. « Ahora que la escuadra entera está tronando - dice Lugones — los tiros suenan como aldabonazos de amo sobre las puertas de la mar. Hasta donde alcanza la vista, todo es hierro y ola, humareda, estruendos y relámpagos. La escuadra se ha transformado en una selva de prodigio. La tremenda energía que la sacude parece venirle de las entrañas mismas del país por la raigambre de sus áncoras. Dijérase que en aquellos cañonazos palpita el corazón de la Gran Bretaña como un profundo martillo que bate el acero. Y cuando uno piensa en lo que así ha debido trabajar el gran pueblo para convertir en imperio universal, habitado por cuatrocientos millones de almas, la ínsula natal, á trasmano de las vías históricas, puede solamente apreciar lo heroico de esta gloriosa desmesura ». Todo este horroroso mecanis-

mo de destrucción ha sido lanzado al destino pocos días después de la esplendorosa revista real. Y he aquí de nuevo á la vieja Inglaterra, patria de todas las garantías constitucionales, apoyando con su enorme energía naval la causa de la razón y de la justicia. Como se levantó contra Napoleón para hundirlo entre los escombros de su imperio, Inglaterra se levanta hoy contra Guillermo con la misma firmeza severa de hace un siglo. Hacia donde se haya inclinado la Gran Bretaña, allí ha estado siempre el derecho. Lugones la compara á la Roma libre y dominadora, que ostenta, como muros infranqueables, la cintura de acero de su flota. « Así, mientras exista la barbarie de los hombres — dice — la libertad inglesa, como la romana, requerirá baluartes inexpugnables que la defiendan, porque en ella ha puesto sus esperanzas la humanidad. Y es esto lo que justifica tan estupenda fábrica de heroísmo y de dolor, con sus millares de toneladas de hierro, el metal del trabajo, convertido en carne de monstruo, con su precio espantoso de setecientos millones de libras, que valen el hambre de millones de pobres, con su horrenda maquinaria de matar, cada uno de cuyos tiros cuesta como un diamante ». Tiene razón el gran escritor. Inglaterra, erguida contra el mundo, es algo terrible. En medio de las llamas rojizas que envuelven el planeta, puede suprimir la fatalidad, torcer la misma voluntad de Dios. Inglaterra es todopoderosa, porque es completamente libre. Existe la justicia inmanente y nada hay que se oponga á su sanción. Las naciones deben purgarse de sus delitos, « deben limpiar su karma » como los individuos. Y la Gran Bretaña, fría, tranquila, soberana, marcha adelante, porque sabe que nadie puede detenerla en sus sueños de repa-

ración y que todo se estrellará en el espanto de sus cañones, allí donde cada acorazado es un averno y donde cada sajón es una fortaleza!

***

¡Dios salve al rey! Bajo la bóveda solemne de los Comunes, han resonado gravemente las notas del himno glorioso de su majestad británica. Debe haber sido imponente esta música soberbia de la libertad inglesa, cantada en el recinto donde se hacen las leyes por los representantes de la más más antigua democracia del planeta. No se puede pensar un momento en el parlamento inglés sin pensar también en nuestros propios derechos de hombres. Así como la república es romana y la monarquía asiática, el parlamento es exclusivamente británico. Nacido del pueblo, resulta, como él, todopoderoso, y nada escapa á su formidable control. Todo lo puede el parlamento, « menos hacer de un hombre una mujer ». El ha creado el concepto verdadero del derecho, la noción exacta de la libertad de cada uno limitada por la libertad de los demás. Por eso, nadie hay en la tierra que pueda ser tan dignamente monárquico como el inglés. El rey representa la tradición más querida de la libre Inglaterra, es el símbolo eterno de todas las grandezas serenas de la nacionalidad. El soberano reina allí sobre todas las cosas, porque su fuerza no es el producto de una usurpación ni el resultado de una violencia. Su puesto altísimo se lo ha dado la Gran Bretaña misma, hasta el punto de identificarse toda ella con la personalidad de su rey. El monarca británico es la dignidad de una nación hecha persona, es la suprema altivez de un imperio con millones de hombres que no han sentido jamás el látigo

afrentoso de la esclavitud. Si hay un pueblo grande en la historia, ese es el pueblo inglés, la gran muchedumbre libre que no ha soportado humillaciones ni tiranías. God save the King! Cantar á un monarca de esa estirpe, es cantar á lo que hay de más noble y honroso en la conciencia humana. No hay servilismo alguno donde no existe más soberano que el derecho. Que lo diga Kropotkine, expulsado de toda Europa como una alimaña venenosa; que lo diga Malatesta, buscando refugio al amparo de las inviolables libertades británicas, después de haber sido perseguido en su propia patria y acosado en todas partes como una fiera. El mismo Mazzini, á la sombra del respeto internacional de Inglaterra, envuelto en las brumas grises de Londres, pudo colaborar tranquilamente á la obra maravillosa de la unidad italiana. Basta pensar que de la solitaria Albión nos ha venido la justicia, para que su espíritu invencible nos haga estremecer ante el orgullo supremo de sentirnos hombres. El parlamento inglés, puesto de pie, ha gritado ante el mundo el himno radioso de su majestad, afirmación deslumbrante de una verdad que, para imponerse, no conoce fronteras. Las notas han volado por el aire azul de la Gran Bretaña, han descendido hasta el mar y han subido hasta las nubes. Recogidas en las altas torres por las antenas de la telegrafía, ondas misteriosas han llevado por todo el mundo, en pocos minutos, la música grave del hosanna. Y como un eco lejano, desde las selvas de la India hasta los hielos polares, los hijos de Inglaterra han repetido con el corazón palpitante y los ojos húmedos: God save the King!

CAPÍTULO V

FRANCIA Y LA RAZA NEGRA – GUERREROS MAGNÍFICOS – DÓCILES Y BÁRBAROS – UN PUEBLO DE ESPÍAS: EL ABATE WETTERLÉ – APROVISIONAMIENTO MILITAR – MONOPOLIO DIVINO.

Cuando hace algunos años se escribió que, en un momento difícil, Francia podría ser salvada por los negros de sus colonias, una sonrisa sardónica apareció en los labios de los escépticos parisienses. ¿Qué podrían hacer esos salvajes en caso de un desastre militar? Fué necesario, para disipar las dudas, que Mangin, uno de los cerebros más sólidamente preparados del ejército francés, se encargase de demostrar, con gran riqueza de datos y de observaciones, que las tropas coloniales de Francia, sometidas á una rigurosa instrucción militar, podrían prolongar ventajosamente una lucha con el mejor organizado de los ejércitos, si los soldados de la república fuesen aniquilados en los primeros choques. El éxito obtenido por las divisiones argelinas y senegalesas en las grandes batallas de la actualidad libradas contra los alemanes, desde el Marne hasta el Aisne, comprueba victoriosamente la atrevida predicción de Mangin. El empeño en militarizar sin descanso la portentosa «fuerza negra» de Africa y América, no ha sido vano. El negro, además de poseer una extraordinaria inteligencia, es armónico, sobrio y disciplinado. Su fuerte memoria le permite asimilar, conjunta-

mente con los idiomas de flexión, todas las formas complejas de la cultura europea. Después de los profundos estudios realizados por el profesor italiano Colajanni, ya nadie se atreve á caer en la imperdonable tontería de clasificar al negro en el caprichoso y anticientífico casillero de las razas inferiores. Aparte de su prodigiosa capacidad militar, los franceses han considerado siempre al negro como una de las energías más positivas de nuestra civilización. En ese sentido, han respetado profundamente todos sus derechos. No sólo han querido que el negro sea soldado, sino que le han conferido la parte que le corresponde á todo ciudadano de una democracia. El elegante negro Legitimus, cortés y fino como un «gentleman», fué durante mucho tiempo una de las figuras más simpáticas, más atrayentes, del parlamento francés. Esa fiebre de odio tan intensa, que ha puesto un abismo entre blancos y negros en Estados Unidos, ese vértigo de locura que ha provocado la cuestión de razas, no existe en Francia. La discreta y equilibrada sabiduría gala ha comprendido que los hombres no valen por el color de su piel, sino por la fecundidad práctica de las ideas. De ahí la absorción rápida y sin violencias de todos los elementos negros pertenecientes á los inmensos territorios conquistados por el sable francés. De ahí la militarización repentina y eficaz de esa fantástica oleada negra que viene de Africa. «Visité recientemente en Argelia, escribe Bérenger en *L'Action*, á nuestros zuavos y á nuestros artilleros de la Guadalupe, de la Martinica, de la Guayana y de la Reunión. He visto á esos jóvenes soldados llenos de vigor, de entusiasmo y de patriotismo, dispuestos á prestar todos los sacrificios exigidos por la patria amenazada. En mi viaje, he visitado á los tira-

dores senegaleses de Colomb - Béchar y de Beni-Ounif. Estos son, yo lo puedo garantir, incomparables soldados para la carga y para el asalto! Los alemanes, á quienes no gusta el relámpago de las bayonetas, conocerán muy pronto el formidable alud de nuestros guerreros negros de Africa. Vivan, pues, nuestras antiguas colonias francesas de América y nuestras nuevas colonias francesas de Africa! En el pacto de sangre y de muerte que nos impone el germano, la raza negra va á cimentar una vez más, con la raza blanca, la inmortal liberación humana de las repúblicas de 1793 y 1848 ». Como veis, la raza negra, tan injustamente escarnecida, empieza á ocupar su puesto en la historia. Si el imperialismo homicida de Napoleón intentó sofocar la voz libertadora de un negro heroico, de Toussaint - Louverture, la república intensifica aún este grito de rabia, restaurando para un linaje esclavo sus antiguos derechos hollados. Todo lo que resta por hacer lo completará el negro con su propio esfuerzo. Teodoro Roosevelt, en su viaje á Africa, quedó maravillado ante el espectáculo reconfortante que le ofreció la cultura de la sociedad indígena. Esos hombres darán todavía mucho que hacer al mundo. ¡ Negros de modales aristocráticos, que discuten á Bergson, que leen á Paul Adam y á Rudyard Kipling, y que luego mueren como tigres ! No puede pedirse nada más completo, nada más hermoso, desde el punto de vista convencional de la civilización europea...

***

« Entre los soldados y los oficiales indígenas, hay varios rajás millonarios. El uniforme es el sobrio é invisible uniforme kaki de los ingleses.

Los caballos son de una belleza llena de majestad. Pero los arneses están cuajados de piedras preciosas, las mantas son de plata y de oro, y los ginetes están cubiertos de diamantes. Riquísimos sus turbantes, finos sus collares, curiosos sus cráneos pelados con una sola trenza! » — Frente á las tropas hindúes, el corresponsal ha quedado atónito y maravillado. Los guerreros magníficos, los caballeros suntuosos. han dibujado sobre el suelo de Francia el encanto de su vieja esplendidez oriental. Esos hijos de Rama, esos héroes escapados del Mahabharata, no se separan de sus joyas, ni aún después de la muerte. Silenciosos, maestros en la meditación, limpios de alma y de cuerpo, con un progreso moral que jamás raza alguna ha alcanzado, los guerreros hindúes ven en las pedrerías relucientes el reflejo puro de sus conciencias sin mancha. Cada rubí tiene su historia trágica, cada diamante tiene su leyenda espantosa. La fortuna que los hindúes llevan encima representa el sufrimiento de una riqueza que no puede tocarse sin pecar. Piadosos, incapaces de crueldad aun mismo hacia las bestias, las tropas indostánicas llaman á la victoria en sus oraciones sin palabras, murmuradas solo con el pensamiento, que, en nuestro interior, « deja oir el elocuente silencio de su voz ». Esos hombres, serenos como estatuas, desprecian la muerte por doctrina. Sin haber leído á Lamarck ni á Darwin, conocen el transformismo de las especios; sin haber presentido á Le Bon ni á William Crookes, saben de la renovación incesante de la materia y del espíritu. « ¿ Qué es la realeza? se pregunta Arjuna en el Bhagavad Gita. — ¿ Qué son los placeres y aún la misma vida? » Nada vale en la tierra ante la perfección de nuestro santuario interior. De nada sirven las gemas fulgurantes, la opulencia exter-

na, ante la pureza íntima de la conciencia. Sin un dios personal, omnipotente y sanguinario, esos seres desconocidos, en un empeñoso trabajo de siglos, han llegado á pulir su vida moral como si fuese una piedra fina. Los guerreros hindúes son magníficos por dentro y por fuera. Depurándose constantemente de sus defectos, buscando la unidad religiosa en una suprema armonía inmanente de toda la humana dulzura, de toda la inagotable piedad del hombre, los hindúes no saben dejar detrás ninguna sombra sospechosa. No hay delito que quede impune, no hay atrocidad que no se juzgue algún día. El persa Jerjes, resplandeciente de tesoros, había depravado su vida, había ensuciado la gloria de Darío con las manchas perversas de la abyección. El fantasma de su destino, burlón y trágico, obligó al monarca á presenciar el desastre del imperio desde un trono de perlas, repujado de plata y de oro. Ningún drama tan brutal y desgarrador como esta epopeya cantada por Eschylo y que naufraga bajo una lluvia de diamantes. Los hindúes pertenecen á otra escuela distinta. Se puede decir que hace cincuenta años que hemos empezado á comprender los secretos de esta raza de hombres maravillosos, de guerreros deslumbrantes, y no hemos hallado todavía nada que nos desconcierte más que esa tajante serenidad frente á lo desconocido, serenidad sin sonrisas, que corta como una espada y que aniquila como la sombra de una planta fatal.

***

Cuenta *Le Gaulois* que ochocientos alemanes se habían refugiado en unas excavaciones perfectas, inexpugnables al tiro de los aliados. Como el

fuego nutrido de los germanos incomodaba demasiado, no quedaba otro remedio que desalojarlos. Desde mucho días atrás, los franceses venían luchando sin éxito en esa tarea. Pero era necerio acabar de una vez. El general pidió trescientos tiradores argelinos de buena voluntad. Se presentaron todos, no tropezándose más que con la dificultad de escogerlos. La noche había caído, y los tiradores se pusieron en marcha cautelosamente, sin llevar otra arma que la bayoneta oprimida en el puño. Cuando llegaron á pocos metros de las trincheras, los argelinos se lanzaron como una tromba, prorrumpiendo en gritos y alaridos furiosos. Lo que pasó después, no encuentra pluma capaz de narrarlo. La tragedia tuvo su desenlace espantoso. De ochocientos soldados alemanes, solo ocho pudieron huir. Los demás, quedaron para siempre en el fondo de las trincheras. Al día siguiente, el comunicado oficial anunció, con su sequedad habitual, que los franceses se habían apoderado de algunas trincheras al norte de Soissons. Todos los días se suceden episodios parecidos, y el espíritu de los soldados se sobrecoge cuando se da cuenta que tantos sacrificios de vidas quedan anulados frente á las cuatro líneas escuetas publicadas por el cuartel general. Lo pintoresco de la guerra languidece y muere bajo su monotonía administrativa. Cuando las matanzas humanas han sido puestas á la altura de una función pública, no pueden exigirse bellezas de emoción y de color. La tierra, desangrada y empobrecida, no permitiría tampoco que se pusiese sobre ella el disfraz brillante del arte. Pero los argelinos, como todas las tropas coloniales, son los únicos que ponen al cuadro sombrío de la guerra una nota de impenetrable encanto. Fuerzas dóciles y bárbaras, según la expresión

vigorosa del coronel Mangin, los africanos no mezclan el concepto de utilidad á sus hazañas guerreras. Inconscientemente, ellos realizan en el deporte bélico una de las condiciones fundamentales de la creación estética: el desinterés. Al conquistar las trincheras enemigas, los argelinos se han visto engrandecer; han sentido ensancharse alegremente en su conciencia salvaje. « Cada uno gusta la felicidad según su alma ». exclama Georges Sand. Los argelinos no se sienten felices más que peleando. Su único placer es la línea de fuego, donde se puede matar y morir. No necesitan aborrecer al enemigo para aniquilarlo á tiros y bayonetazos. Si los argelinos odiasen, viciarían la pureza de su apostolado artístico. porque el odio se confunde siempre con el egoismo. El guerrero que odia se parece al bandolero que mata para robar. Persiguiendo la satisfacción de su pasiones, será incapaz de realizar obra bella alguna. Esos argelinos de uniformes llamativos y ojos centelleantes, son escultores brutales que dibutan sus terribles ideas primitivas sobre bloques de carne ensangrentada. En su aislamiento agreste, son seres perfectos, porque no han adoptado ningún sistema de moral para gobernar su existencia. Sin noción alguna de nuestros valores éticos, no saben ser ni buenos ni malos Como han aprendido á leer, experimentan emociones rarísimas cuando se ponen en contacto con un espíritu moderno, con un Rosny ó con un Paul Bourget. Para ellos, nada es tan insoportable como nuestra civilización llena de hipocresía. Nuestros convencionalismos sociales les repugnan. Los seres que triunfan en el seno de nuestra sociedad culta, entre los argelinos serían condenados á la última pena La raza dócil y bárbara no premiaría jamás á esos hombres

que, entre nosotros, hacen de la bondad una profesión. Ser compasivo, dejarse pisotear por los fuertes, es lo que menos trabajo cuesta en la vida. Por eso nos asombra esa estirpe extraña minando los cimientos de nuestra casa, energía fatal como todas las fuerzas del universo, tranquila como el agua que socava y ciega como el relámpago que nos alumbra el camino...

***

El abate Wetterlé, diputado alsaciano en el Reichstag, ha hecho en París declaraciones importantes sobre el ejército alemán, que conoce profundamente por haber tomado parte en diversas encuestas militares. Los germanos, que han gastado sumas tan fabulosas para combatir el espionaje francés, no se han dado cuenta que tenían á su lado un pueblo de espías. Los alsacianos y loreneses han atisbado todos los movimientos del ejército tudesco y sorprendido todos sus secretos. Incautamente, los hijos de Francia, en su carácter de diputados alemanes, fueron introducidos en las dependencias militares, asistieron á las maniobras y participaron de las ideas del Estado Mayor. «El ejército alemán es incuestionablemente poderoso — ha dicho el diputado Wetterlé. — El parlamento no ha escatimado los créditos necesarios para la creación de nuevos regimientos, y los servicios auxiliares están perfectamente organizados. Pero la metódica máquina guerrera de los alemanes es, al mismo tiempo, tan complicada, que bastaría la rotura del más pequeño engranaje, para que fuese arrastrado en el desastre todo el conjunto». Como un mensajero de la importancia del abate no era para abandonarlo sin que vomitase todo el fruto

de sus observaciones, Wetterlé fué materialmente acosado por las preguntas. Hace seis ó siete años, Wetterlé se encontraba en el campo de maniobras de Jüterbog, donde se acababan de ensayar nuevas municiones de artillería ante los miembros de la comisión de presupuesto del Reichstag. Quiso la casualidad que en las críticas que se hicieron después de las maniobras, el diputado se encontrase al lado del ministro de la guerra. Naturalmente, se habló de un conflicto armado entre Francia y Alemania. Y el ministro se expresó en esta forma: « Cuando los efectivos alcancen la cifra de tres millones y medio de hombres, por una parte, y de cuatro millones, por la otra, no se podrá hablar seriamente de superioridad numérica, porque los armamentos de los dos ejércitos se equivalen. ¿Tendremos nosotros un Moltke? ¿Tendrán los franceses un Napoleón? Este es el busilis de nuestro gran teorema. Sin deslucidar este punto, no nos es posible saber nada, porque, ni en una parte ni en otra, existe general alguno que haya mandado frentes de batalla de cien kilómetros como tendremos en una guerra futura ». Según se desprende de las interesantes revelaciones del abate Wetterlé, la solución del problema trágico tiene que depender del genio radioso de un solo hombre, de la voluntad formidable del Napoleón moderno que pueda jugar, con siete millones de seres, su partida sangrienta en el tablero de ajedrez de Europa. El mismo Moltke que, según Emilio Zola, ganaba las batallas á golpes de álgebra, tendría hoy que sutilizar sus poderosas matemáticas para alcanzar el plano superior de perfeccionamiento á que ha llegado la guerra contemporánea. El espionaje de todo un pueblo que, á pesar de sus cuarenta y cuatro años de esclavitud, se empeña en perma-

necer francés, ha ofrecido la oportunidad de descorrer el velo que cubría los misterios de una organización militar. Detrás del abate Wetterlé, personalidad descollante por su posición política, han llegado los otros, los campesinos silenciosos que han sido soldados del imperio y que han pasado noches enteras rondando en la soledad ó acechando, desde la sombra, los pensamientos ocultos del enemigo.

***

Ya hoy se conoce á este singular abate, el hombre que desnudó ante los ojos atónitos de Francia todos los terribles secretos de la máquina militar alemana. Sus revelaciones sobre la forma como se realiza el abastecimiento del ejército tudesco, tienen hoy una inquietante actualidad. Ellas explicarían, hasta cierto punto, las protestas que los aliados escucharon de los prisioneros alemanes al decir de los diarios. «En el pasado mes de Junio — dijo Wetterlé — escuché en el Reichstag al general retirado Haeseler, diputado del centro, quien criticó con palabras severas la intendencia alemana. Su discurso, larguísimo y documentado, me interesó enormemente. El orador hizo el elogio de la intendencia francesa, la cual, en mérito á su organización, puede repartir prudentemente los recursos del país entre los diverso ejércitos en campaña. Deploró que, en Alemania, el jefe de cada cuerpo de ejército estuviese encargado de proveer individualmente las necesidades de las tropas puestas á sus órdenes. ¿A qué centro de aprovisionamiento debe dirigirse? ¿Y este centro dispondrá de las reservas y de los medios de transporte necesario? Estas eran las preguntas que el viejo general exponía

sin encontrar respuesta. La réplica del ministro de la guerra fué breve y embarazosa. Yo tengo, pues, razones para creer que lo que ha sucedido en Bélgica podrá repetirse de nuevo, especialmente cuando los ejércitos alemanes no puedan vivir á expensas de los países que vayan ocupando». Las terminantes declaraciones del abate Wetterlé dan que pensar sobre la relación que pudieran tener los recientes contratiempos de las armas imperiales con los graves vicios del aprovisionamiento militar. Los soldados combatirán con escaso ánimo, si al abatimiento de la fatiga se agrega el punzante aguijón del hambre. Puede ser que, más adelante, los alemanes tengan que arrepentirse de esa imprevisión injustificable. El vencedor de Austerlitz ganaba las batallas con las piernas de sus soldados. Lo mismo pudo haber dicho que las ganaba con los estómagos. Por tanto, una sola brecha en el aprovisionamiento hace más estragos que la explosión de cien obuses de melinita.

***

Gracias á un diputado alsaciano, declarado traidor á la patria por el gobierno alemán; gracias al famoso abate Wetterlé, que ha vuelto á llenar nuevamente con sus revelaciones las columnas de *Le Petit Journal*, conocemos hoy algunos aspectos desconocidos de la psicología social de los germanos. Para Wetterlé, el odio al extranjero en Alemania, sentimiento que se cultiva fervorosamente, constituye la base biológica de la grandeza imperial. El buen criterio teutónico ha triunfado sobre todas las cosas. Los hombres del norte han comprendido que sólo es posible la victoria cuando se llega á hacer una escuela formidable

de todas las virtudes regresivas del género humano. Por algo decían los Goncourt que « la barbarie es necesaria, cada cuatrocientos ó quinientos años, para regenerar al mundo ». Sin la barbarie, moriría la civilización. Sabemos que somos civilizados, precisamente porque tenemos conciencia de que existen bárbaros. Un pueblo es tanto más perfecto cuanto mayor es su capacidad disolvente, cuanto más fuertes son sus facultades de destrucción. El odio es la grasa que abrillanta los ejes de esta máquina monstruosa, para alivianar el rozamiento con la realidad, para evitar los menores tropiezos. « El desprecio del alemán por las civilizaciones extranjeras es inconmensurable, dice Wetterlé. El estudiante y el oficial, el industrial y el comerciante, están penetrados de un mismo desprecio hacia todo lo que no lleve la estampilla alemana. Alemania sobre todo! Este canto que los teutones han recibido de sus hermanos de Austria, no es sólo el himno de la conquista del mundo, sino también el programa de una raza que ha monopolizado el genio inventivo y todas las virtudes. El hombre del pueblo mismo ha sido atacado por esta locura colectiva. No pronuncia la palabra de alemán sino con una especie de fervor y hasta de frenesí religioso. El extranjero se convierte para él no sólo en rival desleal, sino también y sobre todo en el vasallo despreciable que se rebela contra él que es su señor por gracia de Dios ». Una raza que ha llegado á disciplinar á tal punto su megalomanía nacional y á convertir su odio en un sentimiento altamente ofensivo, tiene forzosamente que ocasionar grandes males antes que pueda ser aniquilada por completo. Para alguna cosa han de servir las virtudes militares, practicadas sin descanso y elevadas á la categoría de valores intelectuales

por la acción constante de los sabios y de los poetas. Alemania avanza siguiendo un mismo ritmo, uniforme y marcial. Su ciencia progresa como un regimiento, marcando el paso. Hasta Dios mismo está uniformado, saluda militarmente y sabe cumplir consignas. « Existe un fenómeno curioso, escribe el abate alsaciano. El pueblo alemán, que si se exceptúa una fracción relativamente poco considerable, ha perdido toda creencia positiva, mezcla á Dios en todas las manifestaciones de su vida pública. En las monedas y en el cinturón de los soldados, se lee esta inscripción: *Dios está con nosotros*. El emperador Guillermo trata á Dios como á su hermano menor. Le impone sus consejos y á veces hasta le da órdenes. Dios no sería perfecto sino fuera alemán. Los germanos se anexan todo, hasta el cielo ». Como se ve, la nación tudesca ha monopolizado enérgicamente todos los beneficios de la divinidad. Dios es el generalísimo de los ejércitos invasores. Si triunfa, se le abrumará de condecoraciones; pero si sale derrotado, marchará ante un consejo de guerra y sufrirá la pena de la degradación. El dia en que Dios pierda su influencia sobre los germanos, será el dia en que no exista más Alemania. El estado mayor divino es el que más vale y el que más puede. Sus planes infalibles no podrán ser desbaratados jamás. Esta confianza en el supremo jefe tiene la utilidad práctica de un menor desgaste mental. Klopstock, la encarnación viviente de la paciencia árida de los teutones, decía que ni él mismo podía comprender su propia obra. Y el escritor dejaba á Dios la tarea de interpretar lo incomprensible. Como fuerza disciplinada, obediente y pasiva, la divinidad no tendrá más remedio que hacer prodigios para salvar á Alemania del desastre que la

amenaza. En este trance amargo, Dios se juega, juntamente con su reputación, los destinos de un pueblo fuerte, que no perdonó el menor desliz á la omnisciencia divina y que obligó á los ídolos sagrados á desempeñar correctamente su oficio bajo la vara amenazante del cabo instructor.

CAPÍTULO VI

LA RAZA FUTURA — ETIOLOGÍA DE LA GUERRA — LOS MERODEADORES — LA CABEZA DEL EMPERADOR — BALANCE DE VIDAS — LAS IMPRESIONES DE RENÉ LEVAL.

Los apóstoles del darwinismo social están en bancarrota. Después de las demostraciones estadísticas de Richet, ya nadie cree que la guerra pueda provocar la supervivencia del más apto ó estimular el triunfo del más fuerte. Las matanzas humanas, en la forma como se han organizado siempre, «constituyen una selección al revés». Este curioso movimiento suicida, extirpador metódico de todas las vitalidades fecundas, contribuye á atrasarnos vertiginosamente en el plano de la biología social y en el orden de todas las realidades morales. Nuestra civilización es de las más ilógicas y contradictorias. Gastamos millones en beneficencia y en previsión. ¿Para qué? Para mantener asilos y hospitales donde se amontonan piltrafas de decrépitos y degenerados. Eximimos del servicio militar á los sifilíticos, á los tuberculosos, á los incapaces. No sólo les ahorramos la muerte violenta y salvadora de la línea de fuego, sino que, á costa de los dineros públicos, distraemos con calmantes sus enfermedades irremediables y permitimos que el matrimonio perpetúe sobre la tierra tan enorme caudal de sufrimiento y de dolor. Esos guiñapos humanos, los únicos sobrevivientes del desastre, trasmitirán á las generaciones del porvenir el germen hereditario de

su impotencia, secarán el mundo de hombres, nos precipitarán en el abismo angustioso de la hora final. Si llegáramos á eternizar la brutal injusticia de la guerra, caerían tronchados sucesivamente los ejemplares más vigorosos y admirables de la raza humana, quedarían abatidos los hombres que, por el hecho de ser jóvenes, tienen ideas nuevas y son capaces de amarlas hasta el sacrificio. Después del cataclismo, la tierra se vería cubierta por un miserable polvo de humanidad, una montaña de pingajos abandonados, de residuos geladinosos, sin forma y sin volición. Cuidamos nuestro jardín de una manera extraña y mortificante. Dejamos que crezcan libremente las plantas raquíticas y dirigimos nuestra hacha abominable á los troncos, rectos y fuertes, por donde circula la savia fecundante y renovadora. Averroes, el gran sabio árabe, entendía que debía hacerse con los hombres lo que un buen leñador hace con los árboles. « Los leñadores visitan todos los años los grandes bosques — decía — para ver la leña muerta y la verde. Cortan todo lo que es inútil, superfluo ó perjudicial, y conservan solamente los árboles buenos y jóvenes. De igual modo, todos los años debería hacerse una rigurosa visita á todos los habitantes de las grandes y populosas ciudades, matando todo lo que es inútil é impide vivir á los demás, á todas las personas que no tienen un oficio beneficioso al público, á los viejos caducos, á los vagabundos, á los gandules. Es necesario podar la Naturaleza, clarear las ciudades, matar todos los años un millón de personas inservibles que, como los escaramujos y las ortigas, impiden crecer á los fuertes ». Para Averroes, el sanatorio y la asistencia pública son dos bellas locuras. En Oceanía, algunas tribus de las que llamamos salvajes practican maravillosamente

estos principios que Nietzsche clasificaría dentro de sus doctrinas de destrucción civilizadora. Pero nosotros, hijos de una cultura superior, preferimos la guerra espantosa que cercena nuestras actividades más fundamentales. Después de la sangrienta orgía napoleónica, que costó á Europa la vida de ocho millones de hombres, la estatura media disminuyó en Francia, las ideas de la revolución se atrasaron en más de cien años y se preparó aquella generación escrofulosa y sensiblera de 1830. Entre tanto, seguirán gobernando los destinos del mundo legiones de caducos y de infecundos. Limitémonos, pues, á constatar melancólicamente, con Anatole France, que mientras otras sociedades apresuran su evolución, matando todo lo que es inservible, nosotros retardamos el progreso infinito de las ideas, enviando los enfermos al matrimonio y mandando los viejos á las academias...

***

Se ha repetido á menudo que la propiedad privada de la tierra es el origen de esas castas parasitarias que pesan sobre la libertad de los pueblos y que deciden de sus destinos. Menger en Austria, Bernstein en Alemania, Tolstoi en Rusia, y George en Estados Unidos, definieron el monopolio de la fortuna inmobiliaria como una de las causa fundamentales de la guerra entre las naciones. Ese desarreglo económico permanente, esa lucha eterna entre la voraz extorsión de los poseedores y el odio sanguinario de los desheredados, provoca un malestar universal, un desequilibrio enojoso cuyas raíces se hunden en las primeras épocas de la sociedad humana. La guerra, considerada como delito colectivo, tiene también su

etiología. Casi siempre, á esa rivalidad de intereses internos se le aplica una etiqueta internacional; se le llama supremacía marítima, pangermanismo, monroismo, panslavismo... No se ha pensado que detrás de cada uno de esos nombres pomposos se esconde el interés inconfesable de los detentadores de la riqueza pública. Ellos han han creado imaginativamente el choque de clases y de razas, han inventado las palabras mágicas que despiertan el vacío patriotismo de los imbéciles. El más puro amor á la patria es aquel que permite perpetuar la esclavitud económica, el que sirve para avivar la codicia insensata de los explotadores del trabajo ajeno. Para los acaparadores de la renta fundiaria, la guerra es un simple juego de bolsa. Los duendes ocultos que provocan las grandes matanzas humanas, no arriesgan más que un puñado de monedas. El día que las naciones puedan ser propiedad de sí mismas, los desgarramientos militares serán una quimera. Hoy sufrimos una dulce ilusión de libertad. Nos creemos dueños de nuestro actos internacionales, cuando somos en realidad el instrumento pasivo de una oligarquía de privilegiados que no tiene patria ni ideales, pero que utiliza el patriotismo como si fuese un cheque á cobrarse en la carne enemiga. Se ha dicho injustamente que fué Inglaterra la única nación que nos ha abierto los ojos con su propaganda formidable. Mucho antes, á los resplandores de la primera república, ya el genio francés nos había conducido fraternalmente á la verdad. Al través de la Mancha, en medio de dos civilizaciones que se completan maravillosamente, se descifraron las ideas complejas que ponían una máscara de amargura á la más espantosa inquietud de los siglos. Un ferviente admirador de la Gran Bretaña que es tambien un gran

sabio, el príncipe Kropotkine, escribía recientemente que cada revolución ha tenido algo de original y propio. « Inglaterra y Francia, agregaba, abolieron una y otra el absolutismo real; pero al abolirlo, Inglaterra se ocupó ante todo de los derechos personales del individuo, especialmente en religión, como también de los derechos locales de cada parroquia y de cada municipio. Francia fijó principalmente su atención sobre la propiedad de la tierra, y al herir en el corazón el régimen feudal, hirió á la vez la gran propiedad y lanzó al mundo la idea de la nacionalización del suelo y de la socialización del comercio y de las principales industrias ». En un hombre desprovisto de prejuicios patrióticos, ese espíritu de justicia hacia la Francia calumniada por la reacción, puesta al nivel de un estercolero, vituperada como algo fatal y maldito, tiene algo de sanción, de fallo inapelable. « Lo positivo y cierto, afirma el príncipe, es que, sea cual fuere la nación que entre hoy en la vía de las revoluciones, heredará lo que nuestros abuelos hicieron en Francia. La sangre que derramaron, la derramaron por la humanidad. Las penalidades que sufrieron, á la humanidad entera las dedicaron. Sus luchas, sus ideas, sus controversias, constituyen el patrimonio de la humanidad. Todo ello ha producido sus frutos y producirá otros aún más bellos y grandiosos, abriendo á la especie amplios horizontes con las palabras libertad, igualdad, fraternidad, que brillan como un faro hacia el cual nos dirigimos ». Ya sabemos lo que es el patriotismo, lo que significa la dignidad nacional ofendida, lo que representa el honor de los pueblos. Pero lo más doloroso de todo, es que ya lo sabíamos hace ciento veinte años. No obstante, todavía continuamos matándonos, salpicando las praderas con nues-

tros huesos, empapando los campos con nuestra sangre y enrojeciendo el mar...

***

Llegada la noche, sobre la llanura cubierta de cadáveres, empiezan á moverse sombras viscosas. Cuando el ejército se ha retirado, y se sigue combatiendo todavía á la luz de los reflectores lejanos, parece que los cuerpos abandonados se animasen de nuevo. Se diría que los muertos vuelven en sí y que se inclinan, como enormes murciélagos, sobre los negros charcos de sangre. Todo aquello semeja una misteriosa resurrección de vida sobre el valle sombrío y silencioso. Son los merodeadores, los seres abyectos condenados por Víctor Hugo en la persona de su abominable Thénardier rondando como hiena sobre el campo de batalla de Waterloo. Poco importa que la corte marcial, la máquina terrible que sigue detrás del ejército y que arrasa con todo el canallaje disperso, se levante en el horizonte como un fantasma. Cuando suena la hora del despojo, el merodeador no piensa que puede ser fusilado. Se cree en los buenos tiempos de Turena y de Gonzalo de Córdoba, cuando la carne de los difuntos era propiedad del vencedor, cuando el saqueo de los cadáveres estaba elevado á la categoría de virtud. No importa que pueda ser visto por mil ojos inmóviles, horriblemente abiertos, clavados en la altura. Los muertos no denuncian á nadie. Poco conmueve al menodeador el espectáculo de los cráneos erguidos, fijos é impasibles como figuras esculturales, y de los puños frios y levantados en su última crispación amenazante. A veces, algún agonizante dejará oir ese ronquido cortado, seco, que recuerda el ruido de un resorte roto. El

hombre que se arrastra, el bicho repugnante que acecha con los bolsillos llenos de sortijas y de monedas, se dirigirá hacia el lugar de donde sale el estertor y saltará á la garganta del moribundo para acuchillarla con un golpe fatal. Cobarde y cruel, el merodeador no teme más que al centinela que puede descubrirlo, y á la patrulla que recorre el campo al galope. «¿Quién hace eso? — se pregunta el autor de *Los Miserables*. — ¿Quién es el que así mancilla el triunfo? ¿Qué mano asquerosa y furtiva es esa que se desliza en el bolsillo de la victoria? ¿Quiénes son esos rateros que se apresuran á dar su golpe de mano detrás de la gloria? Voltaire afirma que son precisamente los mismos que han hecho la gloria. Son los mismos; no hay cambio ninguno. Los que quedan de pie saquean á los que han caído en tierra. El héroe del día es el vampiro de la noche. Y sobre todo el que ha hecho un cadáver, se cree con derecho á desvalijarle. Por lo que hace á nosotros, no creemos esto. Recoger laureles y recoger con ellos los zapatos de un muerto, nos parecen cosas imposibles de ejecutar por la misma mano». Sin embargo, la guerra crea esta salvaje amoralidad, esta brutal disolución de todos los afectos sagrados. El merodeador es algo más que la expresión transitoria de un estado bélico. Su espíritu persiste sobre la tierra como una mordedura. Toda su historia es el símbolo de la descomposición universal. Por más severa que sea la disciplina, no podrá evitarse jamás esa pestilente turba de rezagados nocturnos. Ni Hoche, ni Marceau, ni Dumouriez, pudieron detener el avance cauteloso de los hurgadores de cadáveres. No bastó la moral idealista de los soñadores republicanos para poner una valla á los desbordes de la bestialidad humana. El dique se rompe por

todos lados y rezuma su pus nauseabundo. La especie suda por sus cuatro costados un apestoso olor de barbarie. Anatole France demuestra que las leyes que tanto respetamos, tienen su punto de partida en la violencia y en el despojo. Así que el merodeador gira alrededor de nosotros como el espectro de nuestro origen jurídico. El es la única verdad de nuestra flaca naturaleza. Es capaz de recordarnos todo lo malo, todo lo perverso, cuando intentemos ponernos sobre el sendero que recibe desde lo alto la luz salvadora. De muy poco ha servido nuestra gimnasia espiritual de cuarenta siglos, creadora de monstruos del pensamiento y de la conciencia. El soldado esperará que muera su amigo íntimo, que caiga acaso su hermano, atravesado por el plomo. Luego arrancará los vestidos, chupará la sangre, y acabará por robar hasta el oro que salpica las muelas carcomidas de sus muertos...

***

Las tropas senegalesas han desembarcado en Francia pidiendo á gritos la cabeza del kaiser para comerla. Los oficiales franceses han hablado á los negros del cráneo de Guillermo como de una presa difícil de atrapar, pero cuyo sabor es de lo más exquisito. Y las legiones de Africa se han dejado atraer sin esfuerzo por el encanto sugestivo de la golosina imperial. Ese delicioso manjar permitiría reconstruir en plena Europa el festín olvidado de los antropófagos, trasplantar á un escenario moderno la voracidad fría y repugnante de los caníbales. Eilo sería un cuadro digno de nuestra época insensible y utilitaria. Resulta mucho más provechoso comerse los sesos de un soberano que arrojarlos al foso común. Esta pauta

de la utilidad en el regicidio, la dió el sargento Tallien. El feroz revolucionario, ilustre precursor de la doctrina senegalesa, pidió á los convencionales que hiciesen fundir un cañón del calibre de la cabeza de Luis XVI, para escupir el cráneo del monarca á los enemigos de Francia. Como en 1793, también buscamos hoy el lado práctico de nuestros errores. Si enseñásemos á los soldados á devorar al enemigo, los gastos de abastecimiento militar serían completamente nulos. Bastaría congelar los cadáveres, aderezarlos con discreción, para tener carne fresca á cada rato. Estamos como hace mil años; no hemos retrocedido ni avanzado. « El corazón se oprime, dice Michelet, cuando se ve que, en el progreso de todas las cosas, la fuerza moral no ha aumentado ». La cabeza de los reyes es un cebo trágico, una carnada mortal donde se esconde el anzuelo de todos los padecimientos. Cronwell y Marat quedaron prendidos á los cráneos que ellos mismos cortaron. Tarea imposible la de separarse de una fuerza histórica que nos arrastra consigo al abismo. Contra la cabeza del emperador se descargan en la actualidad todos los odios del género humano, todos los apetitos brutales del hombre. El bueno y quimérico Melchor de Vogué creía sinceramente que la historia de nuestra especie es siempre el trabajo de una poesía y de una fe. En su indulgencia bondadosa, el gran escritor no pudo distinguir la obra de la criminalidad humana en el progreso universal. La inquietud social se acentúa á cada hora que pasa. Trabajamos sobre una substancia inconsistente. Nuestro edificio científico tiene su asiento sobre valores convencionales que pueden modificarse algún día. En materia de apreciaciones éticas, estamos al mismo nivel de las tribus de Africa. Porque comamos la

cabeza del kaiser no vamos á ser más perfectos. La ilusión de los senegaleses es también la ilusión de la humanidad entera.

***

No exageraba Voltaire cuando decía que en el gran juego de la vida humana se comienza por ser burlado y se termina por ser bribón. En materia internacional ha muerto para siempre la orden de la caballería. Ya no existen soluciones sentimentales á base de romanticismo generoso y altruista. Hoy no triunfan más que el mercader y el soldado. Un egoísmo feroz forma el nervio esencial de todos nuestros actos. Hasta los sistemas morales se han modificado de acuerdo con la nueva orientación humana. Augusto Comte ha tenido que ceder su puesto á Le Dantec. En el concierto de los apetitos universales, el desinterés es una bella palabra sin significado. Las naciones valen actualmente por los hombres que pueden enviar al sacrificio y los mercados que pueden abrir á sus industrias. Los gobernantes hacen el cómputo de vidas, con la misma exactitud prodigiosa con que un banquero verifica el balance de sus encajes. Se juega con los hombres como con los números. La estadística se ha sutilizado hasta el punto de hacernos conocer de antemano cuánta gente va á morir en una guerra determinada. Se sabe, por ejemplo, que en la batalla de Sedán los franceses perdieron treinta y cuatro hombres por cada mil. No ignoramos que durante la guerra de 1870, el cinco por ciento de los combatientes fueron muertos, y que en la última conflagración balcánica el porcentaje de cadáveres fué casi el doble. Cuando los pueblos se desgarran, la reserva de vidas humanas vale tanto como la mon-

taña de oro que se guarda avaramente para pagar la curación de las heridas que el país se infiere á sí mismo. «Tengo cien mil hombres de renta», decía Napoleón con orgullo. Y la envidia del gran corso hacia el emperador eslavo, se explicaba claramente, pensando que el zar podía disponer de una renta de carne humana mucho mayor, mucho más terrible. Por más dinero que se tenga, seremos saqueados si no disponemos de un ejército que defienda nuestro tesoro. El peor enemigo de Roma fué su propia riqueza; esta esplendidez atrajo las hordas salvajes del norte que pisotearon un imperio magnífico y desguarnecido. De nada valió Stilicón, para nada sirvieron los heroicos generales de la última hora. Los inmensos dominios latinos se dejaron degollar y robar; sufrieron pasivamente el ultraje premeditado de los bárbaros. Los sutiles estadistas del tiempo de Teodosio, los fulgurantes retóricos de Byzancio, toda aquella legión de filósofos epicúreos y de viciosos sofisticadores no había sabido calcular. Jamás llegó á meditarse un solo minuto sobre el posible balance de vidas. Aquella sociedad, entregada únicamente á gozarse á sí misma en un delirio insensato, no se daba cuenta que era un organismo gangrenado y moribundo. León Tolstoi se indigna porque el mariscal Dibitch declaró en 1830 al enviado de Khlopitzki, que era necesario el sacrificio de diez mil hombres para sofocar una revolución en Polonia. He aquí, no obstante, un militar que sabía pesar las probabilidades y á quien nunca sorprenderían dormido. «Tener de qué vivir, es tener alguna cosa que dar. Sin eso, no existe la riqueza. No tener más que para uno mismo, es no tener nada». Quien haya leído á Florian, habrá tropezado más de una vez con este pensamiento, profundo y eterno como el es-

píritu del fabulista que tuvo el valor de escribirlo. Una nación que no dispone de hombres para ser triturados, es una nación despreciable, una entidad sin expresión práctica y que corre el riesgo de ser absorbida. La organización política que no da nada de sí misma, que no sabe prestar su concurso de vidas al matadero humano, se halla fuera de todas las previsiones teóricas. Los huesos de los que van quedando en el camino, nos sirven de escalera para subir; ellos preparan nuestro pedestal. El mundo está hecho de tal manera, que un gobierno que carece de ciudadanos dispuestos á hacerse aplastar por el enemigo, nos da la impresión del ganadero que tuviese la dehesa desierta y que acabase por verla inundada de animales ajenos. El secreto de toda nuestra superioridad está en saber equilibrar nuestros cálculos. Cuando nos creemos completamente libres, sin ningún yugo propio, es cuando empezamos á ser los instrumentos inconscientes de una voluntad dominadora que se oculta á nuestro análisis y que nos convierte en pobres bestias sin finalidad, sin reflexión y sin autonomía. No se arriesga, sino cuando se pierde, aunque se tenga toda la razón del mundo Hasta para matar y encontrar la muerte, es necesario ser exacto, no apartarse una sola pulgada de la lógica implacable que gobierna nuestro destino.

***

Los diarios franceses publican las impresiones de René Leval sobre el dolor de las grandes batallas modernas. Hay cuadros tan terribles, tan atrozmente salvajes, que parecen la creación de un cerebro alucinado y vencido por la fiebre. Para el escritor francés, es necesario poseer una fuerza

de espíritu extraordinaria, si uno no quiere volverse loco. « Las trincheras alemanas distan poco de las francesas, escribe Leval. Se combate á través de montones de muertos que, con sus cuerpos acribillados de balazos, ofrecen á los beligerantes macabro parapeto... Por entre los muertos se dispara, detrás de los muertos se esquiva el bulto, sobre los muertos se avanza, sobre los muertos se cae... Si á esta visión continua se junta el fragor del combate, el tremendo estruendo de los cañones, las pestilencias del aire, los gritos, los lamentos, los aullidos de dolor y de rabia, calcúlese el valor moral que se necesita para no caer antes de ser derribado por las balas enemigas ». No es que los soldados sientan su sensibilidad embotada; muchos de ellos llegaron hasta derramar lágrimas á la vista de escenas tan espantosas como las que se sucedieron en Roye y en Meaux. Detrás del muro formado por los cadáveres y los heridos, los dos ejércitos se acometen con verdadero furor. Cuenta un soldado que lo que más daño le hacía, lo que más desgarraba sus entrañas, « eran los gritos desesperados, terribles, de los heridos y de los moribundos... » Había quien llamaba á voces á su madre, á su hermana, á su esposa, á sus hijos... Algunos soldados de su mismo país, bretones como él, amigos suyos, lo llamaban por su nombre, pidiéndole un socorro imposible. El pobre diablo, al hacer su relato, temblaba de pies á cabeza.

—¡Dios mío!... ¡Qué gritos más espantosos!... Los llevo aquí, los estoy oyendo siempre... De noche, me despierto sobresaltado. ¡Ah, esos aullidos malditos!... No los olvidaré mientras viva.

Bajo los temporales más violentos, las batallas no se suspenden. Los truenos se confunden con

los estampidos del cañón. Los relámpagos y los fogonazos forman una extraña combinación de resplandores lívidos. Entre tanto, llueve y llueve sin descanso. Las trincheras se llenan de agua sanguinolenta, los soldados chapotean con el lodo hasta la garganta. Con la humedad, á los pocos minutos, los cadáveres se inflan y revientan como aerostatos llenos de gas apestoso. Pocos momentos tan degradantes como esos en que el soldado empieza á familiarizarse con la podredumbre y se siente capaz de partir su pan sobre la boca hedionda de un compañero muerto. Si la bestia humana comienza á manifestarse, ya no hay freno ni valla que la detenga. Para resistir hasta ese punto, es preciso ahogar toda conciencia sensitiva, apagar las últimas ternuras. « El que diga que no tiene miedo á la muerte, exclamaba el general Skobelef, es un mentiroso; el bravo la teme, pero tiene la suficiente fuerza de voluntad para no huir á su presencia ». Es que barbarie ancestral ó fuerza de voluntad podrían ser muy bien una misma cosa. Después de todo, el último punto de nuestra parábola coincide siempre con un cadáver. Nada de extraño tiene caminar con indiferencia leguas enteras por llanuras verdosas y agusanadas. Los mismos enterradores, favorecidos por razones del oficio con su insensibilidad profesional, se asombran de que el ejército no haya retrocedido espantado. « Parece, agrega Leval, que los cadáveres se hallaban en plena descomposición, y que, por esta causa, los obreros habían recibido orden de no tocarlos. Con ganchos se los arrastraba hasta el hoyo, se contaba el número, se distinguía su nacionalidad, y, juntos todos, sin cuidarse de su nombre, ni de sus papeles, ni de nada, se les arrojaba dentro... De cal y tierra era la mortaja. A lo lejos, el cañón

mortífero entonaba el último responso ». El relato de Leval deja la impresión de hallarnos frente á un escritor sensible y delicado. En nuestra edad de hombres blindados contra el infortunio ajeno, compadecer el dolor de los otros resulta una verdadera desgracia. La vida afectiva es actualmente un contrasentido. El que fuese capaz de sentir en toda su intensidad los grandes dolores humanos, tendría que hacerse volar el cráneo con dinamita. Para vivir bien á gusto, debemos vestir nuestro espíritu con una túnica de hielo. « Hay corazones con los cuales se podrían tallar diamantes », dice Wertheimer. Los únicos seres felices son aquellos que han abroquelado su corazón con placas de metal. Si ello no fuera así, no existiría la guerra. Un hombre que se rinde al sufrimiento de los otros es una cantidad negativa, un desecho miserable y desarmado, una figura gelatinosa, incapaz de plasmarse en formas concretas, un cordero que tiende humildemente su cuello en la caverna poblada de bandidos ...

CAPÍTULO VII

LA OLEADA MOSCOVITA — RADKO DIMITRIEFF — LOS LOCOS DE VARSOVIA — LA CABALLERIA DE RENNENKAMPF — SU MAJESTAD EL COSACO — LOS LOBOS DE LA ESTEPA.

Nicolás II, el zar de todas las Rusias, ha prometido lustrarse las botas en el palacio imperial de Berlín. Su promesa no es una cosa vana. Detrás de ella, hay ocho millones de bayonetas dispuestas á cumplir la voluntad de su soberano. No se puede admitir, sin embargo, que se consiga marchar hacia la capital de Prusia como á un paseo. Un ejército formidable guarda las puertas del imperio y se dispone á hacer pagar caros los extraños caprichos del emperador ruso. Nunca como ahora la obscura horda eslava, la espantosa oleada moscovita, se ha visto rodeada de más benévola indulgencia. El último maridaje de la autocracia con la república ha provocado simpatías universales que jamás se creyó que existiesen El último gesto del gobierno ruso prometiendo la autonomía de Polonia, descuartizada hace más de un siglo en un festín de chacales, no ha hecho más que acrecentar esa corriente de afectividad. Las cosas horribles no han querido verse. La humanidad ha olvidado la horca que sofocó la revolución idealista de 1905, ha olvidado los abominables martirios de la cárcel de Pedro y Pablo dirigidos por el frío y diabólico Pobietdonozeff, el Torquemada eslavo, el cruel religioso del Santo Sínodo que, con Trepoff,

su famoso jefe de policía, jamás se cansó de abastecer con carne de pensadores el infierno helado de Siberia. Toda la historia del pensamiento ruso contemporáneo es una historia trágica de cadenas y de sufrimiento. No ha habido en Rusia hombre libre alguno que no haya sentido oprimir sus tobillos por el grillete denigrante del presidio. Ahí están, para demostrarlo, los ejemplos conmovedores de Tchernitchewsky, de León Deustch, de Dostojewsky, de Krustaliof, que suman entre todos más de cincuenta años de execrable cautiverio. La alianza de Rusia con la democracia puede tener, como las aguas del Leteo, la rara virtud de hacernos olvidar el pasado. Pero el dolor humano, cuando ha sido provocado por la absurda injusticia de los poderosos, no se olvida jamás. Como la mancha de sangre que apareció en la llave mágica de Barba Azul, ella surgirá por un lado distinto cuando creímos haberla borrado por el lado opuesto. De esta manera nos recordará nuestro pecado y nos echará al rostro nuestra debilidad.

***

Al servicio de Rusia, el general búlgaro continúa siendo, lo mismo que en la guerra balcánica, la tempestad con genio militar. No hay turco, ni servio, ni griego, que no haya sentido alguna vez en sus oídos sonar como un latigazo, el nombre salvaje de Radko Dimitrieff. El estratega eslavo ha conquistado ya para las armas rusas los laureles de muchas victorias. Terrible y sombrío, su mano pálida, crispada por una voluntad formidable, señala á los soldados el camino de la destrucción implacable. Nada es capaz de detenerlo, ni el llanto del niño, ni las súplicas

de la madre. Sus hombres marchan, según la frase bíblica de Eduardo Rod, « pisoteando los campos que sembraran, quemando las ciudades que construyeran, con cánticos de entusiasmo, gritos de alegría y músicas de fiesta ». El ejército de Muktar Pachá, derrotado en Kirk-Kilisse por el general Dimitrieff, experimentó entonces la forma atroz como el vencedor se cobró el precio de su triunfo. Cien mil soldados ebrios, como las antiguas hordas macedónicas, entraron á saco y á degüello en las aldeas. De poco sirvió que Pierre Loti lanzase ante el mundo su protesta angustiada. Europa permaneció impasible, porque la guerra balcánica no había alterado todavía su equilibrio inestable, hecho á base de egoismo y rapacidad. Los soldados búlgaros prosiguieron matando y robando, violando á las ancianas y á las criaturas, castrando á los heridos, quemando vivos á los prisioneros y torturando á las mujeres con mutilaciones repugnantes y abominables. El libro *Cruautés bulgares,* publicado en Atenas hace un año, constituye el sumario desgarrador de toda esta cadena de infamias. No hay libro más triste que ese, en su amarga y desoladora sequedad informativa. Al abrir sus páginas, donde se amontonan los crímenes, el olfato, sutilizado por la imaginación, afinado por la excitabilidad nerviosa, cree percibir el vaho acre de la sangre y el hedor pestilente de los cadáveres. El cuadro solitario de la llanura cubierta de residuos humanos, con hienas de pelos hirsutos que aullan lúgubremente sobre los cuerpos destrozados, el cuadro lleno de congoja que brota del libro como de una herida abierta por el hierro y el fuego, es el mejor proceso contra la bestialidad inagotable del hombre. Acaso en esos lagos rojos, donde ha chorreado la sangre de dos razas, quede ence-

rrado el secreto frío de nuestros apetitos inconfesables. Radko Dimitrieff no es más que un símbolo de la especie; como el duque de Alba, es una encarnación diabólica de la barbarie ancestral, del odio primitivo. Un determinismo inacabado de fenómenos, una ciega fatalidad de hechos históricos, asimila al general búlgaro con una fuerza de la naturaleza, brutal é irresponsable. Hay una diferencia capital entre la barbarie practicada como doctrina y la que tiene la grandeza fatalista del rayo y del huracán. Si Von der Goltz es el sistema académico, Radko Dimitrieff es la fuerza salvaje que no tiene más principios que las leyes naturales, esas tablas misteriosas que rigen tanto la mecánica de los astros como la actividad circular de los protozoarios. Pero las dos barbaries se parecen, porque ambas dan la impresión melancólica del viajero que, sintiéndose de pronto bloqueado por las paredes de la gruta, con la muerte que ya sopla sus sienes, empieza á cavar frenéticamente, rascando la piedra para no conseguir otra cosa que ensanchar el perímetro de su propia cárcel.

***

En Tverok, cerca de Varsovia, los rusos tuvieron que representar una curiosa farsa, inventar una retahila de fábulas caprichosas y sin sentido, para convencer á los locos que debían abandonar el manicomio ante el avance de los ejércitos prusianos. Gran trabajo costó hacer comprender á los alienados lo que para ellos era incomprensible. Si según la expresión de Jules Baget, á los tontos no se les persuade más que con tonterías, para hacerse entender de los locos no habría más remedio que hacer locuras. Cuando se rompe la

facultad que coordina nuestras sensaciones, cuando la personalidad se eclipsa, cuando se quebranta la lógica que mide todos los planos de nuestra existencia y que cuenta el ritmo de nuestra razón vacilante, no es posible interpretar sin ironía todo lo que pasa fuera de nosotros. « A los asilados de Tverok, cuenta un cronista, les hizo gracia la actitud de los rusos, y muchos de ellos echaron á reir ». Para los recluídos, rusos y alemanes habían perdido el juicio; la matanza fría, calculada, científica, constituía la mejor prueba de delirio mental. En cambio, el más alto signo de cordura lo dan aquellos que se ríen de los hombres que se destripan sin objeto. Ser loco significa no pensar como la mayoría, no amoldarse al criterio de los demás. La vida debe ofrecer aspectos insospechados cuando se la mira desde el interior de un manicomio. Preguntad á un insano sobre su manía y os tachará de loco. Si los filósofos de Tverok pudiesen mandar, todos nuestros ejércitos estarían encerrados en una jaula apropiada. Para Grasset, el hombre completamente cuerdo es una ilusión. No existiendo la armonía mental absoluta, nuestros actos no tienen más contrapeso que el infinito. Nada sobrevive á la grandeza de nuestra ignorancia ó la inmensidad de nuestro error. El conocimiento humano está hecho de relatividades difusas é inconsistentes. Por eso, el mayor disparate de este mundo consiste en querer pasar por cuerdo en una casa de orates El que vaya contra los prejuicios endurecidos de un sistema, no logrará convencer á nadie. ¿Quiénes poseen la llave de oro de nuestro destino? ¿Dónde está escondida la última palabra? En la búsqueda inútil y fatigante, dispersamos lo más precioso de nuestras energías. De ahí que marchemos á saltos por el

espacio, eternamente abierto sobre nuestras cabezas y bajo nuestros pies. Sin embargo, la locura desempeña su papel en la historia; su fuerza social es tan formidable como la fuerza social del delito. « El progreso humano, dice Lombroso, es la obra de los alienados ». El esfuerzo del genio tiene el aliento soberano de la sombra, sabe flotar entre dos inmensidades. Esos fragmentos vagabundos, inquietantes en su originalidad, nos hacen dudar de nuestras propias realidades espirituales. Se parecen á los albatros aleteando sobre el océano, heridos por la luz del amanecer, motores de vida, puntos misteriosos, que hacen pensar al navegante si proceden del azul impenetrable de los cielos ó del abismo inviolado del mar...

***

El general Hindenburg, vencedor en la batalla de Tannemberg, ha hecho grandes elogios de la caballería cosaca organizada por Rennenkampf. Esta arma, en manos de los rusos, tiene una formidable unidad de acción. Como Eydoux en Francia, el tenaz Eydoux que acabamos de admirar en la línea del Aisne, el general Rennenkampf reivindica para sí la gloria de haber perfeccionado en Rusia esa parte del ejército destinado á terminar las batallas y á complementar la obra de las otras armas. El militar ruso ha conseguido hacer de la caballería una sola fuerza llena de elasticidad, de precisión, de armonía. Allí todo se mueve como una máquina de relojería, todo marcha como el aparato regulado por un mismo motor. Los regimientos cargan, avanzan, se retiran en perfecto orden, como una masa única, firme y compacta, allí donde el hombre y la bestia forman una sola

célula en el inmenso organismo de la caballería. Ver evolucionar á esos monstruos, que tienden á lo largo del camino infinitos tentáculos hechos de seres humanos y de caballos, produce una intensa emoción estética. No importa que la metralla siegue á cada rato una parte de los efectivos. Los claros se llenan de inmediato con una rapidez inaudita. El armonioso organismo no se resiente; los caballos y los hombres vuelven á crecer como la avena recién cortada. El general Rennenkampf ha hecho de su especialidad militar una energía que se manifiesta matemáticamente. Por eso los resultados son tan espantosos. El hombre y el caballo son una sola pieza, se acostumbran uno á otro á sus necesidades mutuas, se adaptan maravillosamente á sus vicios recíprocos y hasta se entienden por medio de gestos y de palabras. Muerto el animal, el ginete no tiene más remedio que educar otro; muerto el ginete, el caballo no resistirá sino á un soldado cuyos hábitos se aproximen á los del difunto. Para que el caballero sea completo, es necesario que la bestia haga lo imposible. No hay obra perfecta, mientras el corcel necesite del látigo y de la espuela. Deberá moverse solo, sin que se le hostigue por medios exteriores; deberá galopar al acento de una palabra ó detenerse al influjo de una idea descarnada. Se establece cierto nivel psíquico, cierta telepatía mental y afectiva entre el rocín y el soldado. Un cronista francés refiere en el *Excelsior* que los caballos rusos que se hallan en poder de los alemanes y austriacos, les resultan á sus nuevos poseedores completamente inútiles. Rennenkampf ha creado una caballería tan perfecta, que el enemigo no podrá esgrimirla de nuevo contra los rusos. Pocas cosas tan refinadas como esta venganza de un método de bronce que no

puede conocer la derrota completa. Los caballos, prisioneros como los hombres, tampoco harán traición; no se dignarán atacar mientras no suene una palabra amiga y la mano del dueño no les acaricie el hocico y les palmee amorosamnte los flancos.

***

Arnaldo Fraccaroli, periodista italiano, se ha asombrado al encontrar dos cosacos entre los prisioneros rusos hechos por los austriacos, cerca de Lemberg. Nada más difícil que apresar á uno de esos hombres, creados con carne de tártaros y por cuyas venas corre la sangre impetuosa de los Tamerlán. Su nombre salvaje, que quiere decir caballero errante, salteador nómade, beduino de la estepa, nos viene como un soplo helado de las llanuras desiertas que se extienden detrás del Cáucaso. Esas montañas ásperas, cadena sagrada y blanca, se interponen como una barrera al galope loco de las velludas cabalgaduras, al disparar de toda una raza de bárbaros que tiene el vértigo de la crueldad brutal y del heroismo sin conciencia. Herido y prisionero, el cosaco posee cierta majestad extraña. Sin hablar, con los ojos entornados, esos gigantes parecen una mezcla de príncipes huraños y de buhos misteriosos. Son esfinges de insensibilidad y de secreto. Amputado en su caballo, complemento indispensable de su fuerza, parte integrante de su cuerpo, el cosaco se tira á muerto. « En las cargas vertiginosas, dice Fraccaroli, ellos piensan siempre en asegurarse el retorno, en morir ó volver. Es casi imposible que dejen abandonado algún herido sobre el terreno. Muchas veces, para no abandonar á un compañero, se pierden cinco ó seis cosacos vá-

lidos. Si pueden, no abandonan ni aún mismo á los muertos. Es por eso que los cosacos pelean con tanto valor y resolución ». Los cosacos heredan su hosca solidaridad en la misma forma que el sable y el corcel. Es un sentimiento de familia, alimentado por narraciones de mujiks; sentimiento que viene desde muy lejos, perdido casi en el infinito de los años, y que renace en el fondo de la cabaña rústica, junto al establo con olor de paja húmeda y de estiércol, mientras el vodka calienta las gargantas y el samovar hierve ruidosamente. Sin embargo, esa raza que conserva su rudeza ingénita con tanto amor como sus tradiciones poéticas, salvó muchas veces á Europa de las invasiones bárbaras. Un gran eslavo, Nicolás Gogol, estudió profundamente esa maravillosa manifestación de la fuerza rusa. Ella surgió del pueblo, espontánea, bajo el aguijón de los acontecimientos. Se vieron aparecer en el siglo XV las antiguas chozas ocupadas por tribus cuya principal tarea era la caza. Estas tribus eran vasallas de reyezuelos siempre en guerra, que traficaban con la propiedad de sus súbditos. « Pronto, dice Gogol, las chozas se transformaron en aldeas fortificadas, reunidas bajo el peligro común, solidarizadas en un mismo odio contra los piratas paganos. Durante mucho tiempo, la historia ha reconocido que la lucha incesante sostenida por los cosacos, ahorró á Europa las formidables invasiones que la amenazaban ». Hay que tener en cuenta que los cosacos no constituían un ejército permanente y regular. Pero cuando sonaba la voz de alarma, los hombres llegaban de todas partes hacia el punto de concentración, y en pocos días se tenía un ejército cosaco que no se hubiese conseguido formar con todas las precauciones de un reclutamiento regular. Esta pro-

digiosa organización militar que hace del cosaco un soldado desde el momento en que ve la luz, le crea también algunos privilegios. Como pueblo, goza de autonomía administrativa y se halla eximido de impuestos. Pero el cosaco paga todas las gabelas con el contingente de su sangre. Nace y muere soldado. Supersticioso y agreste, su fanatismo por el zar raya en la locura. El coronel Asnabichine, agente militar de los rusos en París, declaró que el emperador había proclamado la guerra santa. « Nuestros cosacos, dijo, saben que van á combatir contra los incrédulos. Resulta difícil explicaros con qué ardor furioso nuestras sotnias van á arrojarse sobre el enemigo común ; pero la manera como los cosacos, avalanzándose sobre la artillería en acción, prepararon en Gumbinnen el aplastamiento de dos cuerpos de ejércitos prusianos, puede daros una idea de su formidable empuje ». Como veis, al cosaco no le asusta la muerte. Tampoco le importa caer acribillado de heridas. Su mayor desastre es ser prisionero, porque no puede conformarse al silencio y á la inacción. En el rebaño promiscuo de los cautivos, echando de menos la inmensa soledad de la tierra virgen, el cosaco sabe tener la mudez augusta de los viejos tigres de Hircania que, en las bóvedas del circo romano, bajo el azote enérgico de los bestiarios, vagaban melancólicos y no acertaban á lanzar un rugido.

***

Es tristemente cierto lo que decía Jules Claretie que la realidad está llena de novelas. Sólo se necesita un pequeño esfuerzo para saberlas leer. Durante la batalla de Agustow, en medio de la densa neblina, una manada de lobos, cuyos terri-

bles aullidos se sentían á la distancia, se precipitaba sobre los muertos y heridos para devorarlos. « Los camilleros ahuyentaron á tiros á las fieras; pero los animales, hambrientos, volvían en seguida. Apoyado en un árbol, refiere un testigo, había un hulano que hacía fuego continuo sobre el grupo de lobos que trataba de asaltar á un soldado alemán herido. Por fin, el hulano acabó por rendirse ante el número de sus enemigos, dejando que despedazasen al compañero ». Nadie sospechó que esa bestia de hocico húmedo y pelos erizados, jugase un papel tan importante en el drama europeo. En Rusia, el lobo forma parte de la poesía salvaje de la estepa. Es, en muchas regiones, la fiera sagrada á la cual se ofrecen sacrificios para aplacar sus iras. El campesino sigue religiosamente las huellas de los pasos impresas sobre la nieve, y aprende á leer el destino sobre el sendero caprichoso trazado por las patas del lobo. A veces, en el silencio de la noche, gruñidos lejanos, semejantes á lamentos, infunden un terror frío que dilata los ojos y paraliza la sangre. Georges Sand, que, siendo pequeña, sintió una vez el aullar de los lobos, no olvidó jamás la horrible impresión. Reunida en manadas, la bestia entra en las aldeas, asolando todo á su paso. Como un gran señor impetuoso, mezcla de conquistador y de bandido, el lobo llega á la puerta de las cabañas, las rasca furiosamente, y sabe hacerse anunciar con sus gritos. En otros momentos, olvida su caballeresca cortesía, y es capaz de penetrar astutamente en la morada solitaria, sorprendiendo al mujik dormido, quien despertará con sobresalto, sintiendo sobre su rostro el aliento fétido del intruso. Ninguna emoción tan terrible como volver en sí y verse rodeado por un círculo de orejas puntiagudas y de ojos brillantes y feroces. Pero

un tintineo, apagado é intermitente, puede ser la salvación. El lobo ama lo desconocido, gusta correr en pos de lo imprevisto. Al rodar del trineo, vibrante de campanillas, que vuela sobre la nieve endurecida de la estepa, la manada abandonará su presa para lanzarse detrás de esa sombra, llena de ruidos fugaces. De pronto, el trineo se ilumina con el resplandor de un fogonazo. Una fiera cae fulminada. Sin perder tiempo, los lobos se arrojan sobre el compañero herido y lo devoran en pocos minutos. Pero nada hay como la guerra para exaltar las locas correrías de esos grandes caballeros errantes del desierto eslavo. El dolor humano los hace más audaces. Nubes negras siguen el paso de los ejércitos. En 1812, durante la espantosa retirada de Napoleón, los rusos tuvieron en el lobo un excelente aliado. Muchos soldados fueron comidos vivos, poco á poco, saboreados como una golosina. Hubo granaderos de bigotes grises, con las piernas sostenidas por hilos de carne, que se cortaban los miembros en pedazos para calmar la voracidad de las fieras. Después de un siglo, el cuadro trágico vuelve á repetirse en el mismo escenario. Ahora como ayer, los lobos vuelven á completar la obra salvaje de los hombres. Nada más que por instinto, sin saber quiénes son Stammler ni Treitschke, los lobos realizan también, como los profesores del imperialismo moderno, el trabajo de la cultura sangrienta pregonado sin piedad desde la cátedra oficial y desde las academias del pensamiento científico. Ese esfuerzo anónimo no puede caer en el vacío. En momentos en que los lobos empiezan á hacerse dignos de la cruz de hierro, será necesario inventar una condecoración más terrible para premiar la bestialidad inteligente de los pensadores.

CAPÍTULO VIII

MAZZINI Y SUS SUEÑOS — EL DESPERTAR DE ITALIA — AMILCARE CIPRIANI — TRIESTE — FRASES TERRIBLES — EL CASTILLO ENCANTADO.

José Mazzini, el pensamiento de la unidad italiana, la voz vengadora de un siglo angustiado por la opresión, se hubiera horrorizado al analizar las causas éticas de esa tempestad de sangre que amenaza con cubrir toda Europa. Espíritu de fraternidad, soñador recalcitrante, respetuoso de los derechos populares; creyendo sinceramente en la justicia, aquella gran conciencia de una época no hubiera podido admitir la violación, por medio de la fuerza, de los principios consagrados por la moral universal de los pensadores. Si los ideales de Mazzini se hubiesen convertido en realidades concretas, ellos serían la solución de muchos problemas internacionales. Hoy mismo, leyendo los escritos del ilustre revolucionario, uno piensa que esas ideas pudieran ser todavía la biblia santa de la humanidad, el libro de oro de los grandes espíritus. « Las naciones son los individuos de la humanidad, decía Mazzini. Todas deben trabajar para la conquista del fin común, cada una según la propia situación geográfica, las propias aptitudes y los medios de que dispone ». Este fin común no era otro que la solidaridad fraternal de todas las razas. Desterrada la guerra de conquista, sólo se aceptarían los estallidos bélicos contra el entronizamiento regresivo de los tiranos. Para Mazzini hay gue-

rras delictuosas y guerras altamente morales. « Una guerra es santa, exclama, cuando la exige la necesidad de un progreso hacia el fin común, ó cuando va contra quienes impiden á un pueblo el cumplimiento de su propia misión histórica. Cualquiera otra guerra, representa un delito de fratricidio, y todas las naciones deberían aliarse contra aquella que sea tan insensata como para perturbar la paz. Como los miembros de una sola familia, los pueblos son todos solidarios, y están llamados á combatir el mal donde quiera que se encuentre y á premiar el bien donde pueda hallarse. Las naciones que queden espectadoras inertes de una guerra injusta, no tendrán más que espectadores el día en que sean despedazadas ». La última frase admirable del gran italiano, parece una advertencia á su propia patria. En la hora actual, muchos diarios europeos han refrescado el recuerdo latino con las palabras del famoso repúblico que creó la religión política de Italia, modeló las ideas universales de una nacionalidad y llenó un siglo entero con su nombre. La generosidad de Mazzini era tan ilimitada como su energía. En su luminoso ensueño democrático no conocía fronteras, envolvía á todo la especie en un abrazo paternal. Pero todo lo que el soñador tenía de emotividad, de ternura, también lo tenía la altivez. Su odio á los poderosos, no era más que la sombra de su amor á la libertad y á la justicia. No alimentaba sentimientos negativos, porque él sabía que cada virtud tiene su valor opuesto, el contrapeso que equilibra el perpetuo balanceo de todos los actos humanos. El que haya leído al pensador, seguido paso á paso al Mazzini idealista, al hombre de acción y de sentimiento, no puede menos de pensar que, si él viviese actualmente, seguiría

siendo, con la pluma en alto y la espada desnuda, el gran caballero del derecho.

***

Italia ha abierto los ojos sobre una aurora desconocida. En medio del circo europeo, como un gladiador que en cualquier momento puede participar del desgarramiento colectivo, ha tenido la sensación deslumbrante de su fuerza y de su poderío. Estamos ya muy lejos de aquella época inolvidable y amarga, en que, según la expresión cáustica de Metternich, Italia no era más que un nombre geográfico. Las cosas han cambiado profundamente. Hoy se respeta á la gran nación latina en su potente unidad militar y en la suprema armonía de su pensamiento. Después de las declaraciones de Viviani, todo el parlamento francés, puesto de pie, vitoreó con entusiasmo la fraternidad de dos razas herederas de Roma, que tienen una misma cuna histórica y un mismo destino social. Según el periodista Sarti, la enorme población italiana residente en Francia fué estruendosamente aclamada al abandonar el país á cuya grandeza ha colaborado. « Aquello era conmovedor, dice. Había muchos mineros sardos, casados con francesas, y cuyos hijos no conocen el idioma del padre, muchos trabajadores que se alejaban entre sollozos ». Es asombroso lo que Italia ha hecho en cuarenta y cuatro años de unidad. Los mismos alemanes, cuyas invectivas de primera hora fueron debilitándose gradualmente, han terminado por reconocer, muy á pesar suyo, que un solo gesto de la nación italiana podría serles funesto. « Nuestros ojos se vuelven hacia vosotros, nuestro corazón busca vuestro corazón », dice el diputado alemán Friedrich

Naumann, en un manifiesto dirigido á los italianos. « Nosotros, agrega, hemos creído siempre que nuestra suerte está unida á la vuestra. También nosotros éramos antes un juguete en manos de las naciones extranjeras, y nos hemos transformado, como vosotros, en un pueblo fuerte y unido. Dos pueblos, que casi habían perdido su pasado esplendor, renacieron contemporáneamente al imperio de la vida y de la fuerza ». El mejor elogio que puede hacerse á la obra del resurgimiento italiano, es que un alemán se atreva á compararlo al de su propio país. Sin embargo, nada menos exagerado. Pueblo de ideas y de trabajo, Italia tiene un ideal superior de reconstrucción. La unidad moral dentro de su historia, no haría posible una hegemonía férrea como la de Prusia. Además, Italia es una nación internacionalmente sana; tiene la honestidad de todo pueblo sentimental, de la raza cuya intensa vida afectiva domina todos los órdenes de su actividad. Toda la obra maravillosa de Italia está hecha á fuerza de sentimiento, de sutileza, de inteligencia. « No existe máquina tan perfecta como un cerebro italiano », decía el sabio Huxley, el hombre que desentrañó todo el misterioso mecanismo del protoplasma. Plástico, intelectual, lleno de voluntad y de optimismo, no hay nada grande en los siglos que el pueblo italiano no haya podido conseguirlo. Su sentido colectivo del arte, que existe allí con la intensidad palpitante de que carece cualquier otra raza, su espíritu de simetría y de perfección, le hacen embellecer á su alrededor todas las trivialidades de la existencia. Italia es la campana que ha sonado más clara y profunda bajo la bóveda del tiempo. Las centurias han conservado la preciosa vibración de su música sagrada y lejana. La tierra sustentadora de

los hombres que humanizaron cou sus legiones. el mundo bárbaro y que crearon la base jurídica de las sociedades, la tierra forjadora de tres civilizaciones latinas distintas, tiene un pasado radioso y fecundo. Pero su porvenir resplandece ya en el sendero infinito de nuestra vida. Por allí correrá sin cesar la savia italiana, alimentando todas las fraguas con su trabajo, calentando todos los cerebros con su espíritu, desbordándose por encima de las fronteras que quieran estrecharla, como el buen vino de Falerno, que chorreaba alegremente en la fiesta de Dionysos por encima de los lagares, mojando la piel lustrosa y negra de los esclavos de Nubia que pisoteaban los pámpanos en una danza loca ó quedaban, serenos é impecables, como cariátides de piedra.

***

Amilcare Cipriani, con setenta años de vida aventurera y novelesca, se ha alejado de la risueña playa de Bandol, bañada por las aguas azules del Mediterráneo, para ofrecer sus servicios á Francia ¡Amilcare Cipriani! Su solo nombre es una leyenda de capa y espada, donde se mezcla la altivez, el desprecio á la vida y el heroismo de las ideas. Si hubiera vivido en la Roma clásica, se llamaría Régulo, y moriría antes de traicionar su palabra; si el renacimiento italiano lo hubiese contado entre los suyos, hubiera esculpido á estocadas, como Benvenuto Cellini, su más bella obra de arte; si el sol manchego hubiese enardecido su cuerpo, lo habríamos visto salir alguna mañana, como Alonso Quijano, con la adarga embrazada y la visera baja, para quebrar lanzas por los miserables y los explotados. Cuando Italia tenga un hombre que reuna tantas

cualidades soberbias, podrá decirse que Italia tiene un hombre más grande que Amilcare Cipriani. Mazziniano, socialista, jacobino, enemigo siempre del reino, declinó repetidas veces su puesto de diputado para no hacer juramento de fidelidad á la monarquía. Ultimamente, explicó al periodista Eugenio Cuarino, las razones por las cuales no iría á hacerse cargo de la diputación por Milán. « Para permanecer lo que fuí y soy, esto es, digno de aquel pueblo que me ha levantado siempre muy por encima del lodo en que se me quiso envolver, no prestaré juramento ni iré á Italia, conociendo la mala fe, las infamias y los delitos... Me sentiría, en verdad, desfallecer, si me rebajara prestando á la monarquía un juramento que borraría toda la gran importancia civil y militar de la elección de Milán, reduciendo á cero la voluntad de aquel pueblo magnánimo y generoso, á quien renuevo mis sentimientos de fidelidad ». Pensar que puede existir todavía un hombre de ese temple, en medio de tantas abominaciones contemporáneas, conforta el espíritu y eleva la conciencia de nuestra dignidad. « Cipriani es así — dice uno de sus críticos. — Tan pronto se le condena á muerte, como se le manda á ocupar una banca ». Nacido en Binimi, y contando apenas catorce años de edad, Amilcare Cipriani esgrimía las armas contra Austria, en 1859, tomando parte en todas las acciones hasta que se firmó la paz de Villafranca, fecha en que desertó para plegarse á Garibaldi, quedando á su lado hasta que Aspromonte puso fin al primer movimiento revolucionario. Condenado á muerte, consiguió escaparse, haciendo un largo peregrinaje de proscripto por Creta, Grecia y Alejandría. De esta última ciudad, donde se vió envuelto en duelos sangrientos, Cipriani regresó á Francia en

compañía de Flouren. Sitiado París por los prusianos, se enroló en un batallón destinado á salir de la ciudad, batiéndose heroicamente en Champigny y Montbreton. Envuelto en el incendio revolucionario de la Comuna, el romántico paladín es tomado prisionero en Chaton, condenado á muerte é indultado de nuevo En el presidio de Numea, una insurrección en la que toma parte lo lleva ante el consejo de guerra. No obstante, en 1879, esta nueva pena es también levantada. De regreso á Francia, sus artículos incendiarios en *Le Citoyen* y sus ultrajes á los guardianes del orden, provocan su destierro. Cipriani pasa á Ginebra y asiste secretamente á un cónclave revolucionario en Roma. « Aquí sucede en la vida de Cipriani un episodio enternecedor — dice su biógrafo. — Ya sobre tierra italiana, no puede contenerse y se embarca para Bimini á abrazar á su viejo padre, á quien no ve desde hace veinte años. Allí es reconocido, lo apresan y lo someten á la justicia por deserción y conspiración contra el Estado, siendo condenado á diez años de cárcel. Sus amigos, los socialistas italianos, exasperados por esta condena, lo eligen como diputado de Ravena y de Forli. La elección es declarada inválida. Tres veces la reiteran sus colegas. El gobierno italiano, á consecuencia de un gran movimiento de opinión, le da la libertad en 1887. Pero poco después se hace condenar nuevamente á tres años de reclusión. Cumplida esta pena, vuelve á Francia, se hace expulsar de París en el momento del movimiento anarquista y del asesinato de Carnot, por hacer la apología del asesino Caserio. Parte para Bélgica, de donde también es expulsado ». Pero la tierra francesa, á la que Amilcare Cipriani ama entrañablemente, le abre de nuevo sus brazos hospitalarios. Los socialistas

celebran grandes fiestas en su honor. Pero estalla la guerra entre Grecia y Turquía. Cipriani parte para Creta, combate valientemente y cae herido durante la retirada de Dhomokos. Más tarde, durante la guerra de los boers, el héroe de este romancero rebelde estuvo á punto de embarcarse para el Transvaal; pero se lo impidió una enfermedad repentina. Amilcare Cipriani tiene la grandeza romántica de los antiguos trovadores. Parece escapado de alguna belicosa canción de Gesta. Su misma vida privada es una novela de amargura. En 1869, durante su destierro en Londres, se enamoró de una joven inglesa, y se casó con ella. De este matrimonio nació una hija. Desde la guerra de 1870, en que Cipriani regresó precipitadamente á Francia, no volvió á tener más noticias de los seres queridos. Al cabo de treinta y ocho años, en un hermoso día de Abril de 1908. Cipriani volvió á encontrar en París á su hija, ya casada, y que vivía en una casa próxima á la suya. La realidad tiene más caprichos que la imaginación. Nadie se asombrará ahora que Amilcare Cipriani vuelva á jugar con la suerte, él que parece tenerla encerrada en la palma de la mano!

***

Desde Trieste, Gino Berri nos ha trasmitido, con pinceladas vigorosas, las angustias de un pueblo que no quiere ser austriaco. Los italianos han tenido que marchar contra su voluntad á la línea de fuego, entre culatazos y golpes de sable. La ley de hierro se ha cernido sobre todos los espíritus. Los soldados marchan, porque no hay más remedio, porque es preferible caer en una batalla que morir, devorado por las ratas, en el fondo de algún calabozo húmedo y sin luz. No

obstante, los empeños gigantescos de Austria para imperializar á Trieste no han conseguido matar en él su vivo y radiante espíritu latino. No han bastado los martirios, ni los fusilamientos, ni las prisiones. Subvertir la nacionalidad de una región es un afán quimérico, es un trabajo ilusorio, porque va en contra de los principios naturales que regulan la evolución sociológica de los pueblos. Hacer de Trieste una provincia austriaca es tan fantástico como pedir á un eucaliptus que dé melones. Se autoriza llorar á los que despiden á los soldados, pero no maldecir ni lanzar imprecaciones. Dice Gino Berri que las escenas que se desarrollan delante del cuartel son conmovedoras. Pero ellas también tienen sus límites. « Por todos lados circulan polizontes, los cuales vigilan para que las demostraciones no asuman caracteres inconvenientes. Son permitidas las lamentaciones discretas, lo mismo que sollozar en una forma mesurada ». Como se ve, los austriacos han hecho un sistema métrico decimal del dolor humano. Cuentan las lágrimas como si fueran garbanzos. Cuando el límite establecidos por la ley es violado, viene de inmediato el castigo ineluctable. « El que maldice la guerra, agrega el mismo escritor, el que jura é impreca, es arrestado. El otro día, alguien que afirmó que la guerra era un grave inconveniente, fué preso y acusado de deserción. El que afirmase que en Trieste hay entusiasmo, ofendería la verdad. Puede decirse que la conflagración es sufrida allí como una calamidad inevitable. A la partida de los soldados, se presencian escenas desgarradoras entre los que parten y entre los que quedan. Ese fastuoso vocear de que hablan los austriacos, constituye la parte menos sincera del drama. Todo ese oropel ha sido creado artificialmente para hacer creer que los qne se

marchan se sienten conmovidos por el entusiasmo y el ardor patriótico ». La obra de Cavour no está todavía completa. Hay una parte de Italia que gime aún bajo la pesada esclavitud de un imperio feudal, una parte que está separada de la gran familia unida al amparo de un solo ejército y de una sola organización política. El deber nacional le impone hoy á la vigorosa nación latina un grave sacrificio. Por un lado está el impulso desbordante de la raza que quiere cumplir su destino, y por el otro, una alianza que le traba la voluntad y ata las manos de un pueblo que jamás se solidarizó con ella y que no tiene ninguna obligación de cumplirla.

***

Los diarios franceses nos dicen que el general von Bülow se ha levantado amenazador, iluminado, profético, contra la actitud pacífica de Italia. Se le atribuye una frase terrible. « La actitud pasiva de Italia ante la agresión de los rusos — ha dicho — implica una traición para Alemania. No sólo Italia ha violado el tratado que la unía á nosotros, sino que ha permitido que se formasen legiones en su territorio para apoyar la acción militar de Francia. Pero Italia pagará bien cara su neutralidad. Alemania vencerá contra todos, aún cuando el mundo se poblase de demonios ». Al escuchar estas palabras, la admirable nación latina debe haberse estremecido dentro de su clásica bota, como para golpear con ella de buena gana las aristocráticas posaderas del irreverente militar. Dejando á un lado las respetables razones invocadas por el gobierno italiano para negarse á acompañar á Alemania en su aventura guerrera, esta última nación no tendría en último caso

ningún derecho para exigir el cumplimiento de tratados internacionales que ella misma confiesa haber violado en Bélgica y Luxemburgo. Por otra parte, la nación italiana, fuerte y rica, no podría temer á un enemigo triunfante, pero debilitado, que le permitiría renovar las viejas hazañas de Roma, dominadora del mundo, victoriosa de galos y germanos, cuyos ejemplares más formidables, encadenados á los carros de guerra, entraban humillados á la ciudad eterna entre el estruendo invencible de las armas latinas. Guillermo Ferrero no se equivoca cuando presiente para tiempos muy próximos la unidad total de nuestra raza. De nada valen los ultrajes de los que pretenden hundir la libertad latina. Hay algo que nos liga más fuerte que los intereses, hay algo más secreto que la tradición, y es eso el espíritu vigoroso de nuestra unidad civil. La gran fuerza del pangermanismo está en el ideal religioso de los reformadores. En cambio la religión de Roma no es otra cosa que el sentimiento subjetivo del derecho y de la justicia. No tenemos por qué temer. Si la energía de los germanos se llama Lutero, la nuestra se llama Augusto. Y esa es la única verdad que triunfará, « aún cuando el mundo se poblase de demonios ».

***

No hay tragedia humana ni hazaña prodigiosa donde su nombre no haya sonado. Luis Barzini ha sido el espectador y el cronista de cuanto suceso sensacional ha ocurrido en el mundo. Si su retina pudiese proyectar todo lo que ha visto, ella sería la película más cara. Durante la campaña de Marruecos, al lado de los generales Drude y D'Amade, el corresponsal pintó con co-

lores vivos los episodios de esa lucha pintoresca entre la espingarda y los cañones de tiro rápido. Las retiradas de Mukden y Liao Yang, durante la guerra ruso-japonesa, tuvieron en Barzini un narrador admirable. Más tarde, el periodista italiano acompañó al príncipe Borghese en su fantástica carrera automovilística de Pekín á París. Ultimamente, la revolución mejicana tuvo en Barzini el sólido y verdadero historiador que se revela nuevamente en la conflagración europea, el observador penetrante, el escritor dueño de sí mismo, maestro como pocos en el difícil arte de trasmitir las sensaciones y los movimientos. Barzini, es, ante todo, un maravilloso impresionista. Como ha comprendido intensamente el espíritu del periodismo contemporáneo, sabe describir con grandes y pequeñas manchas de color. Sus crónicas tienen á veces la violenta uniformidad de los azulejos ó la variedad sobria de los vasos etruscos. Reunidas en el libro, no pierden, sin embargo, la unidad de la concepción; un mismo espíritu las une, un hilo invisible pasa al través de ellas, hermanándolas como las perlas de un collar. Como un buen mentor, Barzini nos coge de la mano y nos conduce al través de infinitas encrucijadas tenebrosas, de paisajes devastados por la metralla, de lagos inmensos donde hierve la sangre de las víctimas... Su cerebro plástico se modela en la substancia exterior como si fuera arcilla. A menudo, su imaginación italiana cubre con un velo sutil y brillante las desnudeces ásperas de la realidad. En muchos pasajes el crimen colectivo puede saborearse como un manjar delicioso. Es claro que, ante espectáculos que tienen la fastuosidad oriental de los cuentos del tiempo de Haroum-al-Raschid, el aguijón de la duda empieza á atormentarnos el pensamiento. Pero uno pasa

tan agradablemente sobre ellos, que hasta siente la secreta necesidad de que se repitan. La entrada de Barzini en el castillo abandonado de la marquesa de Noailles, cerca de Lancorlay, mientras se escucha á lo lejos el tiroteo de las avanzadas alemanas, tiene el misterioso encanto de una aventura de Simbad el Marino. Por eso, la razón se resiste á creer tan fina y suave poesía. «Un parque soberbio abre sobre el camino desierto su entrada Luis XV, dice Barzini. Entramos. Los senderos están desiertos. Un magnífico castillo yergue sobre el verde del prado su fachada noble y antígua. No hay nadie. La puerta del atrio está abierta. Llamamos y nadie contesta. Dentro no hay nadie tampoco. Parece un palacio real abandonado. Hay estatuas, tapices preciosos, cuadros de valor, bibelots artísticos, muebles suntuosos. Penetramos en una serie de salones. Subimos por escaleras marmóreas. Nadie. Todos han huído. Cualquiera podría instalarse en esta magnífica mansión. Estamos en la habitaciones. El silencio es penoso. Tengo la sensación de cometer una profanación. Se apodera de mí un miedo de ladrón y quisiera huir. Esta soledad es espantosa. Pero me atrae un salón. Es la biblioteca. Hay en los estantes millares de volúmenes de encuadernaciones preciosas. ¿Dónde estoy? Abro un libro de marroquin y oro. Tiene un ex-libris, un escudo conocido, rodeado por la leyenda *Biblioteca de Champlatneux*. Supe así que era huésped de la ilustre marquesa de Noailles». La lectura de esta página sugiere el recuerdo de aquellos palacios encantados de las *Mil y una noches*, donde el mármol negro se mezcla con el jaspe, donde las puertas se abren y cierran misteriosamente sin que se vea alma viviente alguna, donde resplandecen las piedras preciosas, donde se ven gale-

rías interminables flanqueadas por candelabros de oro, donde manos secretas tañen instrumentos y escancian el vino en copas relucientes, sobre mesas opulentas, cuya vajilla es toda de rubíes y de diamantes... El espíritu se sobrecoge ante tanta magnificencia silenciosa. Un miedo atroz morderá las carnes del que ose violar ese recinto donde se amontonan riquezas fabulosas. No existe custodio más celoso que la soledad. Cuando ella pese sobre el cráneo como una lápida, trataremos de aturdirnos con el ruído hasta caer desvanecidos. Dentro de la residencia señorial de los Noailles, donde no se ve el más humilde lacayo, Barzini ha sentido las angustias punzantes del desamparo y del abandono. Si los soldados invasores hubieran entrado allí, el horror del silencio, el pecado de la profanación, les haría caer al suelo los fusiles y quedar petrificados como estatuas...

CAPÍTULO IX

MORIR... — LA ESCOPETA DE MADERA — VOZ INQUIETANTE — LA GRAN COSECHA — MAETERLINCK, SOLDADO — LA DAMA BLANCA.

Durante todo el día, desfilaron por Châlons soldados y más soldados. Iban alegres, como enardecidos por una embriaguez repentina y desconocida. En aquel rebaño humano, que marchaba cantando á la línea de fuego, no podía conocerse la cantidad de hombres ni distinguirse el número de los regimientos. Llegó la noche, y todavía los soldados seguían pasando. El tropel se había transformado ahora en una oleada ciega, que hacía temblar el pavimento con un torbellino de ruidos extraños. Aquello parecía una procesión de fantasmas, de sombras fugaces que fueran á estrellarse contra el infinito. De tiempo en tiempo, la luz de los reflectores ilumina ojos brillantes que atisban á la altura, cañones de fusiles, rostros pálidos y barbudos. Hace varias noches que esos miles de seres caminan y duermen sobre el fango. Ellos saben que, al final de la carretera, no puede esperarles otra cosa que la muerte. Sin embargo, el entusiasmo no ha decaído; quema como una fiebre, contagia como una epidemia. Si á pesar de toda la insensatez sanguinaria, los hombres saben conservar su ingenuo optimismo, cabría darle la razón á Leibnitz sobre la excesiva bondad de este mundo. Morir... ¿Acaso Plutón no está seguro de poseer nuestra pobre vestidura corporal? Nada más miserable que nuestro choque postrero con el misterio. La guerra puede ser, á

veces, salvadora; puede aniquilarnos de un solo golpe magnífico, en una llanura resplandeciente, llena de sol y de alegría; puede concluir con nosotros antes que el cáncer ó la tuberculosis. Ella tiene su franqueza terrible. Corta nuestras execrables cadenas sin prolongar el sufrimiento. Asquea meditar en la enfermedad; es repugnante pensar que millones de microbios, durante días, pueden comerlo á uno corpúsculo á corpúsculo, célula á célula. El final de la salud más radiosa, del vigor físico más admirable, es el espectro baboso y sucio de la vejez. Nada más horrible que llegar á viejo, nada más aplastador que sentirse disolver los músculos como si fuesen de gelatina, nada más triste que perder la memoria, la conciencia y la dignidad. Los hombres deberían ser detenidos por la muerte, en plena vitalidad, como la encina por el rayo. Decía Epicteto que «no morir es para el hombre, como á la espiga no llegarle nunca el momento de ser cortada». Pero una cosa es segar la espiga cuando apenas nace, y otra cuando está podrida. Lo primero es el resultado de la guerra; lo segundo es la obra del tiempo. El secreto está en deliberar por nuestra propia cuenta, en hacernos matar en un duelo ó en una batalla, en darnos la muerte nosotros mismos, cuando observamos que estamos estorbando en la vida, que usurpamos una posición que se debe á otro, y que ocupamos un puesto al cual ya no tenemos derecho.

***

Cerca de Nancy, los hulanos fusilaron á un niño de diez años. La criatura fué acusada de un delito horrible. Cuando pasaban las tropas, se atrevió á apuntarles con su escopeta de madera.

No importa que en las manos del niño se haya encontrado un frágil juguete. Los prusianos no conocen las leyes de la responsabilidad. Ellos se han forjado un razonamiento muy sencillo. «Si ese pequeño sujeto tuviese diez años más, han dicho, el arma con que nos amenazase sería muy distinta. Hay que castigar, pues, el pensamiento malo antes que brote y nos haga daño; hay que matar en germen la planta fatal». Por todos los caminos de esta lógica terrible, se llega siempre á la última pena. Se delinque pensando, se violan las leyes de la guerra haciendo el gesto que revele una idea malvada. Poco importa que la escopeta sea de madera; de nada sirve que el cañón que apunta sea un trebejo infantil. Ante la eternidad del tiempo, las armas más formidables parecen de corcho. Hemos visto cañones que asustaron á las centurias, deshojarse en láminas de herrumbe. Los morteros espantosos, que derrumbaban las fortificaciones antiguas, que lanzaban contra el enemigo tempestades de hierro, se deshacen hoy en polvo cuando lo tocan nuestras manos. Mazas y sables gigantescos que duermen su sueño secular en la vitrina de los museos, se caen á pedazos, se quiebran en mil partes, invadidos por esa lepra de los años que ataca al hierro y lo convierte en un montón de hojaldre. Estamos muy orgullosos de nuestras armas modernas, sin pensar que, ellas también, son maderos deleznables en el océano de las edades. Nuestra sensibilidad, agotada por vicios pecadores, entorpecida por placeres artificiosos, ya no se conmueve porque se fusile á un niño de diez años. Lo que hemos ganado en el goce impuro de nuestros sentidos, lo perdimos para el deleite inviolable del alma. Insensibles al dolor moral, creemos que el universo está encerrado dentro

de nuestra ciencia pedante, que no sabe lo que es el espíritu, que ignora lo que es la materia, que no conoce el origen del hombre, y que no ha hecho otra cosa que esclavizar las fuerzas brutales y desconocidas del planeta para obtener de ellas un rendimiento práctico en el sentido de la más rápida destrucción de la especie. Estamos muy orgullosos de nuestra grandeza material. Nos sentimos muy satisfechos de poseer alas que nos ayudarán en nuestra tarea exterminadora. Es un timbre de honor haber conseguido fabricar cañones que matan á siete millas de distancia, apuntar á hombres que apenas se ven ó que parecen hormigas en la lejanía. Pero no hemos meditado que todo eso es madera vieja é inservible ante los problemas vitales de nuestro destino. Brunetière podría haber tenido razón si no hubiese sido tan dogmático. Nada podemos frente á las inquietudes del espíritu. Nuestra colosal artillería, dirigiendo sus tiros al vacío, es la escopeta de madera del niño, el juguete cómico que no dará nunca en el blanco.

***

Revolviendo los archivos de Cotteret, se encontró, en caracteres ya casi borrados, el anuncio de esta guerra espantosa. Fué en 1700. La profetisa cayó en la crisis histérica de los alucinados, en el trance epiléptico de los videntes. Después de las contorsiones violentas, se sumergió en un sopor suave, sutilizando los sentidos, afinando su sensibilidad en forma tan extraordinaria, que le permitía percibir las sensaciones más lejanas. La profetisa había tendido su escala misteriosa hacia el gran mundo astral de los soñadores. Ella misma era el broche que unía dos inmensidades. Como

los augures de Roma, con los ojos cerrados, podía seguir el vuelo de las águilas sagradas; como la pitonisa griega, en una somnolencia mortal, podía escuchar la voz inquietante de las cosas que se han ido y de los seres que están por nacer. Levantando sus manos blancas como cirios, fijando en el infinito sus ojos sin color, la mujer habló con una voz grave que parecía un jadeo, con un aliento frío semejante á un soplo de invierno. «En 1914 estallará el gran incendio, dijo. Esto será cuando las mujeres se vistan como arlequines, cuando los hombres lleven las barbas como capuchinos, cuando los carruajes recorran los caminos sin caballos, cuando se hable de un punto á otro del mundo». Parece ésta una invención caprichosa, digna de provocar la sonrisa escéptica de los materialistas. Y en verdad que habría motivos sobrados para sonreir á no haberse hallado documentos insospechables. Acaso pudiera ser una coincidencia. Pero, ¿habeis leído *L'Inconnu*, de Flammarion? ¿Habes hojeado la recopilación de profecías publicada por el barón de Novaye? Allí las coincidencias se amontonan en tal forma, que desconciertan á los hombres de más sólida preparación científica. En el colmo de la alarma espiritual, uno sería capaz de pensar con Adolfo Retté, que hay inquietudes que no pueden explicarse de otra manera que con la intervención del demonio. Este sería el modo más cómodo para resolver los grandes conflictos del alma. Los pueblos antiguos tomaban como presagios fatales todo aquello que revelase el más pequeño cambio en la vida exterior. La estatua de Augusto, derribada sin causa aparente, fué interpretada con angustia por las sibilas, que anunciaron la desaparición del mundo latino bajo la oleada irresistible de los bárbaros. Los herméticos

profesores del ocultismo han tratado de explicar muchos fenómenos que rodean el misterio de la guerra que hoy despedaza al viejo continente europeo. Para estos escrutadores de la sombra, todas las guerras tienen su determinismo psíquico. Hay sucesos que escriben la historia de una conflagración antes que ella se produzca. De la misma manera, el humo que sale del cráter del volcán predice la naturaleza de la erupción. Hace poco tiempo, se dijo que el roble de Jena había sido herido por un rayo. También se señaló en Alemania como un presagio, hacia 1911, el derrumbamiento de la escultura de Germania que adornaba la estación de Constancia. Por el mismo año, en la población de Autern (Sajonia), la espada de la estatua de Bismarck cayó rota al suelo el día del aniversario de Sedán, sin que nadie la tocase. También se ha dicho y repetido que Polonia recobrará su libertad como consecuencia de una espantosa guerra. « Hay algo más interesante — escribe un profesional de lo cabalístico.— Hace pocos menos algunos diarios anunciaron que en Cracovia había sido hallada la corona de los reyes de Polonia, desaparecida al mismo tiempo que la nación polonesa. Una violenta tempestad había desarraigado un tilo secular, y entre las raíces se encontró la corona, que fué enviada al obispo de Cracovia ». Como podrá juzgarse, existen hombres empeñados en clasificar hechos sugerentes con la misma pasión dominadora del entomólogo que caza mariposas para luego clavarlas cruelmente bajo una cubierta de cristal. Pero esa tarea tiene un milagroso secreto. Ensordece á muchos con su voz imprecisa, desasosiega á todos con sus punzadas silenciosas. Danzamos alrededor de lo desconocido ; sólo cuando hemos logrado quemarnos con la verdad, es cuando nos

precipitamos al abismo como bestias enloquecidas y delirantes. La voz inquietante tiene dentro de sí mucha tranquilidad moral. Dejarse engañar, significa á veces conservar una dulce ilusión. Más vale mantener á la distancia un discreto equilibrio, dejar que la duda nos quiebre el cráneo, que penetre, gota á gota, dentro de nosotros, añadiendo á la amargura invencible de nuestros sarcasmos la nota prolongada y triste de la revelación espiritual

***

La Parca ha de retirarse cada tarde á su cueva sombría con el corazón lleno de gozo. rebosante de júbilo. Su cosecha de vidas humanas habrá sido espléndida. En el campo de batalla, su hoz invisible recorre las filas de soldados, segando cabezas como si fuesen espigas maduras. No respeta al campesino ni al señor, al sabio ni al ignorante. El concepto de su igualdad es seco y mudo, como la guadaña que carga sobre sus duros hombros ó el veneno que esconde bajo sus alas frías y membranosas. Ese enorme murciélago, que oculta la luz del sol y proyecta su sombra trágica sobre la tierra, se lleva á los seres como á briznas ímpalpables. El planeta quiere echar sobre la muerte todas sus miserias, las arroja al vacío en un sacudimiento supremo, como si las vomitase de asco. Nuestros manantiales inagotables hacen la grandeza del imperio sin fronteras, donde Hephaistos ha separado el fuego de las tinieblas para templar á martillazos, entre torbellinos de chispas, la vitalidad del universo. « Cada hombre que cae es un fermento, una semilla, un ejemplo », dice Maurice Barrés en un hermoso artículo sobre Charles Peguy, el poeta detenido en su vuelo lí-

rico por el plomo de las balas prusianas. Charles Peguy era un gran artista. Director de *Les Cahiers de la Quinzaine,* se distinguió siempre por su vastísima cultura, su sólido carácter y su potente originalidad. En su *Mystère de Jeanne D'Arc,* revela un temperamento sensible y delicado. Tranquilo y bueno, Peguy era hijo de una familia humilde, conquistando su posición literaria á fuerza de inteligencia y de voluntad. Dependiente de librería, corrector de pruebas, repórter, con más de treinta años de constante lucha, Peguy muere como teniente, al frente de su compañía, mientras la llevaba al asalto bajo una lluvia de balas. Su final es todo un poema épico. Pero la muerte busca el contacto de ciertos nombres; tiene sus caprichos voluptuosos, como una « cocotte »; hace gala de encarnizamientos que desconciertan. El escritor holandés Lamberts Hurrelbrink, ha referido una narración dramática de sucesos que tuvieron su comienzo en 1870, y cuyo desenlace ha sido provocado por la guerra actual. En aquella época vivía en Alsacia la familia de un agricultor llamado Hanff. « Durante la guerra, dice el escritor holandés, los prusianos saquearon y destruyeron la propiedad de Hanff, dejándolo en la miseria. Desesperado, Hanff hizo fuego sobre dos de los saqueadores. Poco después, veinte soldados alemanes invadieron su casa en ruinas, tomaron prisionero á Hanff, lo arrimaron á una pared y lo fusilaron. Cuando su esposa, que se había desmayado, recobró el sentido, halló á su hijito menor de doce años, llorando sobre el cadáver de su padre y exclamando:

—Cuando sea grande, mataré á los alemanes que asesinaron á papá.

La señora Hanff emigró á Bélgica y se estableció cerca de Visé. Su hijo casóse al llegar á su

mayor edad y tuvo dos hijos. Días pasados, cuando los alemanes invadieron á Visé, Hanff sintió revivir en él su antiguo odio, y al llegar un grupo á su granja, hizo fuego. Los alemanes asaltaron la casa, ataron á Hanff y á sus dos hijos, y luego los fusilaron». El destino de esta familia, castigada en tres generaciones por una misma raza, parece contradecir las doctrinas teosóficas sobre la justicia inmanente. Para castigar á los Hanff, la muerte ha tomado forma de soldados alemanes. De la misma manera, Júpiter se transformó en águila para prolongar el martirio de Prometeo. Es que la Parca nos tiene clasificados antes de ver la luz. Nuestros minutos están contados desde que vive nuestra primera célula; nuestras pulsaciones están reguladas por el infinito. Imposible esconderse á los ojos de la eternidad. Ella seguirá nuestros pasos, porque ya nacemos con una etiqueta en la frente.

***

Maurice Maeterlinck, el artista sutil y melancólico, el excelso maestro del pensamiento contemporáneo, se ha ofrecido como voluntario en el ejército belga. Tal noticia parecería un contrasentido, si ella no viniese confirmada por los diarios que llegan de Europa. Al marchar hacia la matanza, su espíritu fino y delicado, creador de tantas bellezas, debe haberse sentido muy triste. El cerebro que comparó la civilización con una de las formas más superiores de la inteligencia, debe haber pensado que somos todavía demasiado salvajes, y que nuestra cultura fervorosamente humana, no es más que el barniz atrayente que cubre nuestra ingénita animalidad. «¿Por qué los hombres se matarán, exclama uno de sus

personajes, cuando empieza la primavera, cuando el campo y el cielo sonríen á la vida? » Como el octogenario de su *Intrusa* que sentía aterrado los pasos de la muerte en los senderos del jardín, él también ha sentido la horrible guadaña segar implacablemente en la tierra querida de Bélgica. Por eso, el maravilloso autor de *La Mort*, no ha vacilado en penetrar de nuevo la fatalidad. No ha creído, como su Marco Colonna, de *Monna Vanna*, que el honor no vale nada ante la vida, que es el supremo bien, sino que, con el bueno de Corneille, ha murmurado en versos admirables que « la vida vale muy poca cosa para comprarla al precio de bajezas ». (1) Es inconcebible en este « habitué » de la sombra, en este misterioso escrutador de la noche eterna, que pueda extender á la guerra su poderoso espíritu de investigación con esa misma insensibilidad profesional que Adolfo Thiers atribuía á los grandes guerreros familiarizados con el espectáculo desolador de la muerte. Es que á Maeterlinck también podría llamársele un profesional del misterio. Toda su literatura está invadida por la pasión de lo desconocido, el acicate vehemente de lo que hay más allá de la existencia terrenal. Ha creado toda una filosofía dulce y optimista sobre la muerte, nuestra desposada de la última hora. Como el buho de *Chantecler*, cuanto más negra ha sido la noche á su alrededor, ha visto más claro.

... et l'on prend, d'autant plus lucide
Qu'il fait plus noir

Ningún hombre tiene dentro de sí tanta fuerza moral como Maeterlinck para desafiar, tranquilo y sonriente, todos los peligros. Ningún hombre ha sabido leer como él, el destino de nuestro espíritu

(1) La vie est peu de chose, et le peu qui m'en reste
Ne vaut pas l'acheter par un prix si funeste.

y de nuestra conciencia. Su paso por el mundo ha sido el bólido que perfora la noche con su chorro de luz. Maeterlinck no ha abandonado su puesto. Si las balas germanas no lo respetan, todo el misterio que venga después, si él no lo conoce, por lo menos lo ha presentido.

***

Ya en viaje para Sarajevo, Francisco Fernando dijo á su esposa:

—Algo grave nos va á pasar. Anoche he visto á la Dama Blanca.

Al día siguiente, el matrimonio caía fulminado por el revólver de Prinzips. Habéis oído hablar de la Dama Blanca, el terror inmemorial de toda una raza de reyes. ¿Qué fantasma trágico y cauteloso es ése, que persigue implacablemente al través de los siglos á toda la familia de los Ausburgos? ¿Qué aparición misteriosa es ésa, que tiene formas de mujer y que no respeta ni á niños ni á ancianos? Al principio, se creyó que la Dama Blanca era la inofensiva chifladura de los espiritistas, una perdonable invención de los cultores de la nueva magia. Pero, desde que sabios como Lombroso, famoso psiquiatra; como Willam Crookes, insigne físico; y como Charles Richet, ilustre fisiólogo, se dedicaron á demostrar con métodos experimentales, rigurosamente controlados, que los fenómenos de materialización son de una realidad indiscutible, el buen público que no podía admitir que hubiesen enloquecido repentinamente tres de los cerebros más poderosos de la humanidad, empezó á creer en la existencia de una fuerza desconocida superior á nuestros medios de investigación y de análisis. La Dama Blanca no sería más que una

exteriorización de ese punzante secreto que tanto atormenta á los hombres de ciencia, los cuales intentan en vano desentrañarlo. Según la leyenda, se trata de una mujer inquietante, hecha de un vapor luminoso, que aparece y desaparece en forma de girones flotantes. Sus manos lívidas semejan tentáculos, y su rostro, de una palidez mortal, está agujereado por dos cuencas negras. Sin embargo, se dice que emana de toda ella una dulzura infinita. La Dama Blanca apareció por primera vez á un Ausburgo en el siglo XIV. Desde esa fecha, ha venido anunciando fielmente todas las desgracias de la familia. Se cuenta que Napoleón, emparentado con la casa de Austria por su matrimonio con María Luisa, vió á la Dama Blanca en Bayreuth, en 1812, antes de emprender su desastrosa campaña de Rusia. Maximiliano, en 1864, vió una noche pasearse por la playa de Miramar el espectro mudo de la Dama Blanca. Más tarde, bajo el cielo incendiado de Méjico, volvió á ver la extraña aparición. Las dos visitas tuvieron su significado terrible: la primera le profetizó su fusilamiento en Querétaro, la segunda, le anunció la locura de su mujer, la emperatriz Carlota. En 1889, la víspera, del día en que fueron encontrados muertos misteriosamente en un puesto de caza de Meyerling, el gallardo archiduque Rodolfo y la bella baronesa Vestchera, se vió al fantasma trágico rondar en silencio por los jardines de Schoembrunn. Al poco tiempo, en 1898, la emperatriz Isabel, que había buscado en las rimas melancólicas de Heine el consuelo de su horrible amargura, encontró en Ginebra el mortal estileto de Lucheni, después de haber recibido también el aviso irremediable de la Dama Blanca. El archiduque Salvador, el vagabundo Jean Orth que inspiró á Eugenio Garzón

uno de sus más bellos libros, el judío errante de los Ausburgos, pareció haberse llevado para siempre á la Dama Blanca en su loco peregrinaje por el mundo. Pero he ahí que Francisco José, agobiado de años y de congojas, se estremece de nuevo. La inexorable segadora de sus afectos está otra vez allí. La sombra fantástica ha vuelto á ocupar su puesto.

CAPÍTULO X

JUAN JELLICOE — EL DERECHO Y LOS PUEBLOS DÉBILES — SOLIDARIDAD Y NACIONALIDAD — SÍMBOLOS VACÍOS — UNA PROFECIA DE BISMARCK — MÚSICA FUTURISTA.

A la entrada del mar del Norte, tratando de penetrar el denso velo de bruma que cubre el opaco horizonte, donde se detiene la luz lívida de los reflectores, el jefe de la flota más poderosa que han visto las edades, acecha al enemigo que no se ve y lo oprime, cada vez más, como si quisiese estrangularlo. Es que sobre los hombros de John Jellicoe descansa hoy el peso abrumador de todo el prestigio británico. Atreverse á llevar sobre sí mismo una carga tan terrible, el solo hecho de afrontar una responsabilidad tan enorme, basta para consagrar la grave figura del almirante á quien se ha confiado, como á Nelson, la misión sagrada de no dejar perecer la gloria naval de Inglaterra. Hombre todavía joven, nacido en 1860, Jellicoe ingresó á la armada en 1873, transformándose muy pronto en uno de los primeros técnicos de la marina militar. Resuelto, estudioso, taciturno, era segundo jefe del crucero *Victoria*, cuando esta nave se fué á pique á causa de un choque en el Mediterráneo con el *Camperdown*, pereciendo el almirante George Tryon y cuatrocientos tripulantes. En China, durante los sucesos de 1900, como comandante del *Centurión*, acompañó á Edward Seymour en su campaña para libertar á las legaciones extranjeras de la rebelión

de los boxers. En esta expedición, Jellicoe fué herido gravemente. Su conducta heroica le valió un ascenso. Jefe de la flota del Atlántico, director supremo de una división naval sobre las aguas territoriales, segundo lord del Almirantazgo, el destino lo ha puesto ahora al frente de la escuadra más grande del mundo. Jellicoe ha recibido el cargo sin emoción. La confianza absoluta en la victoria es hija de su táctica fría, hecha de paciencia y de cálculo. El almirante no conoce la tensión nerviosa; para él, vencer consiste en saber esperar. Mientras tanto, va estrechando gradualmente el círculo donde está encerrada la flota alemana. Jellicoe está convencido que llegará un momento en que el enemigo no tendrá más remedio que presentar combate. La supremacia marítima de la Gran Bretaña no podrá sufrir porque se pierdan cuatro ó cinco unidades. Día y noche, los astilleros trabajan febrilmente para reponer las bajas y aumentar en todo lo posible los contingentes navales. Y Jellicoe, que no ignora nada de eso, hace triunfar la doctrina de su paciencia irresistible. Hombre que no sabe apresurarse, entiende que cada hora que pasa es un refuerzo nuevo que se incorpora á su armada y que toma posiciones á su lado. Nunca ha tenido tanta oportunidad como ahora la vieja máxima británica de que á cada hombre es necesario buscarle su aplicación precisa. Los seres humanos valen y sirven según el lugar hacia donde sea necesario orientar sus energías. Sólo somos provechosos cuando nos sentimos á gusto en una función determinada. En Jellicoe, la flota inglesa ha hallado su único jefe, y el almirante ha encontrado en ella su verdadero puesto.

***

Los ingleses han querido definir claramente los derechos de los pueblos débiles y el deber de las naciones fuertes. Para Inglaterra, los tratados son compromisos de honor que no pueden ser violados sino á costa de la dignidad nacional de un país. Luis Araquistain afirma que la bancarrota del derecho internacional es sólo aparente, no pudiendo existir tal fracaso cuando hoy mismo existen nacionalidades enteras que marchan á la línea de fuego por el respeto hacia los pueblos cuya soberanía ha sido desconocida. « Hay guerras que no inspiran á nadie un noble ideal — dice el escritor irlandés James Douglas. — Esta no pertenece á esa clase de guerras. Debe inspirarnos la fe de las buenas causas. No podemos creer que no ha de acompañarnos la fortuna en un conflicto que no hemos buscado, que sólo se ha interpuesto en nuestro camino. Preferiríamos ser vencidos en una lucha por el derecho, que resultar vencedores en una conquista como tiranos. Nuestro espíritu nacional es hoy sometido á una prueba, una prueba que nunca sufrió por cien años ». Muchas campañas llevadas á cabo por Inglaterra, languidecieron notablemente debido á la anemia que provoca la falta de entusiasmo. Pero la guerra actual ha encontrado á todo el Reino Unido, firme y compacto como una masa de granito. Nada hay que levante tanto el espíritu de la Gran Bretaña como una lucha por la afirmación de sus tradicionales principios de libertad política. Su dignidad estriba en el cumplimiento de su palabra empeñada, aunque con ello haya de sobrevenir un desastre. « Firmamos un compromiso, dice Lloyd George, y de acuerdo con nuestra tradición de pueblo recto y honrado, debemos cumplirlo á cualquier costo. Inglaterra se hizo solidaria de la causa de Bélgica, porque así lo

estipulan los tratados. Abstenernos de participar en la guerra presente, por temor á un peligro, habría sido deshonrarnos ». De ahí que el imperio británico no escatime esfuerzos para llevar la lucha hasta el fin y para sostenerla treinta años si fuera preciso. En otro pueblo que no fuese el pueblo inglés, las palabras de sus hombres políticos caerían en el vacío de las más imperdonables fanfarronerías. Pero allí cada vocablo es un hecho, una promesa inviolable, un pacto sagrado que se contrae con la multitud. Inglaterra no puede volver ya sobre sus pasos. Su empuje formidable se extiende sobre todos los horizontes, su fuerza gravita sobre todos los mares, los proyectores de su enorme flota han sustituído al sol durante la noche, envolviendo á la tierra entera en la red, sutil é impalpable, de sus luces intermitentes. «Hemos jurado el aniquilamiento total y definitivo de Alemania—dijo Lord Kitchener á un grupo de voluntarios.—Para obtener este resultado, no habrá sacrificio alguno que no hagamos, ni esfuerzo, por sobrehumano que sea, que no realicemos. De todas las partes del globo llevaremos á los soldados contra Alemania. De América, Asia, Africa y Australia, lanzaremos ejércitos tras ejércitos, cueste lo que cueste. Ningún inglés puede permanecer inactivo. Si Francia y Rusia fueran vencidas, continuaremos nosotros indefinidamente. Es necesario que el mundo sepa lo que es la Gran Bretaña cuando se le obliga á poner su pensamiento en la guerra ». Esta frase terrible ha sonado como una explosión en la atmósfera universal. El mundo, que conoce las luchas titánicas de Inglaterra contra Napoleón, mientras el resto de Europa se humillaba ante los ejércitos del conquistador corso, sabe por experiencia lo que representa esta amenaza británica. La hu-

manidad sintió entonces en su propia carne la manera espantosa y digna como Albión se cobra las violaciones al derecho cuya custodia le ha sido confiada. Para la libertad de los pueblos pequeños, para la integridad de las nacionalidades débiles, que no tienen más defensa posible que la palabra de honor empeñada por otros pueblos en la letra de los tratados, que no tienen más garantía que la fe jurada y la lealtad internacional, la actitud de Inglaterra es de sincera y honda confianza. Y en caso de duda ó de vacilación por parte de las razas que se creen víctimas de perfidias fantásticas, de maquinaciones sospechosas, á la Gran Bretaña no le costaría gran trabajo disipar la niebla. Su misma historia bastaría, esa historia clara y profunda como los mares de donde ha sacado su grandeza y que surcan las quillas de su armada invencible...

***

Un pensamiento de Jean Jaurès en el *Almanach Républicain* ha dado palpitante actualidad á la teoría de la compatibilidad del sentimiento nacional con los principios sociológicos del internacionalismo. « Creo — dice el ilustre tribuno — que la existencia de las patrias autónomas es necesaria á la humanidad, y creo sinceramente que la desaparición ó la domesticación de Francia, sierva de una voluntad extranjera, sería un desastre para la raza humana, para la libertad y para la justicia universales ». Como se ve, Jaurès se convierte en un potente vocero de la descentralización internacional de la idea de la patria. Las nacionalidades independientes no constituyen un peligro para la paz, mientras su autonomía pueda ser celosamente respetada por los grandes

estados que predican sin descanso la política militarista de la expansión y del imperialismo. El sentimiento de la nacionalidad, cuando es sentido hondamente, no excluye la fraternidad humana ni la solidaridad internacionnal.Cuando una idea de finalidad social es incapaz de rebasar las fronteras geográficas, no tiene derecho á vivir. Los grandes principios destinados á renovar la raza, son siempre universales aunque nazcan en un territorio de veinte kilómetros. ¿Será, pues, posible la descentralización de los grandes imperios, la creación de pequeñas patrias vinculadas entre sí por los comunes intereses del trabajo? ¿Serán una realidad los Estados Unidos de Europa? El porvenir se presenta lleno de brumas. No obstante, dejemos constancia que Guillermo II propuso cierta vez á su tío Eduardo VII, rey de Inglaterra, la realización de aquel luminoso ideal de Víctor Hugo. Pero, atacado duramente por la prensa militar de su imperio, el pobre Guillermo se vió obligado á confesar que había propuesto tal cosa en un momento imperdonable de su espíritu... Y el partido militar germano salió con la suya. El mundo no puede ser de todos, desde el momento que es demasiado chico para Alemania...

***

El ejército británico está completamente seguro de una sola cosa: de que los alemanes no podrán vanagloriarse de tomarle ninguna bandera. Espíritus eminentemente prácticos, los ingleses no llevan sus estandartes á la guerra, sino que los reservan para los días de desfiles aparatosos, de revistas brillantes ó de simples maniobras inofensivas. Enemigo de símbolos vacíos,

contrario á esas exteriorizaciones fetichistas que, según Spencer, constituyen el resabio más acabado de nuestro salvajismo, la expresión más completa de nuestra mentalidad primitiva, el soldado británico se ha dado cuenta de que el trapo nacional sólo sirve en las batallas para sacrificar estérilmente gran cantidad de vidas. « La orden general para que se adoptase tal práctica — dice un diario francés — fué dictada en 1882 por el duque de Cambridge; pero ya la habían adoptado muchos regimientos, sobre todo en las peligrosas expediciones á la India. Una de las expediciones que primero confió el honor de la bandera á una vitrina del cuartel fué la de Afganistan, mandada por lord Frederik Roberts. Había observado en otras empresas que el enemigo concentraba sus fuegos allí donde ondeaba la bandera, y que buena parte del regimiento se dejaba matar más por defender el pabellón, que por asaltar las posiciones enemigas ». Como se podrá juzgar por las líneas preinsertas, los ingleses han descargado gran parte de su bagaje sentimental para colocarse muy por encima de franceses y alemanes en lo que toca á la visión práctica de la guerra. Le han dado á la bandera su único y verdadero puesto. Muchos se habrán preguntado con asombro, qué importancia estratégica puede tener la conquista de un estandarte por el enemigo. Es que vivimos todavía de exageraciones medioevales y de fórmulas románticas. Hemos rodeado la bandera con un círculo de impenetrable misticismo. Nuestra imaginación ha construído alrededor del lienzo flotante una fortaleza que es garantía de inviolabilidad. Cuando se va contra la obra que la fantasía ha llevado á cabo durante siglos, se comete un espantoso sacrilegio La pérdida de un pabellón en manos enemigas es el

mayor desastre moral. Somos fanáticos de algo que nosotros mismos no comprendemos. Pero los ingleses han roto la tradición, han sembrado el desorden en ese castillo de pasiones huecas adornadas con nombres bonitos. Demolins, que se sintió tan vigorosamente atraído por la « superioridad » intelectual de los anglo-sajones, podría observar en esta revolución que ha aventado las cenizas de los viejos sacrificios, la prueba más viva de sus doctrinas. Tanto Peirce como William James, le hubieran dado al fenómeno una alta significación pragmatista. Es muy fácil conservar una religión; lo difícil es buscarle una aplicación práctica y saberla podar en sus gajos inútiles.

***

Leyendo las memorias de Bismarck, coleccionadas por Büsch y publicadas en Francia hace cuatro años, se tropieza con varias frases proféticas. Una de ellas, con prodigiosa visión de los sucesos, se refiere á las ventajas que sacaría la Gran Bretaña de una guerra continental. « Si Rusia nos declarase la guerra, exclama el canciller de hierro, Francia también tomaría las armas. No se puede probar que nosotros debamos ser vencedores en una guerra parecida. Estamos bien armados, pero tendremos contra nosotros masas enormes. Austria no ha desenvuelto todavía sus fuerzas, y en cuanto á Italia, no podemos tener confianza en ella!... Aun cuando fuésemos vencedores, esto no se conseguiría sino á costa de grandes sacrificios de sangre y de dinero. Por otra parte, podríamos quitar á Rusia y á Francia algún territorio que compensase nuestras pérdidas. No hay más que una potencia, Inglaterra, que saldría ganando en una guerra como ésta.

Si Rusia, de acuerdo con Francia, nos atacase, eso sería una guerra inglesa!... » A pesar de que los acontecimientos han venido á dar la razón á Bismarck, los diarios alemanes aseguran que Inglaterra no las tiene todas consigo En París se ha publicado un artículo que vió la luz en el *Berliner Tageblatt* del dia 25 de Agosto. El órgano germano afirma que es sumamente dudoso que Albión consiga eliminar á Alemania y ocupar su puesto, agregando que el enemigo, replegado en su isla, carece de hombres y de recursos. « Más bien es de suponer, dice, que los norteamericanos y japoneses llenen el hueco comercial que nosotros dejemos ». Más adelante, *Berliner Tageblatt* critica altivamente los errores de la política imperial que provocaron el alejamiento de esa influencia internacional necesaria que enmoheció las relaciones anglo-germanas. « Ahora estamos cosechando los tristes resultados de esta política, añade. También Inglaterra, que siempre se ha creído segura tras su muralla de acorazados, tendrá que experimentar qué clase de enemigo podrá ser Alemania. Unicamente es de desear que en el combate se guarde por ambas partes la debida caballerosidad. El gran pueblo alemán, el pueblo de poetas y pensadores, al que Bulwer Lytton dedicara su más hermosa novela, no olvidará nunca, á pesar de la ofensa que hoy nos hace el elemento oficial de Inglaterra, la gran afinidad intelectual que lo une á ella ». De acuerdo con el pensamiento de Bismarck, Alemania se ha preparado atrozmente para luchar contra la Europa entera. Su orgullo indomable no le hace pensar un solo instante en la derrota. Habiendo realizado una completa revolución en la milicia, el enemigo tendría que modificar constantemente sus planes defensivos.

El ejército teutón es formidable en su unidad geométrica. Sus escuadrones arrasan como terremotos; sus cañones monstruosos reducen á polvo en tres días fortificaciones que, según los antiguos métodos de la guerra, necesitarían tres meses para ser destruídas. Todo allí está medido y calculado sabiamente. En tiempo de paz, delegados de los departamentos secretos del imperio, ya habían construído cerca de Amberes, de Lieja y de Namur, en puntos técnicamente estratégicos, los rieles de cemento para colocar las gruesas piezas de sitio. En medio de la borrasca internacional, Bismarck fué el único estadista que vió claro. Contra todo ese colosal poderío que amenaza la libertad del mundo, es que marcha Inglaterra. Ella no va contra el pueblo alemán, ese « gran pueblo de poetas y pensadores », sino contra el funesto kaiserismo militarista que lo oprime, kaiserismo que nada tiene de poético ni de ideológico. Una de las grandes preocupaciones de Alemania ha sido la de idealizar, mediante sistemas morales, todas las formas complejas de la violencia. Se ha dicho que los alemanes saben ser cortesanos con energía y vigorosamente súbditos; que se sirven del razonamiento filosófico para explicar el respeto á la fuerza y á la autoridad. Sin embargo, todo ello puede ser muy bien una virtud armónica. Cuando suene la hora de las responsabilidades, y el pueblo germano, espantosamente desangrado, sienta evolucionar una idea renovadora dentro de sí mismo, sienta transformar toda su psicología social, reputará como un beneficio precioso esta guerra que le ha abierto, entre la llamarada rojiza de las explosiones, los horizontes infinitos de una vida nueva.

*
* *

Un periodista inglés, Ashmead Bartlett, ha hallado en la guerra una maravillosa sensación orquestal. La música futurista, la sinfonía de los ruidos, el prodigio inaudito cantado por Marinetti en la batalla de Lule-Burgas, ha vuelto á surgir con extraño vigor en los choques espantosos de Nieuport y Dixmude. Dice Bartlett que, dentro del estrépito infernal de las granadas, el ruído producido por las balas de los fusiles y ametralladoras, hacía el efecto de violines en medio de una banda de instrumentos de cobre. Parece que ésta fuese la música que más ama la humanidad, si se tiene en cuenta el empeño loco que ha puesto para producirla. Esos conciertos terribles, donde el cañón deja oir su estampido seco seguido por el bajo profundo de los obuses, es el arte favorito de nuestra época. Decir música futurista, equivale á buscar la armonía salvaje de nuestra barbarie modernizada por el progreso científico. Al zumbido de las gruesas granadas, semejantes á bestias gruñonas, se junta un canto sutil, el fino silbar de las balas con camiseta de metal, cortando el aire bajo el sol como flechas de oro. El ruido de las armas blancas, tan querido de los antiguos guerreros, se anula y desaparece bajo esa oleada de estallidos atronadores, jamás igualados en época alguna de la historia. El gallardo Condé, tan acostumbrado al himno áspero de los sables, que cargó en Rocroy al frente de mil caballeros elegidos, se volvería loco si fuese transportado de golpe al escenario de la guerra contemporánea. Es que cada siglo tiene su música predilecta, posee sus ruidos característicos. El descubrimiento de la pólvora dió una nueva tonalidad al sonido bélico; la melinita le añadió acentos más imponentes. La audacia de nuestro tiempo hace llevar hasta las nubes el torbellino

de nuestra locura insaciable. El motor á explosión de los aeroplanos ensancha el horizonte de los sonidos, y el rechinamiento vertiginoso de las hélices combina admirablemente con los estruendos lejanos del cañón. Nada más trágico que ese teatro sin espectadores, que esa escena poblada de truenos. La música futurista es la más cara de todas. A Francia le cuesta mil millones por día. Parece que un espíritu satánico, después de disponer maravillosamente todas las situaciones de esa orquesta infernal, cobrase entre carcajadas de mofa sus derechos de autor, el precio fabuloso de su colosal partitura.

CAPÍTULO XI

CÁLCULOS DE ESTADO MAYOR — EN CASO DE VICTORIA... — EL FRACASO DE LA OFENSIVA BRUSCA — EL OJO EN EL CIELO — LA EPOPEYA DE LA BAYONETA — EL TIRO MATEMÁTICO — LA VICTORIA MILITARISTA.

Matemáticamente, es decir, dentro de los cálculos del estado mayor germano, los teutones no pueden perder la guerra. No han olvidado nada. Han contemplado las condiciones más sutiles del sangriento problema. Se han anticipado á los hechos, han previsto los resultados. Para ellos, Europa es una inmensa pizarra donde despejan actualmente la incógnita de sus formidables ecuaciones. « El cielo y la tierra se podrán juntar — dice un militar español que se hallaba en Berlín el día en que se declaró la guerra; — los abismos transformarse en cúspides y las aguas de los ríos correr en dirección del mar á las montañas; lo que no acontecerá en la presente conflagración, según el general sentir de los alemanes, es que Germania pierda la guerra. Soy decidido partidario de Francia, mi patria espiritual, y deseo ardientemente su triunfo. Pero, oyendo á los alemanes, viendo la satisfacción que rebosan sus semblantes, teme uno por Francia, por Rusia, por Bélgica, por los aliados. La guerra, para ellos, es una sensación cuya incógnita ellos solos conocen. Todo lo han previsto, estudiado, medido, aquilatado. Juegan con ventaja. Han de vencer fatalmente, necesariamente, aunque no quisieran.

Nada de lo que les sucederá en la guerra les ha de causar sorpresa alguna. Podrían ahora escribir, sin equivocarse en lo general, el diario de la campaña. Semana por semana, día por día, saben lo que ha de ocurrir. Es matemático. Es tan cierto que han de ganar, como verdad es que los ángulos de un triángulo son iguales entre sí ». Más adelante, el escritor español se siente intensamente sugestionado por la fuerza dominadora de los números. No ha pensado que bastaría que fallase una sola abstracción para que viniera al suelo toda esa armoniosa arquitectura especulativa. « Los alemanes irán adonde quieran — prosigue, — cuando quieran y como quieran. Llegarán donde se han propuesto, sin que ni hombres, ni barcos, ni cañones, ni el mundo entero lo puedan impedir. Dios y ellos lo quieren. La voluntad divina y la voluntad germánica desean el triunfo sin límites del férreo imperio. La defección de Italia dábanla ya por cierta antes de empezar la guerra. No contaban con la ayuda de esa potencia. Sin embargo, Italia pagará muy cara su actitud de última hora. No porque no les haya sorprendido, dejarán de vengarse. También contaban con la declaración de guerra de la Gran Bretaña. El triunfo por mar del Reino Unido no impedirá el triunfo de los alemanes en el continente. Esperaban la resistencia de Bélgica, y las fortificaciones de Lieja, de Bruselas y de Namur, no ocultan ningún secreto para el Estado Mayor del Imperio. Ninguna humana fuerza podrá cerrarles el camino de Francia. Llegarán á París y al corazón de Rusia, si es preciso, y vencerán por tierra á cuantas naciones europeas se puedan revolver contra ellos ». Los que sienten una suerte de recalcitrante fanatismo por el valor é infalibilidad de las matemáticas tudescas, tendrán que

rendirse hoy á la evidencia de su fracaso. Un crítico escribía el 12 de Agosto en otro periódico militar: «La acción de Alemania no puede darse por interrumpida, sino por fracasada. Es significativo el hecho de que los alemanes retarden sus operaciones. No se olvide que pisaron territorio belga, por primera vez, en esta campaña, el día cinco. En siete días, por consiguiente, no han podido llevar á cabo ni siquiera la mitad de lo que pensaban realizar en dos». Los propósitos de destruir á Francia en una semana han quedado reducidos á polvo. Han olvidado los alemanes algunos términos de su difícil problema. Tendrían, pues, que empezar de nuevo el trabajo analítico, si persisten en sus tentativas de «despejar la incógnita».

***

En caso de victoria, Alemania sería implacable, especialmente con Francia. El imperio de Guillermo II no perdona á la nación francesa que haya marchado á la guerra solamente para satisfacer «inconfesables apetitos de odio y de venganza». Siendo cruel y terrible en la hora del triunfo, es la única manera como Francia puede recibir la lección ejemplar que pedía desde hace mucho tiempo. El canciller imperial ha declarado oficialmente que entonces Europa tendría paz para rato, pues Alemania haría sentir su régimen de hierro sobre todos los territorios conquistados. Por su parte, Clemenceau acaba de referir una interesante conversación que el embajador alemán en Washington ha sostenido con un banquero germano de aquella ciudad. El embajador Bernsdorff reveló secamente cuáles son los propósitos de su gobierno, enumerando las humillantes condicio-

nes de paz que serían impuestas. 1.º Quedarían en poder de Alemania todas las colonias francesas sin excepción, inclusive Marruecos, Argelia y Túnez. Además, el vencedor haría sentir sus derechos sobre toda la región comprendida desde Saint-Valéry, en línea recta, hasta Lyon, es decir, la cuarta parte de Francia con quince millones de habitantes. 2.º Una indemnización de diez mil millones de francos. 3.º Un tratado de comercio que permitiría á las mercaderías tudescas su ingreso en Francia, sin pagar derechos, durante veinticinco años. 4.º Demolición de todas las fortalezas francesas. 5.º Entrega, por parte de Francia, de tres millones de fusiles, tres mil cañones y cincuenta mil caballos. 6.º Privilegio de todas las patentes é inventos germanos, sin reciprocidad, durante veinticinco años. 7.º Abandono de Rusia é Inglaterra por parte de Francia. Finalmente, el vencido se vería obligado á firmar un tratado de alianza con Alemania durante veinticinco años. El cumplimiento de estos propósitos, como se ve, significaría la desaparición de Francia. Nacionalidad asesinada y despojada de sus riquezas, se vería reducida á una simple factoría, hecha para enriquecer á los amos y llenar los bolsillos del vencedor. Nueva Polonia despedazada, la nación que proclamó los derechos del hombre tendría que llevar el collar denigrante de los esclavos y conmover el corazón de los pensadores con su injusto y miserable destino. Pero nada de eso es posible. La convención de Londres hiere de muerte todas las ambiciones teutónicas. Ninguno de los países del triple acuerdo podrá firmar la paz por separado. Alemania tendrá que hundir el dominio naval de Inglaterra y aplastar á Rusia, ese hormiguero de hombres que ha desafiado victoriosamente durante siglos verdaderas oleadas

de bárbaros. Hasta el momento, el kaiser no ha conseguido ni una cosa ni otra. Tampoco ha llegado al corazón de Francia. Puede vanagloriarse, en cambio, de haber vencido sobre Bélgica, una pulgada de tierra en el mapa de Europa. Y aquí para la historia de los conquistadores. Lo que pensaban hacer en siete días, no han podido realizarlo en tres meses de lucha incesante.

***

La famosa « attaque brusquée » que los franceses esperaban desde hacía tiempo, como se espera, á la hora fija, una campanada de reloj, la famosa destrucción de Francia en una semana, proclamada por los generales Von Bernhardi, Falkenhaye y Von der Goltz, ha sufrido el más estruendoso de los fracasos. El plan guerrero del estado mayor alemán, construído lógicamente como un sistema de metafísica, se alejó tanto de la realidad en su afán de abstrusas especulaciones, que no pudo considerar el problema en su plano práctico y definido. Dentro de las abstracciones y las ideas puras, que tienen siempre puntos de partida en el terreno de los fenómenos concretos, el castillo ideológico de los alemanes es maravilloso. Pero su arquitectura está minada en los cimientos, tiene la belleza del globo que abandona el lastre para hundirse en las nubes. Es muy bonito el ataque brusco é inesperado como una tempestad. Resulta muy agradable destruir á Francia y á Bélgica en siete días, á fuerza de números y de cálculos. No está desprovista de hermosura la idea de lanzar después sobre Rusia setenta cuerpos de ejército, y de espantar á Inglaterra con una escuadrilla de dirigibles. Es que no entraba en la fórmula teutónica la re-

sistencia de Bélgica, de Francia, de Rusia y de Inglaterra. Tampoco contaba con la posible enemistad de Italia. Pueblos, en su concepto, débiles, utilitarios, ó simplemente degenerados, serían barridos como hojarasca por la formidable maquinaria bélica de los germanos. El primer plan de ofensiva brusca comprendía la cubertura francesa del lado de Nancy. Se sabe igualmente que un segundo « ataque brusco » debía producirse del lado de Bélgica, con una marcha inmediata contra la frontera francesa. Una prueba decisiva sobre la realidad de ese doble plan, se encuentra en el hecho de que numerosos reservistas alemanes, concentrados en los primeros días de movilización, llevaban etiquetas con los nombres de Verdum, Reims, Chalons, ciudades francesas donde deberían reunirse de inmediato. « La doble ofensiva brusca ha escollado ruidosamente — dice un crítico militar francés. — El ataque que se debía dirigir á Nancy, apenas se esbozó. La fuerza de nuestra cubertura ha determinado este fracaso. En cuanto al ataque brusco por el lado de Bélgica, ha corrido la misma suerte. La resistencia de los fuertes de Lieja, el valor del ejército belga y la intervención de nuestra caballería, han dado por resultado que, después de ocho días, no pudieran franquear los alemanes la línea del Mosa ». He ahí el primer triunfo que pueden constatar los aliados. El fracaso del primitivo plan de los germanos obligará á éstos á un nuevo método de trabajo militar. Acostumbrados á alcanzar la victoria mediante la cifra, los alemanes, que han aprendido á medir los estados de conciencia como si fueran lienzo, que pesan en sus laboratorios las sensaciones de dolor y de placer, como si fueran trozos de cuarzo, toda esa generación fanatizada por el número, que ha creado á los

Ostwald, á los Herbart, á los Fechner, tendrá que comprender que las matemáticas, mal pueden ser todopoderosas, desde que no forman más que una parte de nuestro razonamiento. La vida mental de Alemania se ha venido desarrollando tan prodigiosamente como un teorema. Allí todo es orden, método, disciplina. Antes de dar un paso, ya se ha hecho con anterioridad, dentro del dinamismo colectivo, el balance aritmético que Bentham pedía para los individuos. La civilización social y militar de los germanos es una obra de mecánica. Dentro de su extraordinaria armonía funcional, no puede saltar un resorte sin que arrastre detrás suyo á toda la máquina. Olvidarse, es cometer un crimen; equivocarse, es comenzar de nuevo. El fracaso de la ofensiva brusca, del célebre plan destructor, debe haber producido una sorda irritación contra la perfidia de las cifras, esa cruda fatalidad del número que nos encanta en el papel con su seducción irresistible y que nos traiciona en la lucha despiadada contra los hombres.

***

Un grupo de aviadores franceses festejó en Bruselas al príncipe Henri de Ligne, piloto belga que pudo salir victorioso de la metralla prusiana y cuya audacia y serenidad frente al peligro, despertaron la admiración general. Nada más fantástico ni más misterioso que el aviador. Nada más traicionera ni caprichosa que la cuarta arma. El piloto es el único soldado que no sabe, cuando la hélice empieza á girar con violencia, si volverá vivo á tierra. Esa libélula de alas firmes y rígidas, es la única máquina que no necesita encontrar enemigos para ser vencida. Una gota de esencia

menos, un tensor roto, una impresión nerviosa demasiado fuerte, bastan para precipitar el desastre. El plomo de los fusiles puede atravesar cien veces sus alas de tela, sin que el aparato vacile. Pero es suficiente una maniobra brusca, para que el pájaro zigzaguee como un bólido y se desplome fulgurante contra la tierra. Sin embargo, todo lo que la aviación tiene de pérfido, también lo tiene de sublime. Ningún movimiento pasa inadvertido al piloto, nada escapa á su contralor. Un táctico francés llamaba al aviador el « ojo del ejército en el cielo ». Y si este militar hubiese sido creyente, como Foch, habría agregado que la cuarta arma resulta la más sagrada de todas, porque es la parte del ejército que está más cerca de Dios. La sublimidad de la aviación militar estriba en su heroismo anónimo, en su sacrificio obscuro y olvidado. Los pilotos militares no son célebres, sino cuando roban planos secretos ó matan á sus queridas. Esta brutal injusticia subleva é irrita el espíritu. Si Archytas hubiese descubierto el motor de explosión, hace ya rato que los aviadores estarían gozando las delicias inmortales del Olimpo. Pero el vuelo mecánico ha sorprendido á la humanidad en un momento de fatiga histórica. Como de Musset, ha llegado demasiado tarde á un mundo demasiado viejo.

***

Nadie hubiera sospechado que, con los modernos instrumentos de destrucción, la bayoneta fuera capaz de desempeñar un papel tan importante en la guerra actual. *La chanson et la bayonnette sont des armes françaises*, dice un proberbio. Pau, el tozudo manco de Froeschwiller, se ha empeñado en demostrar, con las res-

plandecientes cargas de Mulhouse y de Neuf-Brisach, que todavía el arma terrible del pasado puede servir á la gloria militar de Francia. Luego, otros cuerpos de ejército, otras divisiones, conquistaron en Charleroi, en Dinant, en Meaux, nuevos y verdes laureles para adornar con ellos la hoja de acero, mortal y fulgurante. Los rusos, por su parte, tampoco se han quedado atrás. Ellos han sostenido siempre que « la bala es loca, pero que la bayoneta es certera ». Y esta máxima, que han logrado inculcar en el espíritu de todos los hombres de su raza, acaba de dar resultados espléndidos en Gumbimnen, en Lemberg y en Tomazow. El soldado ruso pasará hambres y fatigas, pero, ni aun en broma, arrancará la bayoneta del cañón de su fusil. Ese triángulo, fino y penetrante, que enfría el alma con solo mirarlo, no saltará de su puesto sino cuando lo quebrante el casco de las granadas ó el sable de los coraceros. La bayoneta ha hecho renacer el viejo heroismo personal, ha vuelto á ocupar su puesto en el universo. Los que creíamos que millares de seres disciplinados se batirían á cinco mil metros de distancia, sin verse los rostros desfigurados por el cansancio y por el odio, nos equivocábamos grandemente. Por eso, la bayoneta asiste hoy á su epopeya. Como una onda centelleante é infinita á lo largo de las filas, la bayoneta ha hecho que el valor moral continúe siendo un factor importante en el desarrollo de las conflagraciones humanas. Ha quedado siendo lo que era; no ha retrocedido ni avanzado. Su triunfo, no sólo renueva la estética de la guerra, sino que le añade acentos de una grandeza espectacular desconocida. En Lemberg, en medio de una horrible carnicería, rusos y austriacos mezclados formaban montañas de cadáveres. La matanza fué tan es-

pantosa, la bayoneta fulminó con demencia tan trágica, que la última carga llevada furiosamente por los rusos, quedó detenida por una muralla de cuerpos humanos, rígidos y fríos, que, todavía en pie, seguían esgrimiendo el fusil...

***

Desde su emplazamiento oculto, invisibles al enemigo, las piezas disparan gradualmente, sin cansancio, sus proyectiles llenos de explosivos formidables y de gases mortíferos. Los artilleros regulan con sus telémetros el alcance y dirección de las granadas. El tiro es fijo, exacto, matemático. Cada estruendo de cañón es una cifra que vuela y que termina su parábola en un punto preciso. La fatalidad ha encontrado en la artillería su base geométrica. Ninguna arma es tan capaz de resolver las batallas como si fuesen problemas de álgebra. Esas matemáticas que nos han ayudado á descubrir planetas (Le Verrier), á perfeccionar el vuelo mecánico (Wrigth), y á presentir las ondas hertzianas (Maxwell), son también un poderoso instrumento en manos de la muerte. Es verdad que ellas han invadido estúpidamente todas las ciencias, que han hecho, con Ostwald, una química original; que han creado, con Herbart, una psicología monstruosa. Pero su espíritu nos ayuda á disciplinar nuestro cerebro desorientado, á despejar la sombra ancestral de nuestra conciencia. El número es un buen amigo burlón, un incomparable compañero al que hay que temerle. Pitágoras, que heredó de la vieja y sabia filosofía oriental la concepción inviolable de sus abstracciones, identificó á la cifra con la más alta cultura moral. Mientras el número quedó sin aplicación en el orden de las realidades prácticas, no pudo

desprenderse de la filosofía especulativa. El hombre se valió de las matemáticas para hacer la luz sobre su destino, utilizándolas como un puente hacia lo desconocido; no lo llevaba otro ideal que ese noble impulso de investigación que encontramos en James, ese « deseo inusitado é intenso de pensar claro ». Hacer metafísica es bracear en la sombra que rodea nuestro conocimiento. Reducid la metafísica á fórmulas, y tendréis á Euclydes con su geometría tradicional. Hemos creído inocentemente en la eficacia todopoderosa del cálculo. Aceptamos sin discusión que la suma de todos los ángulos de un triángulo equivalgan á dos rectos. Poco importa que la cantidad de axiomas convencionales sea infinita. De nada sirve que puedan crearse otras matemáticas tan terriblemente lógicas como la del geómetra griego, y que Rieman le haya enmendado la plana á Euclydes. Nacerá un Lobachefky y surgirá un Poincaré que no estarán de acuerdo con ninguno. Las matemáticas son un castillo de granito con cimientos de azúcar. Amamos al número, porque él tiene la armonía vacilante de nuestra vida; es un bastón precioso que puede todavía servirnos de apoyo, el hilo que nos guiará al través del laberinto contemporáneo y con el cual nos atamos fuertemente, como los excursionistas que no quieren perderse en la sombra densa de la gruta. A pesar de todo, la cifra tiene su fuerza misteriosa, su encanto enigmático. No quedaba de ella más que el valor moral que le dió la ciencia esotérica, esa maravilla simbólica que no puede comprender el profano. En el jardín pitagórico, erizado de vallas espinosas, guardado por leones que vomitan torrentes de fuego líquido, se conservan aún los antiguos ritmos de la bondad en forma de líneas armoniosas y de figuras inmóviles. Pero ese es-

pectáculo prodigioso nos ha sido vedado. Ya las matemáticas no sirven para pulir nuestra alma como si fuese una estatua de bronce. La civilización se ha apoderado de ellas para regular el tiro de las baterías. Cada pieza de acero descifra ecuaciones formidables, cada disparo es la solución de un problema. Hemos llegado á hacer cosas que paralizan el latido de nuestras arterias. El tiro frío, matemático, el tiro científico tan infalible como un cronómetro, es la mejor conquista alcanzada por nuestros métodos de destrucción. Los números se amontonan ahora en la recámara del cañón, hierven allí furiosamente, y luego se lanzan al espacio aullando como demonios y aniquilando como tempestades.

***

El militarismo asiste hoy á su victoria más fulgurante. No sabemos si esto es la aurora de un día que comienza ó el relámpago fugaz de una agonía que se acaba. Pero limitémonos á comprobar el fenómeno. Los pueblos de más avanzada cultura han aclamado á sus generales, han formado ejércitos y se han lanzado, rudos y disciplinados, á la lucha sangrienta. Hoy todo lo que el hombre más ama, su libertad y su riqueza, ha sido puesto en manos militares. Ya no se trata sólo de defender el honor nacional y la dignidad patriótica. Se lucha por entidades muchos más concretas y definidas, para imponer industrias y conquistar mercados. Antes los hombres se mataban para descifrar el símbolo hermético de un trapo rojo ó azul. En la actualidad, los lábaros del torneo militar se llaman rivalidad industrial y absorción capitalista. El hecho de que el ejército haya evolucionado de su antigua concepción romántica al

formidable mecanismo que pesa sobre la sociedad contemporánea y que le devora lo mejor de sus energías, demuestra que ha seguido el mismo ritmo social de las organizaciones humanas. De ahí que el oficial europeo refleje en toda su cultura técnica la potencialidad económica de la nación que lo ha elegido para salvaguardia de sus intereses. Sólo el militar es capaz de alcanzar tan insigne honor. El país le confiará, con el secreto de su defensa, todas las fuentes de sus más preciosas vitalidades. Por eso el militar, aun respondiendo á un ideal menos poético, se ve rodeado por el respeto y por la veneración del pueblo. Nadie es capaz de dudar de la palabra de un hombre á quien, en momentos difíciles, la nación entera entregará su vida, y todo el mundo sabe que detrás de cada uniforme se esconde un hombre sabio, recto, incapaz de mentira, lleno de valor y responsabilidad. Toda la Europa ama á sus ejércitos, porque una triste experiencia ha enseñado á los pueblos de aquel continente que sólo se tiene razón cuando se es capaz de ser fuerte. Nuestras democracias ásperas de América, hechas para el motín y para el desorden, no comprenden la disciplina inteligente, no pueden concebir un estado de espíritu donde todo está sometido á una autoridad razonable y moderadora. Pocos meses antes de morir, regresando de Europa, Carlos Pellegrini encontró á su país conmovido por una vergonzosa revuelta cuartelera contra el gobierno de Quintana. El ilustre repúblico, acongojado ante un espectáculo denigrante que su cultura europea rechazaba con toda energía, sintió la punzante necesidad de definir en pleno parlamento la esencia de su concepto militarista. « Un militar, por el solo hecho de serlo, - exclamaba,— debe estar por encima de toda sospecha. El mi-

litar viste en una forma distinta á la nuestra, habla y hasta camina de manera distinta. Le permitimos andar armado en medio de los ciudadanos desarmados. Le confiamos nuestra vida y la de nuestros hijos. Le damos el secreto de nuestras fortalezas y la llave de nuestros arsenales. Le damos todo bajo una sola garantía, la de su honor. Nosotros juramos sobre los evangelios, y el militar jura sobre su espada, sobre esa hoja que debe ser como el reflejo de su alma, sin mancha y sin tacha! » No es posible, pues, hacer nada mientras el nivel moral del soldado no sobrepuje el tipo medio de la dignidad social. Ya que aceptamos la dolorosa situación de la paz armada, aceptémosla con todas sus consecuencias morales. Hagamos del militar no sólo un juguete brillante, sino un modelo de pureza en el pensamiento y en los actos. « Hay sólo dos fuerzas en la historia, decía Napoleón, el sable y el ánimo, y á la larga vence siempre el ánimo ». El militarismo republicano, tal como se ha organizado en Francia, por ejemplo, impone más por su ilustración que por su poder. Allí el ejército constituye una fuerza positiva, porque el pueblo ha sabido dignificarlo En América, donde, según Luis Bonafoux, los generales pasan revista á las tropas mascando chicharrones, no ha sido posible alcanzar todavía ese ideal de perfecta dignidad militar. El ejército no ha salido sino parcialmente de la montonera indisciplinada. Eso será, sin duda alguna, porque, demasiado civilizados, deseamos dormir patriarcalmente y en santa paz, el sueño improductivo de los aborígenes, la siesta interminable de nuestra impotencia colonial.

CAPÍTULO XII

FERMENTO FRANCÉS — LOS QUE PIENSAN — ARISTOCRACIA Y JACOBINOS — ALEGRIA FRANCESA — EN AVANT!... EN AVANT!... - EL NUDO CORREDIZO.

« Numerosas familias, dice un diario francés, han preguntado al Ministerio de Instrucción si los servicios de enseñanza pública serían asegurados á pesar de la guerra. Estamos autorizados para declarar que, de acuerdo con el gobierno, el ministro de instrucción pública ha adoptado las disposiciones necesarias para que la obra escolar no quede interrumpida. El ministro estima que la vida intelectual de la nación no debe ser detenida, y que la universidad, obedeciendo á un alto celo patriótico, debe preocuparse de asegurar la preparación rápida de los jóvenes llamados á reemplazar, en el conjunto de la actividad nacional, á sus mayores muertos en defensa de la patria. Tanto la enseñanza superior como la secundaria, serán aseguradas en la medida compatible con las necesidades de la defensa nacional ».

Mientras una Francia pelea y se desangra, disputando al formidable enemigo cada pulgada de su territorio, otra Francia trabaja y piensa en la paz íntima de las universidades ó el silencio augusto de los laboratorios. Es admirable ese amor de Francia á las ideas, ese misticismo elocuente que la dignifica y la hace inmortal. Jamás, ni aún en los momentos más difíciles, el pensamiento francés ha detenido su curso en la historia. Hundida

en los desastres, bañada en lagunas de sangre, Francia ha abierto á todos los horizontes su espíritu generoso y juvenil, ha derramado por todo el mundo el fermento ideológico de su vida interna. Ni sus escuelas ni sus universidades quedarán cerradas. Todo su secreto está detrás de esas paredes. Su llave mágica está guardada en esos recintos. La única y verdadera fuerza de Francia es su hegemonía intelectual sobre el resto de las agrupaciones humanas. Cada idea francesa que cae en el extranjero fermenta de inmediato, se forma á sí misma un ambiente moral y le crea á Francia millones de amigos. En esta hora dolorosa, no tiene otro origen la simpatía universal hacia la tierra gala. En 1793, mientras Francia se desgarraba en una horrible crisis revolucionaria, mientras los ejércitos de una formidable coalición asolaban las aldeas perdidas á lo largo de la frontera, mientras las hordas vendeanas asesinaban é incendiaban espantosamente las poblaciones de Bretaña, los convencionales discutían tranquilamente un proyecto de Robespierre sobre la educación del pueblo. René Doumic nos ha trasmitido en sus memorias sobre el sitio de París, en 1870, la silueta del viejo profesor que llegaba á la clase vestido de guardia nacional, abandonaba el fusil en un rincón y luego explicaba á sus alumnos la lección de aritmética, insensible á la tragedia que se desarrollaba fuera de las fortificaciones. No hay en la leyenda de los griegos ni de los romanos, nada que gane en sublimidad á estos sencillos episodios. Un pueblo así, es un pueblo invencible. Pensar que esa grandeza podría ser destruída, hace sonreir. Legiones y legiones de hombres podrán pisotear á Francia, pero jamás alcanzarán á tocar su alma, dominadora y eterna, como las ideas que ha desparramado en los siglos.

***

Carlos Richet, el ilustre fisiólogo, acaba de hablar en Italia sabre los grandes ideales latinos. Entre estruendosos vivas á Francia, el incansable pacifista tomó asiento al lado de Sergi, de Luciani, de Nicéforo, de Rossoni, de Castelnuovo, altos representantes de ese pensamiento italiano tan injustamente desconocido. Y el gran profesor, que ha dado todos sus hijos á la defensa de la patria, habló durante largo rato ante un público enorme, sobre la influencia de Francia en los destinos intelectuales de la humanidad. Unica heredera de Roma, Francia ha recogido y ha hecho revivir los últimos resplandores del genio latino. Esa fuerza sublime de nuestra raza, es la que impide que, en plena tragedia, se detengan los complicados organismos de la vida espiritual. ¿Qué importa que se desangren los hombres, mientras haya una idea que anime nuestra pobre máquina moribunda? El espectáculo interior nos hace olvidar los horrores de nuestra propia rudeza salvaje. Francia ha comprendido con su gran Pascal, que pensar constituye toda la dignidad y todo el mérito del hombre. En medio del desastre, convertida toda ella en un inmenso campo ensangrentado, Francia no quiere abandonar el fuego sagrado que plasmó su grandeza. Mientras los ejércitos se trituran entre alaridos de espanto, centenares de hombres trabajan silenciosamente en los laboratorios, inclinados sobre el microscopio, sorprendiendo la vida de lo infinitamente pequeño. En la cátedra, como si nada pasase en las fronteras, los profesores explican los versos de Virgilio, exponen las teorías de Demócrito, y analizan los teoremas de Euclydes. Ese río, que ya á perderse al infinito de las épocas, no puede detenerse sin que Francia reduzca su valor. Cuando pensamos, nos sentimos fuertes, llenos

de audacia, de sinceridad. « Los débiles no pueden ser sinceros », escribió La Rochefoucauld. Pero el perverso aristócrata se olvidó de decir que los débiles no saben pensar. El pensamiento francés es eterno, porque no se humilla á las fórmulas consagradas; rompe los moldes de la disciplina y renueva á cada rato la conciencia del mundo. Su aliento revolucionario tiene la inmortalidad de toda una majestuosa leyenda de sacrificios. Si hubiese existido el altruismo, la más bella invención de Augusto Comte, Francia se hubiera inmolado para alcanzarlo con la espada y con las ideas. « Nuestra raza, dijo el sabio Berthelot, es demasiado orgullosa para resignarse á la servidumbre sin arrojar un desafío supremo al destino ». Es que Francia tiene el orgullo de su fuerza lenta y depurada por la reflexión. Los seres que piensan son hoy el refugio inviolable de lo poco que nos queda de hombres. Cuando juzguemos oportuno descifrar el misterio de las simpatías universales hacia Francia, debemos buscarlas en ese fermento ideológico que reparte generosamente por todo el planeta. Una idea francesa es un tesoro que nos pertenece á todos. Francia es la tribuna de la humanidad que quiere renovarse. El abismo que la separa de Alemania, tiene su origen en la revolución de 1789. No basta sólo pensar, cuando nuestro pensamiento no fructifica. Alemania también tiene ideas. Pero ellas no tocan nuestro corazón, porque están militarizadas, llevan un sable al costado y evolucionan como escuadrones de caballería.

***

Si Francia es « la hija predilecta de la Iglesia », también es la favorita de la humanidad jacobina

y revolucionaria. Vaya una cosa por la otra. Si el ejército republicano y ateo contribuye hoy á la defensa de los tesoros del arte religioso, los sacerdotes del culto católico y los aristócratas, descendientes de viejas y gloriosas familias, toman también las armas para evitar el aplastamiento de una de las democracias más fecundas de la edad contemporánea. Todo lo que se llama en París el «gran mundo», está combatiendo á las órdenes de los generales de la república. El príncipe Napoleón, que en virtud de una ley especial, no puede servir en su país, se ha incorporado al ejército inglés. De la misma manera, Enrique de Orleans ha devuelto su título de oficial del ejército austriaco y se ha alistado en las filas belgas. (1) El conde d'Harancourt, coronel republicano, se ha incorporado á su regimiento, lo mismo que seis de sus hijos. Un caso emocionante es el que ha ofrecido el viejo conde de Elda, quien ha marchado como lancero de 2.ª clase á las órdenes de su propio hijo! Además, se encuentran ya en la línea de fuego el príncipe de Murat y cuatro de sus hijos, el duque de Luynes y su hijo, el duque de Chevreuse, el duque de Noailles, el duque de Mouchy, el conde de Noailles, el príncipe Alejandro de Wagram, el príncipe Jacques de Broglie, el conde de Lardre, el conde Juan de Castellane, el duque de Doudeauville y el príncipe León de Radziwill. Es admirable la actitud de esta aristocracia, emparentada con las cortes de Europa, que ofrece como muralla al plomo de los invasores, los cuerpos donde se amontonan los blasones hereditarios de muchos guerreros. El que es acaso

(1) Tanto el príncipe Napoleón como Enrique de Orleans, fueron rechazados más tarde de los ejércitos belga, ruso, inglés é italiano, como un acto de delicadeza hacia Francia.

descendiente de reyes, no desdeña el ser mandado por un oficial que es hijo de obreros. El mayor triunfo de la república es que haya podido inculcar en el seno de una aristocracia parasitaria el respeto que se debe al talento personal y al esfuerzo propio. De allá, donde existieron monarquías, nos vienen las lecciones de la más alta cultura política. El origen humilde ya no es una afrenta. Hoy no se pregunta al diamante si ha salido del lodo para darle su puesto. No olvidéis que, mientras la madre de Loubet vendía los huevos de la granja, su hijo se codeaba con los emperadores.

***

En medio del desastre, la risa francesa ha vibrado alegremente como un cristal herido. Ha vuelto á estallar al contacto del incendio, como un pañol atiborrado de pólvora, al cual se guarda celosamente para alejar la caricia espantosa de las llamas. Ernesto Renán, que comprendió la profunda ironía de la vida humana que palpita dentro de cada sonrisa francesa, declaró en cierta ocasión que era necesario enseñar á los pueblos á reir en francés, pues, de todas las risas, ella era la más filosófica y la más sana. Un hotelero de París ha marchado á la guerra con sus cuatro hijos. En un cartel, pegado al frente del abandonado edificio, el hotelero se lamenta de que el decreto de movilización lo haya sorprendido en momentos en que preparaba un delicioso plato de becazas que « hubiera hecho chupar los dedos de sus clientes ». Un barbero de Montmartre adosó otro letrero á la puerta de su establecimiento, declarando á los parroquianos, que estaba dispuesto á prestarles sus servicios en el campamento de Verdun. Por su parte, en los momentos so-

lemnes del fusilamiento, á los labios de un campesino asomó la frase digna de Leonidas. Sorprendido por una patrulla de hulanos, cerca de Nancy, mientras cortaba hilos telegráficos, el paisano fué conducido á culatazos al lugar de la ejecución. «Yo pensaba comer «choucroute» en Berlín, dijo el prisionero al oficial que lo custodiaba. Pero igual lo comeré en el infierno. Allí también debe haber alemanes. . . ¡Hasta la vista!» A los pocos instantes, el campesino caía para siempre sobre el barro con el pecho agujereado por cinco balazos. En ningún momento, aún cuando llevase la máscara del sarcasmo ó el rictus amargo del odio, la alegría francesa ha abdicado de su trono. La risa que Rabelais definió como la única propiedad del hombre pudo ser muy bien la única propiedad de Francia. Limitada por las aguas del Rhin, la alegría gala rebasó, con Voltaire, sus antiguas fronteras, universalizando al través del espacio, como un etérno cascabeleo, la sonora carcajada de toda una raza. La alegría francesa, clara y serena, es la corriente de agua que no muere y que canta su frescura bajo el follaje. Ella es espontánea como el trueno y fatal como la gravitación de los astros. Nos viene desde el fondo de las épocas como una herencia inestimable de discreción, de gracia, de buen humor. El pueblo, verboso y risueño, que descubrió César en su conquista de la Galia y del cual nos habla en sus *Comentarios*, es el mismo pueblo de hoy, con sus alegrías sin freno, que no ha cambiado á pesar de los siglos. Ningún país, como Francia, se ha reído tanto de sí mismo. Porque ha vivido para criticarse, su progreso intelectual ha sido tan rápido; porque ha sabido reir bien y fuerte, la humanidad ha buscado en ella el ejemplo para corregir sus debilidades y curar sus lacras. Y hemos comprendidos, por tanto, que va-

le mucho más que el progreso hecho á fuerza de bastonazos, la civilización tranquila por donde circula la risa, como si fuese la savia de un árbol frondoso cuyas hojas murmuran la música perpetua de la renovación.

***

La actitud del comandante La Chapelle, herido gravemente cerca de Longury y rechazando, á pesar de todo, la carga fulmínea de fuerzas enemigas numéricamentes superiores, recuerdan aquel episodio conmovedor de 1870, inmortalizado en la tela famosa de Moreau de Tours, que representa la caída del coronel Franchessin en la batalla de Froeschwiller. Rodeado por una compañía de zuavos, en medio de una lluvia de fuego, las balas prusianas le hieren de repente en la cabeza, en el pecho, en las piernas... Franchessin vacila, su uniforme se desgarra, su rostro palidece mortalmente, el kepis rueda por el suelo. La pérdida de sangre lo hace caer en brazos de un sargento. Pero sus ojos viven el último instante con una intensidad extraordinaria, la espada en alto señala á los soldados un punto invisible en el espacio y de su boca se escapa el postrer aliento: «Adelante! Adelante!...» El jefe que, al morir aniquilado por el plomo, junta todas sus energías para penetrar en el espíritu de sus hombres la heroica necesidad del impulso ofensivo, constituye la revelación más exacta de toda la tradicional armonía del genio militar de Francia. Las victorias francesas son una tradición inacabada dentro de la más implacable de las ofensivas. El fracaso sólo se cernió, como ave sombría, cuando la táctica triunfante se quiso traicionar á sí misma. El mariscal Ney que Henry Houssaye nos describe en su *1815*, el terrible mariscal de Waterloo, ne-

gro de pólvora, desesperado, con las manos rojas de sangre, las charreteras cortadas por los sablazos, que golpea con su espada rota los cañones ingleses, el hombre subliine que quiere hacerse matar y que no lo consigue, el general que busca la muerte sin encontrarla, como si ella escapase asustada de tanto heroísmo, el Ney temerario y centelleante de la leyenda napoleónica, ha quedado en la historia como la encarnación melancólica del espíritu que, en un momento de flaqueza, pretende borrar todo su pasado victorioso á costa de un sacrificio desconocido. *En avant!*... *En avant!*... Allí también fué inútil el grito sonoro. Como en Froeschwiller, todas las energías se estrellaron contra una masa impenetrable de rocas humanas. Pero si la frase escolla ante la grandeza material de fuerzas militares más formidables, gana en el seno de la conciencia su puesto merecido. Mientras exista la intención de marchar adelante, siempre adelante, poco importarán los fracasos. Podrán quemar nuestra carne, destrozar nuestro cerebro, pulverizar nuestros huesos... En cambio, las ideas de una raza no se estrangulan jamás. Recordad á Galliffet durante la sangrienta campaña de Méjico, en que, frente á Puebla, con el vientre horriblemente desgarrado, se oprime con una mano los instestinos que salen afuera, mientras que, con la otra, esgrime impasible la espada y sigue mandando el ataque...

*
* *

Cuando se creyó que el ejército alemán llegaría hasta París, Gustavo Hervé escribía estas palabras: «Nosotros somos la guardia republicana, disciplinada y fanática. « *La Guerre Sociale* queda en su puesto de combate. Los otros diarios se han marchado; es cosa que concierne á ellos. Nos-

otros quedamos. El ministerio no quiso que yo fuese á la guerra, hace cinco semanas. Ahora la frontera viene hacia mí.» Cuando todo el mundo huía hacia Burdeos, el célebre revolucionario se sentía gozoso de que se le ofreciese la oportunidad de intervenir en la lucha. No pudiendo él marchar hacia la montaña, esperó sereno que la montaña llegase hasta él. Esa frontera, que todo lo había barrido á su paso, se estrechaba alrededor de París; ese círculo de acero se hacía cada vez más pequeño, como un nudo corredizo, hecho de ejércitos monstruosos, nudo que sólo debería detenerce una vez estrangulada la ciudad del ritmo y del buen humor. Pero de nuevo, Hervé fracasó en sus propósitos. La terrible máquina alemana, «el ciclón regulado por un cronómetro», según la expresión de Guerra Junqueiro, se detuvo repentinamente á las puertas de la capital, se paró en seco, como una rotativa á la cual le salta un engranaje. El tirón fué tan violento, que el nudo corredizo reventó como un cable de acero sometido á tracción excesiva. Gustavo Hervé, como en la hora de la baja marea, ha visto desolado alejarse la frontera hacia el norte, abandonando resacas de fusiles, residuos de bagajes y sedimento de cadáveres. La pluma agresiva y virulenta está condenada á esperar otra vez. ¿Cuándo volverán á subir las aguas? ¿Cuándo la frontera volverá á caminar, enroscada como el lazo de una trampa? Acaso el sable del periodista duerma por mucho tiempo su sueño herrumbroso en algún desván de la imprenta. Tal vez pierda para siempre la gloria de cortar, como la espada de Alejandro, el nudo inextricable que juega con el destino y que avanza sus golpes mortales entre el estruendo de las batallas

CAPÍTULO XIII

A GOLPES DE PICO — SEÑORA, ¿Y LA PROPINA? LAS FINANZAS DEL HEROISMO — TARIFAS PATRIÓTICAS — LA CASCADA DE ORO — UNA OPINIÓN DE KAUSTKY — LA VUELTA DE ASHAVERUS.

Días pasados, según cuentan los diarios franceses, un monoplano Taube voló á mil quinientos metros de altura sobre el fuerte de Chelles, situado en los suburbios de París. El regimiento que estaba de servicio en los alrededores de la fortaleza, abrió un fuego violento contra el aeroplano alemán. La ráfaga de balas envolvió al aparato, inutilizándolo á los pocos instantes. En vuelo planeado, el Taube descendió en un terreno perteneciente á la Confederación General del Trabajo, donde varios obreros se hallaban ocupados en cavar unas trincheras. Antes que los operarios se hubiesen repuesto de su estupor, el oficial que piloteaba la máquina, desnudó el revólver y disparó toda su carga contra la cuadrilla. Algunos hombres quedaron heridos sobre el campo. Entonces se vió algo terrible. Cuando el arma quedó vacía y antes que el piloto tuviese tiempo de volverla á cargar, los trabajadores corrieron hacia el aparato y mataron á golpes de pico al oficial germano. Jamás pensó el piloto tudesco que podría morir víctima de un arma tan primitiva. El pico, la herramienta del trabajo, se convirtió de pronto en el azote fatal, esgrimido por un genio mortífero. Hecho para romper el seno de a

tierra, para desgarrar los terrones, negros y húmedos; fabricado para arrancar á pedazos, en el fondo de la mina, los yacimientos del mineral que habrá de alimentar nuestras máquinas, el pico ha aplastado el cerebro de un enemigo, ha hendido su cráneo, como si quisiera buscar entre la masa sanguinolenta la veta de oro de las ideas. Aún matando, el pico no pierde su espíritu. Al abrir la carne humana, parece que trabaja; al ahondar la herida, parece que buscase algún tesoro. El oficial alemán, triturado por cien colmillos de acero, debió parecer el surco encarnado donde habría de arrojarse la simiente de una nueva naturaleza. En el siglo de las armas monstruosas y de los explosivos diabólicos, morir á golpes de pico es todo un símbolo. Idealizado por Meunier, modelado por toda una generación de artistas que cantó al trabajo en himnos de bronce y de mármol, el pico ha quedado como la representación más viva de la fecundidad en el esfuerzo consciente del hombre. Él es hijo de una alta cultura creadora, el rodaje inevitable de una civilización práctica é inofensiva. De acuerdo con la doctrina admirable de los hindúes, el piloto alemán, que podrá juzgar desde el seno de Brahma la línea sinuosa de su destino, agradecerá íntimamente á esos obreros que le abrieron las puertas del infinito con llaves mucho más honradas que los cañones de cuarenta y dos.

***

Después que la silenciosa Brujas, la ciudad querida de Rodembach, sintió en sus calles el rumor marcial de la soldadesca prusiana, ya habían caído, una á una, casi todas las ciudades de Bélgica. Las que no tuvieron, como Lieja, la gloria de

morir sintiendo tronar en sus puertas los cañones de la defensa, se entregaron desamparadas, como Lovaina, á la rabiosa impetuosidad del invasor, quien, no satisfecho con arrasar la ciudad, quemar bibliotecas, pulverizar laboratorios y destruir universidades, exigió á los habitantes aterrados una contribución suplementaria de varios millones. Esta dolorosa propina después del desastre, recuerda aquella punzante sátira de Willette donde la pequeña obrera, desesperada al ver que los sepulteros le llevan para siempre á su querido hijo muerto, tropieza con uno de estos fúnebres funcionarios que la detiene, implacable:

—Señora, ¿es que usted nos va á dejar marchar sin propina?

Sabemos que la ciudades belgas han satisfecho dócilmente la propina impuesta. Pero el sutil Willette nada nos dice sobre lo que hizo la infortunada madre, aunque es dable presumir que no hubiese dado ni un centésimo á los sepulteros, á fin de proporcionarse el placer de oirles decir, enojados, que no volverían más á su casa...

***

La pizca de respeto internacional que anda todavía flotante por el mundo, se ha horrorizado ante las ingentes contribuciones monetarias que los ejércitos alemanes exigen á las ciudades conquistadas. Para los discretos internacionalistas, ésta es una abominable práctica de expoliación y de bandidaje. Ellos, que en su incomprensible humanitarismo de gabinete, han pedido á la guerra todas las ternuras imaginables, no se explican cómo ésta puede dar tan perniciosos frutos de violencia y monstruosidad. Es que el sacrificio, como la industria, también tiene sus finanzas. Los

alemanes se hacen pagar bien caro su heroismo, porque ellos saben que el oro ha sido siempre el único norte terrenal de la especie. La actitud de las tropas vencedoras no puede asombrar á nadie. En Lieja, los germanos llegaron hasta la misma falda del fuerte de Evegnée, de donde fueron barridos como hojas secas. Y tanta esplendidez de vidas, como se comprende, debe cobrarse muy bien después de la victoria. Gloria militar, amor á la patria, dignidad nacional, todo ese conjunto de cosas sonoras y brillantes, cabe cómodamente dentro de una bolsa de escudos. Tenía razón Voltaire. «El héroe se parece al ladrón nocturno, porque los dos se dirigen directamente á la caja de hierro».

***

«La espiritual escritora española, conocida por el nombre de Colombine, acaba de experimentar en Alemania la curiosa emoción de sentirse espía — me escribe un soñador escéptico. En una población germana tuvo luego la sensación exacta de lo que significa la vaga palabra de patriotismo. Después de haberse hecho conducir su equipaje al hotel, Colombine puso en manos del mozo de cordel una moneda de un franco. El faquín sintió lesionar su patriotismo al ser pagado con moneda francesa, y protestó enérgicamente. Colombine, sin inmutarse, puso otro franco en las manos del cargador; pero las protestas continuaron con mayor violencia. Un nuevo franco hizo las paces entre la escritora y el patriota. Otro caso parecido cedió en París á un argentino procedente de Alemania. Un mozo de estación, ofendido en su dignidad patriótica, se negó á transportar los bártulos hasta tanto

no soltó cuatro marcos alemanes. Este fué el precio con que el argentino pagó la ligereza de intentar sufragar sus gastos con el dinero de una nación enemiga. Uno supone que, á medida que las monedas adversarias aumentan, la ofensa inferida al extranjero es también mayor. Pero no es así, felizmente. La humillación está en razón inversa á la suma de dinero que se piense desembolsar. Entre el patriotismo de un changador francés y otro alemán, no hay más que una diferencia de pocos centésimos. Es que también lo mismo que cada aduana, la dignidad patriótica tiene sus tarifa distintas. El patriotismo de los diplomáticos y de los gobernantes se paga mucho más caro. A éstos ya no les basta el dinero, pues es necesario darles de tiempo en tiempo, como á la esfinge de Edipo, una buena hornada de vidas humanas. El honor nacional tiene sus precios de lujo, como los hoteles; está graduado á taxímetro, como la marcha de los automóviles. No intentemos en vano defender con las púas de nuestra retórica ampulosa, el secreto inconfesable de nuestras ideas. Los discursos no convencen á nadie. Hace tiempo que los hombres están cansados de oirse decir lo mismo, de verse dorar con palabras bonitas su propia inmundicia. En el fondo de todas las cosas bellas por las cuales parecen reñir las naciones, no existe más que la voracidad capitalista, la insaciable avidez del oro. Si es preciso llenar nuestra sed de grandezas á costa de encanallamientos malvados, diremos después, como Madame de Grignan, que toda esa bajeza ha sido necesaria porque, « de tiempo en tiempo, se deben estercolar las mejores tierras ».

***

Ya sobrepasa la suma de mil cuatrocientos millones de francos lo recaudado por el ejército alemán en sus contribuciones impuestas á las ciudades conquistadas. Los soldados imperiales se han sentido satisfechos. El oro ha caído como una cascada resplandeciente en las arcas de los vencedores. Hay situaciones en la conflagación europea que empalidecen cuanto pueda crear la imaginación más meridional. «Yo llevaba billetes tan sólo — dice un corresponsal español, — y los billetes no servían para nada. Era preciso entregar oro, y yo carecía de él en absoluto. A mi lado, junto á la ventanilla, un polaco se encuentra en situación idéntica á la mía. ¿Qué hacer? Faltan pocos momentos para salir el tren, tal vez el último que pueda llevarle á reunirse con los suyos. El polaco vacila un momento y, después, quitándose con resolución una magnífica sortija, con una brillante, pregunta en voz alta á los que lo rodean: «*¿Quién me da quinientos francos por este anillo?*» Las gentes se miran unas á otras, y de pronto un viejecito de aspecto judío, enfundado en raído gabán, exclama, metiendo la mano en su bolsillo: «*Yo*». Rápidamente entrega quinientas liras y recoge la sortija; el polaco, alocado, corre hacia los andenes; el vejete desaparece entre el público.» ¿No parece esto sacado de algún folletín espeluznante? ¿No os recuerda algún capítulo misterioso de Ponson du Terrail? El oro tiene sus secretos terribles, sus drama inquientantes. La guerra es el foco que abre ó cierra las placas de las cajas fuertes, como si fueran las valvas de una ostra. Profundizad toda miseria ó todo esplendor, disecad la ambición ó el desinterés; no encontrareis en el fondo más que los reflejos amarillentos del metal, el centellear de opulentos exergos. La vileza más des-

carnada, como la suntuosidad más soberbia, puede reducirse á un puñado de monedas. En un albergue de Berlín, se envenenaron con cianuro de potasio el banquero Eugenio Bieber y su mujer. Dos banqueros de Weimar pagaron á sus acredores en la misma forma que Bieber. De la misma manera, procedieron los hermanos Augusto y Roberto Sall, propietarios de un banco en la Turingia. Parece peligroso ser rico, parece que el oro es un cebo fatal que atrae constantemente á la muerte. Sin embargo, los alemanes saben muy bien que puede más una bolsa de escudos que cien baterías de cañones Howitzer. Cuando la gloria se muestra esquiva, el dinero puede domarla fácilmente; cuando los cofres están repletos, el honor nacional puede comprarse sobre medida. Werner Sombart, que estudió la concepción capitalista de muchas encarnaciones de la literatura, olvidóse lastimosamente de « *La Celestina* », la obra más mordaz y profunda del siglo XV. « Todo lo puede el dinero, dice el personaje principal de ese libro maestro. Las peñas quebranta, los ríos pasa en seco. No hay lugar tan alto que un asno cargado de oro no lo suba ». Entre tanto, los alemanes han abierto las esclusas del caudal ajeno, y el oro cae en sus arcones como un chorro armonioso. Pero ellos que, con Marx, con Wagner, con Kaustky, han creado una maravillosa metafísica de la economía, saben idealizar la ruda materialidad de esas contribuciones hechas entre tiros de fusil y ruido de culatazos. Por eso, los alemanes han transformado el tesoro enemigo en un surtidor de prodigios que vuelca sus finas pedrerías en la fuente fantástica de los cuentos árabes...

***

No obstante haber formado parte del grupo parlamentario que votó los créditos para la guerra, su opinión es digna de tenerse en cuenta. Carlos Kaustky, uno de los más fervorosos apóstoles del marxismo, ha publicado en el « *Neue Zeit* » su opinión sobre el problema de la paz próxima. El ilustre sociólogo aventura afirmaciones que no deben ser muy del agrado del imperialismo militar alemán. Asegura Kaustky que, como existe un proverbio latino que dice que el que quiere la paz debe prepararse para la guerra, puede decirse igualmente que, durante la guerra, es necesario prepararse para la paz. « Actualmente, agrega, todos los países civiles mantienen proficuas relaciones de comercio real é ideal con las otras naciones; ninguno puede representar la parte del César ó del eremita. Sería constatar una triste regresión, si alguna de las grandes potencias quisiese aprovechar de la victoria para anexionarse un territorio nacionalmente extraño ». Estas ideas de Kaustky, no constituyen una novedad. Partidario decidido de la autonomía de Alsacia-Lorena, él siempre creyó, con Ernesto Lavisse, « que el crimen más grande que se pueda cometer contra la humanidad es el de mutilar una nación ». Valiente y sincero, á pesar de las persecuciones de que fué objeto, combatió juntamente con Bebel y con Liebnekcht, la doctrina imperial sentada por Von Bülow y según la cual « se tienen más derechos cuando se es más fuerte ». Para Kaustky, el parlamentarismo alemán es una ilusión y la voluntad popular una bella quimera. Su método analítico ha hecho un estudio demoledor de todas las instituciones del imperio; su crítica rigurosa ha reducido á polvo los sofismas del pensamiento social de los teu-

tones. Pocas cosas tan terribles se han escrito sobre la organización política de Alemania. En el artículo del «*Neue Zeit*», Kaustky se empeña en demostrar que es necesario proceder á la eleminación de las causas que han producido la guerra actual, causas que se confunden con un conflicto localista ente Austria y Servia. El mundo en llamas, no asusta al escritor que piensa, á pesar de todo, en el desarme. «Combatiremos por la idea del desarme después de la guerra, como hemos cambatido antes. Rechazaremos, eso sí, cualquier imposición de un desarme forzado que significase la servidumbre del vencido en una forma desdorosa y humillante». Claro está que nos hallamos frente á la opinión resuelta de un solo hombre. Si los cuatro millones de socialistas alemanes pensasen como Kaustky, la historia presente se habría transformado y los acontecimientos de la guerra hubieran tomado un rumbo bien distinto.

*
* *

Nicolás II, el padre sagrado de Rusia, ha hecho un llamado afectuoso á «sus queridísimos judíos», raza perseguida implacablemente y que constituye una de las fuerzas más capitales de su imperio. Después de su errabundo ambular al través de los hemisferios, Ashaverus se ha detenido por primera vez para escuchar, asombrado, palabras dulces y tiernas. El pueblo judío, disperso en el mundo como un puñado de plumas arrojado á la tempestad, ha purgado hace tiempo el pecado bíblico que Dios mandó castigar con el azote sacrílego de las legiones romanas. Y los rusos, que más salvajemente han acosado á la «fiera hebrea», olvidan hoy los

odiosos asesinatos de Bielostock para cubrir con un barniz fraternal la trágica pestilencia de aquella orgía de sangre que provocó arcadas de horror en el seno de toda la especie humana. Pero Ashaverus, que sabe que es una energía no despreciable, mira plácidamente á sus perseguidores y sonríe con desprecio á los que, difamándolo, lo acusan de crueles impiedades y de la celebración de ritos sanguinarios. Su culto es el culto de la fecundidad sin oropeles ni ruidos exóticos. No sólo el israelista ha inventado el crédito financiero, sino que ha creado un método de trabajo. El admirable Paul de Saint-Víctor concibe solamente al judío á través de los pintores flamencos del siglo XV. «Cruzan su rostro arrugas sospechosas, dice. Ensanchan sus ojos gafas que pinchan su flaca nariz, y una barba ahorquillada termina en tenazas su faz gesticuladora. Está sentado ante una mesa llena de monedas, y alargando los descarnados dedos hacia su tesoro, parece que se calienta en él como en un brasero. Detrás de él, y sobre su espalda, se inclina su mujer. La avaricia ha desterrado en ésta todo vestigio de sexo en su rostro arrugado. Sus diminutos ojos grises reflejan el chispear del metal; podría arrojarse un escudo en su boca estrecha como la hendidura de una alcancía». Pasando por Shylock, la última etapa de la evolución de este judío sería el banquero Rothschild. No obstante, el gran escritor se equivocó al considerar únicamente la raza de Ashaverus bajo la aplastadora unilateralidad del dinero. Nada ha quedado oculto á la inteligencia del judío. Estudia los problemas filosóficos del universo, y surge Spinoza; se siente general, y la espada de Massena brilla victoriosa como un relámpago; quiere ser estadista, y el cerebro

dominador de Disraeli dirige la política de todo un imperio. Espíritu de tenacidad, el judío es el linaje insoluble en el agua lenta y pertinaz de todos los tiempos. Su actividad, que se divide entre todas las razas, no está, sin embargo, con ninguna. Fosforescencia lejana, que se pega á veces á nuestros pies como un fuego fatuo, el alma hebrea es también la diabólica gota de azogue, sutil y brillante, que se escurre entre nuestros dedos cuando hemos creído poseerla...

CAPÍTULO XIV

EL HÉROE PLÁSTICO — CAVÁNDOSE LA FOSA — LA ILUSIÓN DE LA GLORIA — EL FÉRETRO DE ACERO — LOS TRUENOS DE LA CATEDRAL — EL CLAUSTRO DE LA VENUS — SELVAS TALADAS.

Era el campeón de la carrera. En las olimpiadas, sobre la pista blanca, extendida como un reptil á lo largo de las praderas, su cuerpo desnudo, maravillosamente bello, parecía el ejemplar más perfecto de una estirpe desconocida. Jean Bouin encantaba con la armonía de su vigor físico, fascinaba con su solidez masculina, no desprovista de agilidad, de delicadeza, de elegancia. La línea flexible de los músculos, coronada por un cráneo fino y dos ojos vivaces, hubiera servido de modelo á los dioses de Lyssipo, hubiera guiado el cincel de Praxíteles sobre el bloque de mármol áspero y sin forma. Su figura radiante, digna de los cantos de Píndaro, no inspiró una sola estrofa. Los poetas contemporáneos no pierden el tiempo enalteciendo la fortaleza luminosa del cuerpo humano. En medio de nuestra sociedad degenerada, con individuos que parecen siluetas viscosas, alzando cabezotas hinchadas, mostrando máscaras de histriones, enseñando vientres hidrópicos sobre piernas débiles y contrahechas, Jean Bouin resultaba un verdadero monstruo. Nuestra época es inarmónica y torpe; dentro de ella no puede prosperar más que lo

deforme. Con el desprecio de la carne, hemos heredado del cristianismo su doctrina antihigiénica, el culto metódico de la suciedad, la devoción de toda inmundicia corporal. Si Jean Bouin hubiera vivido en la edad clásica de los helenos, hubiese caído como el mensajero de Maratón, sudoroso y polvoriento, pero balbuciendo palabras de victoria. En la vieja Galia que luchaba contra las legiones de César, el héroe plástico se habría llamado Vercingetorix, y hubiera puesto sobre su piel reluciente los rudos correajes del soldado. Vencedor en todas las justas del esfuerzo físico, soberano en todos los estadios de Europa, su torso altivo se había paseado triunfante, como una estatua hecha de un mármol rosado al cual el artista le hubiese infundido prodigiosa elasticidad. Francia estaba orgullosa de su campeón. Como Carpentier, ganando batallas á fuerza de puños, Jean Bouin había desmentido la influencia de los placeres excesivos y del sibaritismo refinado sobre la pureza orgánica de su raza. A pesar de esa vitrina fantástica, al través de la cual miramos desfigurados todos los acontecimientos del mundo, la gloria de Jean Bouin nos ha sido trasmitida en toda su fuerza de expresión y de virilidad. Este hombre, hermoso y fuerte, que hubiese esgrimido como si fuese un junco la pica gigantesca de Bayardo, que hubiese cargado sin esfuerzo sobre sus espaldas la pesada armadura de Godofredo de Bouillon, pensaba llegar á Berlín como á un torneo de gladiadores. Poco le importaba el peligro con tal de resultar victorioso. «Tenemos confianza, escribía á un amigo. Lo que acaso nos falta es paciencia. Queremos concluir pronto». Y el héroe, más pronto de lo que esperaba, se inició en los juegos olímpicos de la muerte,

corrió su última carrera sin retorno. Sobre el Aisne, un casco de granada quebró para siempre su euritmia impecable, manchó de rojo su belleza resplandeciente. En la fosa negra y húmeda, su cadáver se descompone junto con la carroña de las bestias y de los hombres. Las curvas de los músculos, suaves y ondulantes, se aplastan, se disuelven, mueren, se confunden con la masa común. Aquel poema de líneas duras, de gestos armoniosos, ha desaparecido. Jean Bouin ha vivido lo que vivió su cuerpo. Pero la humanidad pierde una obra de arte viviente, borra de su seno un molde magnífico donde hubiera podido leer su porvenir y vaciar el tipo de las generaciones futuras.

*
* *

En Mulhouse, los alemanes fusilaron á un italiano llamado Amaducci y á quien se acusó del delito de espionaje en favor de Francia. «En la misma noche debió sufrir la última pena, — dice, con fecha 16 de Agosto, el corresponsal en Basilea de un diario milanés. — El fusilamiento de los individuos detenidos como espías, se realiza de noche, casi siempre á las dos de la madrugada, en un lugar apartado, lejos de las casas, á espaldas de la población. La víctima, conducida al sitio donde deberá caer para siempre, debe cavarse la fosa con sus propias manos. Durante media hora, durante una hora, con el pico empuñado, ahonda poco á poco la tierra, mientras los soldados vigilan alrededor con la bayoneta calada, que brilla á la luz de las antorchas. Si la emoción lo vence, un soldado lo sustituye hasta llevar á término la macabra tarea. Concluída la obra, el condenado debe arrodillarse

á los pies de la fosa. Un minuto después, una descarga lo derriba en el fondo, y los soldados se apresuran á cubrir con tierra el cuerpo todavía palpitante ». La escena amarga que nos pinta, el corresponsal italiano, puede generalizarse hoy á la humanidad entera, ocupada en la insensata tarea de cavarse su propia fosa. Solo que aquí nadie puede sustituir á la especie en su loco afán de destruirse, en su manía de prolongar sobre la tierra todos los espantos del suicidio colectivo. Arranca alegremente de la cueva puñados de tierra, ahonda con frenético empeño el claustro obscuro y frio donde ha de encerrar su destino. En su febril obsesión, trabaja para la muerte, entre himnos patrióticos y cantos salvajes deodio. No la estremece ningún desmayo ni la asalta ningún dolor. Ciega y muda como una fuerza sideral lanzada en medio de la noche infinita, la raza humana se somete pasivamente al imperio de leyes sordas é ignoradas. Ahora se cobra en sí misma el tributo sangriento de su incapacidad para comprender la vida. Cree, como Empédocles, encontrar la luz en el fondo del pozo negro y húmedo. Pero muy tarde reconocerá su error, y entonces, queriendo alejarse de la repugnante huesa donde todo suena á hueco y huele á crimen, encontrará la salida cerrada como la roca misteriosa de Alí Babá. Y lo que es peor de todo, habrá olvidado también las palabras mágicas que le permitirán salir de nuevo á la luz del día.

*
* *

Ese heroísmo anónimo, el más intenso de todos porque es el menos aparatoso, no conoce sin embargo la perpetuidad del recuerdo. La gloria se ha hecho para cuatro ó cinco elegidos.

No hay esfuerzo que sea capaz de conquistar la eternidad mientras se agite dentro de ese mar uniforme formado por la aglomeración de todos los hombres. El sacrificio desconocido, jamás logrará sobrevivirse. Nace y muere con su propio aliento. Ahora que los individuos sucumben por sus ideales prácticos, pensar en la gloria hace sonreir. Es que la fama y la nada son una misma cosa. Resulta muy hermoso ser director de un millón de hombres, llevar entorchados y hacer un gesto sublime para vivir dos minutos en la memoria de los semejantes. ¿Pero qué importa que las centurias recojan los ecos de nuestra voz? Diez siglos de renombre son un segundo en el rodar incesante de las edades. Pascal tenía toda la razón del mundo cuando escribió que la unidad agregada al infinito no lo aumenta en nada. La historia no es más que un eslabonamiento inarmónico de ilusiones gloriosas. Ante el porvenir lleno de inquietudes, vale tanto la vida de Guillermo como la existencia del último de sus soldados. La eternidad todo lo nivela bajo su mortal pincelada gris. «Después de la muerte, la fama no es mejor que el olvido», decía Marco Aurelio. ¡Pobres hombres célebres que ajustan sus actos á las generaciones que están por nacer! Nuestro respeto por el juicio de hombres que todavía no existen es la mayor de las torpezas. La posteridad es un fantasma fabricado por los ironistas para sorprender las debilidades del genio «Los malvados, dice Ives Guyot, inventan monstruos para infundir miedo á los otros y adquirir una reputación de valientes desafiándolos». Y en verdad, que nadie mejor que el hombre frívolo se sabe reir de la posteridad. Parece que un

misterioso instinto le hubiese dado la clave del equilibrio humano. No obstante, el alma superior presiente la proximidad del infinito y teme el ruido de su oleaje, cada vez más frío y angustioso. Para ella, la gloria es una aventura. Tiene el secreto encanto de lo que no se conoce. Causan profunda lástima esos jóvenes de veinte años que ya se fascinan con la deidad esquiva y que se arrastran penosamente para alcanzarla. Por eso, más valiera morir en la olvidada choza del campesino, entre los haces de heno recién cortado, sobre el estiércol humeante, junto á los bueyes de ojos meláncolicos, sin pensar en nada, sin soñar en nada, sintiendo vaciarse el cráneo de todo su dolor moral y viendo alejar para siempre la triste carga de una idealidad mortificante que no ha podido ser comprendida.

***

Millares de seres han encontrado en el vientre de los acorazados su última morada. Barcos como el « *Crécy* », el « *Hogue* », el « *Aboukir* », se han hundido en el océano con casi toda su carga humana. No volvieron á flote más que trozos de madera y cuerpos despedazados. Para muchos hombres, el buque ha sido su féretro de acero, la envoltura mortuoria que dormirá en el fondo silencioso, bajo la onda constantemente inquieta... Pocas cosas tan imponentes como esos dos infinitos que se tocan, la muerte y el mar. A ochocientos metros de profundidad, ya no hay tempestades. En la sombra apacible de las aguas, apenas si se siente la lejana vibración de la altura, ese movimiento rítmico, suave como la mano de una querida,

que pasará dulcemente sobre los cadáveres, desnudando los huesos de su doble vestidura de ropas y de carne. Cráneos vacíos de cerebro, tibias simbólicas, fémures sin tuétano, huecos y sonoros, destornillados en sus apófisis, bailarán su danza macabra, la única danza verdadera que se hace á impulsos del acompasado balanceo, y que dirige Poseidón desde su gruta hecha de conchas marinas. Una luz extraña iluminará la escena. Al través de las grietas abiertas en el metal, se filtrará una escarcha muy fina, luminosa, parecida á polvo de estrellas. Los muertos no han perdido la fantástica poesía del abismo. Peces rarísimos, únicos representantes del sol, alumbrarán la inmensa soledad de las aguas. ¡Qué fiesta para Alberto de Mónaco, el incansable escrutador del cristal oceánico! Pasa el halosaurópsido, pez extraño, cometa de los mares, que lleva sobre el dorso dos hileras de luces. Más abajo, andan errantes organismos cromatóforos, actinias, celentéreos, hidromedusas, flores monstruosas, flores de músculos, que fulminan con descargas eléctricas y llevan escondidos focos de todos los colores. En la noche absoluta, esa apoteosis del color no tiene más que circunstantes mudos, no es vista más que por órbitas negras é inmóviles. El féretro de acero descansará eternamente sobre su lecho húmedo; allí no llegará ningún ruido humano, ninguna palpitación de la marcha vertiginosa del mundo. En ese rodar sin objeto, bajo el peso gigantesco de la masa líquida, toda la colosal maquinaria se irá disolviendo como si fuese de arena. Ninguna creación de nuestra metalurgia, por más formidable que fuere, podrá resistir durante mucho tiempo la caricia enervante de la onda. Una vez quebrantado el claustro, desga-

rrado el hierro, la osamenta de los héroes volará dispersa hacia lo desconocido para no juntarse jamás. Ese noble tributo al mar tiene su discreta melancolía. Monstruo sagrado en cuyo seno de sales encontró la Gran Bretaña el tesoro de su poderío, él sabe exigir sangrientos sacrificios, dolorosas inmolaciones. Como Baal-Moloch, el dios cruel y salvaje de los fenicios, el mar nunca está satisfecho. Nos embriaga con su música milenaria, su himno monótono, ese estribillo cósmico que viene cantando desde que se creó el planeta. Nos renueva con su abrazo si nos ve taciturnos y tristes. Y cuando sonreímos, hincha ruidosamente sus flancos, revienta en cóleras de espuma, nos tiende mil tentáculos furtivos para arrastrarnos á su morada de silencio, al frío laboratorio donde vaciará nuestros ojos y donde transformará nuestra risa en una máscara de hielo, en la mueca horrible custodiada por dos filas blancas de dientes descarnados.

*
* *

La catedral de Reims no ha querido morir sin grandeza. Como la divinidad, que dictó la ley de los hombres desde la montaña llena de truenos y de relámpagos, se ha extinguido entre el estruendo formidable de los obuses, estruendo que habrá de perpetuar en el futuro la vibración inmortal de una palpitante protesta que surge de la belleza ultrajada. Dice un corresponsal que « las granadas, al explotar en el interior de la iglesia, resonaban como truenos ». Al morir, la basílica que desafió á los siglos, que miró impasible el desfile de muchas invasiones bárbaras, ha querido convertirse en el órgano terrible de donde brotan las maldiciones, en la caja de so-

nidos magníficos y enervantes, en el aliento que fulmina con su contacto y envenena con su caricia. De toda ella ha salido un perfume mortal, como de los pomos de Lucrecia Borgia. Flor delicada del arte gótico, cuna rutilante de emperadores francos, nido regio de los Capetos y de los Borbones, la catedral de Reims ha sido, en la hora suprema de su aniquilamiento, la planta fatal cuya sombra destruye y emponzoña. Sus cristales multicolores, por donde se filtraba vagamente la luz del día; su altar pristino, rodeado por estatuas de héroes y figuras místicas; sus encajes de piedra, finos y elegantes, que se quiebran en la ojiva como plegarias y que ningún arquitecto moderno puede igualar en delicadeza, en solidez y en suavidad; sus botareles, macizos y eternos, firmes é inflexibles como la raza que levantó esos muros para que se estrellasen contra ellos los aterradores instrumentos de la cultura militar contemporánea; sus hornacinas guardadoras de santos; sus pedrerías litúrgicas; sus naves, amplias y profundas como bóvedas, que no desdeñaría el mismo Dios para habitarlas y que, según un escritor contemporáneo, hacen retroceder diez siglos al viajero que descorre el velo del santuario y puede escuchar asustado el murmurio indeciso de las antiguas épocas; sus encantos añejos, su sabor de antigüedad, toda esa magnificencia amontonada por las edades ha quedado reducida á un puñado de ruinas humeantes. El fuego irreverente y salvaje de nuestro siglo, ha calcinado las creaciones del recogimiento, ha pulverizado las formas plásticas del espíritu religioso del medioevo. Si el progreso moral es una ilusión, según Georges Sorel, también debe ser otra fantasía el progreso de nuestra comprensión esté-

tica, ya que nos sentimos capaces de destruir algo que jamás podremos volver á hacer. Por desgracia, se viene cumpliendo la ley de toda la filosofía pesimista, dominadora en los dos primeros tercios del siglo XIX. El hombre es física y moralmente regresivo. Nuestro cerebro y nuestra conciencia degeneran á la par de nuestros músculos. No volveremos de nuevo á las cavernas para recomenzar nuestra vida sin objeto y llena de delirios, como la generación de la « *Isla de los pingüinos* », de Anatole France, sino que marchamos vertiginosamente hacia nuestro destino de sombras. El abismo que nos espera, la noche eterna del planeta, matará todo germen de liberación. Somos los gusanos, pegados á la costra del globo y que apenas podemos roer su epidermis. Los truenos de la catedral, anunciando la muerte, parecen las crepitaciones de otro trueno más intenso que se sentirá sobre el mundo, envuelto en gases extraños, profetizando el aplastamiento de todas sus energías desvanecidas, que rodarán heladas hacia el espacio abierto y sin fin...

*
* *

Allá, en París, bloqueado por los hombres del norte, como en tiempos de Eudes y de Gozlin, se ha tratado de poner á cubierto de las granadas horriblemente destructoras todos los tesoros del arte humano. A la Venus de Milo le ha tocado un cofre blindado, una coraza formidable contra el aniquilamiento final. La altiva creación, cuya majestad desdeñosa inspiró á Paul de Saint Víctor sus páginas inolvidables, se ha encerrado en el claustro de acero, temerosa de perder su imperio sobre los hombres. ¡Desde que la diosa

fué desenterrada en la isla solitaria, para iluminar el mundo con el resplandor de su belleza soberana, cayeron de sus altares todos los tipos universales de la perfección. A partir de aquel día, el mármol inmaculado reinó desde su galería del Louvre sobre todas las concepciones de la estatuaria. El arte modificó su sensibilidad, y con la renovación estética, transfarmó todos los órdenes de la cultura. El descubrimiento del hermoso cuerpo mutilado, produjo, como el Laocoonte, una verdadera revolución de los sentidos. Nuestros gustos cambiaron locamente, pero nuestra psicología colectiva quedó tan estacionaria como nuestra moral. Y la Venus, que parecía conocer el secreto de todo el entusiasmo que había despertado, selló eternamente sobre sus labios imperiosos la grave sonrisa de su desprecio. Desde el fondo de su claustro, al través del metal, la diosa sentirá, con las vibraciones del trueno, la locura sanguinaria del hombre. Hasta su retiro de acero, llega hoy el ruido del cañón, como escuchó hace dos mil años, bajo el cielo profundo de Grecia, el rumor marcial de los hoplitas chocando brutalmente en la batalla sus lanzas de hierro forjado. ¿De qué ha servido mi belleza, parece decir, si no he podido suavizar la estúpida bestialidad de los seres humanos? ¿Para qué reinar sobre sociedades tan espiritualmente bárbaras? Y el torso maravilloso se doblega como un junco al contacto de tanta infamia. Sintiéndose envilecido y enlodado por más de veinte siglos de bajezas, quisiera romper su férrea envoltura para morir de una vez en la plasticidad de la línea. La Venus de Milo sabe que, aunque estalle en pedazos, éstos volverán á juntarse en el santuario de nuestra conciencia. Sabe que vivirá eternamente

como forma, como abstracción, porque la llevan dentro de sí todos los hombres nacidos para ejecutar sobre la tierra la suprema idealidad del bien.

***

El famoso bosque de Compiègne ha sido cruelmente mutilado por los obuses. Una gran parte de su vegetación sonriente, fina y flexible, donde la mano del hombre hizo maravillas, ha quedado convertida en un montón de escoria, en una masa negra de ramas y troncos carbonizados. Los árboles, que antes armonizaron en el conjunto como en una bella obra de arte, producen hoy la impresión desoladora del desastre. No importa que toda una literatura haya agotado la mirra y el incienso en honor de la majestad severa del árbol. La selva, talada por las balas, roída por el incendio, no esparcirá ya sus frescos perfumes; su tupida fronda, agitada por el viento, no dejará oir más su rumorear salvaje. Por todas partes no se ven más que tallos escuetos y desnudos, ramas desgajadas, astillas y cenizas. Un reguero de leña muerta señala el curso de la metralla, el pasaje de la tempestad. El viajero se siente asaltar por un olor violento de hojarasca y de madera quemada. Árboles tumbados, gigantes heridos en plena alegría, barren el suelo con su follaje seco. Plantas colosales, nacidas para una vida eterna, parecen dibujos vacíos de substancia, montones de corteza chamuscada. Los obuses alemanes entraron al bosque como ciclopes, llevándose todo por delante, abatiendo reliquias centenarias, pisoteando troncos corpulentos como si aquello fuese un sembrado

de trigo. Hasta los árboles que embellecen nuestras ideas sobre la Naturaleza, han tenido que sufrir las consecuecias desgarradoras de la ferocidad humana. De nada ha servido que los alemanes del tiempo de Federico hayan adorado los bosques agrestes, la soledad poética de la selva. De nada ha servido que Rousseau haya vinculado su pacto social al gran árbol que dió abrigo bajo sus ramas maternales á la especie desorientada. De nada ha servido que el siglo XVIII crease una doctrina de respeto, de amor casi sagrado, hacia ese compañero inmóvil. El siglo XIX envileció con sensiblerias estúpidas, ensució con indignas mascaradas aquellos viejos ideales inviolados. Nuestra época, un poco más dura, algo más franca, se desnuda sin pudor de su vestidura hipócrita. Tala sin piedad, arrasa la obra de cien generaciones laboriosas, destruye lo que ella no puede crear, mata en un minuto de locura el trabajo irresistible de los siglos y estrangula con sus ejércitos el germen de su propio porvenir.

CAPÍTULO XV

LA LECCIÓN DE ALEMANIA — HÚSARES DE LA MUERTE — UN SAMURAI ALEMÁN — LA MORAL DE LA DESTRUCCIÓN — LOS DOS AMIGOS — CUANDO NO EXISTEN PRETEXTOS, SE INVENTAN — LOS OBREROS DEL ODIO.

« Igual que hace cien años, en que Europa se coaligó contra un gran hombre, Napoleón, hoy se coaliga contra un gran pueblo, el pueblo alemán ». Así se expresa, injustamente, Ramiro de Maeztu, olvidando al diabólico y tenaz forjador de la grandeza germana. En realidad, lo mismo que hace cien años, la Europa trata de derribar á un solo hombre, Guillermo de Hohenzollern. El fino instinto europeo no se equivoca respecto de la adoración casi fanática que profesa á su soberano un pueblo que ha llegado al supremo esfuerzo de la fecundidad en el trabajo. Es que Guillermo no descansó un momento desde los primeros instantes de su reinado. Llenó todos los ámbitos de su imperio con el ruido de su extraña y terrible personalidad. El círculo que trazaba su espada fué ensanchándose horriblemente hasta franquear las fronteras é iluminar el mundo con los relámpagos del acero. Entonces Europa se sobrecogió ante el temor de ser esclavizada. Pensó que, efectivamente, Guillermo era un ser extraordinario, y recordó aquellas páginas admirables de las « *Memorias* » de Hohenlohe, que lo pintaban chocando soberbiamente contra Bismarck, le

ídolo de la muchedumbre, y donde el joven emperador, apenas surgido á la vida, quebró para siempre, con las manos que iban á gobernar la voluntad de sesenta millones de súbditos, el hierro indomable con que había sido hecho el gran canciller. Mientras las demás naciones de Europa debilitaban su vigor militar con quimeras de fraternidad ó vanidades de pacifismo internacional, mientras las demás naciones de Europa, en medio de la molicie bizantina, se entregaban á las locuras de un intelectualismo puro, Guillermo se preparó rudamente para la matanza, restringió la libertad individual, suprimió las garantías de su imperio é hizo del ejército una máquina monstruosa que abatiría, sobre las naciones del pecado, con el fuego del incendio, el espantoso azote de la muerte. El hecho de que Alemania pueda desafiar á Europa en un siglo como el nuestro donde la técnica militar ha realizado universalmente progresos maravillosos, dice mucho sobre lo que puede el trabajo humano orientado por la fe ciega en un emperador que durante veintiséis años estimuló las virtudes ofensivas de su pueblo. De cualquier manera, vencida ó triunfante, Alemania nos da una lección. Pueblo grande, pueblo de obreros y de sabios, que, sin embargo, no sabe hacerse amar, que no llegará jamás á nuestro corazón, porque sus ideales excluyen á los nuestros, porque su destino nos inquieta, porque su finalidad es la opresión militar del mundo!

*
* *

En la gran batalla del norte de Francia donde se arrolló el ala derecha germana al mando del general Von Kluck, la más grande batalla

de la historia, según el crítico militar de *Pall Mall Gazzette*, y ante la cual las acciones de Jena y de Sedán no son más que simples escaramuzas, varios escuadrones de «húsares de la muerte», quedaron completamente aniquilados ¡Los húsares de la muerte! ¿Quién no ha oído hablar con asombro, más de una vez, de esos soldados magníficos y terribles? Después de la guardia imperial en cuyos cascos plateados luce el águila soberbia de los Hohenzollern, los húsares de la muerte ocupan el primer puesto en el corazón del emperador. El pueblo alemán rodea con profundo respeto el gesto imponente de estos soldados de uniformes sombríos, coronados en el morrión por una calavera gris en medio de dos tibias cruzadas. Los húsares de la muerte parecen mandados por la misma Parca, y uno cree ver guadañas simbólicas y siluetas macabras allí donde no hay más que sables y hombres. La belleza del nombre con que han sido designados, pone una nota de misterioso idealismo en medio de la sórdida materialidad del desastre. Al forjar su unidad de combate, los teutones han creado también una obra de arte. Podrán morir los húsares de la muerte como regimientos de destrucción, pero la secreta voluptuosidad que provoca el recuerdo de su extraña presencia, será inmortal. Barbey d'Auvilly, que, en su rara y chocante credulidad, atribuía al diablo en las decisiones humanas una influencia tan capital como la de Dios, hubiera afirmado que los húsares de la muerte representan sobre la tierra la postrera encarnación del demonio, y que, como Fausto, han celebrado un pacto feroz con el espíritu del mal. La sabiduría alemana ha plasmado en sus húsares de la muerte, con una amarga filosofía

de la guerra, el símbolo más exacto y viviente de militarismo contemporáneo. Nadie sospecha lo que será el mundo después del derrumbe que lo amenaza. El porvenir está lleno de sombras. No sabemos si resurgirá de nuevo la violencia ó si se abatirá para siempre el orgullo de los dominadores. Pero sea como fuere, la guerra perderá aún más su crédito universal. Gran parte del planeta permanece todavía inviolado. A los húsares de la muerte, lúgubres y taciturnos, sucederán las legiones del trabajo, los frescos y rosados escuadrones de la vida nueva. Y al rumor apagado y fúnebre de los rebaños humanos ametrallados, sucederá la voz vigorosa de los luchadores, el canto desbordante de los hombres de Walt Whitman, trazando ferrocarriles en el desierto ó abriéndose camino á hachazos en medio de la selva...

***

El general alemán Friess, según se dice, ha trasportado al mundo occidental uno de los rituales más espantosos de los samurais. La ceremonia sangrienta del «kara kiri», realizada en plena Europa por el representante de una de sus razas más militares, podría dar motivo al investigador sociólogo para que se echase á averiguar qué puntos de contacto, qué extrañas similitudes, existen entre la civilización tudesca y la del imperio del sol naciente. Es claro que Friess realizó su acción torpemente, sin hacer intervenir para nada la liturgia suntuosa de los nipones. Judith Gautier no podría inspirarse allí para construir sus deliciosos capítulos de japonerías, tan delicados y pintorescos como casas de té. Con mano pesada y brusca, el general Friess se

abrió el vientre á puñaladas al conocer el desastre de Vitry-le-François. No rodeó su cruel tarea de belleza alguna. Comandante de la brigada de artillería número 25, el general Friess se hallaba enfermo en el lecho cuando supo que la infantería que debía protejer sus movimientos, había sido envuelta por la caballería francesa. Obligado á rendirse, el jefe alemán practicó estoicamente el «kara kiri», revolviendo la hoja de acero en sus intestinos. Los soldados franceses lo encontraron sumergido en su propia sangre. Como Marco Aurelio, se envolvió la cabaza en el manto militar y esperó resueltamente la visita de la eternidad. Pero los japoneses no pierden en la rara ceremonia el culto de su arte extraño é impasible. Las entrañas frescas saltan afuera entre olas de sangre, y los hombres, fuertes como sillares de piedra, se derrumban con la grandeza de los ídolos. Nada más conmovedor que el viejo general Nodji, arrodillado con su esposa sobre la alfombra escarlata donde los dragones se persiguen con sus bocas de fuego, mientras el fiel servidor le presenta, en una bandeja de plata, la hoja reluciente, con empuñadura de marfil, que ha de servir para el supremo sacrificio. Sobre el vientre desnudo, el vencedor de Port Arthur termina el dibujo elegante de una flor de loto, y luego pasa á su compañera el acero ensangrentado como si fuese una copa de champaña donde solamente hubiese posado sus labios. Los dos esposos brindaron á Mutsuhito sus últimos años, apuraron la vida de un solo trago en honor de su emperador. Sin embargo, de Friess á Nodji media un abismo. No le ha faltado al primero el valor tempestuoso que desprecia la muerte, que parece empujarla hacia adelante como al velamen de una nave.

Pero ese raro encanto que amaba De Quincey en el crimen, ese vago misticismo que puede hacer de una tragedia la más bella obra de arte, no lo encontramos sino en Nodji, el último y verdadero samurai. Hasta para morir, es necesario conservar la forma impecable de los maestros. Pero no es preciso ser artista para «morir bien» y ganar la inmortalidad, como Desaix, en un cuarto de hora. Sorprendido por la insurrección de Galba, cuando todo pensamiento de fuga era ilusorio, el monstruo Nerón, que se consideraba á sí mismo el más grande esteta de su siglo, no tuvo fuerzas para hundirse el puñal en la garganta, y necesitó de un esclavo que le ayudase en su tarea final.

***

Las revistas ilustradas de Europa publican el retrato del mariscal Von der Goltz, popularizando en diversas posturas su hiriente silueta de perro dogo. El mariscal Von der Goltz! He aquí una de las figuras más rudas é interesantes del actual imperialismo militar de Alemania. Von der Goltz tiene acaso el raro mérito, la inquietante y monstruosa virtud de haber sido el frío forjador intelectual de una moral de destrucción y ferocidad que constituye, á la vez, la base horriblemente ofensiva de todo su sistema táctico. En la patria tradicional de la metafísica y del análisis especulativo, se ha construido con la misma prodigiosa amplitud la arquitectura abstracta de la paz y de la guerra. Dentro de la misma lógica inquebrantable, se puede ser, con Kant, intensamente bueno, ó con Von der Goltz atrozmente malvado. Volved al revés de toda la filosofía de Koenigsberg y obtendréis la concep-

ción militar que domina soberana en Postdam. Se equivocan, pues, los que creen al germano instintivamente bárbaro, Como hay allí una doctrina de la justicia, existe también una doctrina de la crueldad. La destrucción de las ciudades y la matanza de las mujeres y los niños, no se ha hecho obedeciendo á apetitos salvajes, sino á principios inmutables. « De cualquier manera, se dice, debemos inspirar horror á nuestros enemigos ». Y Von der Goltz ha conseguido más de lo que deseaba, pues el horror que pretendió inspirar á sus enemigos, se ha extendido á la humanidad entera.

***

Un famoso disector de almas, Iván Turgueneff, decía que los amigos que se hacen enemigos se parecen á los renegados, los cuales son los más ardientes perseguidores de sus hermanos de creencia. Para toda la filosofía utilitaria, « los sentimientos amistosos forman parte de un comercio en que nuestro amor propio se propone ganar siempre alguna cosa ». Siendo la amistad un juego de intereses, cuando el contrato es violado, los daños y perjuicios se pagan en forma de odio. Sólo la gente frívola, no concibe la enemistad furiosa de dos seres que antes estaban unidos por estrecho lazo. Hay odio intenso, cuando ha existido antes la armonía más profunda. Solamente los grandes amigos son los que saben traicionarse. Entre dos hombres que no se han conocido jamás, podrá nacer la antipatía; pero nunca esa repulsión feroz que quema como una llaga. Pompeyo y César eran como hermanos antes de Farsalia. De la misma manera, Guillermo y el rey de los belgas se con-

sideraban amigos, mientras sus intereses coincidían en un mismo egoismo. Pero una tarde, el emperador rompió el equilibrio de esos afectos útiles. « Si te opones al paso de mis tropas, dijo, te consideraré como mi enemigo personal y devastaré todo tu país ». Y Alberto contestó de inmediato: « Lamento que no sea permitido al rey tomar un fusil. Mi primer disparo sería para ti ». No basta más que un grano de arena para que se quiebren las relaciones más sólidas. La amistad es un malabarismo peligroso donde interviene el oro y la dinamita. Si sus consecuencias no fueran tan deplorables, ella sería la ilusión más noble de nuestra alma. Los amigos se dan la mano al través de un abismo poblado de víboras ponzoñosas. « No basta amar á los hombres, escribió Cherbuliez; es preciso amarlos como ellos quieren que se les ame ». Una literatura enfermiza nos ha cantado en todos los tonos imaginables la amistad romántica de los grandes hombres. El lirismo de los rimadores sabe dorar las maquinaciones más sospechosas. Pero lo que nadie dice, es que las « amistades románticas » terminan siempre en un escándalo social. Sus diferencias se ventilan ante los tribunales. El mundo está cansado de sentir pregonar hipócritamente el culto de la fraternidad. Ese sentimiento incoloro, máscara con que se cubre malamente la depravación de nuestro instinto, no impide que Guillermo prometa la destrucción de un país laborioso, y que Alberto tome como un alto honor poder dirigir su fusil á la cabeza coronada de su regio amigo. Para no sufrir el contagio de la epidemia, para no participar de la aberración general, sería necesario borrarse del orbe, aplastarse contra la costra sideral que ha rezumado tantas pestilencias. Como el silen-

cioso emperador de la decadencia romana, que heredó de Epicteto la profunda sabiduría de los estoicos, debemos vivir tan indiferentes para el mundo y para sus cosas cual si viviéramos en una montaña desierta. Pero esta indiferencia no debe anular nuestras facultades de observación. Ella solamente defenderá nuestro corazón de las perversiones colectivas. Cuando más progresa el espíritu del hombre, más se interesa por las cosas pequeñas. Estamos gobernados por células, por amibios, por fagocitos; somos víctimas de organismos infinitamente diminutos. Ese desprecio por lo insignificante es muy relativo. «Aquila non capit muscas», decían los antiguos latinos. Es verdad. El águila no caza moscas. Pero sabe espulgarse las liendres cuando le incomodan.

***

No obstante sus setenta y tres años, Georges Clemenceau empuña todavía, en medio del incendio europeo, la temible herramienta de su virulencia demoledora. El viejo revolucionario del 71, cuyo coraje atrozmente vendeano había despertado sobre la misma barricada la loca admiración de Luisa Michel, no ha sentido aún extinguirse el fuego que iluminó tantas conciencias francesas y tantos ideales humanos. Todas las mañanas aparecen en el «*Homme Libre*» esos artículos de su pluma que fulminan con rayos y chisporrotean como relámpagos. A propósito de la afirmación del canciller alemán de que «es necesario sacar provecho siempre que se pueda», ó lo que es lo mismo, traducido á buen castellano, que «es preciso inventar pretextos cuando no existen», Clemenceau se indigna de que

dicha frase no haya provocado una protesta ni aun mismo en el seno de la democracia social. El infatigable luchador, que ha predicado durante toda su vida el advenimiento de la democracia práctica como único medio de suprimir el fantasma de la guerra, patrimonio exclusivo de las monarquías absolutas, no puede consolarse de que se haya dejado pasar en silencio una enormidad semejante. «Este hombre — dice, refiriéndose á Bethmann Holweg, — se había colocado en mi camino. Hubiera podido estorbarme en lo que yo hubiese querido hacer, pero en aquel tiempo el canciller tenía los bolsillos llenos. Es necesario sacar provecho siempre que se pueda! El socialismo alemán ha escuchado estas palabras y no se ha movido siquiera. Más aún: ha aplaudido á este profesor de un derecho nuevo en virtud del cual el imperio alemán se reserva el privilegio de estrangular á aquellos que incomoden su prosperidad. El derecho, tal como Alemania lo entiende, debe ser respetado por los otros, pero á condición de que ella lo podrá violar cuando le convenga, en virtud de la ley suprema de los bandidos. Cuando los pretextos no existen, se inventan. ¡He aquí lo que aristócratas y socialistas, en un común abrazo, han aclamado! Es necesario hacer esta constatación á fin de señalar el nivel de una moralidad nacional que, en los tiempos modernos, no ha podido descender más bajo. Cuando es capaz una nación de llegar hasta ese punto, creyendo en su demencia que la inferioridad moral puede servir de escalón ascendente, es porque se ha vivido como cuerpo extraño en medio de la civilización europea. No hay país, ni continente, ni planeta donde la villanía pueda ser un instrumento de grandeza». Por su parte,

« *L'Humanité* », la hoja socialista á la que Jaurés infundió toda la vida desbordante de su espíritu batallador, no se muestra tan implacable con los camaradas de allende el Rhin. « *Tout comprendre, c'est tout pardonner* », parece exclamar. Ha comprendido todo, y por eso se inclina á perdonarlo todo. No olvida, sin embargo, que los franceses han sido siempre los grandes quijotes de la humanidad, y que están dispuestos á quebrar lanzas en defensa de los derechos de la clase obrera alemana absorbidos por el cesarismo militarista. Contra las crueldades de las tropas imperiales, « *L'Humanité* » proclama en su número del 12 de Agosto que la Francia, si sale victoriosa, sabrá respetar los hogares alemanes. « Francia vencerá, añade, porque ella sabe que es bajo la presión de los pangermanistas, que el kaiser ha anunciado en una proclama tan mística en el fondo como osada en la forma, que él se encontraba en estado de guerra con nuestro país. Francia vencerá, porque no hay nadie entre nosotros que no sepa que marcha á la frontera, no para una guerra de conquista, sino para una guerra de liberación y de defensa nacional. No es contra el pueblo alemán que nosotros hemos dirigido nuestras fuerzas, sino contra la casta de los feudales prusianos, cuya autoridad, insolencia y brutalidad, desde hace cuarenta y cuatro años, no ha cesado de constituir una fuente de peligros para Europa, así como la causa de penosos sufrimientos morales y materiales para la clase obrera del otro lado Rhin ». De la lectura de estas líneas fluye un ejemplo sin precedentes en la historia de las conflagraciones humanas. Han quedado en Alemania las fábricas vacías de hombres, los talleres desiertos, el arado solitario, clavado en el

surco áspero y lleno de rastrojos. Mientras las mujeres esperan silenciosas, los hombres luchan bizarramente por su esclavitud y mueren como héroes en holocausto á la tiranía soberana de los Hohenzollern. Por eso, el mejor servicio que puede hacerse Alemania á sí misma, es dejarse vencer.

***

No es necesario emplear la máquina fantástica de Wells que viaja al través del tiempo, ni es preciso utilizar el sutil escalpelo de los humanistas para alcanzar aquellas felices edades en que galos y germanos se daban la mano fraternalmente al través del Rhin. Hombres de un mismo origen, miembros de una misma gran familia, como lo ha demostrado Jean Finot, se unieron contra las legiones de César y luego vivieron muchos siglos sin desavenencias, sin contrariedades y sin disputas. Se canjeaban sus maestros, sus predicadores, sus sabios y sus generales. A Roma vino á sustituirla Inglaterra en su puesto de enemiga tradicional de franceses y alemanes. Fuera de las guerras religiosas, cuyas heridas cicatrizaron muy pronto, la semilla fatal del odio que habría de poner un abismo en el destino de los dos pueblos, no empezó á sembrarse sino á principios del siglo XIX. Un estudiante francés, revisando hace veinte años los archivos de Heidelberg, la famosa universidad alemana, encontró en los registros de la época el nombre querido de Malherbe. ¿Qué diría hoy el viejo trovador, si presenciase el espantoso y sangriento choque de dos pueblos nacidos de una misma cuna? La alianza legendaria, rota hace tiempo, ha durado lo que duraron las

rosas cantadas por el mismo poeta. Hay dos grandes culpables en este desastre histórico: Napoleón I y Bismarck. Han sido los dos grandes obreros del odio franco-alemán. El primero de ellos, con su campaña injusta de 1806, que vió coronada en la victoria de Jena, despertó la fuente inagotable de esa funesta rivalidad alemana que iba á mantenerse sesenta y cuatro años, hasta quedar saciada después de la conflagración de 1870. El segundo, Bismarck, prosiguió tenazmente la salvaje política de odio que había iniciado sin éxito el conquistador corso. Olvidando su sabia conducta para con Austria, á la cual respetó la integridad de su territorio después de la derrota de Sadowa, Bismarck amputó á la nación francesa dos de sus provincias más ricas, abriendo por sus propias manos la herida atroz y vergonzante que avivó perpetuamente en el pueblo vencido la llama dominadora de la venganza. Un solo gesto del vencedor hubiera evitado las iniquidades que hoy presenciamos. El respeto de Alsacia-Lorena hubiese devuelto á la Galia y á la Germania los antiguos lazos de su fraternidad. Pero los trabajadores del mal, los incansables obreros del odio, han torcido el destino solidario de los dos pueblos, que hoy palpan torturados, entre lagunas de sangre, las enseñanzas de su abominable rivalidad.

CAPÍTULO XVI

EL CREPÚSCULO DE LOS PERROS — EL GATO DE LA EMPERATRIZ — FANTASMA DE FUEGO — D'ANNUNZIO TOMA APUNTES — LA OBRA DE LAS LÁGRIMAS — EL POSTRER MENSAJE.

Los perros, ellos también, han experimentado la melancolía crepuscular de sentirse amigos del hombre. Primeramente le dimos todos los tiernos secretos de nuestro hogar, todas las intimidades reconfortantes de nuestra vida. Ahora les hacemos participar de nuestras infamias, les ofrecemos el espectáculo desolador de la destrucción humana. Ya el perro ha aprendido á prestar sus servicios en la guerra. El dibujante de una revista británica ha trazado varias escenas de la batalla de Charleroi. Su lápiz, chorreante de tristeza, ha pasado como una caricia sobre los perros lanudos, de aire grave y reflexivo, tendidos detrás de las líneas de fuego. En medio del amplio paisaje ensangrentado, la presencia tranquila de los perros produce una viva emoción. Uno de ellos, algo lejano, con el distintivo de la cruz roja, está echado cerca de un herido; sus orejas gachas, su hocico hundido entre las patas delanteras, le dan un aspecto de llanto que quiere ser sofocado, de congoja, de amargura infinita. Los otros, en parejas, con los armones de las ametralladoras todavía encima, contemplan resignados la matanza del hom-

bre por el hombre. Habéis mirado fijamente los ojos de vuestro perro, y muchas veces, inquieto, con un extraño desasosiego, habéis apartado bruscamente vuestra vista, sorprendido de encontrar tanta sinceridad en el fondo diáfano que no empaña ninguna sombra, ninguna sospecha. Entonces comprenderéis, con Abel Bonnard, que el perro es lo único que nos pertenece por completo, la única cosa que es intensamennte nuestra. Todos los grandes espíritus de la historia han amado á ese fiel compañero de cuatro patas. «Cuanto más conozco al hombre, más amo al perro», decía cierta vez Lamartine, hallándose fentre al romántico galgo que, más tarde, el cincel del artista inmortalizó en el mármol á los pies del dulce poeta de las «*Meditaciones*». Por su parte, Bismarck confesó que «lo mejor que tiene el hombre es el perro». Aquel fuerte espíritu acostumbraba á consultarse con su gran amigo, un orgulloso danés de sólida cabeza, tan hosco y altivo como su amo. Las fotografías del canciller de hierro han popularizado la figura, un tanto digna y huraña, de este mastín que conoció perfectamente su oficio y que vió desfilar ante sus ojos todas las grandezas de una nación. El perro Pegaso, de Turgueneff, era un genio entre los de su especie. Sin embargo, jamás se utilizó al perro como un instrumento aprovechable en las carnicerías humanas. De ahí que los canes, deban haber modificado su opinión sobre la naturaleza del hombre. No hay seres sobre la tierra que se organicen en manadas para destruirse entre sí por el fiero placer de la destrucción. «Por todas partes, exclamaba Leonardo de Vinci, se ven animales que se acometen sin cesar, y haciéndose tanto daño que, con frecuencia, perecen igualmente los adversarios

de uno y otro bando. Esos animales, muy robustos, siembran la muerte, el dolor y la devastación con espantosa rabia. Nada se libra de sus golpes. ¡Oh, universo! ¡Cómo no abres tus abismos para tragarte á esos monstruos que insultan la belleza del cielo, esos monstruos tan crueles, tan horribles, que se llaman hombres»! ¿Qué cariño pueden sentir los perros por bestias tan miserables y sanguinarias? Hoy deben maldecir esa intimidad con la fiera humana, deben sentirse avergonzados al considerar que fueron amigos de tanta villanía¡...

***

Con el esposo y seis hijos en la guerra, la emperatriz Augusta se ha quedado sola. No la acompaña más que su gato, una bestia de pelaje gris color de tormenta, apropiado admirablemente á la hora histórica que se cierne sobre el imperio. El gato gris es allí un soberano. Sus ojos, amarillos como topacios, parecen dos piedras finas incrustadas en una nube. Inquieta sobre la suerte de los suyos, la emperataiz se sumerge en ese sortilegio viviente, quiere leer el destino de su raza en esa forma plomiza é indescifrable. La mujer ama al gato porque ha encontrado en él retratado algo de si misma, su propia inquietud. Animal extraño, tiene la frialdad de un signo que no hemos comprendido. Para Baudelaire, que lo canta en sus tristezas; para Edgard Poe, que lo amuralla vivo, junto con un cadaver, el gato tiene la serenidad agresiva del ser superior. Ilumina con sus ojos fijos, denuncia con su silencio lleno de secretos punzantes. Los monjes del medioevo consideraban que la mujer y el gato eran hermanos, porque los dos albergan en sus entrañas un so-

plo del demonio. Mimoso y socarrón, el gato es nuestro amigo menos sincero. Oculta en todo momento sus intenciones; su zarpazo parece una caricia. Siempre enigmático, no se sabe cuando odia ni cuando ama. Sus uñas pérfidas no se ven; están enfundadas en las patas de seda como navajas que se guardasen dentro de un estuche de terciopelo. « El gato no podrá ser nunca nuestro compañero, dice Abel Bonnard. Se sentará á nuestra mesa como un invitado ó como una obra de arte ». Ese felino, que se esponja voluptuosamente al contacto cariñoso de nuestra mano, es un enemigo que hemos introducido en nuestra casa, pero que nos distrae con el misterio de su belleza. Su misma frialdad, su mismo desamor, nos encantan. La emperatriz debe inclinarse hacia el gato gris como á una fuente de seducción, de la cual saltan arañazos y mordiscos que han de saborearse como un placer sádico. La bestia sólo dormirá tranquila cuando nos haya burlado. Su compañía nos atrae, pero también nos inquieta y nos aterra cuando hemos sido víctimas de su rara fascinación. Arrastra consigo el vértigo contagioso de algo desconocido que puede sernos funesto. Nunca hemos bajado al abismo, y sin embargo, le tenemos miedo; su grandeza ignorada llega hasta inspirarnos pecadores lirismos. Pero el gato es el dios de la brujería. Es esos antros húmedos, envuelto en el humo denso de incensarios y pebeteros, su silueta satánica preside el mágico manipuleo de las sibilas. Sus ojos fríos pasarán sobre las cábalas y los bezoares, darán virtud á la infusión de mandrágoras, á los ungüentos hechos con grasa de cadáveres, á los menjurjes preparados con sangre de recién nacidos... En esta fábrica de misterios, donde el gato reina como un pontífice, su autoridad espiritual es in-

falible. Pero es necesario ser un maestro para interpretar todos los gestos de la fatalidad que se mueve con el cuerpo del gato. En vano la emperatriz, mientras sus hijos combaten y la tierra se desangra, tratará de escrutar los ojos de oro de su esfinge. Una cortina maciza se interpondrá implacablemente entre ella y la bestia, no dejando al descubierto más que vapores grisáceos y sombras fugaces.

***

En el crepúsculo, á tres mil metros de altura, los hombres de la ciudad sitiada perciben con angustia la silueta del Zeppelin, delgada y elegante como la de un torpedo del aire que manchase el violeta de la tarde con una débil línea de carbón. La llegada del monstruo armoniza en un maravilloso juego de colores. Sublime y discreta, la atmósfera de Amberes destaca varias de sus franjas rosadas que envuelven sus fuertes como una protección de belleza. Vapores de un azul muy claro, suben de las aguas del Escalda, y un polvillo verdoso, que parece hecho con hojas de limoneros, cae dulcemente sobre las torres grises de la catedral. Se ve el sol cantado por Rostand, el sol « que hace las grande líneas y los pequeños detalles ». A lo lejos, perdido casi en la noche uniforme, un molino flamenco vuelca sus aspas infinitas y canta su canción en la soledad. Entre tanto, el fuego empieza á llover desde el cielo. Es horrible pensar que el Zeppelin pueda enrojecer con el incendio un fresco paisaje de Ruysdael. Un aliento negro empieza á cubrir la visión del monstruo, que sigue indiferente su camino. Cada bomba que cae, abre en el suelo pozos formidables; cada llamarada que desciende, reduce

á cenizas palacios magníficos; cada explosivo que gira implacablemente, arrasa racimos de vidas humanas. Es inútil que los reflectores surquen el espacio y que las piezas de las fortificaciones rompan su fuego incesante. La luz se estrellará en el vacío, lo mismo que el plomo. « En mi opinión, escribe Harry E. Tudor en el « *World* » de Nueva York, es el Zeppelin el que inicia una nueva y terrible era de guerra nocturna, llevando la destrucción y el poder ofensivo hasta extremos no soñados. Probablemente, ni la imaginación de Wells, ni la de Luis Tracy, han sospechado los terrores con que amenazará la nueva arma. La utilidad de los zeppelines durante el día, es relativa; pero en la obscuridad de la noche podrán, realizando las hipótesis fantásticas de Julio Verne, deslizarse silenciosa é invisiblemente sobre una escuadra enemiga ó un campamento dormido ». Pocas cosas tan horribles como ser despertado en medio de la noche por el estruendo de las explosiones, como ser sorprendido por un enemigo invisible que vomita fuego desde tres mil metros de altura. Debe entonces surgir una sofocante desesperación en las filas atacadas, la rabiosa impotencia del hombre que no tiene contra quién descargar su ira. Pero el fantasma de fuego se sentirá intangible y sereno. El odio enemigo no podrá alcanzarlo. Burlón y trágico, el Zeppelín desparramará la muerte por todas partes, recorrerá hacia todos los lados las filas humanas, y luego, cansado de tanta matanza, se marchará entre dos nubes con el ruído del trueno que se aleja...

***

Gabriel D'Annunzio fué preso como espía

mientras tomaba apuntes literarios cerca de las fortificaciones de París. Cuando se conoció el error en la comisaría más cercana, dicen los despachos que el autor de « *Il Fuoco* » rió jocundamente. El supremo artífice quería esbozar un reclamo con la misma prodigiosa maestría con que modela, en los idiomas bárbaros, bellezas desconocidas y fascinadoras. Quería que el mundo supiese que la gigantesca matanza europea tendría su cantor épico. La estratagema le dió los resultados apetecidos, y entonces D'Annunzio estalló efusivamente. Como un hombre del Renacimiento, tuvo la risa amplia y sonora del buen humor. El artista ha amado tanto sus adjetivos soberanos, como el ritmo armonioso del esfuerzo. Nadie hubiera supuesto que el cantor de tantas deliciosas perversidades, se dejase arrastrar por la loca temeridad de los conquistadores del aire para esculpir uno de los monumentos más sólidos de la literatura contemporánea. Pero, cuando es necesario buscar en la guerra nuevos motivos de arte y de creación, uno piensa alarmado si las fuentes naturales de la belleza se hallan definitivamente agotadas. La guerra es el espasmo sádico de un minuto. Ningún artista no puede encontrar en ella más que la salvaje sensualidad del dolor. Después de esa cópula infame con la muerte, como después del goce evangélico, no queda más que sabor de cenizas. Existen alrededor nuestro los placeres normales de la raza, el hogar, el trabajo, la juventud floreciente y soñadora. No es necesario cantar á la sangre, ni á la brutalidad de los hombres, cuando muy cerca de nosotros están los heroismos anónimos y silenciosos de la especie. Todo lo que se aparte de esa línea severa é inmutable, penetra ya en el campo de

la abyección y de la neurosis. Nerón, en una crisis nerviosa de furor artístico, según las tradiciones, ordenó el incendio de Roma. Su refinamiento depravado quedó satisfecho cuando pudo componer algunos malos versos. En cambio, D'Annunzio ha elaborado de su arte una concepción esencialmente personal. Espíritu florentino, como Lorenzo el Magnífico, puede mirar sin conmoverse á la sombra y á la luz, y arrancarles sucesivamente, á la una y á la otra, el oro y el misterio de los altares.

*
* *

« Ayer estuvimos ocupados todo el día en la tarea de sepultar centenares de cadáveres, escribe desde Saint Mihiel un soldado alemán. Ya me he habituado á esta fúnebre ceremonia. Uno se acostumbra á todo. El otro día, al arrastrar el cuerpo de un joven teniente francés, una fotografía cayó sobre el terreno ensangrentado. Era el retrato de una niña de diez años. Se podían leer sobre la fotografía estas palabras: « *A mon frère qui reviendra bientôt de la guerre. Ta petite sœur* ». El cabo que nos mandaba se descubrió, exclamando:

—¡Ah! Yo tengo una hija, una niña que también me espera... Roguemos por el camarada francés...

Y todos nosotros, instintivamente, nos descubrimos y recitamos la oración de los muertos ». Esta sentida anécdota, publicada en un periódico de Basilea, ha circulado por toda Europa. Muchos lectores, después de leerla, habrán tirado el diario con fastidio. El tiempo no sobra como para gastarlo en emociones inútiles. Un pequeño dolor que nace en silencio, se pierde

también silenciosamente en el inmenso sufrimiento de la especie. Ante la espantosa conflagración, los pesares se nivelan, las angustias de los individuos desaparecen como la gota de agua que cae sobre las cenizas abrasadas. Pero un padecimiento que se evapora no se destruye. Nada muere ni aun en el seno de la congoja humana. Si lanzamos una queja en medio del desierto, sus ecos errantes serán recogidos por la eternidad. El dolor es el fuego lento que lame nuestro espíritu y que le arrebata sus impurezas. Prevost Paradol, en su inquietud llena de contradicciones y de relámpagos, decía que «las lágrimas del hombre corren á veces como su sangre, sin cálculo alguno, y sin otra razón que una herida». ¿Qué importa que se rompan de pronto las esclusas de la barbarie humana? Llorar sin cálculo equivale á no comprenderse, á no sentir las punzadas del infinito. Pero, entre tanto, las lágrimas corren con violencia, se atropellan en desorden y forman el gran rio sagrado que habrá de dignificarnos. En un capítulo atormentado de *La Débâcle*, Zola deja entrever la sospecha de que acaso el mundo necesite de sangre y de lágrimas para seguir adelante. «Somos demasiados hombres, escribe un escritor futurista. La guerra es una operación malthusiana. La guerra hace el vacío para que se respire mejor. No hablemos de las lágrimas de las madres. ¿Para qué pueden servir la madres, después de cierta edad, sino para llorar?» La ferocidad de nuestros semejantes no conoce límites. Mientras se lucha, los sollozos pueden ser un estorbo. Pero después de la batalla, un poco de llanto puede caer sobre la conciencia como fresco rocío fecundante. Somos tan ab-

surdos, que nos quejamos cuando hay todavía quienes derraman lágrimas gratuitamente. En muchos pueblos de Asia, se conserva aún la costumbre de contratar plañideras, lloronas de oficio, cuando la familia quiere lamentar un gran duelo. Las lágrimas también se venden, como el amor. Nadie sospecha que llegará un momento en que las fuentes de la sentimentalidad se habrán secado completamente. Cuando las últimas reservas se agoten; cuando el cauce del río, falto de humedad, se cubra de grietas, torbellinos de seres sin movimiento ni finalidad, pegados á la corteza áspera del planeta, arrastrándose como condenados, tratarán en vano de rociar la naturaleza, de detener la vida fugitiva, provocando la secreción de dos ojos frios é inmóviles, y abriéndose las venas rígidas, sin sangre, retorcidas como manojos de raíces muertas...

***

Cuando partieron de París para el campo de batalla los últimos contingentes de reservistas, se produjeron escenas curiosas. Una mujer que ha traído consigo á su pequeño hijo, dice «*Le Matin*», no puede abandonar el convoy en marcha. La carga que lleva en los brazos estorba sus movimientos. Cuando ella se decide á abandonar el vagón, arroja la progenitura en brazos de su hombre.

— Guárdalo hasta la próxima parada — exclama la mujer. — Yo iré á reclamárselo al jefe de estación.

La guerra crea situaciones maravillosas. Parece que excitase la imaginación creadora del mundo. Un mensaje de esta naturaleza, que sólo

puede conservarse hasta la primera estación ferroviaria, no se encuentra ni en Xavier de Montepin, cuyas novelas están erizadas de episodios inverosímiles y secretas escenas imprevistas. La mujer quiso enviar el postrer recuerdo, el último adiós, desprendiendo un fragmento de sí misma. Ha dejado caer en manos de su hombre el mensaje más precioso, la carta que más se ama, porque ella ha sido escrita en colaboración. Al alejarse el tren hacia la frontera, el soldado ha mirado con ternura la partícula que mantiene el contacto de dos seres, y la ha abandonado después de la primera estación con el desconsuelo inevitable del hombre que se ve obligado á romper el broche que lo ataba al hogar desierto, á la felicidad desaparecida. En lo sucesivo, para que lo recuerden allá abajo, él no podrá enviar más que pedazos de papel, sometidos á la censura del estado mayor, borroneados á hurtadillas en el fondo de las trincheras, mientras las granadas pasan zumbando por encima de las cabezas y los pies se hunden en el barro. Nada es más torturante para el soldado que encontrarse á solas con su pensamiento. Ese diálogo con el espíritu que se levanta, que chisporrotea como una llama, tiene acentos horribles. Uno siente la necesidad de escribir á los seres lejanos, la triste necesidad de consolarse derramando sobre los pliegos las propias sensaciones. No se piensa en la muerte, que ronda á nuestro lado como un chacal. Pero cuando el espectáculo del sufrimiento ajeno nos abate, cuando alcanzamos una insensibilidad de rocas, cuando empieza á triunfar nuestra carne, hostigada y sucia, cuando ella domina cubierta de sudor y de estiércol, es cuando ya no pensamos en nada. ¿Escribir? ¿Y qué? Hemos olvidado todo. Ya no alientan en nosotros más que los

instintos ciegos de la bestia. Nuestro sentido moral ha desaparecido. Con los ojos hundidos y brillantes, con la barba crecida, con el cabello largo, nuestra fisonomía ruda ha tomado el feroz prognatismo que distinguimos en el hombre de las cavernas. No le quedará al soldado más recurso que enviar bajo sobre, á su familia los trozos del propio cuerpo desgarrado. Mientras le quede vida, puede seguir mandando á los suyos su humanidad en pedazos... Entre tanto, como signo de excelsa fraternidad, los hombres acabarán por lamerse sus excrecencian y devorarse los unos á los otros. Este espectáculo podría ser muy bien el renacimiento del afecto. Para los que defienden la pureza mística de la guerra, como Spronck, esto es aleccionador. La condesa Tarnowska, la mujer voluptuosa y trágica, la hembra fatal y demoniaca que ha motivado los más bellos estudios de la criminología contemporánea, entendió siempre que, cuando su amante le comia los piojos exquisitamente aplastados sobre rabanadas de pan, realizaba uno de los más altos sacrificios. ¡Ah! El amor, como la guerra, no conoce imposibles...

CAPÍTULO XVII

EUGENIA DE MONTIJO — EL REGIMIENTO Y EL «CHRONIQUEUR» — LA MUJER FRANCESA — BAJO LA LÁMPARA — UN GRAN FEMINISMO — EL SOLDADO ROYAL.

No obstante sus ochenta y ocho años, no obstante la nieve implacable que ha caído sobre su pobre humanidad destronada, la emperatriz Eugenia ha sentido hervir en sus venas españolas la sangre ardorosa de los Guzmán. «No lamentaré haber vivido tanto, ha dicho, si es que puedo asistir al triunfo de Francia». Y la mujer que reinó sobre muchos millones de hombres, debe haber pensado con tristeza, ahora que no es más que una sombra errante, en aquellos tiempos felices en que su hermosura extraordinaria deslumbraba en las fiestas fantásticas de las Tullerías, en que su poder resplandecía soberano sobre todas las cosas. Entonces era la esposa del emperador, la madre del príncipe heredero, la bella y altiva Eugenia de Montijo. Sus mejillas eran frescas y rosadas, sus labios ardientes como volcanes y su frente pura como la aurora. De tanto ensueño maravilloso, no ha restado más que un montón de ruinas, de donde acechan aún, con un fulgor extraño, aquellos ojos negros y soberbios que entusiasmaron el pincel de Winterhalter y que han quedado todavía mirándonos desde el fondo de los lienzos eternos. Napoleón III comprendió desde los primeros mo-

mentos la influencia capital que tendría Eugenia sobre la vida interior del imperio. « La que ha venido á ser objeto de mi preferencia — dijo explicando su matrimonio — es de elevado nacimiento. Dotada de todas las cualidades del alma, será el ornamento del trono, como en el día del peligro vendrá á ser uno de sus más animosos mantenedores. Graciosa y buena, abrigo la firme esperanza de que hará revivir, en la misma posición, las virtudes de la emperatriz Josefina ». Todo cayó, sin embargo, en un solo minuto. En Sedán, el imperio se derrumbó con estrépido al tronar de los cañones prusianos, mientras el pequeño Napoleón recorría las filas con el rostro pintarrajeado, mascarada postrera del hombre que también pintarrajeó á Francia con la sangre de su traición. Todo este inmenso dolor se amontona en los recuerdos de Eugenia. Ella vió partir al emperador hacia su prisión de Wilhelmshoe, después de deponer su espada vencida á los pies de Guillermo I. Ella lo vió morir después en su retiro de Chilsehurst, en Inglaterra. No le quedaba más que el príncipe imperial como único refugio de sus angustias, como único consuelo de su vida horriblemente atormentada. Pero este apoyo le faltó muy pronto, pues el príncipe, embarcado en empresas guerreras, acabó trágicamente en una loca campaña contra los zulúes. Ahora Eugenia ha vuelto á sentir en el alma el calor violento de su roja sangre castellana. Hoy, que nada queda de su pasado, la victoria de Francia sería la mejor venganza de su dolor. Frente á ese montón de piedras abandonadas, únicos restos de su imperio, Eugenia debe sentir la misma impresión acongojada que experimentó Georges Rodembach ante la tumba de Baudelaire, donde el

tiempo habia borrado todo recuerdo y todo epitafio, esa impresión desoladora de la muerte que se devora á si misma, de «*la mort elle-même effacée par la mort*»...

*
* *

Maurice de Waleffe, el elegante «chroniqueur» que hace cuatro años fundó en la capital francesa el «*Paris-Midi*», esa hoja ligera y traviesa que los pacíficos parisienses leen á mediodía entre plácidas digestiones, se encuentra hoy ocupando el puesto de simple soldado en el 102º regimiento de infantería que opera en la región de Chartres. Su compañero de redacción, el viejo periodista Henry Bérenger, lamenta públicamente que los años le impidan acompañar al amigo «bajo el cielo dorado y azul de la madre Francia». Pero, desde las columnas desoladas del periódico, alienta al soldado lejano con palabras vibrantes y llenas de fiebre. «Yo te envidio, Mauricio porque tú has sabido prolongar tu pluma de diamante en bayoneta de acero! Yo te envidio, porque marchas á la frontera, en lugar de combatir cerebralmente ante un escritorio de imprenta! Yo te envidio, hermano de armas de la prensa, que has podido cambiar el puesto ingrato de publicador de artículos en París, por la disciplina del infante sobre el verdadero campo de batalla!» Y el viejo Bérenger ha sentido volcar toda su alma sobre las cuartillas, como si ellas pudiesen compensarle la melancolía de su inacción, la triste fatalidad que le arranca el fusil de las manos. Sabe, sin embargo, que, en algún rincón de Francia, su amigo tendrá una hora de descanso para leer de noche, á la luz de los reflec-

tores, ese puñado de líneas fraternales. Como Maurice de Waleffe, muchos escritores jóvenes han marchado al combate. Devorados por los regimientos, acaso muy pocos vuelvan á su puesto. Mientras la Francia se construya alegremente, ellos quedarán allá abajo, tendidos para siempre contra la tierra, con los huesos desnudos y el cráneo abierto... El olvido los envolverá después con sus sombras, pero, flotando sobre toda injusticia, quedará el recuerdo del intelectual que ha querido ser soldado, vivir un instante la emoción del gran soldado francés, valeroso é irónico, tahur y calavera, que se juega la vida por una fantasía y que se hace matar sonriendo..'

***

La mujer francesa, esa mujer francesa tan calumniada por las procacidades tradicionales de una literatura frívola y canallesca, se encuentra actualmente en uno de los momentos más luminosos de su historia. Heredera de aquellas mujeres impasibles de la revolución, estatuas de heroismo, hembras de mármol que marchaban á la guillotina sin un gemido, hoy empuja á la matanza á los seres queridos, exhortándolos á no desmayar ante el fuego y ante la sangre. Entre tanto, ella trabaja para evitar que las fuentes de la riqueza social queden cegadas. Colabora en las cosechas, maneja los tranvías, se pone al frente de los negocios abandonados y baja al fondo de la mina, en cuyas más obscuras galerías su mano delicada se crispa y ennegrece sobre la vagoneta llena de mineral. Aunque se destripen los hombres, no es posible que la vida se detenga mientras

la mujer le comunique el impulso incansable de su actividad. Por eso, porque ella sabe que los frutos de la inteligencia masculina no serán suprimidos, es que se empeña en que no quede ni un solo hombre sin tomar las armas. « Acabamos de presenciar un espectáculo sublime — dice un cronista. — Hemos visto esposas que dejan á sus maridos, muchas madres que pierden el dulce apoyo de sus hijos, tiernas criaturas que se separan de sus padres, y sin embargo, en medio de tanto drama, no recordamos ni una lágrima, ni un lamento, ni una congoja ». Nadie ha sorprendido un desmayo, una vacilación, en esta admirable mujer que condensa en uno solo los tres tipos fundamentales de su raza: madame de Sevigné, reflexión; madame de Stael, sensibilidad; madame Roland, firmeza. Todo el pasado de la mujer francesa representa una historia constante de trabajo, una tradición inacabada de abnegación y sacrificio. « Nadie entra en la estación — dice Guerra y Oliván, enviado especial del *Heraldo de Madrid* al teatro de los sucesos. — Pero, junto á las vallas, se apretujan las mujeres y los niños. No importa que en el tren que pasa vaya ó no un ser querido. Es igual. Allí están para decirles adiós á todos, no á uno solo. Las muchachas les llevan enormes brazados de flores. ¡Han arrasado las mujeres los jardines de Francia! » Luego, el mismo escritor describe los episodios conmovedores de que fué testigo. « En todas las ventanas — agrega — hay manos femeninas é infantiles que dicen adiós. Los padres, los maridos, los hermanos, van á la guerra, fueron ayer, irán mañana. Horas después, como minutos antes de la partida, y nadie enjuga una lágrima. En Burdeos, una dama despide á un

capitán que sube á mi coche. Un beso, un adiós, y nada más. Se esfuerza por sonreir, sus labios se crispan con temblor mal reprimido. Pero no llora. En Bassières la misma escena. Esta vez con una mujer del pueblo y un reservista. Ella lleva en brazos una niña, cuya cabeza se apoya en el hombro de la madre. Un chiquitín, que podrá tener seis años, tiende gravemente la mano al padre, que va á subir al coche. La estación se halla abandonada. Aquellos cuatro seres parecen estar aislados en el mundo. Se confunden en un abrazo. Segundos después, el tren arranca. La mujer se apoya contra el muro. Se rehace, da la mano al niño y se aleja, serena, impasible». Por su parte, el corresponsal de un periódico de Barcelona, relata el caso de una anciana de cabellos blancos que, apoyada en unas muletas, vocifera á su hijo desde el andén para que vengue la muerte del padre, caido cerca de Metz durante la guerra del 70. El mismo escritor confiesa que ha sentido flaquear sus energías, contemplando tan sobrehumana resistencia al irremediable dolor de la despedida. «Ese espíritu admirable — escribe — lo vimos encarnado en una niña de escasísimos años momentos después, en otra estación donde me fué preciso cambiar de tren. Próxima al vagón donde estaba su padre, no apartaba de él su mirada, apareciendo en su semblante de cuando en cuando una mueca que quería ser una sonrisa. Aquél la levantó en sus brazos repetidas veces, estrechándola fuertemente contra su pecho. Cuando el tren se puso en marcha sus manitas saludaron sin cesar: de sus ojos no se escapó ni un lágrima. Pero en el instante en que el tren desapareció y estuvo segura de que su

padre ya no la veía, una congoja terrible, un copiosísimo llanto, cubrió su rostro. No es posible que jamás llegue á olvidar aquel dolor que, al explotar, llevaba en sí toda la violencia que había sido preciso ejercer para contenerlo y sofocarlo. Mis ojos se llenaron también de lágrimas, pero admirado mi espíritu ante la sublimidad de aquella criatura, no pude menos de pensar que, cuando fuese mujer, sabría hacer de sus hijos una raza de héroes y de valientes ».

Así es la mujer francesa, así ha sido siempre, compasiva en el triunfo, serena en el desastre. Si la Francia pudiese ser vencida, en ella se refugiaría la última esperanza de reconstrucción.

*
* *

« Ellas no conocen á esos jóvenes que rodean la bandera, dice *Le Matin*. No tienen ahí ni un hermano, ni un hijo... Pero sonríen á tanta juventud, á esa juventud que corre cantando hacia los campos de batalla... Ellas sonríen llorando... » Al leer estas líneas, donde una mano desconocida ha modelado todo un poema delicado y tierno, uno piensa que nunca tuvo aplicación más oportuna aquella frase de Edmundo de Goncourt, según la cual en la sonrisa de la parisiense no se halla sólo la gracia, sino también el heroísmo. Hemos creído arrancar al corazón femenino todos sus secretos, todos sus enigmas inquietantes. ¿El ha permanecido cerrado, como una gruta milenaria donde sus galerías infinitas sólo pueden ser reconocidas por la imaginación. Siempre que se ha querido desnudar el espíritu de la parisiense, se ha tropezado con lo imposible. Mientras desgarramos sus velos, enloquecidos

por el espasmo, un vapor sublime venda nuestros ojos y trastorna nuestro cerebro. Como el héroe de Pierre Loüys frente á la estatua de Astartea, sentimos en nuestras sienes las punzadas del miedo, los martillazos de ese terror frío que se apodera de nosotros cuando hemos intentado violar algo que reputamos sagrado. La fantasía es la única facultad que trabaja cuando queremos desenterrar el misterio. Paul Bourget, que se perdió en el laberinto psicológico de las altas señoras de la aristocracia, desdeñaba ocuparse de las «pequeñas almas». Octavio Mirbeau en su «*Journal d' une Femme de Chambre*», sátira formidable, ha hecho exclamar al psicólogo:

—¿El alma de una cocinera?... ¡Psh!.. Yo no trato esas insignificancias... Esas son pequeñas almas!

En cambio, para Villars-Gauthier, para Colette Willy, todas las parisienses son iguales, todas son magníficas muñecas, llenas de resortes brillantes que es necesario saber tocar á tiempo. Ser un buen psicólogo, equivale á ser un buen mecánico. No obstante, se equivocan los que creen poseer la verdad absoluta. Desde la dama linajuda hasta la humilde modistilla, hay una escala de misterios impenetrables. Nadie ha osado todavía profanar el santuario de los sollozos suaves, de los sufrimientos que quieren ser sofocados. El heroismo de la parisiense es tan inaccesible como su sensibilidad, tan sereno como su orgullo. No ha querido debilitar con su llanto fugaz el valor de los hombres. Sus ojos secos se han abierto como una caricia. En el momento de la despedida, la lágrimas que debían saltar afuera como un torrente, han caído dentro del espíritu como una lluvia fecunda y reconfortante. En las estaciones desiertas, junto á los rieles de acero que parecen correr

hacia la frontera en su inmovilidad de metal, las mujeres han quedado completamente solas. Luego se han dispersado en silencio. A lo largo de los bulevares ocupados militarmente, se han retirado avergonzadas de ser un estorbo en la matanza estúpida de los hombres. Ahora la aguja laboriosa se mueve incansablemente durante la noche; en su diminuta fragilidad, ella se hace un gigante para sostener el hogar entero. La parisiense ha buscado su consuelo en el trabajo solitario. Sin noticias de ninguno de sus parientes, con el esposo tal vez muerto en la guerra, la mujer se pone al frente de la prole y maneja resueltamente su destino. Un artista anónimo ha evocado, con raro vigor, uno de esos cuadros de padecimiento silencioso. Bajo la lámpara familiar que proyecta su luz difusa sobre la carpeta granate, llena de flores caprichosas, una mujer joven termina su costura. Hay en en su rostro altivo cierta vaga serenidad que infunde respeto. Las mejillas pálidas han sido marchitadas por las privaciones, quemadas por las lágrimas furtivas, roídas por el dolor que no quiere estallar. Un niño de ocho años, que se habia dormido sobre el libro de estampas mientras la madre trabajada, despierta de pronto é interroga á su amigo, un gato negro con ojos de topacio, que arquea su lomo como una jabalina: « ¿Sabes dónde está papá? » Y la parisiense intenta dibujar una sonrisa, como si hubiese pensado que dentro de aquel felino, bajo la piel de aquella bestia embrujada como un sortilegio, pudiera estar guardado el secreto de una felicidad que ha huído para siempre...

*
* *

La señora Pankhurst, una de las mujeres que

ha llevado su apostolado feminista al más alto de los sacrificios, acaba de declarar en un mitin realizado en Londres, que los grandes desgarramientos colectivos serían muy difíciles si el espíritu femenino pudiese intervenir resueltamente en el destino de las naciones. No puede tacharse de exagerada la afirmación de la Pankhurst. Cuando todas las puertas de la política han sido cerradas á la actividad de la mujer, no podrá negarse que esa proclama entraña un gran fondo de razón. El valor social de la mujer, como influencia internacional y parlamentaria, es completamente nulo. Dentro de las sociedades que regulan la marcha de la civilización contemporánea, no pueden exigirse á la compañera del hombre más que los beneficios inherentes á la esposa y á la madre. Sólo podrá demostrarse lo contrario á lo sostenido por la Pankhurst, cuando la mujer haya franqueado la valla de prejuicios que la mantiene alejada de su verdadera y pública misión en el dinamismo de los países organizados. No pueden haber ideales completos mientras la colaboración social de los dos sexos sea una supercheria, mientras una irritante injusticia, una farsa inícua, arrebate á la mujer el goce de todos los derechos masculinos. Con una estructura moral indiscutiblemente superior á la del hombre, la mujer ha creado una fraternidad universal, ha suavizado nuestra bestial aspereza, ha forjado un gran feminismo afectivo que no conoce fronteras nacionales. Nunca como ahora, la mujer ha demostrado lo que puede en el dominio inviolable de los sentimientos. El *Worwaerts*, de Berlín, publica la carta de la hija de un maestro francés, en cuya casa se asiste á un soldado alemán. Esta carta emo-

cionante en su sencillez, fué dirigida á la novia del herido, que reside en la capital de Alemania. «Todas las mujeres son hermanas por el corazón, dice la carta. En este concepto, le envío á usted mis mejores expresiones de amistad. Estamos cuidando á su novio de usted como usted cuidaría al mío, segura estoy de ello, si se encontrara en su casa». Para los generales prusianos, esto se llama histerismo ó sensiblería. Los varones marmóreos no comprenden la ternura ni la piedad. Sin embargo, *L'Humanité* agrega que estas cosas «nos consuelan un poco en medio de los horrores en que estamos sumergidos». Y tenía que ser así. La mujer, el sér inferior maldecido por los teólogos, excomulgado por los estadistas, rechazado por por toda una sociología presuntuosa; la mujer, seductora y diabólica, que atormentaba el sueño castísimo de los santos padres é iluminaba las sienes de los héroes y los trovadores, estaba destinada á arrancar una vez más á las garras de la condenación vergonzosa, nuestro honor despedazado y agonizante.

*
* *

Cuando se abrieron en Francia las oficinas para el reclutamiento de voluntarios, una muchedumbre entusiasta corrió á alistarse bajo banderas. En Nancy ocurrió un episodio singular. La multitud, ansiosa de enrolarse, donde había hombres de todas las edades no comprendidas en la ley de servicio militar obligatorio, se descubrió de pronto al paso de un anciano de setenta años, que avanzaba erguido y sonriente, como un jovenzuelo. Sobre su uniforme de teniente coronel, el viejo lucía la cruz de

oficial de la Legión de Honor, la medalla militar, la cinta verde y negra de 1870 y las insignias de Mentana. Aquella encina, todavía joven, era Royal. Teniente coronel del 146 de infantería, fué borrado de los cuadros en 1906 por haber alcanzado el límite de la edad fijada por la ley. Al ver entrar á esa reliquia de heroismos, el jefe de los voluntarios se puso de pie, asombrado, balbuciente.

—¡Ah!... ¡Mi coronel!... ¡Usted también!

El viejo Royal rió alegremente, poniendo una mano en el hombro del jefe. Después se puso muy pálido.

—¿Coronel?... Nada de eso... ¡Oh!... Ya no puedo mandar tropas... Pero serviré como soldado... ¿entiende?... Como simple soldado!

Aceptados sus servicios, Royal se retiró con la misma altiva dignidad con que había llegado. El viejo volvió á incorporarse al mismo 146 de infantería que, pocos años antes, había comandado. Cargado de glorias, al término de una larga carrera militar, Royal debe haberse forjado la grata ilusión de comenzar de nuevo su vida de soldado, de volver otra vez al punto de partida. Como simple recluta, Royal inició su carrera hace cuarenta y siete años, formando parte de la expedición á Roma y regresando con la medalla de Mentana. « Durante las jornadas del setenta, dice su biógrafo, fué ascendido á sargento. Una bayoneta lo hirió en Rezonville, una bala lo atravesó en Gravelotte. Pero continuó combatiendo. Por su heroismo, le fué otorgada la medalla militar. Hecho prisionero en París, fué internado en Alemania. Libertado, volvió á ocupar su puesto en el ejército en el que realizó toda la serie de las expediciones coloniales: Túnez en 1881, Ton Ren en 1889, Dahomey

en 1893». En todas partes, Royal se distinguió por su valor. A punta de espada, conquistó la cruz, sus galones de teniente y de capitán. Ahora ha querido ser soldado á los setenta años, ponerse á las órdenes de los jefes que él mismo mandó. Empezar nuevamente equivale á renacer, á ser otra vez joven, á sentirse de nuevo en la plenitud de la fuerza material. El dolor del mando perdido, puede compensarse con el respeto que inspira ese sacrificio sin ejemplo. Entre los soldados, la figura imponente de Royal debe infundir miedo. Cargando á la bayoneta, ese viejo de bigotes grises, ese monumento de heroismo que parece escapado de algún libro de Georges d'Esparbès, debe tener el empuje formidable de todas las generaciones que han quedado detrás, tendidas en el desierto, y que lo alimentan con su aliento invisible.

CAPÍTULO XVIII

VASCOS GUERREROS. — LA NACIÓN SITIADA. — EMBUTIDOS HUMANOS. — EL LLANTO DEL VENCIDO. — ¿QUIÉN VIVE? — AUX ARMES! — LA ESPINA SERVIA.

Un despacho de San Sebastián anunció al principio de la guerra que un grupo de doscientos vascos españoles había partido con destino á Francia, á fin de prestar servicios militares juntamente con los reservistas franceses pertenecientes á la región vascongada. Este simple hecho de fraternidad euskaldunak pone sobre el tapete el legendario valor personal de los vascos. Pierre Loti, en un magistral estudio sobre la psicología especial de este fragmento de humanidad encajado entre las montañas pirineicas y el mar Cantábrico, se preguntaba qué raza misteriosa era ésa que presentaba características tan fundamentales é inconfundibles. Bondadosa y áspera, independiente y resuelta, la raza vasca constituye el más grande monumento de pureza en medio del profundo confusionismo etnológico y de la decadencia general de los tipos que forman la base orgánica de las viejas sociedades de Europa. La autonomía étnica del vasco, amenazada por la intrusión do gérmenes extraños, se ha conservado siempre como un ba-

luarte inaccesible á la degeneración. Dicha autonomía no es más que la extensión de esa rústica independencia individual del vasco que no acepta amos ni dueños. ¿Qué raza privilegiada es ésa, pues, que tiene la belleza física del griego, la tenacidad del sajón, el valor feroz del galo y cuyo armonioso idioma polisintético, de estructura idéntica al de los aborígenes de América, explica la famosa Atlántica que, en épocas remotísimas, unió á los dos continentes? ¿A qué raza brutal y sublime pertenecen los vascos? Dejémosla marchar silenciosamente al misterio de su destino, ya que hemos sido incapaces de desentrañar el misterio de su origen. Pero agreguemos que la energía del vasco ha sido forjada en la fragua de Hephaistos, quien parece haberle comunicado su aliento indomable. Nada es imposible á su voluntad avasalladora. Un día mira hacia la muchedumbre inquieta, y se hace temible estratega, como Zumalacarregui. Otro día sus ojos verdosos se pierden en la inmensidad del mar, y se hace almirante, como Jaureguiberry. «Caerá un vasco al centro de la tierra — dice un proverbio regional — caerá un vasco al fondo del mar, pero no tardareis en verlo salir con algo entre los dientes». Este. el símbolo más exacto del vigor de una raza orgullosa de sí misma y que saca partido hasta de la propia fatalidad. Napoleón tenía gran fe en los vascos, porque había llegado al fondo de su historia. Así son los hombres que hoy ofrecen á Francia el rojo tributo de la sangre.

*
* *

«Alemania, dice *Le Temps*, está embote-

llada. No puede adquirir provisiones ni en Rusia ni en América. De ambos lados, las comunicaciones le están cerradas. ¿Cómo podrá subsistir? Hay que recordar que las estadísticas oficiales alemanas indican que el imperio germánico importa cotidianamente por valor de más de 21 millones de francos de artículos de consumo. Un total de ocho millones de artículos de alimentación se necesita cada año, para sostener á su población cada vez más densa, cada vez más compacta. ¿Dónde obtendrá los recursos indispensables para su subsistencia? Así, mientras que nosotros estamos seguros de poder comer y vivir, Alemania está amenazada de morir de hambre. Nuestros ejércitos vencerán á sangre y fuego, pero también por el hambre serán destruidos nuestros enemigos ». A muy pocas personas les ha pasado por la imaginación la idea de que un país puede ser sitiado, como si fuese una plaza fuerte. Uno cree ver á Alemania cercada por un anillo de acero que, cada vez más, se va estrechando contra su corazón, Si es horrible una ciudad cuyos muros exteriores se erizan de bayonetas enemigas, el espectáculo de una nación que puede perecer por el hambre, produce un rechinamiento angustioso en todo nuestro sér. El país, bloqueado por muros humanos y oleajes de sangre, parece que tuviera sobre él un vampiro, monstruoso é invisible, que le chupase toda su vitalidad, no dejando sobre el mapa de Europa más que el dibujo vacío del territorio que alimentó á un gran pueblo. Lo mismo pasa con las medusas que se colocan encima de un secante. Primero son una masa esponjosa y transparente donde se refleja la luz; al cabo de un rato no queda más que una mancha impalpable sobre

el papel. Pero no sólo el hambre puede hacer de una nación un espectro. La locura puede darle al drama acentos terribles, y el cólera, rondando con cautelosos pasos de pantera, puede agregarle capítulos de una salvaje intensidad. Cuando falten las provisiones, los hombres tirarán á la suerte para comerse unos á otros, como los héroes de Edgard Poe, perdidos en la inmensa soledad del mar. El profesor alemán Delbrueck ha inventado un exquisito pan de patatas. Mientras exista el tubérculo todo marchará bien, pero nadie ha pensado que también puede faltar algún día. Entonces podrían resucitar aquellos cuadros trágicos del París del duque de Nemours, sitiado por los ejércitos de Enrique IV. El hambre fué tan espantosa, que los habitantes, parecidos á esqueletos, se arrastraban para comer las raíces que crecían entre las piedras de las murallas. Llegó un momento en que no quedaba el tallo más raquítico para ser comido. Cuando el final colectivo estaba más próximo, el embajador español Mendoza, con esa demoníaca imaginación de todos los hombres del mediodía, tuvo la macabra ocurrencia de proponer que se pulverizasen los huesos humanos para fabricar con ellos una harina de primera fuerza. Los historiadores no están de acuerdo sobre si llegó á hacerse este pan tan nutritivo, fosfatado, y sobre todo, abundante, puesto que la materia formaba montones en las calles y obstruía el tránsito de los vivos. El implacable Bakounine se hubiera regocijado de poder participar de este festín satánico, saboreando con deleite el pan de lujo hecho con el cráneo de algún aristócrata. La mejor venganza del pueblo alemán se hará efectiva cuando pueda reducir á harina toda su casta militar. Raza de una actividad

extraordinaria, de una colosal preparación para el trabajo, su régimen imperial y antidemocrático es el chaleco de fuerza que espera el momento de ser desgarrado para siempre. Miles y miles de hombres sofocan en estos momentos la legítima explosión de su odio. Millares de madres lloran y maldicen sobre el cadáver de sus hijos los caprichos fantásticos de un coronado. No se puede jugar impunemente con una nacionalidad digna y fuerte. Sólo que aquí la reacción revolucionaria tendrá que ser violentísima. Cuando el pueblo germano tenga la harina pronta y empiece á amasar su pan, éste será tan grande que no habrá horno que lo resista.

***

Los franceses ocuparon Mulhouse cinco veces consecutivas y otras tantas fueron rechazados por el ejército alemán, muy superior en número, mandado por el príncipe de Baviera. La vanguardia del ejército republicano alcanzó siete veces la orilla izquierda del Rhin, viéndose obligada á replegarse, también siete veces, hacia la frontera francesa. Las batallas empeñadas, con duelos de artillería y cargas de bayoneta, fueron de una potencia trágica pocas veces alcanzada en la guerra. Afirma Francesco Bianco que Alsacia ha quedado convertida en un inmenso cementerio, donde cien mil cadáveres sin sepultura están desparramados por toda la region, entre la carroña horrible de los caballos, de las mulas, de los bueyes en putrefacción, donde toda la campaña está en ruinas, donde no existe una sola aldea, una sola casa, un solo árbol en pie. Hay que tener en cuenta

que la toma de Mulhouse costó á los franceses la pérdida de diez mil hombres. La reconquista por parte de las tropas imperiales, costó á éstas la cantidad de cincuenta mil seres humanos. Se combatió espantosamente en las calles, en las aceras, detrás de los cercos. Meditemos un instante sobre lo que es la guerra moderna para palpar toda su barbarie bestial y cínica. « Cuando la artillería dispara sucede la hecatombe, dice Sarti. Cuando las ametralladoras lanzan huracanes de proyectiles, caen centenares de hombres y de caballos. Cuando la infantería apunta con sus miles de fusiles, caen abatidos millares de individuos. Cuando siguen las cargas de bayoneta, masas humanas se derrumban. El suelo, por kilómetros y kilómetros, queda sembrado de armas, de afustes de cañones, de cadáveres, de jirones de carne humana, de animales que huyen, de edificios que arden, de heridos que aullan, de agonizantes que estertoran. Por todos lados sangre, por todo destrucción, por todo horror y terror. » Pocos espectáculos tan tristes como el de un ejército que acampa de noche en ese escenario del sufrimienio y de la muerte. Después del desastre, el ejército hace de sepulturero, se cava á sí mismo la huesa, se complace en poner debajo de la tierra una parte de su propio cuerpo. Cuando la ola humana bajó de Mulhouse á su cauce normal, las calles quedaron manchadas de sangre; las salpicaduras rojas llegaban hasta las paredes de los edificios. Por todas partes, piernas y sesos machacados. Dos soldados jugaban con la mano cortada de un guardia municipal; otros habían atado sus caballos con las tripas de un granadero. Las bolsas hinchadas, donde se recogían todas las piltrafas

sanguinolentas, semejaban enormes embutidos humanos. Todo eso muy bien podría ser aprovechado. ¡Qué bocado de cardenal para los gastrónomos de Chicago! Upton Sinclair, el famoso autor de *The Jungle*, que desnudó ante el mundo el repugnante secreto de los millonarios norteamericanos, faenadores de puercos y de hombres, nos da la ilusión agradable de que la carne humana puede confundirse muy fácilmente con la del cerdo... ¡Ah!... Si no fuera más que eso! Si no fuera más que la carne lo que tenemos parecido al cerdo!

***

El *Daily Telegraph* publicó en su número del primero de Septiembre, el emocionante relato de un oficial alemán sobre la forma como fué tomado prisionero el heroico defensor de Lieja, entre las ruinas todavía calientes del fuerte de Loncin La narración, que tiene acentos de salvaje grandeza, quedará en la historia de Bélgica como una nota de grandiosidad crepuscular, como un resplandor infernal y magnífico. En el fuerte de Loncin, el general Leman se hallaba rodeado por un puñado de valientes. Los artilleros estaban casi todos muertos, y los ayudantes apenas podían atender el servicio de las piezas. Entonces los alemanes abrieron un fuego horrible. Las granadas, pasando al través de las murallas derribadas, hicieron explotar el polvorín. Los potentes muros cayeron con horrendo fragor, lanzando al aire masas de piedra de veinticinco metros cúbicos. Cuando la polvareda y el humo se disiparon, los alemanes corrieron hacia el fuerte. El terreno estaba literalmente cubierto de cadáveres. Todos

los defensores del fuerte estaban muertos ó heridos. Muchos se hallaron privados de sentido ó se volvieron repentinamente locos por la violencia de la explosión. Tendido sobre un escalón, yacía el general Leman.

—Respetad al general. Está muerto—exclamó un oficial alemán.

Los soldados levantaron el cuerpo del militar y lo llevaron afuera, creyéndolo muerto. Pero muy pronto, Leman volvió en sí. Luego se encaró con los que lo transportaban, diciendo:

—Lo que ha sido, ha sido. Mis soldados se han batido valerosamente. Poned en vuestro parte que yo fuí preso mientras me encontraba desvanecido.

Llevado delante de Von Emmich, el general Leman repitió:

—Escribid en vuestro parte que yo estaba desvanecido...

Von Emmich sonrió tristemente. Luego alargó la mano al vencido.

— Vuestro valor ha defendido noblemente los fuertes de Lieja.

—Muchas gracias. Nuestras tropas han sabido mantener alta su fama... Esto no es como en las maniobras!

Von Emmich y Leman habían sido compañeros pocos meses antes, en las maniobras del ejército belga. Desnudando su espada, Leman la entregó al general alemán.

—No.... Guardadla—repuso el jefe vencedor. —Para mí ha sido un honor cruzar mi espada con la vuestra.

Y el general Leman, cubriéndose el rostro con las manos, no pudo contener los sollozos.

Al humedecer los ojos viriles de Leman, las lágrimas han llegado también, como un líquido

corrosivo, á lastimar su corazón. Ellas le han compensado el dolor de la sangre que no pudo verter. No inventó Dante suplicio más atroz. La pluma satánica de Mirbeau olvidó en su jardín el cultivo de esa flor maldita. Durante una semana, Leman estuvo cenando con las Furias, sintió sobre su cráneo la ira constante de los rayos sagrados. Como Proserpina, con las manos llenas de frescas mieses, el general belga descendió al infierno por algunos momentos, arrastrando consigo los verdes laureles de su brillante carrera militar. Leman vió morir, uno á uno, á todos sus soldados; tuvo la visión dantesca de la lluvia implacable de copos de fuego sobre el cuerpo desnudo de los condenados; presenció como estallaban las naturalezas nerviosas más fuertes, como muchos de sus compañeros, desangrados y hambrientos, sentían nacer una locura trágica que les hacía disparar las armas contra sus propios amigos... Sin comer, sin dormir, con la garganta seca y el cerebro aniquilado por la fiebre, Leman permaneció hasta el fin, impasible, con los pies hundidos en charcos de excrecencias, donde el lodo y la sangre mezclados formaban una masa fétida. El espanto de todos los sufrimientos amontonados no pudo roer su contextura de granito. Aquello que no pudo alcanzar la violencia, lo consiguió la caballerosidad del vencedor. Y Leman ha llorado. Las lágrimas tienen, á veces, un significado mucho más terrible que las granadas...

***

Las hojas impresas que llegan de Francia nos confirman en la armoniosa unidad de todos los

partidos políticos frente á la agresión. Paul Deroulède, el incansable y perseguido Paul Deroulède, debería sentirse hoy satisfecho, él á quien la muerte lo sorprendió con el ronco clarín de la revancha pegado á los labios. El vibrante autor de *Chants du soldat*, el cantor ardoroso del espíritu militar de Francia, hubiera encontrado su propia obra en el despertar clamoroso de simpatías que ha provocado en todo el mundo la serenidad reflexiva de su patria. Al ver desfilar en los bulevares las nutridas legiones de italianos, de griegos, de eslavos, de yanquis vistiendo el tradicional uniforme de Lafayette, de españoles y sudamericanos dispuestos á hacerse matar en la frontera, Paul Deroulède se hubiera identificado con aquella gente entusiasta y hubiera pensado con un gran alemán, con Augusto Bebel, que Francia no debe morir, porque su colaboración intelectual es necesaria á la marcha progresiva de la especie. Y así también lo entiende la humanidad que jamás se equivoca en sus afectos, y así lo entienden los mismos alemanes que se entregan prisioneros sin combatir. De todos los rincones del planeta surgen brazos y puños dispuestos á la lucha, á fin de que el viejo gallo galo pueda cantar de nuevo su victoria en la proa espumante del bajel humano. Y de todas las encrucijadas brotan voces viriles que parecen corear su clarinada matinal al gran centinela del mundo: « *Qui vive? France, quand même* »!

***

Ni un hombre faltó á la cita sangrienta. Francia llamó á su dignidad é hizo el balance de sus hijos. No hubo un desertor ni una vaci-

lación. « Jamás he presenciado un espectáculo parecido — dice el corresponsal del *Heraldo de Madrid*. — En las épocas de la mayor exaltación belicosa de un pueblo podrá haber habido más clamoroso griterío; pero no es posible que todos y cada uno de sus ciudadanos hayan cumplido su deber con tan serena firmeza. No son los millones de soldados los que se encaminaban á la lucha. Es Francia, en masa, la que va á la guerra ».

Jamás pueblo alguno ha sentido tan hondamente como el pueblo francés, la justicia de la causa en que se ha embarcado. Pueblo pacifista por excelencia, respetuoso de la integridad de los estados vecinos, ha sido provocado en su propia casa y se apresta, como el pueblo español ultrajado por Napoleón, á defender con las armas en la mano las libertades de su territorio. « Alemania — exclama *La Petite Gironde* en un editorial vibrante y sonoro como toque rebato — sabrá bien pronto que un pueblo que defiende la tierra regada con la sangre de los antepasados es invencible. Y este pueblo, sacudido por un supremo impulso de amor patriótico, realizará actos que sorprenderán al mundo y que probarán que no somos una nación degenerada, como se cree del otro lado del Rhin ». Las proclamas vuelan é inundan á Francia. Suenan por todos lados como notas de clarín. Los reservistas, arrinconados en el fondo del vagón que ha de llevarlos de sus aldeas tal vez para siempre, leen tranquilos é impasibles en las hojas volantes, los llamados del deber nacional. Charles Chaumet dice en un notable artículo, que si Francia ha deseado la paz, tampoco ha temido la guerra. « El emperador Guillermo no tardará en darse

cuenta de ello — finaliza. — Debemos constatar la admirable actitud de la población. Todo el país ha respondido. Los austriacos y los alemanes se batirán porque los mandan, para obedecer los designios inconfesados é inconfesables de sus soberanos. En cambio, los soldados franceses, ciudadanos libres de una democracia, saben por qué razones toman las armas. No existe para Francia otra alternativa que la de vencer ó morir. *Il n' y a plus pour la France d'autre alternative que celle de vaincre ou de périr. Aux armes!*

*
* *

El águila bicéfala de los Ausburgos no ha podido sacar todavía de su plumaje alborotado los pedazos de la espina servia, que ha llegado hasta inscrustarse en la carne como una sutil aguja. Nadie pensó que el pequeño país balcánico pudiera dar tanto trabajo. Apenas salido el ejército de una guerra sangrienta contra los turcos primero, contra los búlgaros después, el rey Pedro aseguró á un periodista de *Le Figaro* que jamás el coloso austro-húngaro lograría aplastar las libertades de su pequeño pueblo. En un hombre que conoce las virtudes militares de su raza, que fué un brillante alumno de Saint-Cyr, que en 1870 se batió valerosamente contra los prusianos en las llanuras de de Villersexel, no podían tomarse sus palabras como una charlatanería sin sentido. Los hechos han demostrado que Pedro Karageorgevich no hablaba en vano. El pequeño David ha mantenido en perpetuo jaque al gigante armado hasta los dientes. El ejército servio, que sostiene la guerra desde la segunda quincena de

Julio de 1914, ha revelado poseer una potencialidad militar extraordinaria. Sus líneas no han sido rotas. Junto con los montenegrinos, los servios marcharon hacia Sarajevo, la ciudad fatal y encendida aún por los resplandores de la tragedia, la mecha trágica que provocó el incendio europeo. La espina casi invisible empezó á clavarse en el pecho del águila. Alcanzando victoriosamente el monte Kamanic, los servios siguieron conservando sus frentes de Zwornik, Losnitza y Ratcha, donde el enemigo atacó violentamente, siendo rechazado en toda la línea, mezclándose los soldados en espantosas cargas de bayoneta, pasándose por encima de los heridos y de los cadáveres, encharcando las llanuras con la sangre de dos razas que han amontonado su odio secular y que solo pueden reconciliarse en la muerte. Lo mismo pasó en los frentes de Mitrovizta y de Schabatz. El enemigo tuvo que replegarse constantemente. Parece que Servia se hubiese erizado de espinas como un árbol sagrado. Su mejor defensa ha sido su debilidad. Ahora el general Potioreck ha sido derrotado con todo su ejército. Los invasores han chocado contra la planta, pequeña y vigorosa, sintiendo de inmediato el dolor extraño de mil punzadas invisibles. Austria, que ha empeñado una partida difícil, se siente pinchada, hostigada por todas partes. Aunque tarde, se ha dado cuenta que es mucho más fácil extraer de la herida un casco de granada, que calmar el latigazo pegado con un manojo de ortigas.

CAPÍTULO XIX

LOS DOCUMENTOS DEL CONFLICTO — LA DEFENSA DE FRANCIA Y EL PARTIDO RADICAL — EL 75 — SOBRE EL CAMPO DE HONOR — LA LOTERÍA DE LA CELEBRIDAD — LOS DIABLOS AZULES.

Cuando se estudian los orígenes de una conflagración, el historiador moderno lucha muchas veces con dificultades insalvables para comprobar las verdaderas causas sociales de los choques sangrientos, para sacar á la luz las leyes generales que gobiernan el ritmo eterno de las agrupaciones humanas. Pero existe una historia de causas superficiales, que posee también su alcance psicológico. La guerra tiene sus motivos profundos y sus pretextos oportunistas. El sabio que analiza documentos diplomáticos, lleva á cabo una obra tan seria y peligrosa como el que se empeña en amontonar fenómenos complejos y hechos imprecisos. Aunque haga ciencia ó metafísica, la obra del historiador se basa en la interpretación de los sucesos. Entre Taine, disecando espíritus, braceando en las tinieblas de su concepción filosófica, y Alberto Sorel, coleccionando papeles como si fuesen mariposas, no existe más que una diferencia de técnica. Con métodos distintos, ambos logran coincidir en varios puntos fundamentales. Por eso, no ha escapado á la atención del investigador, la historia de las raíces diplomáticas del gigantesco conflicto que hoy llena de

sangre los campos de Europa. Ya conocemos el fondo sociológico del desastre. Conviene penetrar ahora la obra persistente de la diplomacia, esa gota de vitriolo, calmosa y terrible, que cae sobre la carne de las naciones hasta devorarlo todo con su lento trabajo invisible. En ese sentido, el Libro Amarillo francés vale un tesoro. Nos descubre causas desconocidas, afinidades que ignorábamos completamente. ¿Cuáles son las razones de la agresión germánica? En primer término, el servicio militar de tres años establecido en Francia. Luego, la derrota diplomática de Agadir, confesada por los propios alemanes. « Las innovaciones de Alemania, dice Jules Cambón, hicieron surgir algo inesperado para ella: la proposición del gobierno de la república restableciendo el servicio de tres años, así como la resolución viril con que este temperamento fué aceptado por toda Francia ». Pero hay todavía en el Libro Amarillo algo más interesante. Según se desprende de su lectura, Alemania no descansaría hasta tanto no tomara el desquite de Agadir, aquel lazo diabólico tendido á Francia en momentos en que se hallaba frente á dificultades gravísimas. El coronel Pellé, que se encontraba en Berlín en 1912, y que es actualmente jefe del estado mayor de Joffre, escribía lo que sigue: « Nos estamos dando cuenta de los rencores y de los sentimientos de orgullo herido que los sucesos del año último provocaron contra nosotros. El tratado del 4 de Noviembre de 1911 ha causado aquí una profunda desilusión. El resentimiento experimentado en todas partes es siempre el mismo. Todos los alemanes, hasta los mismos socialistas, no nos perdonan el haberles tomado su parte en Marruecos ». Más adelante, el coronel Pellé se refiere al imperialismo de los teutones,

y dice que no hay alemán que no crea que el porvenir le pertenece. «Los germanos nos miran, con nuestros cuarenta millones de habitantes, como á una nación secundaria, agrega. En la crisis de 1911 esta nación secundaria los ha puesto á raya. El emperador y el gobierno se vieron obligados á ceder. La opinión pública no los ha perdonado ni á ellos ni á nosotros. Ella no quiere que un hecho parecido pueda repetirse.» Este triunfo diplomático de Francia, que fué la obra personal de Caillaux, desconcertó profundamente la política de Guillermo II, produjo crisis y dimisiones, conmovió la opinión de todo el imperio. ¿Por qué los alemanes doblaron tan humildemente el cuello y se sometieron? Ellos mismos nos lo dicen en el artículo segundo de un documento sobre el refuerzo de sus ejércitos, documento que fué sustraído por el servicio de informaciones secretas que los franceses mantienen en Berlín como retribución al que los alemanes mantienen en París. «Habiendo los franceses violado las convenciones sobre Marruecos, provocaron el incidente de Agadir». Así se expresa el artículo segundo. «En esta epoca, prosigue, el progreso del ejército francés, el renacimiento moral de la nación, los adelantos técnicos en el dominio de la aviación y de las ametralladoras, hacían mucho menos fácil un ataque contra Francia. Esta situación nos abrió los ojos sobre la necesidad de aumentar nuestro ejército». Nada más decisivo que este juicio seco y descarnado del enemigo. En 1911, cuando Francia se sentía desgarrar por graves contrastes internos, Alemania no se atrevió á atacarla. Inventó un pretexto sin estar preparada para la lucha. Pero supo aprovechar la lección en forma tan terrible, que al cabo

de tres años se sintió con fuerzas suficientes como para desafiar á la Europa entera.

***

El Libro Amarillo, con la rudeza árida y monótona de un simple registrador de acontecimientos, nos relata la gran obra realizada en Francia por el partido radical democrático en favor de la defensa nacional. La salvación de las viejas libertades francesas se deberán indiscutiblemente á ese gran partido de ideas pacifistas y fraternales, que no vaciló en votar la ley de tres años después de haber dado á Francia los frescos laureles de Agadir. En vano Maurice Barrès, uno de los escritores más admirables de nuestro tiempo, se empeña en atribuir la victoria al esfuerzo desorbitado de reaccionarios y nacionalistas, legiones fanáticas é infecundas, que no han hecho otra cosa que envilecer todo lo que han tocado sus manos. Pero Maurice Barrés prosigue tenazmente su campaña. Él es, ante todo, caudillo electoral. Busca votos para su partido, y hace muy bien. La política de sus correligionarios, es el arte de engañar deleitando, de mistificar haciendo cosquillas. En frases armoniosas, Barrès entona bellos cantos á ese clericalismo que él cree ver renacer detrás de cada piedra. Los generales católicos resultan para el escritor los más grandes estrategas del siglo. Hasta las misas, en pleno campamento, le resultan de gran valor para el progreso moral de la raza. No obstante, será una tarea poco fácil, casi imposible, desalojar un partido avanzado que, como el radical, representa la tradición de toda la democracia de Francia. Después de la guerra, esa gran co-

lectividad de conciencias revolucionarias que ha tomado el fusil para rechazar la invasión, iniciará la reconstrucción de la sociedad francesa con el mismo vigor en el esfuerzo, y con la misma fe en el porvenir. El día en que Francia se dejase dominar por la reacción, perdería todo su prestigio en el mundo. « Durante el verano de 1911, dice un uniforme elevado al ministro Pichon, la opinión pública alemana se encabritó frente á la cuestión Marruecos. La actitud de Francia, su calma tranquila, su unidad moral, su resolución de hacer valer sus derechos hasta el fin, su insolencia de no temer la guerra, fueron la causa de la inquietud y del mal humor de los alemanes ». La labor incesante del partido radical, creó esa suprema armonía del sentimiento francés ante el peligro de la agresión. « Pero los acontecimientos de 1911, continúa el informe, causaron una profunda desilusión en Alemania. Una Francia nueva, unida, resuelta, decidida á no dejarse intimidar, salió del sudario bajo el cual se la contemplaba desde hacía diez años. Con una sorpresa llena de irritación, la opinión pública alemana reprochaba al gobierno imperial su incapacidad y su cobardía. La vencida de 1870 no había cesado de guerrear, de pasear su bandera y el prestigio de sus armas por Asia y por África, conquistando vastos territorios. Entre tanto, Alemania vivía de heroísmo honorario. Turquía fué el único país sobre el cual Guillermo II pudo hacer conquistar morales, hoy bastante comprometidas por la vergüenza de la solución marroquí ». Según los documentos del Libro Amarillo, cada vez que Francia hacía una conquista colonial, los germanos se consolaban pensando en la anarquía, la decadencia y en la descomposición

de las instituciones republicanas. Esa obra notable de la diplomacia francesa es un hervidero de ideas, de recuerdos, de emociones. Basta leerla para convencerse de que una nación degenerada no pudo haberse impuesto á Alemania, como lo hizo en 1911. Los mismos tudescos, tan ensoberbecidos con su cultura, tan orgullosos de su imperialismo, reconocieron entonces que existían poderosas dificultades militares para vencer á Francia. Por otra parte, el Libro Amarillo confirma victoriosamente esta gran verdad consoladora que negó sus favores á los reaccionarios que hoy pretenden prosperar á costa del enorme dolor colectivo. A partir de ese minuto de su historia, Francia volvió á su antiguo esplendor. Pero su triunfo es del patrimonio exclusivo de la gran democracia jacobina, tempestad grandiosa que en 1793 derribaba tronos y que en 1914 formó la conciencia de un nuevo derecho inolvidable.

***

En la *Revue de Paris*, M. Houllevigne entona un himno á los manes prodigiosos del cañón de setenta y cinco. El escritor trata el tema con profundo respeto. Ese tubo de acero, fino y delicado como un juguete, tiene el encanto formidable de las obras pensadas entre destellos de odio y sonrisas diabólicas. Todo un pueblo de sabios, toda una raza de poetas y de espíritus calculadores, se ha agotado en la combinación de los resortes, de las piezas malditas. Una vez que el terrible 75 fué creado, se le saludó como á un libertador. Houllevigne no se equivoca. Después de perderse en un torbellino de detalles técnicos, parece saborear

la satisfacción del envenenador que tropieza de pronto con la fórmula misteriosa. El 75 no es otra cosa que el secreto punzante que tantas veces hemos perseguido. A esa búsqueda llena de contrariedades y de emociones, á esa campaña llena de aventuras, consagraron su vida entera hombres como Langlois, Deport, Sainte-Claire Deville. Nada más maravilloso que esta lucha de ingenio entre dos naciones enemigas. Después del desastre de 1870, en que la artillería de Krupp demostró una aplastante superioridad, transcurrieron cuarenta años de batallar incesante en el campo de las teorías. Fué aquel un duelo gigantesco de teoremas, de doctrinas, de abstracciones. Los modelos se sucedían sin descanso. A un cañón alemán, contestaba otro cañón francés más perfeccionado. El espionaje sutilizaba todas sus fuerzas, se manejaba hábilmente, llegaba hasta la misma residencia de los estados mayores para sorprender los planos inconfesados y mecanismos ocultos. Por fin, en 1896, Alemania se estancó en su 77, cañón de tiro rápido, que le permitía diez disparos por minuto, y que luego reformó en 1906 para ponerlo frente al 75 francés, que alcanzaba hasta veinticinco disparos en el mismo tiempo. Sin embargo, el modelo alemán escolla contra los blancos movibles. Tampoco ha logrado corregir los errores del retroceso. Como el 75, el modelo alemán posee su escudo protector. Pero las ruedas del afuste son las mismas de hace diecinueve años. Por otra parte, el freno de resortes no llena las cualidades requeridas para colocar la pieza en su lugar después de haber retrocedido. De esta manera, el tiro se resiente de perturbaciones peligrosas. En vano los alemanes han intentado apoderarse del freno hidropneumático

que, en el 75, realiza maravillas de precisión Además, el empleo del alza independiente y la adopción de sistemas tácticos distintos acentúa esta notable superioridad de la artillería francesa. «El triunfo de nuestra táctica de tiro, dice Houllevigne, está en su uso contra blancos mal definidos, como son las tropas en marcha ó el enemigo saliendo de un bosque lejano». Siendo la artillería un filtro precioso que decide la suerte de las batallas, se comprende que el 75 haya sido saludado como una revelación. Nadie esperaba tanto de esta creatura satánica, plasmada en la dureza resplandeciente del metal. Nadie se imaginó que las «bocas negras», según la expresión de los prusianos, pudiesen hacer tanto daño. El 75 esperaba humildemente la hora en que debia sacudir la tierra con los tableteos horrorosos del trueno. Todo el paisaje tiembla bajo la tempestad de esos alaridos atroces. Todo se estremece, todo se espanta, cuando las bestias infernales rugen á la vez, abriendo brechas en la carne humana. En el Marne y en Flandes, el 75 venció á fuerza de terror, de un terror metodizado y reducido á ecuaciones geométricas. Sus entrañas parecen fabricadas por un demonio que midiese el destino á golpes de compás. El genio de una raza se revela tanto en su capacidad para matar ó para redimir; en Pasteur descubriendo su suero humanitario ó en Langlois elaborando sus fórmulas mortíferas. Lo mismo podríamos decir de Alemania. Entre el 606 y el 420 no hay ninguna distancia intelectual. Todo en la vida es cuestión de números. La felicidad estriba en pegar en el blanco, en saber dar con la cifra exacta. «Es á ti y al coraje de nuestros hijos que debemos la victoria — exclama Houllevigne, dirigiéndose al 75.

—Tú no has esperado en vano, como tus mayores un desquite cuya hora nunca sonaba. Tú te has encontrado allí, en el momento preciso, para la obra de salvación. Tú tendrás tu gran parte de mérito y de gloria, y aunque la hora de tejer coronas todavía no ha llegado, yo envío mi saludo á los buenos obreros que, durante la paz, forjaron tus miembros de acero».

***

La mesa se ha cubierto con los diarios franceses del último correo. Parece que viniesen impregnados de angustia y de sangre. Uno los abre al azar, y no tropieza más que con listas de muertos, de desaparecidos ó de agonizantes. Hay varias columnas de los caidos en la batalla, «sobre el campo de honor». Y los ojos, atraídos por el dolor de una raza hermana, no se resisten á pasar por encima de tanto sufrimiento. Vizconde de Garnier del Garets, subteniente de cazadores alpinos, herido gravemente y muerto en el hospital de Estrasburgo; Pierre Godard, profesor agregado, teniente de la reserva, muerto en Amiens; capitán Pierre Courteau, oficial de raro mérito, caido en el Somme; Roger Malapeert, teniente del 32.º de infantería, abogado, muerto en el Aisne; François Chapon, teniente del Estado Mayor, cayó en los alrededores de Reims, dejando mujer y seis hijos... La nómina sigue, sigue implacablemente, se prolonga como un quejido, no acaba nunca. Llega un momento en que es imposible continuar la lectura. El pulso tiembla y se os nubla la vista. Las palabras impresas saltan de su sitio, se encogen, danzan, palpitan horriblemente. En esos instantes no se puede

ser dueño de sí mismo. Genios ocultos os tienden tentáculos misteriosos y se prenden á vuestro corazón como arañas malditas. Pero las sombras que rodean esa gran inquietud, toman forma humana. El malestar invisible consigue cristalizarse alrededor de nuestro pensamiento. Y cuando todo ha vuelto á su cauce normal, cuando la serenidad del espíritu recobra su soberanía, comprendemos entonces que la única cosa absurda de este mundo es enternecerse ante los padecimientos que nos hemos complacido en provocar. Alcanzamos un momento en que la sensibilidad vuelve por su equilibrio. Las lágrimas se secan, la sangre circula alegremente, y el anillo que oprimía nuestra garganta hasta estrangularnos, se rasga y se quiebra al empuje de la vida que lucha por ocupar su puesto. Debemos atacar al destino de frente. La bondad es una excepción sobre el planeta. El placer y la felicidad son una lotería. Al declarar que lo único positivo es el dolor, Schopenhauer abandonó sus abstracciones para limitarse simplemente á constatar un hecho ordinario. No hay seres más venturosos que los imbéciles. La verdadera dicha se encuentra en en un sanatorio de degenerados En cambio, el optimismo del hombre superior está hecho de llagas y de cicatrices que pueden abrirse en cualquier instante. Hace tiempo que la humanidad ha comprendido que la ley suprema de la especie, es el desgarramiento progresivo de nuestro sér moral. En un estudio reciente, Paul Bourget reconoce que el universo reposa sobre el sacrificio. La inmolación no busca sus orígenes; procede tanto del egoísmo como del desinterés. Las víctimas del deber nacional caen al abismo cubiertas por la misma máscara. Pran-

cia no puede detenerse á llorar. Amontona silenciosamente las espantosas listas de cadáveres, y sigue adelante. Los soldados que caen en el campo del honor son las semillas arrojadas al surco, los gérmenes de la futura reconstrucción. Ante los campos removidos por la metralla, el sembrador sigue su trabajo sin mirar para atrás. Nadie podrá arrancarle de las manos el arado que ahonda la tierra y la guadaña que siega cabezas. A medida que la tumba se ensancha, también crece el corazón de Francia. Será necesario cavar mucho, perder mucho tiempo, gastar un caudal monstruoso de energías, antes que el enemigo pueda encontrar la fosa que habrá de dar cabida á la conciencia de una raza que no quiere morir sepultada y que sería capaz de brotar bajo las mismas plantas que intentaran pisotearla.

*
* *

Gastón Deschamps, al revelar en *La France de Demain* el nombre del militar que bombardeó la catedral de Reims, ha confirmado la frase de Max Nordau, según la cual la celebridad es una lotería. Poco trabajo le ha costado al general Josías Von Heeringen para ser inmortal. En lo sucesivo, no se podrá hablar de Reims sin asociar el recuerdo del hombre que ultrajó una de las más grandes maravillas del arte. Ese encarnizamiento prevertido contra las obras plásticas del espíritu, hizo las delicias de Eróstrato, que puso fuego en Éfeso al templo de Diana; fascinó á Hernán Cortés, que convirtió los templos aztecas en un montón de cenizas; envenenó el corazón y nubló la vista del aventurero alemán, Koenigsmarck, que en 1687, al servi-

cio de la república de Venecia en guerra contra Mohamed IV, dirigió sus cañones contra el Acrópolis, abriendo brechas en el mármol, desgarrando la carne blanca y eterna del Partenón. ¿De qué vale exponer la vida, como Koch, á la mordedura fatal de los bacilos, si hemos de conquistar la gloria penetrando en el Louvre para llenar de tajos una tela de Leonardo ó deshacer á martillazos la Victoria de Samotracia? ¿De qué sirve enseñar á volar á los hombres, como Blériot, si de igual manera hemos de forzar la inmortalidad, esperando á orillas del lago, como Luccheni, el paseo melancólico de una princesa para hundirle nuestro acero en las entrañas, para asestarle nuestro golpe traidor? ¡Ah! Dominar el olvido, sacudir el polvo angustioso de los siglos, es mucho más fácil de lo que hemos pensado. Fontenelle se encantaba con la figura de Smyndirides, ciudadano de la voluptuosa Sybaris, famoso en toda la antigüedad, puesto que cierta noche no pudo dormir porque se había doblado uno de los pétalos de rosa que formaban su lecho. Hasta nosotros han llegado las insignificancias, las pequeñeces, las miserias de muchos hombres. En cambio, no sabemos todavía quien hizo la brújula ni quien inventó el pan. El marqués de Sade, que creó un vicio, es tan célebre como Augusto Comte, que descubrió una virtud. La pureza de Lucrecia no obscurece la corrupción de Sporus, el joven eunuco que se desposa públicamente con un César degenerado. La historia presenta incrustaciones de oro y salpicaduras de barro. Debemos conservar todo ese conjunto heterogéneo, lleno de manchas sombrías y de destellos sublimes. Separar solamente las gemas, es romper la armonía del pasado, equivale á mutilar la estatua, á quitar majestad

á la figura que sentirá perder, una á una, todas sus moléculas. Miles y miles de seres han espiado las fórmulas de nuestro destino y han escrito montañas de papel sin interesar á nadie. Legiones de cerebros fecundos se han sentido desvanecer, han caído agotados sobre el surco, sin lograr vivir un solo minuto dentro de la eternidad. No obstante, los eruditos nos enseñan que Sakya-Muni ayunaba y que Tamalción comía como un cerdo; nos dicen que Marco Aurelio nunca sonrió y que Aristófanes reía demasiado; nos demuestran que Julio César jamás probó el vino, y que Anacreonte era un grandísimo borracho hasta el punto de morir en una orgía, atragantado con una uva, entre músicas y libaciones. ¿Pero qué importa á la humanidad todo ese ruido fantástico, cuando se duda aún de la existencia de Homero y se ignora quien escribió la canción de Rolando? La fama es una lotería que hoy le ha otorgado sus favores al genio de la destrucción. La suerte ha favorecido á Josías Von Heeringen, general de infantería. Su nombre será inmortal; vivirá por los siglos de los siglos, esculpido de las ruinas calcinadas de Reims. El vapor negro de los escombros se ha elevado al azul como un himno de celebridad; el humo de los cañones parece haberse endurecido sobre el firmamento después de haber escrito el nombre sacrílego. Nadie lo borrará de allí, ni el sol ni la lluvia. Cada hora que pasa, hará más negras las tintas de la gloria. He ahí la amenaza que el tiempo no podrá destruir, la sombra humana puesta en las nubes para recordar las injusticias de la fortuna, el signo misterioso colocado en la altura, la señal muda y fría como el arco con que Jehovah selló su alianza con los hombres. Las generaciones

sucumbirán, se empujarán hacia el abismo unas á otras, pero nadie conseguirá arrancar las letras malditas; la vida de muchos pueblos se estrellará contra ese santuario inviolable, languidecerá junto al monstruo caprichoso que ha hecho presa de la moral y que tiene la fatalidad entre los dientes.

***

En *La France de Bordeaux et du Sud-Ouest*, un soldado bearnés nos pinta su encuentro en las montañas con un cazador alpino. «La artillería ha callado cuando nosotros abandonamos nuestra cueva, escribe. Estamos ahora en pleno desfiladero. Descendemos por una pendiente abrupta que flaquea el barranco. Un macizo de cactus levanta su masa sombría. Durante un segundo, mi imaginación anda errante. Ya no estoy más frente á la histórica llanura de Craonne, donde se representa actualmente el drama más intenso de la humanidad. Me encuentro en medio de mis queridos Pirineos; me parece que voy á volver á ver las fiestas de invierno en las que tomé parte hace diez meses. En diez meses cuántos acontecimientos han desfilado! Como para ayudar mi ilusión, delante mio aparece la alta silueta de uno de esos majestuosos alpinos que hemos aclamado en los concursos de skis. Con una voz sonora, nos da un ¡alto! que nos inmoviliza. Su figura es soberbia, su bayoneta brilla al claro de luna, sus contornos atléticos se precisan en la postura reglamentaria; la boina de nuestros pastores bearneses corona su cabeza rígida. Montañés de los Pirineos, yo contemplo á este montañés de los Alpes que ha venido, como yo,

á luchar junto á las riberas del Aisne. Y cuando él me pregunta ¿ Quién vive ?, es con una rara emoción que yo le respondo: ¡Francia!» Aquí termina la correspondencia del soldado. Su lectura evoca un mundo de recuerdos. ¿Quién no ha sentido hablar de los cazadores de los Alpes, de los diablos azules, como les llaman los alemanes? Sus regimientos son de los más populares. Poincaré se enorgullece de su grado de capitán de alpinos. Hombres sanos, fornidos, corpulentos, que han fortalecido sus músculos y su inteligencia en su lucha constante contra las asperezas de la montaña, los diablos azules han sido hechos para vencer las rocas hirientes, para desafiar las tempestades de nieve, para afrontar el cristal lívido y traidor de los ventisqueros. Como ahora nada tienen que hacer en los Alpes, las serranías de los Vosgos son el teatro de sus hazañas y de sus heroismos. A más de tres mil metros de altura, detrás de las crestas de piedra y de los picachos blancos, puede verse la boina arrogante de los cazadores. En las regiones donde el frío penetra hasta la médula, donde la carne se estremece, lacerada por mil agujas de hielo, ellos preparan asechanzas y maquinan sorpresas. « Montañeses de la Saboya, guías de Chamonix ó pastores de Auvernia, los Vosgos están bien para ellos », escribe un cronista. Manejan maravillosamente los skis. Se les ve correr por las llanuras donde el Sainte-Marie y el Bonhomme despeñan su nieve. Vuelan sonrientes por las alturas del Munster, se deslizan tranquilos por los declives de Guebwiller. Accionan con gracia, pero sin fanfarronería. Para ellos la guerra es un deber admirable, un deber que cumplen como si fuera un deporte. Aunque son capaces de combatir

con arreglo á un plan científico, los diablos azules se sirven también de todas las ventajas que ofrece la guerra de recursos. Poseen la astucia belicosa del campesino americano, la sutileza y sagacidad de nuestros gauchos. Conocen todos los desfiladeros, todas las vertientes, todos los pasos practicables. En la noche pueden señalar, zarza por zarza, pico por pico, abeto por abeto, hasta las últimas chozas pegadas al flanco de los montes como nidos de águilas. Mientras abajo ruge el torrente y una débil columna de humo azulado se escapa de los albergues solitarios, el cazador alpino desarrolla su fino instinto de rastreador. En el fondo perdido de los valles ó á lo largo de los senderos que se enroscan como serpientes alrededor de la montaña, los diablos azules reconocen las huellas del amigo y el pasaje del adversario. A fuerza de astucia, ocultos en las tinieblas, sin disparar un tiro, han conseguido traspasar varias veces las líneas alemanas. De esta manera, lograron apoderarse de un tren en Cernay, transportándolo hasta Wesserling á través del campamento enemigo. Cierta noche las tropas germánicas notaron la falta de algunas cajas de municiones. A la mañana siguiente, tendidos sobre la nieve, aparecieron varios centinelas con la garganta partida, los ojos horriblemente abiertos y los brazos en cruz. Sus labios rígidos tenían aún el terror del enemigo invisible. A su alrededor, no había siquiera señales de pisadas. La sábana blanca estaba intacta. Aquellos hombres parecían tocados por un demonio misterioso y fugitivo. Allí estaba la mano fantástica de los diablos azules, la mano que no se ve ni se siente, que acecha de día y que se confunde con la noche.

CAPÍTULO XX

SOBRE LA PRESA — EL DEMONIO HÚNGARO — LA LEPRA NEGRA — DIPLOMACIA MISTERIOSA — EL ESPIONAJE EN ITALIA — RESURGIMIENTO GARIBALDINO — EL TELÓN DE LA MUERTE — UN JESUITA ROJO.

La vieja hiena desdentada de los Ausburgos ha acechado su presa, silenciosamente, desde el fondo del matorral. La ha dejado acercar á la cueva por medio de vituperables astucias, dejando caer sobre ella sus zarpas decrépitas y pensando aplastarla, no ya con el peso de su fuerza, sino al menos con el de sus años. Pero la presa se ha revuelto terriblemente, dejando en las uñas de la fiera, como único recuerdo, algunos pedazos sangrientos. Bastó esta burla heroica para que el vasto imperio de Francisco José ardiese por sus cuatro costados. Un vigoroso periodista italiano, Julio Barella, nos pinta de mano maestra en el *Secolo*, de Milán, los delirantes cuadros de excitación popular que siguieron á la declaración de guerra con Servia. « El fervor patriótico en algunos lugares — dice — asume proporciones fantásticas. Estas muchedumbres de hombres que parten y de mujeres que lanzan una última palabra de adiós y de bendición, conmueven hasta las lágrimas ». Más adelante, Julio Barella describe la enorme guardia militar austriaca, verdadera muralla hu-

mana que no deja pasar á nadie sin registrarlo hasta los huesos y que se extiende desde la frontera italiana hasta Viena. « Los centinelas están esparcidos á través de la campaña, agrega, y sus cabezas aparecen de trecho en trecho saliendo de la hierba. A veces, sólo pueden conocerse por el blanco reflejo de la bayoneta en el sol. » Luego, el notable periodista hace esta afirmación terrible: « He caminado durante doce horas en ferrocarril en medio de una calle interminable de bayonetas caladas. » ¡Doce horas de rápido entre hombres preparados para la muerte! Parece que se hubiese exprimido todo el jugo vital del imperio para aprovecharlo contra la presa una vez señalado el escondrijo. Contemplando el desastre, el escritor se siente al final invadido por irremediable melancolía. « Los campos están desiertos — exclama. — Todo está abandonado. El pueblo ha olvidado todo y no ha puesto su pensamiento más que en la lucha. En ninguna estación donde se hayan visto partir reservistas, se encuentra alma viviente. El tren pasa en medio de un silencio frío que tiene algo de lloroso y de grave. » La lectura de estas palabras dan la impresión de que el colosal imperio se hubiese vaciado de hombres. Es lógico que así sea, puesto que el tributo á la guerra no se paga con cualquier cosa. Y allá van las muchedumbres enloquecidas por el placer ciego y monstruoso de la presa lejana, y allá van, desbordadas, á la frontera, dejando tras sí la soledad estéril, perturbada apenas por el ruido pausado del torrente humano que se va secando...

***

Nunca como ahora, la vieja Hungría levantis-

ca, que se resistía á juntar su destino á la suerte trágica del águila ausburga, puede aplicar con tanta oportunidad la profunda frase de Jules Simon. « Un gran hombre que se arroja al olvido, es para la patria una batalla perdida ». Toda la verdad melancólica que entrañan estas palabras, ha estallado radiosamente ante el surgimiento inesperado del conde Tisza, la mano de hierro que hoy combina sin esfuerzo los planes ofensivos de un vasto imperio. Cuando todos creían que se renovaría la epopeya libertadora de Kossuth, cuando todos pensaban que esta conflagración espantosa daría poderosos motivos á los políticos madgyares para sacudir el sistema de fuego impuesto por Austria, he aquí que los papeles cambian violentamente, gracias á la inagotable habilidad diplomática del conde Tisza. ¿No decía Valbert que, en nuestros días, los hombres de carácter se hacen fácilmente sospechosos? Pero el escritor se olvidó de definir la sutil psicología de la sospecha. Merced á su modalidad enigmática, á sus pasiones terribles, el conde Tisza ha relegado á segundo término al canciller Berchtold, ha viciado de incertidumbre la política austriaca y ha conseguido para su patria la hegemonía moral sobre todas las razas que combaten el avance eslavo. La obra de Tisza es el esfuerzo continuado de un espíritu fino y diabólico. Su diplomacia está hecha de franqueza superior, mezclada con algunas gotas de ironía sonriente. Cuando se le dijo que Rumania é Italia podrían intervenir en cualquier momento en contra de los imperios centrales, el conde Tisza exteriorizó su buen humor agresivo. El estadista está convencido de que los dos países latinos serían aplastados, si llegasen á intentar esa suprema locura. Para

Tisza, tanto Italia como Rumania dejarán de declarar la guerra á Austria, no porque le falten ganas para declararla, sino porque se sienten tristemente inferiores. « Los rusos habían difundido en Rumania extrañas historias sobre nuestra situación, exclamó el hombre de estado húngaro. Nuestro crédito estaba absolutamente en baja; pero, poco á poco, hemos ido rescatándolo... Hoy no creo que los rumanos nos consideren tan débiles, que piensen que la conquista de Transylvania podría resultar una empresa sencilla »... Y el conde terminó la frase con una sonrisa socarrona. Al hablar de los irredentistas italianos, asomaron á sus labios algunas palabras sangrientas. « En cuanto á Italia — prosiguió diciendo, — podemos estar satisfechos. Sin duda los manejos ingleses y rusos no han podido ser allí tan eficaces como lo fueron en Rumania. Hay, sin embargo, una simpatía espiritual entre italianos y franceses, de la que debemos desconfiar; pero sobre todas esas locuras domina indudablemente el buen sentido de Salandra, jefe del gobierno, que no puede olvidar la inferioridad de su ejército y de su marina. Italia no está en condiciones materiales de sostener la guerra contra nosotros ». No hay duda, que en el fondo de su conciencia, Tisza siente agitarse el sentimiento inconfesado, la convicción secreta, de que Italia y Rumania están muy lejos de ser las naciones débiles y miserables que han sido objeto de su hiriente desprecio. Pero en diplomacia, es necesario mistificar si uno quiere ser fuerte. Los confines de los países que se odian, están erizados de cañones y de fortalezas; las fronteras morales deben estar también cubiertas de frases espinosas y de palabras amenazantes. La retórica de los hombres públicos dispara sus cañonazos

en forma de insultos. Para ser buen diplomático, no hay que perder la oportunidad de herir con gracia y de difamar con galantería. La perfidia, victoriosa en todos los órdenes de la vida, sólo puede reir como rien las calaveras. Su carcajada es eterna, como la mueca que la fatalidad ha dibujado sobre las dos mandíbulas descarnadas. En materia internacional, solamente llegan primero aquellos que son capaces de cubrir con manchas satánicas el lienzo blanco de la historia. Tisza conoce su oficio. Se le ha comparado á Talleyrand, á Cavour, á Bismarck. Pero Tisza es único en la leyenda del pueblo húngaro; no se parece más que á sí mismo. Su astucia es la astucia trágica del demonio; su reserva diplomática está poblada de intenciones sangrientas y de misterios formidables. Sería capaz de aconsejar una paz vergonzosa con Rusia, de poner su firma al pie de un compromiso humillante, con tal de asegurarse la neutralidad eslava en una guerra con Italia. Cuando se trata de conquistar un ideal, los escrúpulos morales constituyen un fardo penoso que conviene abandonar en el primer recodo del camino. En su maquiavelismo desenfadado ó discreto, según las circunstancias, Tisza ha encontrado el sortilegio de su triunfo. Ahora se le respeta, se le lisonjea, se le escucha. Hijo de una raza que ha hecho de Atila su héroe nacional, el político húngaro desciende de aquellos caballeros salvajes que asolaron el mundo y que nacieron de la cópula monstruosa entre las horribles hechiceras de los reyes godos y los demonios errantes de las estepas. Pero la realidad histórica es aún más dura que esa tradición abominable. Los abuelos de Tisza ablandaban á las naciones antes de devorarlas; de la misma manera, los hunos proce-

día con el trozo de carne cruda que colocaban encima de sus monturas y que luego comían en grandes bocados chorreantes de sudor espumoso. En momentos en que todo cambia, en que todo se renueva como en un vértigo, las sociedades actuales se endurecen á medida que reciben los golpes de la experiencia. Por eso, Tisza se contenta únicamente con mirar la presa desde lejos. No ignora que, si se dispusiese á morder esos postres de acero, toda su dentadura quedaría rota sobre la corteza resplandeciente de los manjares.

***

Los mismos diarios alemanes no ocultan que el imperio austro-húngaro se ve presa de una terrible crisis interna. La doble monarquía, acosada por todas partes, con sus ejércitos deshechos, invadida en su provincias más ricas, parece desintegrarse, dislocarse, caerse pedazo á pedazo, como si se sintiese atacada por una lepra horrible que no perdonase nada, que todo lo corrompe á su paso y que convierte en gelatina las instituciones más sólidas y vigorosas. El conde de Tisza es el dueño de este augustioso momento histórico. Un pueblo hambriento y cubierto de andrajos, se ha congregado bajo los balcones del estadista. Sin abandonar su sonrisa mefistofélica, Tisza ha prometido la paz. Con tal que Hungría pueda ver renacer sus antiguos sueños libertadores, no importa que se pierda Galitzia, Bosnia, Trento, Transylvania... La misma Austria puede desaparecer, en cualquier momento, absorbida por Alemania. Después de Sadowa, en 1866, Prusia puso su bota en el castillo imperial de Viena.

Hasta hoy, la supremacía teutona no ha abdicado de sus derechos. ¿Qué es el anciano Francisco José, sino un juguete frágil en manos de Guillermo II? El emperador ausburgo no es aliado de Guillermo. Es mucho más que eso; es un súbdito obediente, pasivo, que cumple con humildad las órdenes de su soberano. Destino trágico el de este viejo que ha pasado los ochenta años de su vida y lo sesenta de su reinado. Padre sombrío, esposo cruel, hermano implacable, ahí están los espectros sangrientos de Rodolfo, de Elisabeth, de Maximiliano, que sugieren una existencia llena de miserias morales y de padecimientos solitarios. Los recuerdos del anciano están poblados de fantasmas melancólicos, de imágenes adoloridas de punzadas sofocantes y silenciosas. Las cartulinas inglesas presentan á Francisco José como á una fiera dentro de su cubil. Sus ojos, de un azul claro, parecen vacíos de inteligencia miran detrás de un montón de cejas grises. Esos ojos tienen destellos malignos, resplandores de una perversidad voraz y pervertida. El monarca, que es una masa tristemente viscosa, sin forma ni expresión, apoya en el suelo sus uñas largas y teñidas de sangre. Sobre el fondo obscuro, se puede leer en caracteres casi apagados, la historia dramática de su familia y de su imperio. Arriba cuelga la espada amenazante de los prusianos. Y abajo en la uniformidad monótona del pueblo, vemos agitarse al rebaño humano, transformado y dignificado por la rebelión, conjunto frenético de bestias sucias y delirantes que aullan en torno de la jaula. Ninguna tragedia tan desgarradora como la que ha representado el último de los ausburgos. Perseguido por los recuerdos abomina-

bles del pasado, aniquilado por las congojas del presente, en medio de un pueblo que le es hostil, junto á una corte que no lo ama, y dando la mano á un aliado que no le ahorrará humillaciones, Francisco José se siente también herido por la enfermedad que aflige á su imperio, esa lepra negra hecha con grasa de ataúdes y musgo de tumbas. Únicamente el conde de Tisza, asiste sonriendo á los progresos de la epidemia. Con un secreto entusiasmo, el demonio húngaro contempla los estragos de esa suerte de gangrena ancestral, que separa á las sociedades unidas bajo la misma corona, y que divide los vastos territorios en pequeños fragmentos agonizantes. Tisza sabe que Hungría no puede sufrir el contagio de la lepra negra, que su integridad nacional está garantida. Gracias al influjo satánico del conde, Hungría se siente inmunizada contra el mal, tiene la conciencia de que la peste se detendrá en la frontera. La mejor obra del conde de Tisza, es haber preparado al imperio para recibir sin defenderse los azotes malditos de la lepra negra. Cuando se escriba la historia oculta de este hombre prodigioso, cuando salgan á luz las ideas que no han sido escritas, los pensamientos que no han sido confesados, tendremos entonces la sensación exacta de lo que fué esa gran parte del drama europeo, que se nos presenta hoy como una cinta rota, escondida aún detrás de la pantalla convencional que deforma los caracteres, disfraza las pasiones y pone un velo sobre el destino.

***

¿Qué piensa Austria? Esta es una de las pre-

guntas más difíciles que puedan formularse en la hora presente. La diplomacia de los austro-húngaros es un acertijo, un juego enigmático que atormenta el cerebro de la humanidad. Por todos lados, se ve la mano cautelosa del conde de Tisza, araña diabólica y velluda que teje sobre el vasto imperio las redes sutiles de su política. Leyendo la *Gazette de Lausanne*, que deja entrever algunas de las intenciones de Austria, uno comprende que Francisco José se ha dado perfecta cuenta del papel de víctima que está representando bastante á gusto del monarca prusiano. La gran verdad es que Austria se considera vencida y que desea hacer la paz antes que perder su superioridad militar contra Italia. La política húngara resulta el único punto misterioso, la única mancha que se extiende sobre el mapa del imperio. Es necesario obrar antes que todo se llene de sombras. « Hemos sido llevados á una emboscada por Prusia, exclama un profesor austriaco en la *Gazette de Lauzanne*. Debemos romper nuestra solidaridad con esa nación y firmar la paz sin el consentimiento de Berlín. La gran Alemania soñada por Bismarck, quiere fundarse á costa nuestra ». Este es un axioma. Triunfante Prusia, empleará las ventajas de su victoria para sojuzgar mejor á su aliada de ayer. En caso de derrota, el kaiser dispondría libremente del territorio austriaco para satisfacer á sus enemigos y conservar así la integridad de sus dominios. « No nos queda otra resolución, agrega el mismo profesor, que la paz por separado y el abandono de Prusia. Nuestra existencia está amenazada, cualesquiera que sea el resultado de esta guerra. Nuestro deber, pues, está en retirarnos ». Por otra parte, Austria cree á su manera en la gran Alemania. Pero no está de acuerdo con Bismarck en que la hegemonía

sobre los pueblos germanos de la Europa central deba pertenecer á Prusia. Ella hace valer sus derechos históricos, el viejo pangermanismo de los Hohenstauffen y de Rodolfo de Hapsburgo, la necesidad de reconstruir, bajo la bóveda austriaca, la monarquía casi universal de Carlos V. ¿Qué representan los pobres reyes prusianos, descedientes de rudos aventureros, cazadores de jabalíes en los desiertos de Pomerania? La verdadera grandeza germánica pertenece á Austria. ¿Cómo es posible que deba humillarse ante Prusia una nación que todavía no ha renunciado á sus derechos? Mientras los emperadores alemanes de la Edad Media combatían contra los progresos de la barbarie asiática, Prusia estaba en manos de señores feudales que vivían del pillaje. Estos rudos dominadores se encerraban en sus castillos como bestias hurañas. Carecían de ideales. No salían más que para perseguir á las fieras ó desvalijar á los mercaderes. En aquella época, Prusia no pensaba en Sedán ni Austria en Sadowa. « Si Prusia se debilitase, dice el profesor, nosotros podríamos reconquistar nuesta antigua preponderancia, sin preocuparnos de esa política oriental en la cual hemos despilfarrado nuestras mejores fuerzas durante treinta años ». Pero aquí no paran los cálculos austriacos. A fin de que los pueblos balcánicos se arrojen contra Italia, impidiendo que esta potencia sea la dueña del Adriático, Austria abandonará Albania á Servia y Montenegro. « Entonces, añade con ironía el informante de la *Gazette de Lauzanne*, sería demasiado tarde para Italia. Ya no podría salir de su « neutralidad amenazadora » sin encontrarse frente á Austria y á toda la coalición ». Lo más curioso de estas revelaciones es su espíritu fino, inquieto, chispeante de perfidia. Después de la paz, Austria buscará

la alianza con Rusia. Le permitirá que se apodere de Costantinopla y que despedace á Turquía. En cambio, el imperio de Francisco José conservaría la Galitzia, la Bucovina y la Transylvania. Hay que tener en cuenta que, dentro de estas combinaciones, Rumanía sería sacrificada por la misma Rusia, cuyos intereses en los Balcanes podrían ser molestados por una potencia poderosa. « Italia, Rumania y Bulgaria, burladas en sus ambiciones, tendrían que verse con Grecia y Servia, que buscarían apoyo en nosotros y en Rusia. La monarquía austriaca, de carácter profundamente pacífico, se reconstituiría en detrimento de la Prusia militarista y conquistaría todo el imperio germánico para bien de la Europa y la humanidad... » Aquí termina el hombre público austriaco. La *Gazette de Lauzanne* no nos dice su nombre. Pero, debajo de la toga del profesor, se adivina un alma penetrante, maquiavélica, que no abandona sus sueños de hegemonía austriaca. A pesar suyo, es muy probable que todo eso no sean más que frases delirantes. Guillermo ha puesto la espada sobre la garganta del emperador austriaco. La punta de su acero ya toca la carne decrépita del soberano. Al menor movimiento de rebeldía, el sable prusiano desgarrará el imperio; veremos derrumbarse el castillo sombrío y quimérico de los discípulos de Tisza. No hay remedio para el mal que amenaza á la monarquía bicéfala. Austria no deberá conformarse con su papel de víctima. Cuanto más teatralidad consiga dar á su tragedia íntima, más moverá la ternura y la compasión del amo implacable que la envilece, la desangra, la hostiga, y que juega tranquilamente con su destino.

***

Alemania no pierde de vista á su antigua aliada. Con una tenacidad digna de mejor provecho, espía todos los movimientos de Italia, acecha sus menores gestos. Cuando la paz hacía suponer un intercambio de profundos afectos entre las dos naciones, Alemania desparramaba por la península una nube de artistas, enamorados de las bellezas eternas, un enjambre de viajeros que demostraban ruidosamente su entusiasmo hipócrita por las obras maestras. No se exagera cuando se afirma que el turismo germánico en Italia estaba compuesto de espías en más de sus dos terceras partes. Con el pretexto de tomar las ruínas del foro romano ó del acueducto de Claudio, los agentes del servicio secreto colocaban sus caballetes en cualquier sitio. De esta manera, conseguían su objeto sin ser molestados. Nadie se hubiera imaginado que esos «artistas» levantaban la planimetría militar de la región. Mediante este procedimiento ingenioso, el departamento secreto de Berlín ha logrado apoderarse de datos vitales, de informaciones importantes. Pero los teutones no se contentan con un conocimiento detallado de las costas, de los puertos, de las ciudades y de todos los puntos estratégicos de la campaña. Van mucho más lejos; una vez terminada su obra, la pulen primorosamente, la cincelan, la retocan, como si fuese un relicario de oro. En el espionaje debe encontrarse también la perfección irreductible y abstracta de todos los sistemas germánicos. Ahora que el choque entre los pueblos es una realidad desgarradora, Alemania no quiere abandonar completamente la tarea que había comenzado con bastante éxito. Italia se vuelve á llenar de viajeros sospechosos, que ya no se disfrazan de artistas, sino que emplean un

método de trabajo más agresivo, una técnica más desenfadada. Días pasados, cerca de Nápoles, fueron detenidos tres sujetos en cuyas ropas se encontraron las pruebas indiscutibles de su oficio. En Trípoli, en casa de una alemana, la señora Seleweiekert, fué secuestrado un depósito de armas por las autoridades italianas. Pero más curioso fué lo que ocurrió en la estación Trastavere, donde fueron detenidos dos alemanes sospechosos. Uno de ellos, llamado Thomas Ashby, confesó que tenía en su poder todos los planos de la costa tirrena, de Civitavecchia, de Orvieto, de Tuscania, de Bolsena... Estas noticias no han causado en Italia ningún asombro. ¿Qué quiere decir esto? La opinión pública italiana nunca se forjó ilusiones respecto de los propósitos de Alemania. Del mismo modo, Guillermo II se dió cuenta de que Italia era un estorbo para una campaña de agresión; los hombres públicos alemanes estaban convencidos de que la nación latina no se convertiria en un instrumento pasivo de la política imperialista. Un profesor berlinés de derecho internacional asegura « que los tratados no tendrán más valor en lo sucesivo, después de la interpretación dada por Italia al pacto de la triple alianza. » ¿Acaso entiende el profesor alemán que la violación de la soberanía de Bélgica es una prueba sobre el valor de los tratados? Nada de eso. Se ha estado jugando con las palabras y con la libertad de los pueblos débiles. No obstante, Italia ha cumplido con su deber. En un momento de extravío pudo haber acompañado á Alemania, rompiendo con toda la grandeza de su historia. Pero la gran nacionalidad se ha mantenido digna de su pasado y de su destino. Lo que más ha herido el sentimiento germánico, lo que más ha

molestado el amor propio de los tudescos, es que la neutralidad de Italia equivale á declarar oficialmente que á Alemania no le asiste ninguna razón en el conflicto. De ahí los deseos de venganza. Según declaraciones de la prensa francesa, los planes del estado mayor consisten en atacar á Italia después de violar el territorio suizo. Así lo hace suponer, por otra parte, la concentración de numerosas tropas bávaras y austriacas en las proximidades de la frontera helvética. Es claro que nadie sabe nada, que todo son suposiciones y palabras. « Alemania no se sentirá feliz hasta el momento en que Italia también reciba su castigo », dice una revista militar de Berlín. Lo que hay de cierto es que los germanos no se conforman con su papel de agresores, apareciendo como los causantes del desastre, viéndose desautorizados por su propia aliada. Hasta ahora han tratado de disimular sus apetitos. Pero ya no pueden contener un solo minuto la violencia de sus pasiones. Después de los espías, marcharán los cañones. A toda costa, quieren aplastar la cultura de una raza formidable, estrellarse contra el peñón itálico, chocar contra la roca vigilante que desafió durante treinta siglos la tempestad de los pueblos huraños, de las tribus salvajes, venciendo á fuerza de luz, dominando á fuerza de ideas, conquistando el mundo con los relámpagos de su genio latino.

***

El heroismo de los hermanos Garibaldi, muertos sobre las trincheras del Argonne, ha resucitado en Francia viejos recuerdos melancólicos. Hay una parte en en la historia de la epopeya garibaldina que aparece velada por las tristezas

de la ingratitud. Cuando en 1870 Garibaldi combatió contra los alemanes, todavía era poco conocido en Francia. Más aún. Su presencia despertó envidias y sospechas. Terminada la guerra, el austero cruzado del derecho fué electo diputado por varios departamentos franceses. Como creyó oportuno declinar la elección, su renuncia cayó en medio de un silencio frio y hostil. Garibaldi quiso explicar su actitud. No se le dejó hablar. Un dimitente no podía hacer uso de la palabra. Las tribunas protestaron y fueron desalojadas. Pero cuando en otra sesión se quiso discutir la elegibilidad de Garibaldi, las iras de Víctor Hugo, el patriarca de la altivez francesa, se descargaron sobre toda la asamblea. «Nadie ha salido en defensa de Francia, exclamó. Ni un rey, ni un estado, nadie, hecha excepción de un hombre. ¿Y qué llevaba este hombre? Una espada, la espada que había ya libertado un pueblo y que podía salvar á otro. Yo no quiero herir la susceptibilidad de nadie; pero os aseguro que, entre los generales que han combatido por Francia, Garibaldi ha sido el único que no fué vencido». Estas palabras produjeron un torbellino de golpes y de alaridos. «Vuestro héroe es un comparsa de melodrama!», gritó un diputado. Pero Víctor Hugo no aceptó explicaciones. Arrojó su renuncia con desprecio. ¿Quién es capaz de apagar los estallidos del genio? Víctor Hugo era el espíritu más alto de su raza, la voz épica de su siglo. Esa voz tronó en el universo y renovó los ideales de una centuria. Las manos del profeta no se levantaron más que para consagrar, sus labios no se movieron más que para crear ó para maldecir. Dentro de su tiempo, Víctor Hugor vivía en la eternidad y jugaba

con ella. Garibaldi no habría encontrado nada mejor para su pedestal que ese fragmento desprendido de la *Légende des siècles*. Gran parte de su gloria está hecha con el bronce invencible donde el poeta esculpió sus versos inolvidables. Desde aquellos días atroces, llenos de inquietudes y de vergüenzas, la opinión cambió por completo. El nombre de Garibaldi floreció en el seno de la veneración, se abrió al encanto místico del entusiasmo. Francia se llenó de monumentos. En Dijón y en París se mantuvo viva la llama del recuerdo. De los santuarios donde se velaban las armas gloriosas y donde se conservaba el culto de las tradiciones libertadoras, escapó la figura del guerrero y voló por todo el planeta. Inglaterra, nación de historia caballeresca, hizo de Garibaldi su héroe favorito. La ciencia le tributó sus más altos juicios, la literatura le brindó sus mejores páginas. Hall Caine, ilustre escritor británico, lo llama « el gran caballero errante de la libertad ». Hasta en la Rusia autócrata y en la Alemania rígida, la silueta de este Quijote sublime ha evocado la pasión rebelde de la muchedumbre, su odio dormido, su fuerza consciente. Ahora que el tiempo se desgrana, día á día, y que otras doctrinas sustituyen á los viejos principios, los ideales de reparación humana todavía no han sido renovados. El resurgimiento garibaldino quiere decir que aún hay opresión y tiranía. Mientras exista la injusticia sobre la tierra, Garibaldi no perderá su actualidad. Sus sueños de fraternidad universal no han muerto; sobreviven en sus descendientes. Encarnados en la nueva generación latina, palpitan con la angustia de la hora presente, fundando su anti-

gua experiencia saludable sobre las torres de nuestro edificio vacilante.

***

«Nada es eterno en este mundo, ni las enemistades ni las alianzas». En esta frase de Crispi se advierte un pequeño destello de melancolía. Después de haber creado su absurdo «equilibrio europeo», buscando el apoyo militar de los grandes imperios contrales, el ilustre hombre público debió haber sentido la extraña inquietud del espíritu que trabaja con una arcilla áspera á la mano que quiere doblegarla y rebelde al molde que pretende darle su forma. Hace cuatrocientos años, un gran maestro de la sutileza y de la perfidia, aconsejaba á los príncipes el no aventurarse á estampar la firma al pie de un tratado que no contase antes con las simpatías de la muchedumbre. El jefe de estado, es cierto, puede obligar al pueblo á marchar contra lo que ama. Pero el fracaso más desesperado corona siempre estos extravíos dolorosos de la imprevisión. Maquiavelo no divagaba, no divagó nunca; fué uno de los teóricos de la política que jamás equivocó el camino. Saavedra Fajardo, doctrinario español que también conocía su oficio, apareció un siglo más tarde para predicar las mismas ideas sobre las alianzas de los monarcas. Almas gemelas, el italiano y el español tienen, sin embargo, una técnica distinta. Maquiavelo daba consejos á César Borgia; Saavedra Fajardo escribía para Felipe IV. El italiano sabía penetrar en la carne como un espina de metal; el español empuñaba la espada con bríos, atacaba de filo, meneaba mandobles, convencía á garrotazos. Saavedra

Fajardo, embajador de reyes, había vivido mucho tiempo en Italia y en Alemania. Si es cierto que aprendió á pensar en el país latino, trajo en cambio de la tierra germánica su formidable método de combate. Pero tanto el español como el italiano, cantaron en diferente tono la misma verdad. Se trata de un principio eterno, interpretado según los gusto de dos épocas. A través del tiempo, resultan siempre victoriosos los postulados de la naturaleza humana. La actitud reciente de Italia, arrastrada á una alianza que no podrá cumplir sin traicionarse, da la razón á Maquiavelo, cuya sonrisa mefistofélica se dibuja todavía en el infinito de la historia. En Courte Chaussé, sobre las trincheras del Argonne, un regimiento italiano acaba de regar con sangre las praderas calcinadas por el fuego de los obuses, acaba de dejar más de doscientos cadáveres tendidos para siempre sobre la tierra. Los enemigos no pudieron tomar un solo prisionero. Dignos de su historia, los italianos se hicieron matar antes que rendirse. En medío de una tempestad de truenos, de un huracán de plomo, los hijos de Italia rechazaron á bayonetazos regimientos enteros, arrasaron los parapetos, limpiaron las trincheras, se mostraron á la altura de aquellos legendarios piamonteses del general La Marmora, soldados de hierro frente á los muros de Sebastopol, fortalezas de carne frente á los cañones eslavos. No se sabe si Italia intervendrá militarmente en favor de la causa que defienden los aliados. Pero lo que puede asegurarse es que jamás tomará las armas para apoyar la acción imperialista da los germanos. Enviando sus ejércitos al flanco de un ejército austriaco, Italia se deshonraría, se suicidaría en la opinión de los hombres libres de

todas las razas, extirparía deliberadamente los órganos de su virilidad nacional. (1) No hay dique humano que pueda contener las grandes verdades del universo. La filosofía política del siglo XVI, es la única filosofía capaz de abrirse camino, porque sus principios son tan fatales é irremediables como la ley de la gravitación. El siglo XVI calcula y prevé; su doctrina sobre el estado es una geometría. Veremos triunfar de nuevo los estallidos del sentimiento italiano. Como los héroes de la antigua Roma, que mojaban su acero en la sangre de sus parientes sacrificados, Ricciotti Garibaldi ha acariciado sobre el cadáver de su hijo el recuerdo de la venganza. A su alrededor, un pueblo enorme ha llenado el aire de rugidos y de juramentos. Italia tiene ya los dados en la mano. Pero no vacila ante la suerte ni ante la partida en que va á jugarse su destino. El telón de la muerte se llena de sombras olvidadas; sobre su fondo lívido aparecen figuras brumosas y lejanas. Se diría que todo el heroismo anónimo de la unidad italiana, se encarnase de nuevo en el presente, que todo un pasado glorioso se volcase sobre esta hora de angustias, y que toda una historia de grandezas volviese á vivir en ese cortinado sombrío donde la eternidad refleja sus sueños solitarios.

*
* *

Pocas cosas tan chocantes como ver á un jesuita vestir la camiseta roja y convertirse en brioso capitán de garibaldinos. Pocas cosas tan

(1) Estas páginas fueron escritas antes de la intervención de Italia en la lucha.

extrañas como ver á uno de estos cruzados de la reacción que abandona su compañía, llena de misterios convencionales y de reservas terribles, para ceñir la espada de los libertadores y abrazar la bandera escarlata de los legionarios. En el mes de Julio de 1914, el padre Rivet era profesor de derecho canónico en la universidad gregoriana de Roma. El decreto de movilización lo sorprendió en plena tarea eclesiástica. Pero no le fué dado á Rivet vacilar un solo minuto. Se dirigió á Francia, y allí cambió su traje de religioso por el uniforme del soldado. Habiendo ingresado como teniente del primer regimiento extranjero, Rivet fué ascendido á capitán sobre el campo de batalla. Luego el jesuita se puso la blusa legendaria de los Garibaldi, y esta es la hora en que combate con los voluntarios italianos junto á las asperezas trágicas del Argonne. (1) He aquí á un hijo de San Ignacio luchando por ideales opuestos á los de su orden. Uno lo concibe como la tradición nos ha pintado á los jesuitas, aves de rapiña que quieren volar más allá de lo establecido por aquellas famosas «Constituciones» que pusieron tanta irritación y tanto encanto en el alma del cardenal Guiddiccione. No nos imaginamos ningún miembro de la fantástica compañía de Jesús, sin pensar en el perfil de buitre de su creador. Un jesuita debe tener ojos sombríos, nariz afilada y penetrante, labios inquisidores. Su fisonomía debe ser acariciadora y severa, sensual y disciplinada. En el fondo, la compañía de Jesús es un militarismo del espíritu, una voluptuosidad organizada para el despojo. Antes de ser santo, Ignacio de Lo-

---

(1) La legión garibaldina fué disuelta por el gobierno francés para evitar complicaciones con la Italia neutral.

yola fué militar y calavera. Conoció todas las estratagemas licenciosas de los cortesanos y todas las durezas hirientes de la guerra. Fué soldado con el duque de Nájera. En la heroica Pamplona sitiada por las tropas de Francisco I, una bala de cañón le destrozó las piernas. Pero su inteligencia escrutadora era un engranaje en marcha que pasaba por encima de los dioses y de los hombres. Y su espíritu, enriquecido por una experiencia tormentosa, pudo modelar la más amarga concepción del destino humano. San Ignacio es el investigador que confía sus secretos después de un juramento solemne, el alquimista que desdeña la popularidad y el renombre, pero que sabe guardar avaramente el resultado de sus descubrimientos. Sus tesoros están ocultos detrás de gruesas paredes de hierro, y los cerebros que han podido tocar sus manos, tienen ya el frío torniquete que les impedirá estallar á la luz. Los fundamentos de la doctrina jesuíta son una moral, una metafísica, una psicología, todo un sistema filosófico del universo. Nadie como San Ignacio ha comprendido los caprichos dolorosos de la naturaleza humana. Sus pensamientos son tan flexibles, sus raciocinios son tan finos, que podemos manejarlos á nuestro antojo sin necesidad de quebrarlos. Sus dogmas son tan sutiles como el aire que se abre á nuestro paso sin hacer el vacío. La substancia mental con que ha trabajado el gran maestre de la orden, puede servir para plasmar las figuras más contradictorias. Este jesuita rojo, egrimiendo la espada garibaldina, resultará una extravagancia para todos menos para sí mismo. El padre Rivet cumple con los designios de su compañía, pelea para la mayor gloria de Dios. El arrogante capitán de voluntarios está convencido de que á

Dios le disgusta el triunfo de la violencia sobre la libertad, la victoria de la fuerza sobre el derecho. Para los jesuitas, lo importante es el punto de vista. Se roba á las viudas ricas «ad majorem Dei gloriam»; se asesina, como Ravaillac, para agradar al Señor. La cuestión es que la divinidad quede satisfecha. Aunque no existan las pruebas de la alegría de Dios, basta la fe para suponerla y para crearla. De esta manera, pueden caber allí todas las sugestiones nobles y todos los pensamientos malvados. Al conocer la actitud del padre Rivet, los afiliados á la sagrada compañía se encogerán de hombros. La ciencia que han bebido á pequeños sorbos, les ha enseñado á ser tolerantes entre sí. Rueda que gira eternamente, círculo máximo, línea que no tiene principio ni fin, el jesuitismo es la nube que rodea al planeta, el anillo de Saturno hecho con cerebros diabólicos, con ojos desconfiados, que realizan sondajes en el alma humana y que penetran perversamente todas las intimidades del hombre.

CAPÍTULO XXI

EL SOLDADO ALEMÁN — UN SACERDOTE DE LA VIOLENCIA — LAS IDEAS DEL GENERAL VON BERNHARDI — LA MORAL DE LA RAPIÑA — SATURNALES SANGRIENTAS — LA PALABRA DE STAMMLER.

Entre los escritores franceses empieza á producir admiración la disciplina exacta y formidable del sodado germano. Ayer era Maurice Barrès quien entonaba un himno á esa heroica juventud alemana que, codo con codo, segada por la metralla, marchaba cantando á la muerte. Hoy es André Lichtemberger, quien comenta una carta de Martín-Saint Léon donde se pone en evidencia el vigor incansable de los ejércitos que quieren aplastar á Francia. « Tenemos adversarios de primera fuerza, dice el corresponsal. Es preciso haber estado en el frente y haber conversado con los oficiales de línea para darse cuenta de la extraordinaria preparación y del método superior que emplean los alemanes en la guerra. Esto resplandece en todos sus detalles; hasta su vigilancia es de todos los instantes ». En otra parte de su correspondencia, Martín-Saint Léon se detiene especialmente sobre la tensión nerviosa constante que requiere ese esfuerzo sobrehumano realizado por los franceses para contener asechanzas y

burlar sorpresas. « Desde el principio de la campaña, prosigue, los alemanes han recurrido á mil estratagemas diversas. Simulan, por ejemplo, una retirada para llevarnos hacia adelante y hacernos diezmar por ametralladoras disimuladas en montones de paja. Cuando ocupamos algunas de sus trincheras, es preciso esperar ataques en enfilada por medio de la fusilería, ó rudos asaltos por los conductos de acceso, verdadero dédalo que encubre toda suerte de emboscadas. Sus proyectores son de una potencia notable, lo mismo que sus obuses. En el juego de la guerra son maestros ». En una prosa seca y concisa, hecha á martillazos, el escritor reconoce que los ejércitos teutones están formados por el primer soldado del mundo. Ya son numerosos los franceses que han hecho iguales declaraciones. Pero de estas premisas, se obtienen resultados lógicos espantosos. Como si existiese un compromiso tácito, todos se refieren á la batalla del Marne, donde los soldados de Joffre rechazaron á las primeras tropas del planeta. Hay una penetrante voluptuosidad en escarbar el recuerdo de estas hazañas. Parece que todas las energías del pueblo se concentraran en ese arranque supremo de la raza que se levanta para vencer lo que se creía invencible. Un razonamiento suave y reconfortante fluye de esta capacidad moral para dominar las fuerzas ciegas del destino. ¿Qué puesto debe ocupar en la historia un ejército que ha vencido á tales soldados? Junto á las márgenes del Aisne, en la larga línea que se extiende de Bélgica á Alsacia, los dos monstruos se acechan pacientemente ó se hostigan sin descanso; tratan de dividirse, de penetrarse, de quebrarse. Los generales se empeñan en des-

cubrir secretos, movimientos, astucias. Se sabe que el soldado tudesco es una máquina maravillosa y temible, á la cual no hay que tocarle más que algunos resortes para que haga prodigios. Detener esta violencia con base geométrica, ha sido la obra del militarismo republicano. Por lo pronto, se ha paralizado la ofensiva alemana, y no está lejos el momento en que los ejércitos de la democracia puedan marchar hacia adelante. Se trata de fundir la energía de tropas superiores, de deshacer las combinaciones de la casualidad. Es necesario que el alud inmenso, con fuerza propia, con conciencia propia, quede convertido en un mecanismo descompuesto. Decir que el soldado alemán es enemigo de poco empuje, equivale á declarar que la victoria resulta una empresa fácil. Sin verdadero sacrificio, sin heroismo, el triunfo es una campana muda, resulta hecho con un metal sin sonoridad. Los escuadrones germánicos han llegado oportunamente para dignificar ese momento de la historia humana, para dar su voz al clarín potente de todo un siglo. No extraña ya el ver como los escritores franceses detienen su pluma, atónitos y admirados, ante la gigantesca organización militar de los hombres del norte. De esta manera, el esfuerzo galo tiene su sanción. Raza generosa, que regó con su sangre libertadora los campos de Europa, tiene hoy más que nunca la seguridad de vencer, la certidumbre de cubrirse de gloria rechazando al ejército más disciplinado de la tierra. Francia sabe que los errores se expían en el silencio, que las menores faltas se purgan por sí solas. La filosofía indostánica nos enseña que se paga el mal que se hace aún inconscientemente. La moral busca su equi-

librio como las aguas. Todavía las penas son más terribles cuando esta moral tiene fundamentos científicos y se orienta en el sentido de la nacionalidad. Por eso, Francia marcha tranquila. Reconoce la fuerza arrogante, la soberbia del enemigo, pero un misterioso instinto le dice que esa fuerza se apoya en el vacío, que esta soberbia no tiene impulsos subjetivos, y que todo debe perecer por falta de ideales.

***

Después del emperador, el general Von Bernhardi es hoy tal vez uno de los alemanes más célebres. Distinguido oficial de caballería, reputado táctico y autorizado escritor en materia militar, su libro *Alemania y la próxima guerra* se aparta del profesionalismo técnico para construir, en un plano de vigorosas abstracciones, la teoría filosófica de la presente conflagración. Ha bastado este solo volumen impresionante, casi profético, para dar á la figura de su autor relieves de verdadera universalidad. Von Bernhardi nos enseña que el incendio que desgarra actualmente las entrañas de la sociedad humana, no es hijo de la irreflexión ni se debe á un simple movimiento impulsivo. La guerra obedece á causas más hondas; tiene sus raíces en los principios de una doctrina inmutable, que es también la religión de todo el pueblo germano, el cual debe su soberbio engrandecimiento al culto constante de la violencia dominadora. Alemania es el país de los hombres lógicos, de los razonadores implacables. Su método, frío y paciente, predica el asalto de los demás pueblos, la conquista sangrienta del mundo. Las generaciones humanas sólo tendrán valor positivo, cuando

puedan ser acuñadas con el sello teutón y puedan ostentar su *Made in Germany* como cualquier mercadería salida de fábricas germanas. Los ejércitos alemanes no son más que el instrumento de una filosofía nacional; escriben á cañonazos los apotegmas de los nuevos sistemas morales. Cada acto tudesco, por más inquietante que sea, tiene su doctrina teórica que lo explica perfectamente. La guerra se hace desde los templos, desde las universidades, desde los mostradores, desde los centros industriales, desde los laboratorios. Decía Treitschke, que « Dios hará que la guerra se repita siempre como un medicamento drástico para la raza humana ». Por su parte, los industriales y comerciantes, como Witting, afirman que solamente un gran ejército puede hacer la prosperidad económica de Alemania. Noventa sabios y profesores acaban de dirigir un manifiesto al mundo, declarando que « la ciencia alemana, para subsistir y progresar, necesita del militarismo ». Más ocurrente todavía fué el internacionalista Stengel, gran admirador de la cultura médica, quien declaró que la guerra era necesaria, « porque había hecho dar grandes pasos á la cirujía ». Luego, el mismo profesor agregaba que « es preferible gastar dinero en armamentos, que en objetos de lujo, automóviles superfluos y otras sensualidades ». Como premio á sus declaraciones, Guillermo II designó á Stengel para que lo representase en la última conferencia pacifista de La Haya, en la seguridad de que no traicionaría las verdaderas idealidades del imperialismo. Pero nadie, como el general Bernhardi, ha sabido definir más claramente la ética guerrera de Alemania. En un estilo musculoso y fuerte, rasgado á veces por expresiones ardien-

tes, verdaderos giros latinos, que revelan el origen meridional del autor, Von Bernhardi ha construído, con substancia eterna, el armazón doctrinario de un conflicto bélico, que se presentaría á los tres años justos, como la solución teórica del gran problema de la omnipotencia germana. Bismarck no andaba equivocado cuando dijo que la guerra era la industria que mejor resultado había dado á Alemanía. Imitando al monarca de rapiña que despedazó á Polonia y sojuzgó á Silesia, Bismarck amputó á Dinamarca, humilló á Austria y sometió dos provincias francesas al régimen brutal de la autoridad militar. Es claro que, sin ese culto fanático á las soluciones sangrientas, Prusia nunca hubiera conseguido formar la unidad imperial ni preparar la grandeza de Alemania. Psicológicamente, analizando la evolución social del pensamiento germano, se explica esta ferviente adoración del ejército, se comprende esta loca divinización de los famosos cañones de sitio, popularizados en cartulinas como si fuesen imágenes piadosas. Von Bernhardi no ha hecho otra cosa que dar forma brillante al sentimiento religioso de la destrucción, convirtiéndose en el sacerdote de la violencia organizada, en el apóstol de la civilización purificada por el fuego, en el profeta rojo de esta tempestad hierro que pulveriza en un solo segundo todas las ilusiones seculares de la fraternidad universal.

***

Las ideas de Von Bernhardi son las ideas de Alemania expresadas con un vigor desconocido. El autor de *Alemania y la próxima guerra* ha puesto allí toda su fuerza mental, toda su auda-

cia consciente, toda su sinceridad demoledora. Su doctrina no puede ser más terrible. El pueblo alemán debe alcanzar la supremacía en el mundo, abriéndose paso á sangre y fuego, « y sin preocuparse de los derechos de los demás pueblos ». En estas simples líneas, se lee la condena de Bélgica. Debe acabarse de una vez con la mísera existencia de las naciones pequeñas. Von Bernhardí no se detiene á contemplar el efecto de su pensamiento. Prosigue su camino con una lógica espantosa. « Nosotros reclamamos ahora nuestra parte en el dominio de este mundo ». La paz es una planta maléfica y disolvente, puesto que los deberes peculiares del pueblo alemán deben cumplirse por medio de la fuerza militar. « Es de desearse que la conquista se efectúe por los métodos de la guerra y no por los de la paz. Silesia no habría tenido el mismo valor para los prusianos, si el gran Federico la hubiera adquirido por la adjudicación de un tribunal de arbitraje » ... Von Bernhardi juega risueñamente con los pacifistas, pero no vacila en arañarlos con sus garras de acero. « Sentimos con irresistible fuerza la orgullosa convicción de que la importancia de Alemania en el desenvolvimiento total de la raza humana, es, más que grande, suprema ». Para germanizar al planeta, no hay otro medio que aplicarle la tea incendiaria. El escritor se irrita cuando piensa que todavía existen soñadores. « La tentativa de abolir la guerra, no sólo es inmoral é indigna de la humanidad, sino que es una tentativa de despojar á los hombres de su más alto atributo, que es el derecho de exponer la vida material en defensa de un objeto ideal. El pueblo alemán debe persuadirse de que el sostenimiento de la paz no es, ni puede ser jamás, el obje-

tivo de su política» En otra parte de su libro, Von Bernhardi parece atraído por la concepción darwinista de las conflagraciones humanas. «La guerra, dice, es una necesidad biológica de la mayor importancia, un elemento regulador en la vida de la humanidad, elemento que no puede ser suprimido, ya que sin él la especie experimentaría un enfermizo desarrollo, excluyente de todo adelanto de la raza, y por lo mismo, de toda civilización efectiva». El general consigue dar más precisión á su pensamiento, y agrega que la guerra es algo más que una necesidad biológica. Ella es el derecho supremo. «La disputa respecto de qué lado se halla el derecho, se decide por medio de la acción armada. La guerra da la solución biológicamente justa, puesto que esa solución reposa en la verdadera naturaleza de las cosas». Además, para Von Bernhardi, la guerra es una enseñanza de moral, una lección que debe aprenderse y que constituye un alto progreso espiritual y civilizador. Los germanos deben sacar de las llamas todo el provecho posible. En esa hornalla rojiza se funde el terrible metal del poderío teutónico. Aplastada Francia, hundida Inglaterra, ¿no se tratará, acaso, de modelar el mundo como si fuese de arcilla? «Sólo entonces, exclama Von Bernhardi, habremos cumplido con nuestros grandes deberes del futuro, nos habremos desarrollado como potencia mundial, y habremos marcado á una gran parte de la humanidad con el sello del espíritu germánico». He aquí, resumida en pocas palabras, toda la doctrina de violencia proclamada por los maestros teóricos del imperialismo. Las máximas de la expansión militar, predicadas sin tregua desde los altos centros de la cultura universitaria, se han fil-

trado silenciosamonte en el pueblo hasta crear un sistema metafísico para uso exclusivo de la nación alemana. Para dar una idea de la fuerza casi orgánica con que ha sido aceptada esa construcción ideológica, basta afirmar que una inmensa mayoría de socialistas, después de votar los créditos de guerra, aplaudió la violación de la neutralidad de Bélgica como una circunstancia imperiosa y fatal de la tendencia imperialista de los germanos. Es desconocer á Alemania pensar que puedan prosperar ideas de traición, propósitos contrarios á los verdaderos intereses del imperio. Donde el internacionalismo, desde el tiempo de Marx, no existe más que como un fantasma convencional, Von Bernhardi resulta un símbolo victorioso. Contradecirlo, sería suicidarse. Esas ideas están identificadas con la nación. Von Bernhardi y Alemania son una misma cosa. Voluntad fuerte, cerebro de una franqueza resuelta, bien se ha ganado el insigne teorizador la fama estrepitosa que hoy rodea su claro nombre, casi italiano, suave, sin asperezas, que parece, sin embargo, sentirse muy á gusto en medio de las trabajosas desinencias góticas, grabadas por los rudos hombres del norte...

*
* *

Dentro del sistema de rapiña internacional proclamado por Bismarck, los pueblos de moral más honesta resultan los más vivamente escarnecidos. Un país que no tiene el culto de la rapiña y que cree en las fantasías del derecho, es un país despreciable. La Inglaterra, conquistada por la escuela de Mánchester, sufre también la sátira áspera del canciller de hierro. « Ese país

no entra en mis cálculos, escribe, desde que ha renunciado por su propia voluntad al dominio de las islas jónicas. Una potencia que cesa de tomar y comienza á devolver, es una potencia agotada ». La grandeza del imperio alemán está precisamente condensada en esa última frase. ¿Qué quedaría de Prusia, si tuviese que devolver á sus legítimos dueños Alsacia-Lorena, Polonia, Schleswig-Holstein? No sólo debió establecerse la doctrina de « conquistar y no devolver », sino que fué necesario armarse hasta los dientes para que esta máxima se hiciese efectiva. De nada sirve tomar por asalto á los pueblos, si antes no se cuenta con un ejército poderoso, capaz de llevar á cabo la empresa y de conservar, durante la paz, el producto de los despojos. Claro está que la práctica de violencias y de pillaje, atrajo contra Alemania las descargas de una terrible antipatía universal que el mismo Bismarck se complacía en constatar orgullosamente. No obstante, con su sonrisa diabólica, el canciller llamaba á los alsacianos y lorenenses « nuestros hermanos reconquistados ». El abate Wetterlé nos ha revelado la forma dulce y amable cómo los alemanes trataban á sus queridos hermanos. El regalo no ha podido ser más terrible ni más afrentoso para la dignidad de las provincias anexionadas. Esa lista de represiones sombrías es el mejor proceso que puede hacerse á la política bismarckiana. Alsacia-Lorena sufrió, bajo la bota del vencedor, muchos años de dictadura abominable. « Se expulsaba á los ciudadanos del país, dice Wetterlé, se ordenaban pesquisas y arrestos arbitrarios, se suprimían los diarios, se disolvían las asociaciones. Por cualquier motivo, se proclamaba el estado de sitio. Se estableció

un régimen de pasaportes, que levantó una muralla china alrededor de las dos provincias; se prohibió la enseñanza del francés, no permitiéndose poner inscripciones francesas al frente de las casas ni aún sobre las cruces de los cementerios». Luego el mismo escritor declara que existía la exclusión sistemática de los naturales en todas las funciones públicas importantes, listas negras de sospechosos, abusos policíacos, vigilancia constante, espionaje en todos los momentos, impedimentos para viajar y establecerse, explotación de la riqueza privada por los alemanes, todo un conjunto furioso de extorsiones reglamentadas, metódicas, capaces de matar el más formidable de los estallidos rebeldes. Tomar y no devolver! La teoría de Bismarck no puede ser eterna, porque exige demasiado gasto de violencias. Cuarenta y cuatro años son bien poca cosa en la historia de un pueblo fuerte, que ha adoptado en sus relaciones para con los demás países la misma moral que Bonnot y Callemin usaban con los individuos. Las *Memorias* de Bismarck y las de Raymond La Science, el aventurero guillotinado, tienen pasajes que parecen escritos por una misma mano. Todos los teóricos de la rapiña se parecen. Poco importa que unos vistan la blusa del apache y otros la toga del profesor. Un ilustre universitario alemán, Emilio Schaffer, ha publicado varios libros donde defiende ardorosamente la legitimidad del robo en los pueblos invadidos. Resulta curiosa esta tenacidad de un pueblo de sabios empeñado en la tarea ingrata de de justificar la crueldad, las violaciones y los saqueos, antes de ser cometidos. El despojo predicado como doctrina, es el mejor alegato contra una raza que, ni du-

rante un solo minuto de su historia, se aventuró á sacrificarse por el derecho de los demás, por la verdad, por la justicia, por ninguna de esas quimeras vacilantes que hacen amable la vida de los hombres. Al ser egoistas, los teutones han sido también monstruosamente prácticos. Pero « aún cuando el egoísmo sea la ley de la naturaleza entera, no ha de ser por eso la ley de la humanidad », escribió Brunetière. Es verdad que únicamente triunfan los individuos que sólo piensan en sí mismos, así como las naciones que no tienen escrúpulos para realizar el mal. Basta ser fuerte para obtener la victoria. La moralidad es un estorbo, un lazo maldito que paralizará nuestra acción, que nos trabará las piernas y nos ligará los brazos. Hasta el momento presente, no han triunfado más que los sistemas de rapiña internacional. Aunque la humanidad crea en la justicia, la violencia no se pregunta si está acompañada de la razón cuando quiere imponer sus caprichos. La buena causa no vence si no tiene cañones. De la misma manera, el hombre honrado que cae en manos de bandoleros, perecerá irremediablemente, será asesinado y despojado, mientras no guarde un revólver en el bolsillo. Jesús era un ser incompleto porque no sabía defenderse. La justicia no basta cuando se es débil. Y somos tan torpes, que nos hallamos dedicados hace siglos á la tarea hipócrita de engañarnos á nosotros mismos con falsas ideas de bondad, mientras se mancilla el derecho, se hunden los sueños redentores y naufragan todas las ilusiones morales.

***

El teniente Otto Wahrheit acaba de entrar al hospital militar de Munich, arrastrado por dos enfermeros. Es un hermoso gigante bávaro, de miembros elásticos, anchas espaldas y puños sólidos. Su apostura fuerte y tímida, sus cabellos revueltos, sus mejillas frescas y encarnadas, le dan un aire de severa dulzura, de gracia infantil. Los ojos de Otto están cubiertos por una venda que le llega hasta la mitad de la frente. Parece un Eros monstruoso, tallado sobre mármol rosa, un Eros sin flechas ni carcaj, grave y triste, que hubiese escapado del mundo perseguido por la amargura del desencanto. Un médico pequeño, rechoncho, con barba rojiza, se acerca al militar y le arranca el trapo blanco. De todos los pechos sale un grito de horror. Aquel rostro no tiene ojos. No se ven más que dos agujeros negros, dos órbitas llenas de sombra, con párpados arrugados, aplastados, que caen hacia adentro como sorbidos por el vacío. Los cascos de granada han hecho brotar de la horrible oquedad lágrimas rojas que se han secado sobre los pómulos. Pedazos de piel sanguinolenta se amontonan á los bordes de la herida sombría, como los basaltos alrededor de un cráter. El médico se ha inclinado cuidadosamente sobre las llagas y ha extraído los pequeños fragmentos de metal; después ha lavado las cavernas, ha higienizado la nueva morada de la noche. Pero cuando dos algodones, al través de los cuales se iba filtrando la sangre, ocuparon el sitio de los ojos, aquella muchedumbre hospitalizada, toda aquella carne del dolor, sintió el espasmo de la risa, la necesidad de burlarse de esa máscara rígida, inexpresiva, balbuciente, donde el sufrimiento había puesto un sello de estupidez cómica y

desesperada. Los heridos muerden las sábanas para no estallar, se sienten acometidos por un temblor histérico, estremecidos por un hipo cortante, que no sale afuera, pero que les roe las entrañas. Frente á ese espectro ridículo y trágico, nos sentimos humillados después de haber reído. He ahí el carnaval de 1915. Momo llega sin ojos, con paso vacilante, tanteando el suelo con un bastón. Sus vestidos desgarrados, parecen sudarios con hedor á tumbas; sus cascabeles suenan á vértebras entrechocadas. Su rostro lívido está embadurnado de sangre, y todo su aspecto es pesado y fúnebre. Él nos hará avergonzar de nuestra repentina alegría sin motivo. Al fin de cuentas, Otto Wahrheit ha infundido á nuestras saturnales el espíritu de su infortunio inquietante. Enseñar dos algodones enrojecidos en lugar de ojos, no es espectáculo de todos los días. Otto tiene un bonito disfraz. Su familia seguramente no va á reconocerle. El militar ha vuelto de la batalla con una careta distinta de la que había llevado. ¿Acaso Otto pudo haberse dado á conocer antes mejor que ahora? Los ojos son dos bolillas diabólicas que saben traicionar nuestro pensamiento, dos espejos que deforman las imágenes de nuestra conciencia, que falsifican los rayos de nuestra sinceridad. Esos puntos deslumbrantes, que nos fascinan y que nos perturban, han sido hechos para mentirnos, para engañarnos entre lágrimas y sonrisas. Mercutio, el personaje de Shakespeare, se disfraza para una noche de aventuras, exclamando filosóficamente: «Una máscara sobre otra». ¿Quién puede saber lo que se oculta detrás de esas membranas brillantes y húmedas, bajo esos músculos flojos, dóciles, plás-

ticos, que toman todas las actitudes de la serenidad y de la pasión? La inteligencia no hace más que pulir nuestra hipocresía, dar brillo á los enigmas de nuestra vida interior. Nada más torpe que querer descifrar al hombre por una mueca ó por una mirada. Después de matar á sus enemigos, Benvenuto Cellini se presentaba ante el santo padre con una sonrisa de piedad. Pero si esto no era suficiente para Clemente VII, el artista desnudaba sus duros ojos de diamante; un botón de capa pluvial, pequeño y frágil, lleno de maravillas cinceladas, bastaba siempre para conquistar el perdón de los crímenes. Los italianos del renacimiento nos enseñaron á enmascarar nuestras ideas, á poner un disfraz á nuestros afectos. Para esa sutil filosofía, el hombre sincero es una llaga que no cicatriza más que para morir, el amor es una farsa sin desenlace, la virtud un contrato que puede rescindirse todos los días y el compañerismo una complicidad. Por todas partes farsantes, prevaricadores y malvados. Nuestras saturnales no tienen parecido en los siglos. Al estallar de esta risa macabra, Larra batiría palmas. En el rodar incesante de las centurias, habría encontrado por fin una pizca de bestialidad sincera. Es claro. Larra era un romántico. Buscaba en los libros el medio histórico donde hubiera podido vivir á su antojo. Defendía así las inclinaciones de su corazón, los intereses de su alma. Último representante del negro pesimismo español, surcado por relámpagos y sarcasmos, él había comprendido, como Mercutio, al empezar su correría nocturna, que es inútil añadir más acentos penosos á la mascarada eterna de nuestra vida. Por eso, el monstruo ciego nos estremece, nos

obliga á reir y á llorar, cuando asoma á lo lejos su rostro sangriento y nos hace guiños con sus ojos vacíos...

***

El ilustre Stammler, profesor de la Universidad de Halle, uno de los más sutiles metafísicos del derecho, ha visto con dolor fracasar en cinco minutos la idealidad moral de toda su vida. Siendo Stammler el menos prusiano de los filósofos del imperio, es acaso el más alemán de todos. Por razonamiento y por doctrina, resulta hijo directo de la gran escuela de soñadores que hizo la grandeza intelectual de la vieja Alemania de Goethe, de Kant y de Fichte. No obstante ser miembro de un poderoso imperio, su culto por la fuerza dominadora es muy relativo. Stammler cree en el bien, en la justicia, en el derecho; tiene las virtudes patriarcales de los alemanes del tiempo de Carlos V. Para él, el derecho es una voluntad soberana, enlazante, inviolable, la única fuerza constructiva capaz de organizar las demás ideas de bondad No es posible disciplinar nuestro universo moral sin poseer antes la noción de nuestras necesidades legítimas. El patriotismo de Stammler es ardiente, pero le impide odiar á los enemigos. Una discreta filosofía le hace triunfar sobre todas las cosas. «En su propia casa, escribe Demófilo de Buen, nos reuníamos con frecuencia para tratar y discutir cuestiones jurídicas, y allí todos, sin distinción de nacionalidades, éramos acogidos con benevolencia, escuchados y atendidos. Un día antes de estallar la guerra, nos reunimos también. Éramos, á lo que recuerdo, tres rusos, un holandés, dos españoles y cinco ó seis alemanes. La conflagración euro-

pea aparecía como inevitable; en los rostros de todos notábase hondísima preocupación. De los asistentes habrían de encontrarse, tal vez, algunos frente á frente en el campo de batalla; Stammler sabía que dos de sus hijos partirían para la guerra. Y sin embargo, no se habló una palabra del conflicto. Se desvió discretamente una conversación que hubiera podido resultar enojosa. En la reunión reinó una extremada y verdadera cordialidad. Y á la salida, el maestro tuvo para todos una palabra afectuosa». La moral de Stammler debió sufrir un rudo golpe, cuando el canciller formuló ante el parlamento sus declaraciones monstruosas. Aunque las ideas del pensador hubiesen estado dotadas de una prodigiosa elasticidad, jamás hubieran alcanzado á cubrir ni á justificar semejantes violencias. «Al día siguiente, agrega el mismo escritor, nos dió Stammler la última clase de Filosofía del Derecho del semestre. Le escuchaba también un numeroso auditorio internacional. Era ya en momentos crueles; la guerra no podía evitarse; el fantasma de la desolación desplegaba sus alas inmensas sobre todos los corazones. Y hubo un momento conmovedor, que nuncá olvidaré en mi vida. Stammler nos hablaba de su fe en que la historia del mundo es un progreso hacia la justicia. Todos lo oíamos con un religioso silencio. De pronto notamos que su rostro daba señales de una emoción intensa. Con su palabra maravillosa — Stammler es uno de los más grandes oradores que pueden oirse — nos describía la amenaza de estos momentos terribles, en que el hombre se convierte en lobo del hombre, viniendo á tambalear sus ilusiones de una marcha eterna hacia el bien. Y el filósofo que ha escrito unos libros profundos y fríos, persiguiendo el hilo sutil de los razonamientos, vertió, emocio-

nado, unas lágrimas amargas, que no le dejaron articular sus últimas palabras ». Puede ser que Stammler haya sentido la misma angustia que Eucken, el pensador convencido de que sólo Alemania lucha por el ideal en contra de los intereses materiales. Acaso sienta su vanidad intelectual terriblemente herida, el disgusto altivo del hombre que ve caer sus ideas á la nada, como si fuesen las hojas muertas de un árbol vigoroso que habrá de estallar más tarde en otros brotes y en nuevos retoños. Pero en la Alemania contemporánea, Stammler resulta algo más que un contrasentido. Es un tumor infeccioso, que ya habría sido operado si lo hubiesen creído capaz de incomodar. Nada significa Stammler frente á los cultores de la fuerza sangrienta. ¿Quién es el filósofo de Halle ante un Treitchske ó un Von Bernhardi? Mientras dura la guerra, bajo el azote fatal del fuego, Stammler modifica su cerebro, transforma sus doctrinas. No se puede vivir en Alemania sin el pensamiento prusianizado. Así lo entendieron Hellwold, Mommsen, Ranke y el mismo Marx. El concepto materialista de la fuerza no se impone á nadie; penetra en el espíritu en forma de idealizaciones encantadores. La conciencia más rebelde empieza por abrazar espontáneamente ese mundo ático de la violencia y termina aceptando todas sus consecuencias materiales. De la abstracción á la realidad hay tendido un puente admirable de deducciones lógicas. Y á Stammler, no le quedará otro recurso que pasar por allí.

CAPÍTULO XXII

« RUSIA ES LA NADA... » — LA AURORA ROJA — LOS RIVALES — NUEVAS LEYENDAS — LAS ÚLTIMAS CORTESANAS — EL SENDERO DE LOS MUERTOS — PAUL SARRAIL — FIN.

« Rusia es la nada », escribía secamente Bismarck al terminar los apuntes después de su misión á San Petersburgo. En tiempos de Gorschakoff, una retórica sonora y amenazante había hecho de Rusia el país fantástico, aterrador, en cuyos campos se sembraban bayonetas como si fuese trigo, y se plataban cañones en lugar de árboles. Pero el canciller de hierro, cuando tuvo en sus manos el secreto de tantas ilusiones, no vaciló en desacreditar por todos los medios posibles un prestigio hecho sólo de palabras brillantes. De ahí que Alemania haya dedicado preferente atención á sus operaciones militares en la frontera occidental. Mientras á Francia había enviado al principio cincuenta cuerpos de ejército, en Rusia no mantenía más que quince. Tanto el estado mayor germánico como sus principales teóricos de la guerra, han vuelto sus ojos hacia el ejército francés, el único enemigo respetable de la integridad alemana, la única fuerza capaz de desafiar con éxito el poder militar de Guillermo II. Basta leer á cualquiera de los tratadistas tudescos para convencerse de que Rusia no desempeña ningún papel en el balance de las posibilidades militares. Todo

el inmenso imperio de los zares ha sido envuelto en el más olímpico de los desprecios. No importa que los ejércitos germanos y austriacos no hayan llegado todavía al mismo corazón de la estepa. A lo largo de los enormes frentes del Vístula, Wartha, Czenstokowa, Cracovia, Bug, Dniester, Narew, Cárpatos, la suerte de las armas no se decide definitivamente por ninguno de los dos bandos. Caprichosa y voluble, con debilidades de cortesana, la victoria ha otorgado á todo el mundo sus favores fáciles. Pero todo ello ha sido conseguido á costa de matanzas abominables. En Galitzia y en la Polonia oriental, llanuras encharcadas de rojo, cauces por donde corre más sangre que agua, señalan el pasaje de los vencedores. Heridos en su amor propio, los alemanes han mandado á la muerte más cuerpos de ejército. Casi todos sus hombres han sido devorados por el desierto ruso. «Lo que está pasando en Francia, escribe un observador, resulta juego de niños comparado con el horror de la campaña oriental. La humanidad quedará aterrada cuando conozca los detalles de esa espantosa carnicería». Napoleón contradijo duramente al canciller de hierro cuando afirmó que dentro de cien años la Europa sería cosaca ó republicana. Fino psicólogo, el vencedor de Austerlitz se había bañado más de una vez en la imensidad del mar eslavo, conocía sus punzadas secretas y frías. El mismo emperador repetía que, para que un ruso dejase de hacer daño, había que matarlo primero y empujarlo después de muerto... Millones de bárbaros, legiones de mogoles y de tártaros, naufragaron en Rusia cuando intentaron tocarla. «Rusia es la nada»... La nada y el infinito son una misma cosa. No hay fuerza

más poderosa que aquella que no tiene límites. El tiempo, que también es la nada, dispersa los siglos como si fuesen granos de arena, derrumba y aplasta generaciones enteras. Dentro del espacio, que también es la nada, cabe todo el universo, juntamente con nuestras miserias y con nuestros heroismos. Frente á la nada todo se desvanece. Ante ella se secan los planetas, y los astros quedan convertidos en espectros helados. El imperio de Augusto vive un solo minuto, y la gloria estruendosa de Alejandro apenas si suena como un cascabeleo moribundo. Rusia es la nada! ¿Acaso Bismarck creyó que Alemania disponía de algún sortilegio para desafiar á lo que no puede desafiarse? Conforme van llegando los cuerpos de ejército, Rusia se los traga como si se hubiese transformado en monstruo insaciable. Por más grande que sea la ración humana, la estepa nunca estará satisfecha. En la cena trágica de 1812, Rusia se comió un ejército de seiscientos mil hombres. De poco vale una organización militar perfecta, si hemos de luchar contra el infinito. Esta invasión á la nada es tan insensata como una carga de caballería al océano. Rusia es sagrada en la imponente soledad que la defiende de toda agresión. Mata con solo mirar, fulmina con solo cruzarse de brazos. Los dardos del invasor chocan contra la piedra de la esfinge y caen al suelo en forma de semillas malditas. Pero, sin alterar el silencio que rodea la noche blanca de los ensueños eslavos, los rondadores melancólicos bajarán de las aldeas incendiadas, de las cabañas escondidas en cuevas salvajes, para señalar sobre la nieve llena de cadáveres, el rastro doloroso de los fugitivos.

***

El príncipe Kropotkine ha predicho para después de una conflagración europea, el punto inicial de un gran movimiento revolucionario que daría al traste con todas las instituciones consagradas por la historia jurídica de los pueblos. Por otra parte, los centros más influyentes del sindicalismo internacional organizado, han esparcido por el mundo, en vísperas de la declaratoria de guerra, la nueva augural de las redenciones definitivas. Se ha afirmado resueltamente que la revolución social será una consecuencia directa de la postración del espíritu militar en las multitudes debilitadas y desangradas por continuos cataclismos guerreros. Bastará un simple contacto para provocar el enorme estallido. Y henos aquí de nuevo frente á la aurora roja de los grandes soñadores rebeldes, frente al parasitismo y al proletariado, las dos fuerzas históricas que disputan terriblemente su soberanía en el seno de la sociedad humana. Las muchedumbres parecen cansadas de devorarse á sí mismas. Absorbidas al través del tiempo por el poder militar, absoluto y todopoderoso, han heredado la fatiga secular de la matanza y con ella el sentimiento abominable de su servilismo. Nuestra historia no es hasta el presente más que la historia de nuestra propia abdicación como hombres. Nos hemos enlodado eternamente en las más bajas humillaciones hacia los ídolos solitarios y voraces que disponen á su antojo de nuestra especie. Se explica que Nietzsche tuviese tanto desprecio por los hombres, cuando fué capaz de admitir la sumisión perpetua hacia los seres que constituían la suprema expresión de la fuerza. No tenía en cuenta aquel extraño y paradojal espíritu, que la energía de los grandes dominadores no es la suya

propia, sino que se hace con la esclavitud del pueblo; el tumor infeccioso será tanto más fuerte y más lozano cuanto mayor sea la debilidad del paciente. El verdadero superhombre es el que devuelve á la humanidad sus derechos y no el que se los arrebata. De nada vale que haya pueblos libres, abiertos á todos los ideales que ennoblecen nuestra condición humana, si existen todavía emperadores que pueden destruirlos, disponiendo en su provecho de la voluntad de millones de esclavos. Y en pleno fracaso de todos los sueños de regeneración y solidaridad, sólo resta á los grandes luchadores el recurso supremo y trágico del desgarramiento. El famoso príncipe ruso, desde su retiro de Londres, irguiendo su blanca y tranquila cabeza de octogenario, se ha levantado para profetizarnos la aurora sangrienta, la guerra atroz y sin cuartel á la injusticia de los poderosos. El anciano patriarca espera sereno. No quiere morir sin que sus pupilas apagadas revivan en los reflejos del incendio final de nuestro planeta ardiendo por sus dos hemisferios.

***

En la interminable línea de Francia, cuyas alas tocan en Bélgica y Alsacia, en el frente inmenso donde combaten seis millones de hombres, las cosas se han dispuesto de tal manera, que cada general francés tiene su rival alemán. Nadie hubiera sospechado que esta guerra tuviese su parte de duelo científico. Todo jefe es un intelectual que calcula, todo estado mayor es una asamblea de cerebros que piensan, que organizan el movimiento de las tropas y que preparan la victoria de sus teorías. El campo

es un inmenso anfiteatro, un aula de crítica, una escuela de experimentación, donde los generales aplican sus doctrinas y refutan á cañonazos, á golpes geométricos, los errores del adversario. Con su triunfo de la Fére-Champenoise, por ejemplo, Foch demostró que sus ideas sobre el ataque de grandes vanguardia no eran equivocadas. De la misma manera, se comprobó que las afirmaciones de Moltke respecto de la acumulación de grandes masas y de la ofensiva en filas cerradas, no tienen valor alguno cuando se trata de luchar contra un sistema complejo de trincheras y fortificaciones. Tenemos, frente á frente, dos modalidades opuestas, dos temperamentos distintos. De un lado vemos el pesado estado mayor germánico, con el emperador y el general Falkenhayn á la cabeza. De la otra parte está Joffre, generalísimo, y Foch, jefe de los ejércitos del norte. Todo ese cuerpo de generales tiene la característica del genio francés; es ágil, sereno, reflexivo. Luego viene el núcleo de los grandes jefes que cruzan su espada con el rival y que están en contacto con el fuego. La guerra de topos á la que estamos asistiendo, ha sido organizada en una forma maravillosa. Empezando por el extremo norte, del lado de Nieuport, vemos á D'Urbal erguirse frente al duque de Wurtemberg. En La Bassée, el mariscal French se entiende con el príncipe de Baviera. Desde Maricourt hasta Le Quesnoy, pasando por el Somme, los generales Maud'huy y Castelnau contienen el avance y desbaratan los planes del ejército de Von Bülow. En Soissons, las tropas de Von Kluck chocan contra los soldados franceses de Maunoury. Por las proximidades de Reims, el general Franchet D'Esperey tiene como ene-

migo al famoso Von Heeringen, destructor de la catedral. Del lado de Perthes, Langle de Cary mantiene en constante jaque á los ejércitos del general Von Einem. Un poco más lejos, sobre el Argonne implacable y fantástico, el ilustre Sarrail, ya cubierto de gloria, sigue marchando siempre metro á metro, pulgada á pulgada, sobre las trincheras del general Von Strantz, mientras que en los Vosgos solitarios, llenos de nieve y erizados de rocas salvajes, los cazadores azules de Dubail, en lucha contra los infantes de Von Demling, preparan cargas resplandecientes ó maquinan sorpresas terribles. Cada soldado tiene su contrario, como cada general. Los brazos y los cerebros poseen su equivalencia en el campo opuesto. Alemania presenta un puñado de príncipes soberbios y de rústicos ennoblecidos en sus abuelos. En cambio, los generales galos son simples burgueses sin historia, simples aldeanos dignificados por el estudio, sin más blasones que su cultura ni más aristocracia que su talento. Las grandes tradiciones militares de Francia no visten el manto de armiño; nacen del fondo obscuro de la muchedumbre y prosperan junto al aliento tibio del pueblo. Hasta bajo el mismo imperio napoleónico, vemos á los mariscales mezclarse con las cortes europeas y tutear á los monarcas. ¿Y quiénes eran esos humildes jefes victoriosos? Más hubiera valido no escarbar su pasado. Junot, estudiante de leyes, fracasa en la jurisprudencia y se ciñe un sable. Murat empieza su carrera como mozo de cuadra, y llega á ser un maestro en la caballería, antes de colocar en su frente la corona de Nápoles. Ney fué tan buen tonelero como estratega. En cuanto á Massena, sus tareas de contrabandista

no le impidieron más tarde prender de su pecho las insignias de duque de Rívoli y de príncipe de Essling. La revolución francesa, en su ironía desorbitada, creó todas estas maravillas. Hizo reyes de descamisados y formó redentores de bandidos. Pero hoy, como ayer, el esfuerzo magnífico del soldado francés no se ha perdido en las arenas frías y estériles de la suerte. Dominador sobre las fuerzas del tiempo y de la fortuna, no reposa sus armas ni cuelga su escudo, sino después de haber tocado su ideal. En ambos bandos, sobre las dos líneas majestuosas y crepitantes, los enemigos se sienten dignos de sus antepasados, se ven á la altura de las sombras gloriosas que han dejado detrás. La fuerza histórica que impulsa á los unos contra los otros, es inferior á la voluntad que duerme en el espíritu de cada soldado. Aun cuando se quemen junto á los taludes de tierra húmeda, aun cuando empapen el campo con oleadas rojas, aun cuando la carne ensangrentada forme montañas, los rivales no dejarán de admirarse, y sus cargas rabiosas, y sus dianas frenéticas, parecerán viriles abrazos mezclados con himnos fraternales.

***

Sobre cada soldado, sobre cada general, empiezan á circular tradiciones inverosímiles, leyendas monstruosas. La imaginación del pueblo se parece á un templo tapizado de espejos, á una casa llena de ecos y de resonancias; los hechos más simples de la vida entran allí para repetirse, agrandarse, dividirse, transformarse en mil figuras raras, en mil ruidos fantásticos. Pero lo más curioso, es que estas visiones caprichosas de la multitud,

se deforman también bajo el lente investigador de los eruditos. Los historiadores no se dedican más que á explicar lo imposible, á justificar el delirio colectivo. No sería extraño que, dentro de medio siglo, alguna escuela de sabios se empeñase en demostrarnos que Hindenburg desciende de Aquiles, y que Joffre es la última encarnación de Espartaco. Locuras mucho más absurdas, han sido admitidas como realidades indiscutibles. Se ha hablado de una ciencia solemne, repleta de lógica, rebosante de buen sentido. Se nos ha hecho creer en una crítica histórica, fría y pedantesca, que pronuncia fallos inapelables. Sin embargo, la crítica histórica no ha conseguido destruir lo que se proponía; ella ha fracasado, porque, á su vez, nos resulta una conseja de construcciones sistemáticas y de deducciones abstractas. Apenas si ha logrado empañar con su aliento húmedo el cristal de la fantasía popular. Nerón continúa siendo todavía el incendiario de Roma; el éxtasis de Antonio y de Cleopatra no ha sido interrumpido; y el Belisario, ciego y andrajoso, sigue aún pidiendo limosna con su hijo en brazos... No hay que quitarle á la historia su parte de invención artística. El profesor Croiset, del Instituto de Francia, nos dice en su libro sobre las democracias antiguas, que querer hacer de la historia una ciencia vigorosa, es negarle el derecho de existir. Él cree, como Renan y como Challemel-Lacour, que lo único que hay allí de científico, es la voluntad de investigar la verdad, el espíritu de método crítico, el esfuerzo para descubrir bien los hechos, para establecer analogías é inducciones. El temperamento de la historia es puramente ideológico y reconstructivo. Por tanto, el historiador debe tener más de artista que de hombre de ciencia, debe ser un cerebro capaz

de intuición, capaz de formularse hipótesis, capaz de adivinación subjetiva. «Es preciso confesar, agrega el profesor Croiset, que la historia sólo es una semiciencia. La imagen que ella se propone reproducir de la realidad, es una creación artística fundada en datos imperfectos». La guerra actual parece un tablero de contradicciones, un lienzo donde se dibujan todas las extravagancias y todas las miserias del hombre. Las mentiras que hoy ruedan por el mundo, servirán á los investigadores del porvenir para penetrar el estado de espíritu de un continente, para desnudar la conciencia de una época. Todo será aprovechado en el futuro. Al edificar la verdad, nos serviremos del polvo de los muertos y de la humareda de las granadas. Agregaremos á nuestra obra algunos resplandores de ese sol de invierno que parece oro viejo, dándole así un tinte de respeto, poniéndole una nota melancólica y grave. Lo tenue, lo impalpable, lo sutil, no escapará á nuestro terrible análisis. Daremos con todas la gradaciones del error, con todos los matices de la certidumbre. La historia es un paseo en el espacio y en el tiempo. Tanto más quedaremos fascinados y atónitos, cuanto que seamos capaces de deslumbrarnos haciendo resucitar las maravillas del pasado. Pintar en todo su vigor un escenario desaparecido, es vivirlo de nuevo. Sienkiewicz nos descorre el velo de los misterios romanos; Flaubert nos hace entrar en las intimidades de Cartago; Anatole France nos pasea por los páramos de la Tebaida, salpicados de cenobitas, y nos descubre las voluptuosidades de Alejandría, poblada de cortesanas. Esos hombres han rascado el papel dentro de un gabinete seco y austero. La pluma sin oropeles se parece al bastón rústico del hechi-

cero, que hace surgir de la nada paraísos soberbios y ciudades encantadas. Lo más grande de la historia es aquella parte donde hemos puesto más de nuestra propia alma. Las nuevas leyendas prosperarán siempre que nuestro mecanismo interior les infunda su vida misma, su aliento creador, ese soplo potente y eterno como el espíritu que ha sabido modelarlo y que ha podido señalarle su ruta.

***

Las correspondencias de París nos dicen que la gran ciudad parece haberse vaciado de cortesanas, parece haberse secado en su vida frívola, en su encanto voluptuoso. El perfil austero de la defensa militar ha borrado las huellas amables de la hetairas. Han desaparecido las damas elegantes que ofrecían al viajero, juntamente con sus cuerpos sensuales, la belleza inagotable de su espiritualidad. En los hospitales, junto al lecho de los heridos, absortas en el dolor de los agonizantes, las pobres mujeres pecadoras se rehabilitan de una larga existencia de angustias y de perversiones Ellas son acaso las últimas cortesanas. Ahora sus manos sonrosadas limpian heridas inmundas, sus ojos suaves, sin lágrimas, ven excrecencias repugnantes, y los labios que antes se ofrecían por dinero, se posan tiernamente sobre el rostro blanco de los moribundos, sobre las frentes abrillantadas por el sudor helado de la muerte. Bien han pagado con ese inmenso sacrificio, el descrédito con que enlodaron las grandes virtudes de la mujer francesa. El extranjero juzgaba á Francia por sus cortesanas. Sin haber penetrado en el hogar francés, sacaba conclusiones terribles; después de pa-

sar ligeramente sobre la espuma cosmopolita de París, se creía dueño de todos los secretos de la raza. Para el extranjero, la Francia misma era una enorme cocota que le daba todos sus placeres, que lo llenaba de besos, pero que le desvalijaba los bolsillos. No importa que las cortesanas, además de sus caricias, ofreciesen también el tesoro de su alma inviolada. La opinión siempre será la misma. Los rudos extranjeros, inaccesibles á la sutileza maravillosa de los galos, no entienden nada de refinamientos psíquicos, ni de la cultura moral que los siglos han amontonado en la viejas sociedades de Europa. Ellos no piensan más que en goces bestiales, que en los bajos apetitos disfrutados á costa de mucho oro, del oro que desparraman á manos llenas, torpemente, después de haberlo arrancado al sufrimiento de varias generaciones miserables. Con el juicio de estos rastacueros, con las ideas deshilvanadas de estos comerciantes enriquecidos en Asia ó en América, se ha formado la opinión universal sobre la mujer francesa. Es claro que, con la paz, volverán á nacer de nuevo las bellas hetairas, las vagabundas resplandecientes de gracia y de buen humor. Igual que ayer, ellas sabrán hacer su oficio. Su moral no tiene dobleces; es tan formidablemente lógica como la de los profesores de Alemania, es tan razonable como la moral de los médicos y de los almaceneros. Ellas no roban, aunque el robo represente, para Schaffer, indiscutibles valores éticos; ellas no asesinan, aunque el asesinato tenga, para Von der Goltz, necesarias consecuencias morales. Ellas no han violado ninguna ley social. Se han limitado simplemente á cobrar los gastos de la lascivia ajena. ¿Quién sería capaz de demostrar

que es mucho menos moral vender una caricia que vender un pan ó una receta? Las cortesanas no han tenido más que cantores soberbios, como Flaubert, como Pierre Loüys, como Oscar Wilde. Les ha faltado, sin embargo, el filósofo, el profesor, el doctrinario á lo Stammler, el hombre capaz de condensar todas esas ideas en fórmulas eternas é inmutables. Ese libro está todavía por escribirse. Y entre tanto, seguimos dando de comer al monstruo que se agita bajo nuestro cráneo, aumentando inconscientemente nuestro caudal de conocimiento. « Quien añade ciencia, añade dolor », exclama amargamente el Eclesiastes. No hemos vacilado en permitir que progrese y se engrandezca la angustia humana. Nuestra inteligencia es un círculo que, á medida que crece, tiene más puntos que tocan en el infinito. Nuestra ignorancia se agranda á medida que sabemos más. Y es en esa materia, que cambia y fermenta eternamente, donde nosotros hemos aferrado la vida, donde nos hemos empeñado en asegurar nuestros pasos, y donde nos aturdimos enloquecidos para buscar una salida salvadora que hemos desesperado de hallar y que tememos encontrar cerrada...

***

La conquista del Hartmannswillerkopf, ese pico macizo y áspero de los Vosgos, señala con su página de epopeya, el episodio más sangriento de la guerra. A costa de uno de los esfuerzos más trágicos de la campaña, dejando en los bejucos pedazos de carne desgarrada, quedando presos como pajarillos en las espinas de los cactus, los francesese pudieron alcanzar la victoria, dominar la altura magní-

fica, el monte de piedra tantas veces deseado y perdido en medio de la matanza atroz y del sufrimiento sin consuelo. Un testigo ocular nos describe la última carga de los alpinos, carga heroica de trepadores que se prenden á los matorrales erizados de púas, que muerden las jorobas de granito barridas por el plomo de las ametralladaras, que se ocultan en los baches henchidos de podredumbre, que se hunden en los negros cratères de las granadas y que desaparecen en las grietas llenas de cadáveres. Los alemanes son dueños de la altura. Sus baterías están escondidas. No se ve nada, ni los fusiles, ni los cañones, ni las bayonetas. Sin embargo, las posiciones están defendidas por varias líneas de fosos, de trincheras, de alambrados, de galerías ahuecadas con dinamita en la roca viva. A veces, un uniforme gris se aventura fuera de la cueva para rodar sobre el declive como una masa inerte. La lluvia arrastra con violencia torbellinos de restos humanos y de cuerpos rígidos. En pocos momentos los torrentes se inundan de lodo y de sangre. En un medio tan salvaje, cubierto por la naturaleza con laberintos de escondrijos, de desfiladeros, de abismos, el choque tiene que haber sido infernal. El soldado que nos ha trasmitido sus sensaciones, se horroriza con sólo evocar su recuerdo. *Quant à la lutte sur l'Hartmannswillerkopf, elle fût terrible*, dice simplemente. Para llegar allá arriba ha sido necesario sacrificar á casi toda una juventud. Las laderas fueron removidas por la artillería, y los bosques de pinos fueron abrasados por las explosiones. Hasta la misma tierra, al estallar los obuses, aparecía herida y calcinada, El viento traía olor de in-

cendio y de pólvora. Todo se mezclaba con el vaho de la sangre caliente, el polvo de los huesos frescos, recién triturados, el apestar de carnicería, el humo del sebo que se quema, de las piltrafas que se ennegrecen sobre los tizones. « Yo no recuerdo matanza más espantosa, agrega el testigo. Nada hay comparable á esto en la presente guerra ». Más adelante explica el trabajo de los artilleros. « Nuestros cañones de 220 han hecho maravillas, dice. Pero el fuego de los alemanes era formidable. Durante diez minutos permanecí tendido en el suelo y sin conocimiento. Pero he tenido una suerte loca. La granada estalló á dos pasos, muy cerca, derribándome y lanzándome, en tres saltos sucesivos, á treinta metros de distancia. Mi reloj quedó destrozado, lo mismo que todo lo que llevaba en los bolsillos. Fusil y bayoneta volaron en mil pedazos. Mi cuerpo se llenó de contusiones, especialmente en las manos y en las rodillas. Ahora me siento un poco sordo aun cuando he conseguido repónerme de mis emociones ». Pero la tragedia alcanza su mayor intensidad en el camino de acceso á las fortificaciones enemigas. Es el sendero de los muertos. Los soldados se amontonan, trepan y caen con las piernas enredadas en las raíces y las manos crispadas sobre los troncos. Los que vienen atrás empujan á los muertos, se echan encima de los heridos, suben sin cesar, suben siempre, con el acero apuntando á la cumbre. Los cadáveres sirven de escalera á los vivos. Y entre tanto, la metralla sigue rugiendo, pulverizando, abriendo claros en la barrera humana. Pero los franceses se rehacen y avanzan cantando. La Marsellesa da nuevos alientos, infunde nuevas esperanzas. En ese minuto supremo, el general alemán que

mandaba las fuerzas destinadas á defender el Hartmanswillerkopf, debe haber pensado con sorpresa que una raza degenerada no hubiera sido nunca capaz de morir con tanta grandeza. Sobre el sendero de los muertos, bordeado de encinas, los hombres son cortados y despedidos y mil pedazos. « ¡Qué horrible espectáculo, prosigue el testigo, encontrarse en medio de estos bosques de los cuales no queda un sólo árbol en pie! Hemos visto hombres volar á más de ciento cincuenta metros de altura. La escena llenaba de angustia. Colgados de las zarzas se veían restos humanos, brazos, piernas, sacos, fusiles rotos, cobertores ». He ahí un bonito árbol de Navidad, que ofrece al historiador sus frutos extraños y abominables. En medio de ese teatro de suplicio, donde los soldados, antes de alcanzar la victoria permanecen sin dormir durante una semana, con el arma al brazo, los ojos febriles y vigilantes, la vegetación de las zanjas enseña manchas de sangre, como flores malditas, y de las paredes del precipicio, cubiertas de malezas, cuelgan cráneos monstruosos, pingajos de paño azul y de carne descolorida. Pero todo se va. Los triunfadores se encargan de limpiar el jardín satánico. No quieren vivir en contacto con harapos fúnebres, no desean ver contorsiones heladas ni muecas horribles. En pocos días desaparecen hasta las pequeñas gotas rosadas del cerebro que habían salpicado la tierra, y que se habían secado y endurecido sobre el ocre de la montaña. Del sendero de los muertos, no queda ya más que el recuerdo. Como la llanura blanca de Rusia que vió los padecimientos del gran ejército, no conservará más que la evocación de su gran dolor. Hartmannswillerkopf abre una puerta al

corcel lírico de los poetas, al vértigo de los soñadores. No anidarán hamadriadas, por cierto, en el hueco de sus árboles tronchados por el hierro de los cañones. Las leyendas de sus fuentes y de sus grutas, no recordarán jamás teorías de ondinas fugaces y de ninfas tímidas. Habiendo una raza destilado allí sus lágrimas y enrojecido la tierra, de ese monte empapado de congojas no pueden surgir más que horrores de ultratumba, tadiciones de aparecidos, de fantasmas delirantes, cortejos de espectros que se buscarán con verdadera fiebre para perpetuar en el infinito todas las atrocidades de la historia.

*
* *

He aquí otro meridional, otro soldado nacido en el sur luminoso, amamantado en la vieja Septimania llena de sol, la tierra heroica y enriquecida por los siglos. Paul Sarrail vió la luz en Carcasona, la población legendaria del medioevo, la ciudad fantástica, de perfiles austeros, que enseña todavía las torres del tiempo de Alarico y el pozo inquietante donde los reyes bárbaros, según la tradición, escondieron todos sus tesoros. Escenario de luchas terribles, de disputas sangrientas entre visigodos, francos y árabes, las centurias han pasado silenciosamente sobre Carcasona, aligerando allí toda su carga de gloria. El viajero se conmueve ante tanta grandeza tranquila, frente á tanta placidez soberana. Nuestro espíritu se siente dominado por la sugestión de una raza fuerte, orgullosa de sus libertades pacíficas, que no sabe agredir, pero que tampoco teme á la ofensa. El tiempo ha puesto una pátina suave sobre las durezas de ese paisaje que parece enarde-

cerse en orgías de luz y que durante muchos años se sintió regar por la sangre de los guerreros del norte. El general Sarrail se meció en la misma cuna de la venganza gala, respiró el mismo aire secular que respiraron las hordas, y pisó el mismo suelo que pisotearon aquellos hombres rudos, aquellos gigantes rubios, de ojos azules y barbas monstruosas, que ajustaban las armas sobre su piel desnuda y que se abrían paso entre montañas de cadáveres. Ese medio claro nos ha explicado al hombre. Sarrail posee la fineza penetrante del genio meridional. Su estrategia es delicada, brillante, reflexiva. Su maravilloso movimiento sobre el Argonne, que dió por resultado la derrota de los ejércitos del Kronprinz, quedará como una obra de arte en la historia militar de Francia. Sarrail hace belleza combatiendo. Es un artífice con uniforme de general. Su misma persona está llena de dignidad, de nobleza amable. La política, que tanto ha contaminado al ejército, no ha podido desarrollar en el soldado las pasiones salvajes, ni ha conseguido hacer prosperar las virtudes ásperas que forman el armazón de nuestra conciencia. Hombre moderno, con tendencias hacia el radicalismo avanzado de los idealistas franceses, los deberes del ciudadano no han menoscabado los atributos de su altivez militar. Frente á los partidos políticos ó como comandante del tercer cuerpo de ejército, Sarrail se ha mantenido el mismo hombre sobrio é intachable. Pero su delicadeza reservada esconde una energía prodigiosa. Sarrail sabe herir con gracia. Sus manos de seda ocultan músculos de acero y tendones de bronce. Como casi todos los hijos del sur de Francia, Sarrail es gentil y arrogante, según las circunstancias; pero tiene la sublime testarudez de aquellos generales españoles

del siglo de oro, capaces de estrangular á la misma suerte, cuando la suerte no se atrevía á obedecerlos. Serrail no es, sin embargo, un oficial de salón que sepa deslumbrar á las damas. Tampoco es amigo del lujo. « Los que no lo conocen, escribe un biógrafo, lo toman por un oso ». Descendiente de un viejo tronco católico, afrontó las iras implacables de su familia. Sarrail había cometido el sacrilegio de casarse con una protestante. Se vió injuriado, maldecido, desheredado. Pero ya que no podía mendigar el perdón de los suyos, buscó en la línea de fuego el supremo consuelo. Aunque algunas compañías coloniales distrajeron su actividad militar, la guerra de reparación fué su gran esperanza. La esperó con la noble nerviosidad con que los antiguos trovadores esperaban los torneos del ingenio. Un día en que estuvo á punto de perder una pierna, Sarrail prometió hacerse volar el cráneo antes que verse detenido en la carrera á que había consagrado su existencia. Después de haber transcurrido tres siglos, uno se siente trastornado al sentir en un gran general lo que Víctor Cousin decía de Condé. « Después no conoció ya más que la embriaguez pasajera de los sentidos, sobre todo la de la guerra, para la cual había nacido, y que era su verdadera pasión, su verdadera amante, su partido, su país, su rey, el gran objeto de su vida »... El vencedor de Rocroy era un profesional de la matanza. En cambio, Sarrail es un hombre de ideales. La guerra le sirve tanto para demostrar su ciencia militar, como la magnitud de su deber y de su sacrificio. Condé buscaba aturdirse con el estruendo de las batallas; el triunfo constituía para él un delirio de su sensibilidad. Pero Sarrail pertenece á una escuela distinta. No conseguirá

aplacar con el ruido de los cañones las quimeras de su corazón, no conseguirá ensordecer las vibraciones de esa voz interior, penetrante y profunda, que domina todos los gritos del universo y que estalla en rugidos de cólera cuando intentamos sofocarla con nuestros gestos convencionales ó con la pedantería de nuestra ciencia sin finalidad.

*
* *

La fragua arde. Tiende al vacío sus lenguas de fuego, voraces y suplicantes. Lejos de apagarse, el incendio parece recobrar más fuerzas. Un genio diabólico alimenta la hoguera monstruosa. Pero las llamas piden más material humano, crecen, palpitan, chisporrotean en una suprema locura. La humanidad se desvanece sobre el metal en fusión. Las generaciones se derrumban como pilas de leños ardientes. Hasta la misma muerte se horroriza de su propia obra. Sobre la tierra calcinada, no quedan más que ruinas. La humareda, como una oleada del infinito, envuelve espectros de cañones, de caballos, de hombres... Y en el teatro de la desolación y del heroismo, donde lo eterno flaquea y donde lo sublime se convierte en cenizas, las chispas brillan como luciérnagas fantásticas, las brasas iluminan como estrellas errantes, mientras los ideales queridos salpican la inmensidad y nos recuerdan la existencia del bien con su lejano parpadeo solitario.

FIN.

ÍNDICE

CAPITULO I . . . . . pág. 13

La nación supliciada — El juicio de América. — Visiones dantescas. — Alberto de Bélgica. — El hombre que camina... — Tierra maldita.

CAPÍTULO II . . . . . » 28

Patología imperial. — Maximiliano Harden. — Las pequeñas causas — Gran delito, suprema virtud — Democracia y militarismo.

CAPÍTULO III . . . . . » 40

La victoria en el aire. — Raymond Poincaré. — El apóstol de la ofensiva. — El general de la humanidad. - La máscara de hierro. — El coronel de Rochas.

CAPÍTULO IV . . . . . » 53

El terrible odio — Madre Inglaterra. — Ejército británico. — El himno de la flota — God save the King!

CAPÍTULO V. . . . . » 64

Francia y la raza negra. — Guerreros magníficos. — Dóciles y bárbaros. — Un pueblo de espías — El abate Wetterlé. - Aprovisionamiento militar — Monopolio divino.

CAPÍTULO VI . . . . . » 78

La raza futura. — Etiología de la guerra. — Los merodeadores — La cabeza del emperador. — Balance de vidas.—Las impresiones de René Leval.

CAPÍTULO VII . . . . . » 93

La oleada moscovita — Radko Dimitrieff. — Los locos de Varsovia. — La caballería de Rennenkampf. — Su majestad el cosaco — Los lobos de la estepa.

CAPÍTULO VIII . . . . . » 105

Mazzini y sus sueños. — El despertar de Italia. — Amilcare Cipriani. — Trieste. — Frases terribles. — El castillo encantado.

CAPÍTULO IX . . . . . » 119

Morir... — La escopeta de madera. — Voz inquietante — La gran cosecha. — Maeterlinck, soldado. — La Dama Blanca.

CAPÍTULO X. . . . . » 132

Juan Jellicoe — El derecho y los pueblos débiles Solidaridad y nacionalidad — Símbolos vacíos — Una profecía de Bismarck — Música futurista.

CAPÍTULO XI . . . . . » 144

Cálculos de Estado Mayor — En caso de victoria... — El fracaso de la ofensiva brusca — El ojo en el cielo — La epopeya de la bayoneta — El tiro matemático — La victoria militarista.

CAPÍTULO XII . . . . . » 158

Fermento francés — Los que piensan—Aristocracia y jacobinos — Alegria francesa — En avant !... En avant !... — El nudo corredizo.

CAPÍTULO XIII . . . . . » 168

A golpes de pico — Señora, ¿ y la propina ? — Las finanzas del heroismo — Tarifas patrióticas — La cascada de oro — Una opinión de Kaustky — La vuelta de Ashaverus

CAPÍTULU XIV . . . . . » 179

El héroe plástico — Cavándose la fosa — La ilusión de la gloria — El féretro de acero — Los truenos de la catedral — El claustro de la Venus — Selvas taladas

CAPÍTULO XV . . . . . » 192

La leeción de Alemania — Húsares de la muerte — Un samurai alemán — El amor y la destrucción — Los dos amigos — Cuando no existen pretextos, se inventan — Las obras del odio.

CAPÍTULO XVI . . . . . » 205

El crepúsculo de los perros — El alma de la emperatriz — Fantasma de lujo — D'Annunzio toma apuntes — La obra de las lágrimas — El postrer mensaje

CAPÍTULO XVII. . . . . » 217

Eugenia de Montijo — El regimiento y el « chroniqueur » — La mujer francesa — Bajo la lámpara — Un gran feminismo — El soldado royal.

CAPÍTULO XVIII . . . . . » 230

Vascos guerreros — La nación sitiada — Embutidos humanos — El llanto del vencido — ¿ Quién vive? — Aux armes ! — La espina Servia

CAPÍTULO XIX . . . . . » 243

Los documentos del conflicto — La defensa de Francia y el partido radical — El 75 — Sobre el campo de honor — La lotería de la celebridad — Los diablos azules

CAPÍTULO XX . . . . . » 259

Sobre la presa — El demonio húngaro — La lepra negra — Diplomacia misteriosa — El espionaje en Italia — Resurgimiento garibaldino — El telón de la muerte — Un jesuita rojo.

CAPÍTULO XXI . . . . . » 281

El soldado alemán — Un sacerdote de la violencia — Las ideas del general Von Bernhardi — La moral de la rapiña — Saturnales sangrientas — La palabra de Stammler.

CAPÍTULO XXII. . . . . » 299

« Rusia es la nada » ... — La aurora roja — Los rivales — Nuevas leyendas — Las últimas cortesanas — El sendero de los muertos — Paul Sarrail — Fin.

BIBLIOTECA NACIONAL